

KATE CONNELLY

*La sonrisa
de los cerezos
en flor*



Lectulandia

Londres, 1890. Después de verse sometida a la estricta voluntad de su familia y de descubrir la extraña desaparición de su amado Thomas, la joven Emily Watson emprenderá un viaje hacia Japón para encargarse de la fábrica de seda y las plantaciones de té que su familia posee en una villa cercana a Tokio.

Emily conocerá la realidad de un pueblo que ha permanecido cerrado al mundo durante siglos, y deberá introducirse en la magia y el misticismo de una tierra remota en la que la tradición feudal y el progreso van de la mano. Un delicado paisaje muy alejado de su Inglaterra natal en el que viejos fantasmas del pasado guiarán misteriosamente a Emily en su búsqueda de la esencia de la felicidad.

Lectulandia

Kate Connelly

La sonrisa de los cerezos en flor

ePub r1.0
Titivillus 30.05.15

Título original: *The Smile of the Sun*
Kate Connelly, 2013
Traducción: Nuria González Esteban

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Londres, 1890

El día acordado, el frío abrazaba hasta el último de los rincones de un Londres aún sumergido en la penumbra. El amanecer ni siquiera amenazaba con hacer acto de presencia, y la joven Emily se había levantado un poco más temprano de lo habitual, incapaz de conciliar el sueño. Por más vueltas que había dado en su comfortable cama, sus párpados se resistían a cerrarse. Excitada como estaba por los acontecimientos que iba a vivir ese día, sentía cierto pavor a que sus progenitores averiguaran sus intenciones. Cumplir con su protocolo social y aparentar que no le sucedía nada en especial resultaba vital para no levantar sospechas. Una lady como ella tenía una posición y unas apariencias que guardar con esmero, y la férrea moral de sus padres constituía una dura prueba que debía superar.

Nerviosa, se acercó al tocador para observarse con atención. ¿Por qué la amaba a ella si la diferencia de edad era considerable? Con su experiencia, ¿no podría gozar de la compañía de mujeres mucho más experimentadas? Comoquiera que fuese, aquello no le importaba. Ella lo correspondía con una intensidad que a veces resultaba dolorosa, pero no podía ver un futuro sin su compañía. Se peinó con minuciosidad la larga melena rojiza, esmerándose en marcar aún más sus bucles. Las cejas —del mismo color natural— parecían perfectamente delineadas, y con gran sutileza perfiló el contorno de sus ojos verdosos para potenciar la intensidad de su mirada. Con la misma delicadeza acarició sus pómulos con un poco de color y pintó sus labios carnosos procurando no parecer demasiado atrevida.

Sin duda, aquella muchacha era la envidia de las jóvenes de su época. Aunque vistiera de forma sencilla y hasta poco elegante en ocasiones, su atractivo lograba destacar en cualquier circunstancia.

Emily no alcanzaba el metro sesenta y cinco, pero su busto era proporcionado y sensual. Bajo las insinuantes formas de su cuerpo se escondía la belleza de una mujer singular.

Con gran paciencia, dubitativa en buena medida, probó algunas de las joyas que tenía en el tocador y que se le permitía usar de acuerdo con su edad. Escogió unas perlas pequeñas para adornar los lóbulos de sus orejas menudas.

Acto seguido, se puso un discreto pero bello vestido de seda y se alisó la falda.

Después de acicalarse, la joven bajó al salón principal de la majestuosa mansión victoriana de su familia, ubicada en Mayfair —en el distrito de Westminster—, para

desayunar con sus padres.

Emily se había esmerado en su atuendo y su peinado. Lo que iba a vivir en las horas siguientes era algo que la acompañaría hasta el final de sus días y que merecía una dedicación absoluta.

En la elegante estancia ya la esperaban sus padres. Muebles antiguos, cuadros y retratos familiares de gran valor, así como una tapicería exquisita, se sucedían en casi todas las estancias de la casa. Emily saludó cortésmente a sus progenitores esbozando una sonrisa y tomó asiento según el protocolo, para disponerse a desayunar, lo cual, por cierto, no le apetecía en absoluto. Tenía el estómago cerrado y no podía dejar de pensar en lo que estaba a punto de acontecerle.

—Esta mañana se te ve muy hermosa, hija. ¿A qué se debe tanta felicidad? —le preguntó su madre, Margaret, ante la atenta mirada del cabeza de familia, el gran Benjamin Watson, exportador e importador de seda y té, un hombre que había acumulado su fortuna en tiempos recientes.

—Gracias por sus amables palabras, madre. No sabría decirle —respondió ella, avergonzada, mientras su madre intentaba descifrar los pensamientos de su hija. Era una mujer controladora, siempre pendiente de todos los detalles familiares.

—Hoy tienes clase con el profesor Smith, ¿no es cierto? —preguntó acto seguido, y muy serio, su padre, que parecía más atento a las noticias de la prensa que al buen aspecto de su pequeña.

—Sí, padre. Como todos los miércoles desde hace un mes, debo asistir al domicilio del ilustre señor Smith —se limitó a responder Emily.

—Y según tu parecer, ¿son provechosas o tienes alguna sugerencia que podamos hacer al amable maestro? Sus honorarios nos permiten hacerle todo tipo de puntualizaciones respecto a tu educación —inquirió Benjamin Watson, aunque suavizando el tono y la dureza típicos de su forma de decir las cosas. La mayoría de las veces podía ser un hombre de lo más intimidatorio con su interlocutor.

—En absoluto, padre, considero que el señor Smith es muy amable y paciente conmigo. Creo poder decir que estamos avanzando mucho en tareas en las que quizás iba algo por detrás de mis compañeros de estudios.

—Lo celebro entonces, hija. Apresúrate, que Gregori ya debe de estar esperándonos en el coche. Te acompañaremos hasta el domicilio del maestro, aprovechando que debo visitar los depósitos del East End.

—Sí, padre. No se preocupe. No tardaré en estar lista.

Después de los habituales y escuetos comentarios de su progenitor, Emily terminó de desayunar, recogió todo lo necesario para asistir a sus lecciones y se despidió fugazmente de su madre, para subir de inmediato a la berlina que les esperaba frente a la puerta principal.

Durante el trayecto, apenas cruzó palabra con el señor Benjamin. Se palpaba en el ambiente que aquel hombre era incapaz de tratar con una muchacha que se había hecho toda una mujer, mientras que Emily, con sus dieciocho primaveras recién

cumplidas, se mostraba exultante ante los demás. Tenía toda una vida por delante, y la felicidad de saberse amada hacía que se sintiese tremendamente dichosa.

Benjamin Watson era un hombre de facciones duras, esculpidas por un carácter fuerte, capaz de cualquier cosa para incrementar el poder de su familia. El cabello, totalmente cano, empezaba a escasearle, lo cual reforzaba su aspecto amenazador.

Tenía un rictus de tensión permanente en los labios y una nariz que nacía curva para terminar siendo aguileña. Sus ojos, pequeños y de expresión gélida, eran el reflejo de su egoísmo. Su porte era acorde con su posición social, y siempre vestía trajes hechos a medida. Su fortuna y su mano dura le habían labrado una fama de hombre de hierro, y quizá por ello mantenía con su hija una distancia que todos juzgaban exagerada.

Mientras recorrían las calles londinenses hacia Bloomsbury, Emily se sentía presa de una emoción creciente. Estaba a punto de experimentar uno de los momentos más bellos para una mujer y, pese a sus esfuerzos por mantenerse seria, le resultaba extraordinariamente difícil contener una risita nerviosa.

Mientras, por la ventanilla de la berlina, Emily analizaba cuanto veía.

El Londres de entonces se dividía en sectores según la tipología de sus habitantes: los oficios de sus ocupantes y sus quehaceres diarios servían para clasificar las viviendas. Desde muy temprano por la mañana, la ciudad empezaba su ajetreo. Lentamente, las calles, las plazas y cada rincón de la capital del Imperio acogían a los miles de personas que se disponían a ejecutar su rutina diaria.

Los empleados que se deslomaban durante jornadas interminables llenaban las aceras, mientras que los altos cargos dedicados en cuerpo y alma a los asuntos administrativos recorrían las calles en coches y tranvías tirados por caballos.

Londres era un bullicio constante de individuos desperdigados según sus objetivos, sin importar la clase social a la que pertenecieran. Y es que un sinfín de personas de clase baja compartían espacio con otras de clase alta, semblante serio y la espalda tan recta como un muro de ladrillos. Lores, burócratas y hombres de leyes, que por pertenecer a los estratos más elevados de la sociedad insistían en desplazarse de un lugar a otro en cabriolés y berlinas, observaban con altivez a sus conciudadanos.

Transeúntes y coches de caballos ocupaban las calles por igual, en especial los tranvías que conducían a los menos afortunados hasta la orilla del Támesis, la columna vertebral de aquella ciudad dura. Gracias a sus embarcaderos y a los célebres vapores que surcaban las aguas oscuras del río, muchos podían desplazarse de un extremo a otro de la ciudad.

Mientras la berlina avanzaba a buen ritmo, Emily contemplaba aquellas almas que la rodeaban y comprendía que habían perdido la esperanza, la de experimentar el verdadero amor y una vida feliz. A juzgar por sus rostros, muchos habrían dado lo que fuera por alejarse de aquellas calles. Pero Londres los tenía atrapados. Eran prisioneros de la capital del mundo occidental moderno, y lo sabían.

A medida que se acercaban al domicilio del respetado profesor Charles Smith, Emily contemplaba los numerosos almacenes, comercios de comestibles, talleres de artesanos y tiendas de todo tipo que flanqueaban la calle, como si de ese modo la capital del Imperio mostrara lo satisfecho que se sentía este de mostrar su poder y su opulencia.

Al cabo de un rato alcanzaron Bloomsbury, la zona en la que residía el tutor de Emily y la más concurrida por la gente dedicada al arte y la literatura.

Aquellas calles encandilaban a la joven Emily, en especial por sus incontables librerías, en las que era posible encontrar manuscritos antiquísimos, y por la atmósfera bohemia propiciada por una época rica en avances intelectuales.

Cuando la berlina llegó a Charlotte Street, se detuvo frente a un edificio de tres plantas de estilo georgiano. Sin apenas prestarle atención, el poderoso Benjamin Watson se despidió de su hija. Como de costumbre, la informó de que debía estar en el mismo lugar unas horas después, tras acabar su clase, para que el coche pudiera recogerla y llevarla de regreso a la mansión familiar. Ella se despidió con educación, se apeó y se encaminó hacia la puerta del edificio. El poderoso comerciante la observó alejarse con expresión inquisitiva y el entrecejo fruncido hasta que ella entró en la casa. Entonces ordenó al cochero que reemprendiera la marcha.

Tras cruzar el umbral, Emily se sintió tan emocionada que le pareció oír los latidos de su corazón. No le resultó nada fácil conservar la compostura. Pese a ser una auténtica lady, algo le decía que aquel iba a ser el mejor día de su vida y por ello quería atesorar en su memoria cada detalle.

Subió a la tercera planta y, radiante, golpeó suavemente la puerta con los nudillos. Mientras esperaba a que el profesor la recibiera, se alisó la falda. Deseaba estar perfecta para él.

Al cabo de unos instantes Charles Smith abrió la puerta y la invitó a entrar.

—Bienvenida, señorita Emily. Pase, por favor, y tome asiento. Enseguida trataremos el asunto que le ha traído hasta aquí —dijo con una amplia sonrisa.

—Se lo agradezco, señor Smith.

Él, sin dejar de sonreír, le señaló una butaca y, una vez que Emily se hubo sentado, se puso a recoger los papeles y libros viejos que cubrían lo que parecía su mesa de trabajo. Emily lo observó con atención. El profesor era un hombre bien parecido, aunque no tanto como Thomas. Tenía el cabello oscuro, el cuello corto y un rostro afilado en el que destacaban una bella nariz recta y la sombra de una barba incipiente. Tras las gafas, sus ojos azules poseían la mirada de quien conoce todos los secretos del mundo.

—En fin, señorita, ¿está usted preparada? Espero que se sienta segura de lo que va a suceder en breves instantes. Recuerde que los adultos deben ser consecuentes con sus actos —le advirtió él.

—Por supuesto, señor Smith. Llevo deseándolo desde hace mucho, muchísimo, tiempo. No se imagina usted cuánto... —repuso la joven, algo ruborizada. La

educación que había recibido le impedía una mayor desenvoltura.

—Comprendo... Por el momento, y si le parece adecuado, haga todo lo posible por relajarse. He creído que quizá le apetecería tomar algo, de modo que he preparado un té para amenizar la espera.

—Gracias, señor Smith. Es usted muy amable —dijo ella, aún con la sensación de que la vergüenza había encendido sus mejillas.

Sin dejar de sonreír, el tutor salió por una de las puertas del pequeño salón, con el objetivo de servir un té a la joven. Aunque su cordialidad resultaba típicamente inglesa, se trataba también de una coartada. Su intención era entretener a su joven estudiante para no levantar sospechas. Se jugaba mucho con todo aquel asunto.

Mientras el señor Smith se ausentaba, Emily apaciguó sus nervios estudiando los detalles de un entorno que tenía ya demasiado visto: el piano, el exquisito escritorio de madera de cerezo, las estanterías pobladas de libros de historia, literatura y composición musical... Todo indicaba que aquel hombre era un erudito, un alma cultivada en el saber y con la cualidad innata de transmitir parte del infinito conocimiento humano.

Transcurridos unos cinco minutos, Charles regresó con una bonita bandeja en la que había una tetera y tazas de porcelana para tomar el té. Sin pronunciar palabra, sirvió a Emily en primer lugar y, tras comprobar la hora en su reloj de bolsillo, tomó asiento para conversar con su alumna.

Durante veinte minutos debatieron, de manera algo intrascendente, sobre la política colonial del Imperio, así como sobre la evolución de los derechos que iban alcanzando las mujeres de aquel final de siglo. El profesor consideraba importante que ella tuviera noción de los hechos más relevantes de la época en que vivían.

Puntual como de costumbre, comprobó que había llegado la hora prevista y, sin más preámbulos, pidió con amabilidad a la joven que lo siguiera. Si lo deseaba podía dejar sus cosas en el salón. Más tarde volverían por ellas.

Abandonaron la estancia con calma y bajaron la escalera hasta una pequeña puerta, justo en la entrada de la casa. El profesor extrajo una llave del bolsillo del pantalón y la abrió. Ante ellos se extendía un precioso y bien cuidado patio. Curiosamente, las distintas clases de flores y árboles transportaban a Emily a un lugar muy alejado del Londres en que se encontraban, pero antes de que pudiera acostumbrarse a aquel precioso submundo dentro de la oscura ciudad victoriana, llegaron a una puerta que daba acceso a otro edificio.

Sin decir nada, el profesor la abrió y pidió a Emily que le siguiera hasta la segunda planta. Emily empezó a sentirse nerviosa, pero, temerosa de parecer inmadura, hizo todo lo posible para mantener la compostura.

Ya en la segunda planta, Smith se detuvo ante una puerta de madera algo desgastada y, volviéndose hacia la joven, la miró fijamente a los ojos. Había llegado el momento de que ella recibiese las instrucciones necesarias.

—Señorita Watson, recuerde que a las doce en punto pasaré a recogerla. Lo que

usted vivirá hoy quedará entre nosotros y, por favor, recuerde que cualquier sospecha que levantemos, por mínima que sea, pondrá en peligro mi reputación. No olvide que hago esto por la amistad que me une al señor Thomas y por el cariño que le tengo a usted —declaró el tutor con seriedad.

—Descuide, señor Smith. De mí jamás saldrá una palabra. No se preocupe por nada —repuso ella, llevándose una mano al corazón.

Sonriente, el profesor llamó a la puerta tres veces y esperó unos segundos antes de abrir. Acto seguido, aguardó a que Emily entrara en el apartamento y, después de despedirse con una leve inclinación de cabeza, cerró la puerta y echó el cerrojo. Su papel en aquel encuentro había terminado por el momento.

Al principio, Emily se extrañó por la oscuridad del lugar, pero, poco a poco, sus ojos fueron adaptándose a la tenue luz de un sinfín de pequeñas velas que alumbraban tenuemente la estancia. Pese a que era media mañana, las ventanas estaban cubiertas por unas gruesas cortinas que impedían el paso de la luz natural del día.

Mientras sonreía y sentía el mismo cosquilleo con que se había levantado, descubrió, repartidas por el suelo de parqué, varias rosas que creaban un romántico camino hasta una cama perfectamente arreglada.

El ambiente era perfecto, y parecía recreado con la misma meticulosidad que si hubiese seguido el dictado de sus sueños más íntimos. Mientras se sentía más viva que nunca, percibió las primeras caricias del hombre al que amaba. Allí, detrás de ella, estaba Thomas, el mismo Thomas al que había decidido regalar su pureza quebrantando lo establecido por las normas sociales que sus padres le habían inculcado. Ya que jamás se les permitiría estar juntos, deseaba entregarse al dueño de su corazón en secreto, en cuerpo y alma. Amar de esa manera no podía ser malo.

Thomas Wells era un hombre de un metro ochenta de estatura, de musculatura desarrollada por años de duro trabajo, siempre elegante pero al mismo tiempo sencillo, que gustaba de ir en mangas de camisa cuando la ocasión lo permitía. Tenía la tez tostada por el sol, los pómulos altos, una boca proporcionada y una bella nariz griega, así como ojos pardos y un cabello oscuro, casi negro, siempre peinado a la perfección. Solía caminar con decisión y gran seguridad en sí mismo. Era, en suma, un hombre por el que muchas mujeres habían suspirado, pero que solo tenía ojos para Emily.

Ninguno dijo nada en tanto se fundían en un juego de insinuaciones y miradas que los llevaría a convertirse en un mismo ser. Los besos y los abrazos cálidos transformaron los anhelos más ocultos en una realidad de sensaciones. Para Emily, estar allí, en ese momento, era lo más maravilloso que le había ocurrido en su aún corta vida. Quizás el lugar no fuera todo lo lujoso y confortable que Emily hubiera deseado, pero al lado de Thomas cualquier sitio se convertía en un auténtico paraíso, y por él habría cruzado el mundo entero.

Lo sabía desde el día en que la tuvo entre sus brazos, dándole aquello que solo el primer amor es capaz de dar. Para ambos, la diferencia de edad carecía de

importancia, y el abismo social que existía entre la familia de la joven y aquel curtido hombre de mar les traía sin cuidado.

Emily era la joven heredera de los Watson, una acaudalada familia londinense que desde principios de 1830 había amasado rápidamente su fortuna gracias a la importación de seda y té, productos consumidos por las clases pudientes de Gran Bretaña. A la joven jamás le había faltado de nada, y en ese aspecto se sentía profundamente agradecida a su familia, aunque su mentalidad fuera del todo opuesta a la de sus progenitores y a la sociedad que pretendía encorsetarla mediante unas normas muy estrictas.

Thomas era un marinero experimentado, a cargo, precisamente, de la flota mercante de los Watson, el hombre de confianza del padre de Emily y el responsable de realizar las transacciones marítimas de la familia. Su posición y compromiso con el acaudalado señor Benjamin Watson le había obligado a pasar largas temporadas fuera de Londres, durante las cuales su joven, secreta y apasionada amada lo esperaba angustiada. Emily se había prendado de él sabiendo a lo que se exponía y, sin embargo, cada vez que él embarcaba, la joven no podía evitar el sufrimiento por la incerteza de su regreso. Era el suyo un amor incondicional que la empujaba a rezar día y noche para tenerlo de nuevo entre los brazos después de cada larga ausencia.

La relación secreta que mantenía con Thomas duraba ya doce meses, y el suyo era algo más que un simple amor pasajero; era pasión, entrega, fusión de almas y, sobre todo, la sensación de que, unidos, podían lograr cualquier cosa. Para Emily, Thomas representaba la experiencia y la sabiduría en todos los sentidos, y mientras compartían lecho evitaba pensar en las supuestas aventuras que los hombres de mar solían tener en cada puerto, en los rumores al respecto que a veces asaltaban su mente entre rezo y rezo, y a los que intentaba no conceder crédito. Emily se decía que esas cosas, de suceder, lo habían hecho hacía tiempo y que, en cualquier caso, habían servido sobre todo para convertir a Thomas en un hombre experto.

Con un cuidado exquisito, Thomas empezó a deslizarse con suavidad en el interior de su amada, para proporcionarle un placer que ella jamás había experimentado. A veces, cuando estaba sola, Emily se había imaginado algo parecido a aquel romántico lugar apartado del mundo, pero la realidad superaba todas sus fantasías. Aquel era, sin duda, un refugio en el que amarse hasta el punto de perder la razón y sentirse libre para siempre de la presión familiar.

Emily jamás hasta ese momento había estado a solas con un hombre, y ahora, pese al riesgo de que los descubriesen, se había refugiado entre los brazos protectores de su amado, el mismo que le estaba enseñando todo el placer que un cuerpo era capaz de proporcionar. Para él, por su parte, amar a aquella preciosa mujer se había convertido en el mayor logro en la vida. Había estado en lugares remotos, en paraísos ocultos, y allí, junto al ardiente cuerpo de Emily, se sentía en casa. Con ella regresaba a su cálido hogar.

Ambos se observaban, se acariciaban, se besaban y percibían la vitalidad de cada

rincón de sus cuerpos. Desde que se conocían, tenían la certeza de que estaban destinados a amarse hasta el fin de sus días. Ninguno de los dos deseaba que aquel mágico momento se desvaneciera.

Sus amigas le habían contado que la mujer sufría mucho la primera vez que un hombre la penetraba, pero a Emily le sucedía todo lo contrario. Thomas era dulce, cariñoso y atento, y, consciente del dolor que podía ocasionarle, había actuado con la máxima de las cautelas.

Se brindaban un amor intenso y generoso, y cuando notaron a un tiempo la misma calidez, como si sus cuerpos se disolviesen sellando un pacto eterno, supieron que podían morir el uno por el otro.

Permanecieron abrazados y en silencio, hasta que Thomas miró el reloj, llenó su pipa con el tabaco que le impregnaba la ropa de un perfume agradable y, acercándose desnudo a la ventana, contempló los tejados oscuros del Londres industrial. Aquella ciudad cada día lo asqueaba más. Él, que había conocido paisajes exóticos, sabía que más allá de Gran Bretaña existía un mundo muchísimo mejor que aquella urbe tristemente creada sobre barrios paupérrimos y en la que la ostentación constituía un modo de vida.

El West End representaba el mejor ejemplo de esa opulencia que tanto contrastaba con la realidad de las barriadas obreras. Era el rostro amable de la famosa metrópoli, pero cuando uno se acercaba a las orillas del Támesis, las calles mutaban de modo lamentable en callejuelas retorcidas y destartadas donde la luz apenas hacía acto de presencia. De hecho, Thomas sabía que la realidad británica más dura tenía su exponente máximo en el East End. En el Este londinense campaban la delincuencia, el vicio y las almas perdidas. Almas que deambulaban sin rumbo fijo y a las que la industrialización les había robado hasta la última esperanza.

Desde que tenía uso de razón, Thomas había crecido al ritmo de aquella amalgama de hormigón, hierro y ladrillo. Una metrópoli cruel e impersonal que, con su expansión, había acabado engullendo la campiña verde que la rodeaba en el pasado y desvirtuado la verdadera esencia británica.

El progreso, imparable como una locomotora en marcha, había acabado con los sueños de quienes estaban dispuestos a hipotecar su vida solo por recorrer unas sucias calles, sin que ello les garantizase bienestar alguno. Habían sido esas personas quienes, inconscientemente, habían proporcionado el impulso necesario para convertir aquella urbe monstruosa en el epicentro del poder económico de ese final de siglo. Los barcos ingleses surcaban todos los mares y Gran Bretaña se sentía orgullosa de lo que había logrado a costa de vidas innumerables.

Mientras Thomas permanecía absorto en sus reflexiones, Emily se cubrió con la camisa de su amado y se le acercó con sigilo para abrazarlo por detrás. Cuando sintió los brazos de la joven en torno de él, Thomas hizo a un lado esos pensamientos tan negativos, se volvió hacia ella, la besó y le susurró al oído:

—No sabes cuánto te amo...

Cuando oyó esas palabras, Emily comprendió que el tiempo se les estaba acabando y que, si no hacían algo para remediarlo, pronto la vida iba a castigarlos imponiendo entre ambos una cruel distancia. Quizá por ello Emily dijo algo impropio de una joven de su condición, tal vez a causa de un arrebato de lucidez que desde hacía tiempo se estaba fraguando en su mente. Sin la presencia amonestadora de sus padres, se sintió libre de cometer lo que, en cualquiera de las reuniones sociales a las que asistía, un buen inglés habría definido como una verdadera locura.

—Amor, escapémonos cuanto antes... —propuso—. Si mi familia descubre lo nuestro, será demasiado tarde. Es ahora o nunca, Thomas. Lo intuyo —añadió con cierta angustia en la voz.

—Eso no sucederá nunca, Emily. Pese al gran aprecio que siento por tu padre, mataré a quien intente separarnos —respondió, decidido, el marinero.

—Amado mío, mi padre ya ha acordado mi enlace con el heredero de los Lambert, y se me han acabado las excusas para seguir posponiéndolo. Solo deseo ser tuya. Vámonos lejos de aquí. A uno de esos paraísos de los que tanto me has hablado...

—Pronto, cariño. Solo te pido un poco más de paciencia. Estoy arreglando algunos asuntos para que podamos huir lo antes posible. Si no ato bien todos los cabos, sabrán cómo y dónde encontrarnos, y llevo más de un año trazando este plan... Te prometo que pronto estaremos muy lejos de esta sucia ciudad. Londres no es lugar para un ángel como tú —susurró Thomas, convencido de sus palabras.

—Ojalá tengas razón, amor mío... Espero con ansia que llegue ese día.

—Japón, Emily, el país de los cerezos en flor; allí es donde deseo que pasemos el resto de nuestras vidas. Es el lugar más maravilloso del mundo. No puedes ni imaginártelo —dijo él, lleno de pasión.

—Llévame contigo a ese lugar y deja que te ame como nadie más podrá hacerlo, cariño mío...

—Lo haré, mi amor. Te prometo que lo haré... —sentenció el marinero, con la certeza de que, en adelante, ese sería el único objetivo de su vida.

A la hora indicada, el profesor llamó con delicadeza a la puerta. Tal y como estaba previsto, condujo a la joven a su estudio, y allí le habló de la coartada que debían sostener a rajatabla. Era importante no fallar en esa clase de detalles para evitar levantar la mínima sospecha.

Poco después, Emily subía a la berlina que la llevaría de regreso a la mansión de los Watson, mientras ella iba flotando como sobre una nube, pensando en Thomas, diciéndole adiós. Ese sería un día que llevaría grabado a fuego en el alma, y daba igual lo que pudiera suceder.

Cuatro años atrás, cuando Emily solo tenía catorce años, aquel apuesto hombre de mar se había presentado en la mansión familiar vestido con elegancia. Acompañaba a su padre, el implacable Benjamin Watson, para concretar ciertos asuntos de la compañía. En poco tiempo se había convertido en la mano derecha del poderoso

comerciante, gracias a los numerosos viajes oceánicos que había realizado en su nombre y al control interpuesto de sus negocios en las más lejanas colonias del Imperio.

Emily recordaba todo aquello como si se tratara de sueños que daban forma a un cuento y, si la memoria no le fallaba, al verlo por vez primera había palidecido. El aspecto atractivo y a la vez duro de aquel hombre le había hurtado la inocencia y se había apoderado de sus ensoñaciones. La diferencia de edad era notable, pero en ese momento ella ya había decidido entregarle su amor. Felizmente, se trataba de un sentimiento mutuo, dado que por entonces Emily ya era una muchacha que llamaba la atención por su belleza. Sus labios rosados en forma de corazón, los tirabuzones rojizos de su melena y la tonalidad esmeralda de sus ojos no habían pasado inadvertidos para Thomas, quien, disimulando con gran cuidado, no le quitó el ojo de encima. Se trataba de la hija del patrón, pero existían razones que solo el corazón comprendía, y él, que había pisado tierras lejanas, sabía muy bien de lo que hablaba.

A partir de entonces, Thomas se las ingenió de mil maneras para acercarse a la preciosa lady y frecuentar su compañía. Con perseverancia y buen hacer logró eludir los obstáculos que se le fueron presentando en el camino, para lo cual contó con la inestimable ayuda de su amigo el profesor Charles Smith, que le ayudó a afianzar el vínculo con Emily. Smith y Thomas se conocían desde que eran niños y, aunque habían corrido suertes distintas en la vida, seguían tan unidos como cuando correteaban por las calles de aquella ciudad humeante.

Una hora después de que Emily abandonara el domicilio del profesor, Thomas se alejó de este y se internó en las calles de Bloomsbury. No obstante, ello no pasó inadvertido para un hombre de aspecto tosco pero vestido con corrección, que llevaba demasiado tiempo esperando su aparición.

Cuando divisó a Thomas, lo siguió a una distancia prudencial. Al llegar a la zona portuaria de Canary Wharf, vio que el marinero se reunía con un hombre de facciones orientales, al que entregó un pequeño paquete. Ambos se comportaban como si los uniera cierta amistad, y después de mantener una animada conversación, Thomas se encaminó hacia los muelles de Westminster, donde estaban atracados los principales barcos de vapor de la compañía del señor Watson.

Tras comprobar cuál era el destino final de Thomas, el desconocido se levantó la solapa del abrigo para resguardarse del frío que llegaba del Támesis y desapareció en las calles de aquella ciudad llena de almas errantes.

Benjamin Watson permanecía sentado frente a su escritorio de pulida madera noble, releyendo el *Times* con atención. Su mente escudriñaba las líneas publicadas sobre la política económica de la nación mientras, de vez en cuando, daba un sorbo a un vaso con dos dedos de ginebra. Aquel era un ritual al que estaba muy acostumbrado.

Inesperadamente, el secretario del poderoso empresario irrumpió en su despacho particular.

—Señor, acaba de llegar Ian Higgins. ¿Desea que lo haga pasar? —preguntó el hombre, último vástago de una larga estirpe de fieles sirvientes. Jamás había cometido un paso en falso.

—¿A qué hora es la reunión del consejo, Alfred? —preguntó Watson sin levantar la vista del diario.

—Dentro de una hora exacta, señor.

—Bien. Avíseme dentro de diez minutos y diga al señor Higgins que pase.

—Enseguida, señor.

Un par de minutos después de que el secretario personal desapareciera por la puerta, irrumpió en la estancia el mismo hombre de ademanes ásperos que con tanta cautela había seguido a Thomas el día anterior.

Sin mediar palabra, y tras la anuencia silenciosa de Watson, el hombre tomó asiento.

—¿Y bien? —preguntó sin miramientos el comerciante.

—Tenía usted razón, señor. Salió una hora después de que su hija abandonara el domicilio del profesor, de modo que no cabe duda. Se encontraron en aquel inmueble.

—Y después, ¿adónde fue? —continuó inquiriendo el implacable hombre de negocios, con cara de pocos amigos. Al parecer, la confirmación de sus sospechas lo había perturbado sobremanera.

—A los muelles de Canary Wharf, donde se encontró con un oriental. Después se encaminó a los de su compañía en Westminster. Apostaría lo que fuera a que trama algo, señor.

—¿Y el profesor? —insistió de nuevo Watson con actitud impaciente.

—Me jugaría el cuello a que es quien lo ha planificado todo. Usted ya sabe que se trata de un hombre muy inteligente y cabal, y hemos averiguado que conoce al marinero desde la infancia. Así que su vínculo con él es estrecho e indiscutible.

—Entiendo... Gracias por su dedicación y diligencia en su indagación, Ian.

Proceda según le ordené, pero no quiero ni un error en todo esto, ¿de acuerdo? Mi reputación podría quedar dañada —aclaró el importante negociante de té.

—Sí, señor. Quédese tranquilo. ¿Y con Wells qué hacemos?

—Primero ocúpese del profesor y después hablaremos con el marinero. Su delito merece un castigo aún mayor. Nadie puede osar acercarse a mi hija sin mi consentimiento expreso. Había puesto muchas esperanzas en ese hombre...

—Comprendo, señor. No se preocupe. Me encargaré de todo.

—Puede retirarse... y manténgame informado —ordenó el patrón, mientras retomaba la lectura de su periódico para dar por finalizada la entrevista.

Ian Higgins se levantó sin más y, acompañado por Alfred, se perdió entre los pasillos del edificio, donde Watson tenía su base de operaciones. Tenía claro lo que debía hacer y cómo ejecutarlo. De hecho, aquella no era ni la primera vez —ni, presumía, sería la última— que ajustaba cuentas por encargo del señor Watson. Los hombres poderosos no solían mancharse las manos, y aunque él servía para algo más que para apretar las tuercas a pobres desgraciados, aquel era el mejor oficio que había podido encontrar en una ciudad tan sumamente sórdida como Londres. Además, el patrón siempre lo había tratado con generosidad, de manera que no ejecutar sus órdenes habría supuesto traicionar su confianza.

El esbirro del señor Watson era la viva imagen de un hombre rudo y despiadado de pies a cabeza. Tenía la boca fina y alargada como la entrada de un buzón, una nariz gruesa, cuyo extremo se asemejaba a un tubérculo, y ojos grandes bastante juntos, de mirada perturbada. Por encima de ellos, unas cejas gruesas y prominentes le conferían la expresión facial de un bárbaro. Conservaba poco pelo y en malas condiciones, así que solía llevar una gorra gris para camuflar su calvicie. Higgins era, además, un individuo alto y de extrema corpulencia, cuya sola presencia infundía respeto.

Cuando volvió a quedarse solo en su despacho, Benjamin Watson abrió con cuidado una caja de plata finamente labrada, donde guardaba sus puros más selectos, unos cigarros elaborados con esmero en la ciudad de El Cairo, e importados en exclusiva por su compañía naviera para las islas Británicas. Desde aquel despacho controlaba el destino de muchas personas, y pese a lo inmoral que eso pudiese resultar, se sentía confortado por ese poder. El mundo estaba a sus pies, y pronto iba a expandir sus negocios en el mercado asiático. Aunque, ahora que Thomas Wells le había traicionado vilmente, faltándole al respeto con su propia hija, necesitaba encontrar a alguien de confianza que representase a la compañía en parajes tan recónditos. No era sencillo desenvolverse en unas tierras habitadas por salvajes incapaces de comprender la mentalidad británica.

Y es que, para un hombre que había amasado su fortuna mediante la explotación humana en fábricas y cultivos, cuya mujer se sometía sin rechistar a su autoridad, todo aquel que no se ajustara a los valores impuestos por la reina Victoria no podía ser considerado más que como un simple salvaje carente de cultura y educación.

Quizás el heredero de los Lambert, el futuro esposo de su hija, podría ser el candidato perfecto para asumir esa responsabilidad, aunque eso implicaba que el señor Thomas Wells debía ser borrado del mapa... lo cual no tardaría en suceder.

A la hora convenida, Alfred acompañó a Benjamin Watson hasta el coche estacionado frente al edificio de despachos. Faltaban tres cuartos de hora para que se reuniera el consejo de la compañía que Benjamin Watson había convocado de forma urgente, y no quería retrasarse.

En absoluto silencio, el negociante de té subió a la berlina en la que solía desplazarse por Londres, listo para la reunión trascendental que iba a celebrar con sus socios más directos.

El trayecto hasta St. James's Park no era largo en exceso, pero el poderoso magnate empleaba aquellos minutos en descifrar cuáles serían las necesidades de la clase media de la metrópoli. Usualmente eran los más adinerados los que reportaban beneficios a su negocio, pero aquel empresario insaciable intuía que ampliar el mercado de clientes podía proporcionarle un margen diferencial respecto de sus competidores. Si deseaba adueñarse de la industria textil inglesa, necesitaba entender la mentalidad de quienes compraban sus prendas.

Tras analizar la vestimenta de sus conciudadanos con detenimiento, Benjamin Watson se había dado cuenta de que las calles de aquel Londres de final de siglo estaban teñidas de la misma negrura que las numerosas industrias pañeras se habían encargado de expandir como un manto fúnebre.

Los magnates que controlaban la ciudad tenían la certeza de que pobreza y progreso jamás irían de la mano, ni avanzarían al mismo ritmo. Se trataba de realidades contrapuestas en todos sus límites, y el Imperio británico, la potencia mundial que había engullido al resto de naciones contemporáneas, ya no podía invertir esa tendencia. Su monstruosa expansión se había convertido en una bola de nieve imparable.

Al mismo tiempo, las masas londinenses estaban destinadas a perder su identidad; a convertirse prácticamente en un elemento más del inerte inmobiliario de las calles que recorrían, y a Benjamin aquellos valores negativos no le preocupaban lo más mínimo. Él deseaba poder, y estaba decidido a apartar cualquier obstáculo que encontrara en su camino.

Si de él dependiese, toda aquella «chusma» estaría picando piedra en las minas de las montañas del interior del país, pero su poder no alcanzaba para tanto. La ciudad se extendía de modo irremediable sumida en la pluralidad social, y los enfrentamientos violentos se producían a cada minuto. Un incidente inesperado podía prender la mecha y ocasionar un tumulto absurdo. Los ánimos parecían crispados, y solo los más pudientes gozaban de los beneficios del progreso y la modernidad.

En aquel Londres de finales del siglo XIX, la amabilidad brillaba por su ausencia, y la urgencia en salir del propio atolladero hacía que nadie se preocupase por el prójimo. Era una simple cuestión de supervivencia.

El desorden, a la par que el bullicio, era omnipresente en las callejuelas escasamente ventiladas, y el pillaje se había convertido en la religión de los desesperados. Cualquier acción era perdonable a ojos de los que anhelaban un cuscurro de pan mojado, y los timadores, los indigentes permanentemente borrachos y los carteristas conformaban una temible legión esparcida por todo el territorio londinense, un batiburrillo humano que casi siempre terminaba envuelto en altercados y trifulcas.

La lujosa berlina de los Watson llegó al club masculino de St. James's Park. Allí Benjamin Watson y los demás miembros del consejo solían reunirse para tratar asuntos de una forma más distendida. Nada mejor que analizar la situación si se aderezaba con una buena ginebra y con el aroma de los puros liados en los mismísimos confines de la civilización.

Aquel club era uno de los más exclusivos y selectos del país. Personajes de alta alcurnia, comerciantes acaudalados, lores y adeptos a la masonería formaban parte de una asociación secreta en esencia. Ser uno de sus integrantes suponía gozar de poder, prestigio y camino expedito para hacer y deshacer bajo la autorización directa del Imperio. A aquel lugar solo podían acceder los verdaderos propietarios de la llave que abría el país, hombres dedicados a controlar el mundo tomando como punto de apoyo las islas Británicas.

Tras realizar la señal secreta, John Miller, el responsable de que todos los socios se sintieran como en casa, abrió la puerta principal. Cuando vio al señor Watson, ejecutó una solemne reverencia y acto seguido solicitó con amabilidad exquisita el carísimo abrigo y sombrero del empresario para que este se sintiera mucho más cómodo. Miller le informó sin dilación de que todos los demás socios lo esperaban en el salón de actos, y le indicó el pasillo que daba acceso a la sala central.

El salón de actos era una estancia de paredes adornadas con animales exóticos disecados con esmero, intimidatorias armaduras fabricadas en siglos pasados y retratos elegantes de todos los antiguos miembros del club. Su mobiliario estaba tallado con tal maestría que los mejores artesanos de la vieja Europa habrían mostrado su admiración más sincera. Tras traspasar el umbral de la puerta, mientras lanzaba una rápida mirada a la decoración de la estancia, Benjamin Watson tuvo la corazonada de que, tarde o temprano, su retrato presidiría aquel salón. Muchos eran los méritos que le hacían merecedor de tal honor.

Con un fugaz saludo a los presentes, tomó asiento en su sillón bellamente tapizado. Era un hombre parco en palabras, de modo que planteó la cuestión sin demora:

—Estimados señores, les he convocado con cierta urgencia por varios asuntos que hoy trataremos aquí, pero esencialmente porque considero que ha llegado el momento de dar un paso al frente. Si deseamos mejorar nuestra actual política de expansión comercial, no podemos dar la espalda a la actualidad más inmediata.

—¿A qué se refiere, Benjamin? —preguntó uno de los miembros más antiguos

del consejo.

—Señores, verán: innegablemente, nuestras fábricas en suelo británico se mantienen activas y gozan de «gran salud» productiva, pero por todos es sabido que el mercado de la seda está sufriendo una recesión notable. De modo que resulta apremiante que nos establezcamos en otros mercados, lo que tendría como consecuencia el incremento de nuestra producción —resumió el señor Watson con cara de pocos amigos.

—Sea más claro, Benjamin. No estamos aquí para escuchar sus elucubraciones —solicitó uno de los peces gordos del consejo.

—Desde luego, lord Malfoy. Me refiero a que ha llegado el momento de posicionarnos como los únicos fabricantes del mercado inglés especializados en la seda más pura del mundo. A eso me refiero.

—Pero ¿eso no es precisamente lo que estamos haciendo? Al menos es lo que usted nos aseguró que íbamos a hacer cuando invertimos nuestro capital en este sector —se extrañó lord Fuley.

—Por supuesto, lord Fuley. Ciertamente de eso se trata, aunque el motivo de esta reunión es precisamente explicarles el punto en el que se encuentra la producción mundial de la seda. Deben entender todas las consecuencias para valorar en su justa medida lo que mejor conviene a la compañía.

—Explíquenos entonces lo que suscita su interés —requirió lord Malfoy tras beber un poco de ginebra de su vaso.

—Señores, como bien saben, hace más de cuarenta años nos encontramos con los primeros contratiempos. Las enfermedades que asolaron nuestros gusanos de seda nos causaron no pocos dolores de cabeza, y luego, por si no hubiésemos tenido pocos contratiempos, otras plagas afectaron a nuestras moreras.

»No fue sencillo superar aquella crisis, pero es cierto que dichas desgracias también nos empujaron a acercarnos al continente asiático, donde adquirimos huevos sanos y pudimos solucionar el problema de forma provisional. Si hacen memoria, recordarán que con aquella producción obtuvimos la mejor seda del mercado mundial y nuestros clientes británicos se convirtieron en fieles adeptos a nuestros productos de altísima calidad.

—Sí, y también recordamos el coste de contar con los servicios del ilustre señor Pasteur para evitar tener más pérdidas por ese motivo... —apuntó lord Fuley.

—Benjamin, ahórrese los preámbulos porque todo esto ya lo sabemos. ¿Qué es lo que ha cambiado ahora? Aquello ya lo solucionamos, ¿no es cierto? —intervino lord Malfoy, que intentaba llegar al fondo del asunto.

—En parte, lord Malfoy. Por fortuna, pudimos mantener el alto nivel de nuestras fábricas gracias a que trabajábamos con seda directamente importada del Japón, pero el coste era excesivo. Ahora todo este sistema ha cambiado...

—Ilústrenos, Benjamin... —ironizó lord Fuley.

—Verán, no les negaré que, gracias a la apertura del canal de Suez y a la escasez

de producción por parte de los franceses, nos libramos de un duro competidor y pudimos fortalecer nuestra industria. Pero la realidad es que ahora se tardan veinte días en llegar a ese país de salvajes, y puesto que ellos desean industrializarse a toda costa nosotros podríamos producir grandes cantidades de tela allí mismo. De ahí mi interés en intentarles convencer, con argumentos sólidos, de la importancia de instalar nuestras fábricas en los mismos países de origen.

—¿Y cuál es su propuesta? —preguntó lord Malfoy.

—Deberíamos establecernos en Tokio o en poblaciones cercanas, para aprovecharnos de la mano de obra autóctona y no tener que desplazar la materia prima de un continente a otro. Resulta mucho más rentable fabricar nuestros productos en el país de origen y transportarlos ya confeccionados a Gran Bretaña y al resto del mundo —concluyó Watson, seguro del éxito de su propuesta.

—Su idea no me parece tan desacertada, Benjamin. Si aprovechamos la evolución de nuestra industria y nuestros vínculos asiáticos forjados con el comercio del té, podría ser una inversión asumible —reflexionó lord Fuley.

—Ténganlo por seguro, señores. Miren, se rumorea que se están logrando ciertos progresos para crear seda artificial, pero estoy seguro de que jamás podrá compararse con la natural.

—Habladorías... —comentó en voz alta lord Thompson, que no había intervenido en la conversación hasta ese momento.

—Opino como usted, lord Thompson. Si me lo permiten, nosotros necesitamos conservar la calidad exquisita de nuestros productos. Nuestros exigentes clientes son fieles a una forma de proceder, y por ello debemos seguir utilizando seda natural —prosiguió Watson.

—La cuestión es si finalmente esos salvajes, como usted dice, aceptarán sin problemas la instalación de nuestras fábricas en su territorio. Aún son una nación primitiva, y llevan siglos encerrados en su propio mundo —afirmó lord Bennett con rotundidad, entrando sin preámbulos en el turno de opiniones.

—Aceptarán. Nosotros pagamos precios altos y en oro, y les abastecemos de productos que necesitan para su industrialización. Sería un trato igualitario y beneficioso para ambas partes. Nuestros hombres en Japón están a punto de acordar un convenio de colaboración con el mismísimo emperador. En unos meses deberíamos podernos establecer en Tokio —declaró orgulloso Benjamin Watson.

Después de una corta deliberación, los presentes aprobaron la propuesta de expansión comercial de la compañía.

Formaban parte de la élite británica y sabían que todas las apreciaciones del poderoso empresario eran correctas, de modo que, por mayoría absoluta, respaldaron la estrategia que Watson había concebido. Iban a aprovechar un potencial que parecía estar en un profundo letargo y convertir a Japón en el punto de partida de su dominio comercial en Asia.

Thomas y el profesor se encontraban en el Ye Olde Cheshire Cheese, en el 145 de

Fleet Street, tomando una copa.

Aquel lugar gozaba de una larga y vigorosa historia como punto de reunión de infinitas generaciones de bebedores asiduos, grandes aficionados al buen alcohol que habían conseguido mantenerlo abierto durante siglos.

Nadie era capaz de dar con la fecha concreta de su apertura, pero todos, con más o menos detalles, conocían la vieja leyenda de su reconstrucción después del terrible incendio de 1666. Una cifra curiosa que evocaba sin remedio la intervención en él del mismísimo diablo.

El pub era estrecho, y estaba construido en esencia con piedra y madera de tonalidad oscura. Famoso como era, solía estar siempre lleno, dado que muy pocos eran capaces de resistirse a su encanto añejo.

La intimidad era muy difícil en un ambiente tan ruidoso, pero, con un poco de paciencia, Thomas y el señor Smith lograron sentarse en una vieja mesa del fondo, más tranquila, para tratar el importante asunto que tenían entre manos.

En el Ye Olde Cheshire Cheese no había medias tintas. Jarras de cerveza de todo tipo, y la dura ginebra que tan de moda se había puesto, iban de un lado a otro de la barra y se consumían en cantidades ingentes. En aquel tiempo la gran mayoría de los londinenses eran muy aficionados a las bebidas alcohólicas, quizá por su necesidad de olvidar —en la mayoría de las ocasiones— sus tristes vidas.

En tanto la actividad habitual de la taberna se desarrollaba ante ellos, Thomas y el profesor discutían el asunto de Emily con suma delicadeza. Después de asumir un riesgo tan elevado poseyendo el corazón y el cuerpo de la joven Watson, el marinero había logrado atar todos los cabos pendientes para emprender la huida con su amada a Shanghái. El viaje no iba a ser muy agradable, ni tendría lugar en las condiciones idóneas para una dama de su categoría, pero Thomas contaba con los suficientes amigos y recursos para empezar desde cero, lejos de aquella maldita ciudad de vicio y oscuridad.

Sin duda, Shanghái era el lugar adecuado para escapar del control de su familia, dado que Thomas Wells conocía el proyecto de su patrón de introducirse en tierras japonesas. Además, era consciente de que llevarse a la hija de un hombre tan poderoso como Benjamin Watson sin la aprobación de este representaba casi un suicidio, pero estaba decidido a arriesgarlo todo para estar con ella. Su osadía se tomaría como el peor de los agravios, pero carecía de alternativas. Los padres de ella jamás lo considerarían el pretendiente adecuado para su primogénita, de modo que las opciones eran huir o perderla para siempre y, ante semejante dilema, ambos estaban de acuerdo en dar aquel paso tan drástico.

Thomas se esmeró en explicar todos los detalles a su viejo amigo, para que pudiera comunicárselos a Emily. Con la excusa de las clases que la joven recibía en casa del profesor, podría transmitirle las instrucciones necesarias que le permitirían acudir al lugar exacto donde Thomas iría a recogerla. Embarcar iba a resultar bastante sencillo, aunque necesitaban ejecutar el plan sin errores. El curtido marinero sabía

que debían abandonar Londres antes de que las sospechas de Benjamin Watson pudieran darle la oportunidad de reaccionar.

El profesor escuchó con atención los argumentos de un hombre al que consideraba casi un hermano y, entre pinta y pinta de cerveza, le recordó lo mucho que le iba a echar de menos. Por desgracia él también estaba obligado a hacer las maletas, dado que, tarde o temprano, el padre de Emily ataría cabos y no dudaría en ajustar cuentas con todos los implicados en la traición. Por lo tanto, lo más conveniente era que Smith abandonara la ciudad y que empezara de cero en alguna otra parte del mundo. A él le fascinaba enseñar y adoraba su profesión, de modo que intuía que no iba a resultarle muy complicado encontrar un nuevo empleo de tutor.

Por supuesto, cuando supiera que Emily había abandonado el país, el señor Watson no descansaría hasta averiguar qué había sucedido, y si tiraba del hilo con la suficiente rapidez, lo pillaría a contrapié. Smith no quería arriesgar la integridad de los suyos. Su hermana Lucy vivía en Liverpool junto a sus dos hijos tras haber enviudado, y el profesor los adoraba. Jamás se perdonaría que algo les pasara por su culpa.

El día llegaba a su fin con lentitud, y la oscuridad empezó a adueñarse de las frías calles de Londres. Thomas y Smith decidieron tomarse aquella velada como una ceremonia de despedida temporal. Intuían que muy pronto iban a estar muy lejos el uno del otro y, sin embargo, tenían la certeza de que su amistad prevalecería hasta el fin de su existencia.

La noche reinaba en Londres y ocultaba los detalles de aquella gris y humeante Babilonia moderna. No obstante, era entonces cuando su peor rostro, el más ruin, se hacía más evidente en sus calles.

El espeso humo gris, la enigmática sombra de las largas chimeneas de las fábricas y el hedor a suciedad impregnaban cada rincón de la metrópoli. Tal vez en las callejuelas más inhóspitas de Londres todo ello se acentuaba un poco más.

En apariencia, el silencio cubría hasta el último de los ladrillos de la capital británica, pero la realidad era que innúmeras juergas callejeras tenían lugar hasta altísimas horas de la madrugada. La ciudad no descansaba nunca. De día, albergaba a los, en teoría, más honrados y decentes y, de noche, todo lo malo que sus entrañas de piedra y metal había incubado irrumpía en las calles para romper la armonía y apoderarse del alma de los más débiles y confundidos.

El más leve sonido se expandía e impactaba violenta y desquiciadamente contra los muros de piedra de los edificios más antiguos. Eran chasquidos nocturnos que punteaban el traqueteo de los coches de caballos y los pasos apagados de los naufragos que aún recorrían la ciudad.

Londres se asemejaba a un desierto lúgubre y sucio con un extenso harén: el este de la ciudad. La ciudad era una especie de castillo de naipes en el que el vicio, el alcohol y la prostitución jamás se desmoronaban.

El profesor no acostumbraba regresar a su casa a una hora tan avanzada, pero en

aquella ocasión había hecho una excepción, consciente de que no vería a Thomas durante mucho tiempo. Una larga despedida era lo mínimo que podían ofrecerse el uno al otro.

Cuando abrió con parsimonia la puerta de su piso, el señor Smith descubrió que un hombre le esperaba sentado en el único sillón que había en la entrada. Fumaba un cigarrillo saboreando cada calada como si fuera la última y, aunque notó que Smith lo había visto en la penumbra, no apartó la mirada del profesor ni un solo segundo. Aquella presencia inesperada y desafiante dejó claro al profesor que algo andaba mal. Respirando hondo, cerró la puerta, dejó las llaves sobre la mesita de la entrada y se desprendió de su chaqueta. Iba algo bebido, pero hizo un gran esfuerzo para que no se le notara. Ante todo, era un hombre que guardaba las formas.

—¿Quién es usted? Dígame qué desea o tendré que pedirle que se vaya de mi casa.

—Profesor, no se ponga a la defensiva. Sabe perfectamente a lo que he venido —aclaró el desconocido.

—He de recordarle el detalle de que aún no se ha presentado, señor. No tengo ni la más remota idea de quién es usted —replicó el profesor, que ya había intuido los motivos de la aparición de aquel hombre en su domicilio.

—Verá, profesor. Se trata de un asunto algo... comprometido. El señor Watson, quien le paga a usted con escrupulosa generosidad, está francamente descontento con su actitud.

—¿Y es eso motivo para enviarme a un matón a mi casa? —replicó Smith en tono desafiante.

—Si usted participa en la deshonra de su familia, ese es motivo suficiente para arrojar su cadáver al Támesis. ¿Me va comprendiendo, profesor? —zanjó el individuo misterioso.

—Sus intenciones han sido evidentes para mí desde el inicio de nuestra conversación. Entonces, ¿pretende matarme aquí? —ironizó el profesor mientras se servía una copa de ginebra.

—Nada más lejos de mi intención, caballero. ¿Por quién me ha tomado, por un asesino de tres al cuarto? No. He venido a acompañarlo a un lugar donde podremos conversar con más calma. Aquí apesta a libro viejo —censuró el hombre mientras dibujaba una mueca sarcástica con sus labios.

—Negarme a ir con usted sería inútil, supongo.

—Ciertamente inútil, si lo que quiere es conservar su vida. ¿Qué le parece si nos vamos ya?

—¿Debería coger algo importante, o allí adonde voy no me hace falta nada más que lo que llevo puesto? —preguntó el profesor, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Allí donde le llevo, solo llegará si decide colaborar. Coja su chaqueta y su sombrero y acompáñeme, si es tan amable.

El desconocido se incorporó y se tomó un tiempo para alisar las arrugas de su chaqueta y pantalón. Luego se acercó al profesor para invitarle a abandonar la humilde vivienda.

Smith hizo lo que se le pedía sin rechistar. Sabía que, a partir de ese momento, su vida estaba en manos del poderoso e implacable Benjamin Watson.

A la mañana siguiente, la niebla espesa se había levantado con tal intensidad que las calles apenas podían verse. Allí donde podía verse, el cielo se mostraba inseguro, indeciso entre descargar una gran tormenta, aún oculta en sus entrañas, y proporcionar una breve tregua a los desgraciados que tenían que acudir a sus puestos de trabajo. Las inclemencias del tiempo castigaban sobre todo a los más desfavorecidos, que estaban obligados a recorrer las calles para ganar el sustento con que mantener a sus familias. La situación, para muchos, era terrible, una pesadilla de la que no lograban despertar.

Emily era realmente afortunada. La dureza de las calles londinenses no perturbaba el barrio donde vivía. Sus vecinos de Mayfair eran ciudadanos de gran prestigio, opulentos y esnobs de una forma repelente e insoportable. La familia de Emily se codeaba con grandes magnates comerciales, orgullosos de vivir en la zona más elegante de la capital y que despreciaban al resto de sus habitantes. Para la clase dirigente, el dominio despótico sobre las clases bajas no era algo propio del medievo.

Emily permanecía en silencio, observando a través de la ventana de su habitación las lujosas casas cercanas y cómo la lluvia y el frío maltrataban a la capital del Imperio.

A pesar del tiempo inclemente, se vistió según la etiqueta y se presentó en el salón para tomar un rápido desayuno y llegar a su cita diaria con el profesor. Era tan solo un pretexto, pues en realidad ardía en deseos de tener noticias de su amado Thomas y su tutor ejercía de enlace entre ambos. Smith era el único que podía transmitirle un mensaje suyo.

El desayuno transcurrió con normalidad, pero antes de que Emily abandonara la mesa, su padre le indicó que quería hablar con ella. Su venganza estaba próxima:

—Hija, no es necesario que desayunes con tanta prisa. A partir de hoy ya no asistirás a las clases del profesor. En veinte minutos vendrá la nueva institutriz para ayudarte en tus tareas.

—¿Qué ha sucedido, padre? ¿Una institutriz? —se sorprendió la joven, que al mismo tiempo intentaba buscar un argumento para convencer a su progenitor de que aquella era una idea por completo descabellada.

—Sí, Emily. A tu edad una mujer debe saberse comportar como una dama de su categoría, y ese es un aspecto que hemos dejado algo descuidado. Además, el profesor no importa, cualquier tutor puede proporcionarte el tipo de conocimientos que él te enseñaba.

—Pero, padre... yo disfrutaba mucho con las lecciones del profesor Smith. Permítame al menos recibir algunas lecciones más —aventuró Emily, buscando la forma de ganar tiempo y obtener margen de maniobra.

—Lo lamento, hija, la decisión está tomada. De todas formas, el profesor ha decidido no seguir entre nosotros. Ayer presentó en persona su renuncia para poder regresar a Liverpool.

—¿A Liverpool? —se extrañó Emily, angustiada. En aquel momento estaba desconcertada.

—Intuyo que por problemas familiares, Emily. Por ello, respeté su voluntad y le liberé del compromiso que había adquirido con nosotros. Pero eso ya no importa. Ahora termina de desayunar, por favor, y regresa a tu habitación para esperar a la nueva institutriz.

—Como ordene, padre... —susurró Emily, sumida en la tristeza.

Sin que mediaran más palabras, la joven terminó el desayuno y regresó a su cuarto. Se sentía triste, confundida e incluso enojada. Si no lograba contactar, aunque solo fuera una vez, con el profesor, jamás sabría lo que Thomas había ideado para llevar a cabo su huida, y ello ya era motivo suficiente para desesperarse. Quizá su amado aún no estuviera listo para abandonar la ciudad en su compañía... No, Emily seguía teniendo la esperanza de que pronto tendría noticias de él. No obstante, estaba sumergida en un mar de dudas y no podía pensar con claridad, así que optó por esperar a la nueva institutriz mientras se perdía en sus propios recuerdos.

Algunas zonas de Londres resultaban difíciles de recorrer. En especial en los barrios más humildes de la metrópoli, allí donde un sinfín de pestes y hedores distintos se entremezclaban, resultaba difícil permanecer mucho tiempo sin taparse la nariz con un pañuelo, el único remedio para no perder el sentido irremediablemente. Visitar aquellos lugares provocaba unas ganas incontrolables de vomitar. La hedionda bienvenida resultaba, como mínimo, demoledora.

En el resto de la ciudad los olores era inclasificables, aunque nunca tan agresivos como en el East. Los efluvios metálicos, el humo de las chimeneas fabriles y el rancio aroma de la vieja piedra sobre la que se había construido la capital del Imperio eran componentes intrínsecos de la atmósfera de sus calles.

Ian Higgins bajó del coche junto con un par de hombres de gran envergadura y musculatura prominente. Los tres vestían trajes oscuros hechos a medida, con un bombín a juego. Su aspecto era hosco y desafiante, y sus ojos transmitían sus malas intenciones. Por mucho que hubiesen querido, jamás habrían podido ocultar la pinta de matones profesionales que denotaba hasta el último centímetro de sus vestimentas.

Con pasos acompasados, empezaron a recorrer los muelles de la zona portuaria de Westminster —que abarcaba Lambeth y Southwark— hasta llegar al área propiedad de las industrias Watson.

El puerto de la capital del Imperio británico poseía una extensión desmesurada, paralela al curso del viejo Támesis.

Estaba formado por un entramado portuario descuidado que albergaba embarcaderos, muelles y todo tipo de construcciones navales, pensadas para facilitar el trasiego importador y exportador más importante del país. Por ello el puerto de la ciudad acogía embarcaciones procedentes de cualquier parte del mundo, a las que daba la bienvenida siempre que recibiera en contrapartida un trato prioritario. La gentileza británica tenía un precio, y no todas las naciones podían atracar en sus muelles.

Mercancías procedentes de Extremo Oriente y de las colonias se descargaban a diario, y la actividad era tan frenética que los encargados del puerto lo habían dotado a conciencia para mover y almacenar el enorme volumen de productos. Si aquel era el emporio del resto del mundo, tenía que estar equipado para cualquier imprevisto.

Aunque lo más curioso era observar los muelles del Támesis. Allí, cientos de marineros procedentes de mil y un lugares distintos se insultaban, vociferaban y se incordiaban entre sí. En verdad, los muelles de Londres eran la viva imagen de la Babel bíblica, donde nadie hablaba la misma lengua ni parecía entenderse.

Por sus desembarcaderos grupos de hombres desplazaban fardos —cuyo origen era harto difícil averiguar— de un lugar a otro como si fueran una legión de hormigas obreras. En los muelles, uno podía encontrarse con cualquier cosa.

Lo primero que hizo el ceñudo Ian Higgins fue inquirir al vigilante de la entrada por el paradero de Thomas Wells, y, en cuanto supo dónde encontrarlo, se despidió del individuo con brusquedad. Los hombres como Higgins se dedicaban a resolver de forma expeditiva asuntos turbios y no a mantener una típica e insustancial conversación de hora del té.

Después de atravesar parte de los muelles siguiendo las indicaciones recibidas, los tres esbirros hallaron a su víctima. Thomas permanecía inmóvil en la pasarela de uno de los mercantes de la compañía, mientras discutía algo con un capataz. En cuanto supervisor sobre el terreno de los negocios del señor Watson, tenía la exigente y crucial misión de asegurarse de que todo estuviera en orden para que los vapores pudieran zarpar con plenas garantías.

De improviso, Thomas se giró por instinto y se topó con la presencia amenazante de los sicarios. Un rápido vistazo le bastó para comprobar que no estaban allí para darle buenas noticias. Su aspecto no era el de los mensajeros habituales, sino más bien el de los ejecutores experimentados. Algo había salido mal y Thomas —perro viejo en estos asuntos— entendió que estaba atrapado.

Los tres hombres avanzaron sin más hasta quedarse a apenas unos centímetros de donde él estaba:

—Es usted el señor Thomas Wells, ¿verdad? —El que había hablado era un hombre de maneras rudas, que parecía el cabecilla del grupo.

—Puede que sí. ¿A quién buscan exactamente? En este barco, y en este muelle, trabajan varios hombres con ese nombre, entre los que me incluyo yo.

—Le pediría que no nos haga perder el tiempo, señor Wells. El señor Watson nos

ha pedido que nos siga sin resistencia hasta una de sus fincas de las afueras de Londres. Necesita contar con su presencia para hablarle de un asunto de suma importancia. ¿Sería tan amable de venir con nosotros?

—Desde luego, caballeros. Si el señor Watson les ha pedido que los acompañe, lo haré con gusto —respondió el marinero, ya del todo seguro de que algo no andaba nada bien.

Con un rápido movimiento, Thomas se ajustó la gorra, se abrochó el largo abrigo marrón y empezó a caminar al mismo ritmo que sus custodios.

A la salida del muelle, subieron a un coche de caballos propiedad de los Watson, y empezaron a recorrer las calles de la ciudad, mientras Thomas repasaba los últimos acontecimientos para intentar ligar cabos. Desde luego, todas las hipótesis le llevaban al último encuentro con Emily, por la importancia de lo que entonces había acontecido. Al final, decidió concentrarse en buscar la forma de escapar de aquella encerrona si contaba con una mínima oportunidad. Si no lo lograba, sin duda no le esperaba nada bueno.

La sangre seca sobre sus párpados les impedían tener una visión clara y empapaba sus camisas de forma aparatosa. Habían sido vapuleados con crueldad, pero, pese a la paliza, ambos se mantenían conscientes.

Ante Thomas y el profesor Smith, Ian Higgins y los otros dos hombres corpulentos empuñaban porras de cuero de corto tamaño. Se habían quitado las chaquetas y arremangado los brazos de las camisas, aunque no habían podido evitar que alguna salpicadura alcanzara sus chalecos de color gris oscuro, confeccionados con terciopelo barato. Los tres parecían vestir de forma idéntica.

A decir verdad, los tres hombres habían realizado un esfuerzo considerable, porque sus frentes relucían cubiertas de sudor. En el sótano hacía un calor asfixiante.

Algo más apartada, y semioculta en la penumbra creada por un quinqué, se adivinaba la presencia de Benjamin Watson, que había permanecido en completo silencio. Vestido con elegancia, observaba el correctivo que se estaba aplicando a sus dos empleados con un aire impasible, que ocultaba su deseo ardiente de golpear él mismo a aquellos traidores. Pero su posición y poder le impedían intervenir en ese tipo de ajustes de cuentas. Para esas labores contaba con la fiel dedicación de auténticos asesinos, hombres capaces de dar su vida por él.

Sin previo aviso, el señor Higgins se acercó a Thomas con un cuchillo afilado. Antes de proceder, esperó el consentimiento de su patrón. Cuando lo obtuvo, el esbirro rajó sin dudar las dos mejillas del marinero. El dolor que le ocasionó fue tan intenso que la víctima ni siquiera gritó.

—¡Para! De momento es suficiente —ordenó el señor Watson al ver cómo sangraba el rostro de Thomas Wells.

—Sí, patrón, como usted diga —obedeció Higgins, que levantó la mano para que sus hombres se detuvieran también.

El comerciante bebió un sorbo del té que tenía justo al lado del quinqué y saboreó

sus contrastes con delectación. Después, miró su reloj de bolsillo y decidió que se estaba haciendo demasiado tarde. Todo aquello ya se había alargado demasiado y, sin moverse de su postura inicial, se dispuso a tratar directamente con los torturados.

—Bien, señores. Confío en que hayan entendido el mensaje. Ambos han mancillado el honor de mi familia, y eso es algo que no puedo pasar por alto — declaró el implacable empresario mientras se escuchaba a sí mismo con satisfacción. Aquella muestra de poder absoluto le hacía sentirse realizado. En sus manos estaba el destino de dos hombres y, pese a la estricta moral cristiana de la que hacía gala, la pena del talión formaba parte de su escala de valores.

Durante unos segundos, Benjamin Watson mantuvo un silencio ominoso, mientras sopesaba diferentes opciones. Al fin, proclamó:

—No es necesario decir, y ambos lo saben, que les había tomado un gran afecto, pero su osadía ha superado todo límite. Usted, Thomas, era mi hombre de confianza. Bajo mi protección habría alcanzado la gloria. Se habría convertido en el máximo responsable de la expansión de mis negocios a los confines del mundo. Pero deshonar a mi querida Emily... eso sí que es un crimen que debería pagar con su vida. ¿Acaso cree que iba a permitir esa relación? Mi heredera merece un esposo de su misma condición, o incluso superior, y no la compañía de un marinero de tres al cuarto. Debería hacer que lo despellejaran aquí mismo.

El magnate calló de nuevo, hasta que decidió proseguir con su resumen de la situación:

—Y usted, profesor... aún no comprendo cómo un hombre cabal, y de su reputación, ha sido capaz de facilitar semejante ultraje a mi honor y mi familia. Le tenía por un defensor convencido de la moral del Imperio británico, pero ha resultado ser un vil confabulador, y ahora se ha convertido en un gran peligro para todas aquellas familias que han confiado la educación de sus descendientes a su supuesta sabiduría y buen hacer.

Mientras escuchaban a Watson, el profesor Charles Smith y Thomas Wells mantenían la cabeza gacha, intentando recuperar fuerzas. Ambos sentían todo el cuerpo entumecido, y un dolor agudo e insoportable, pero no tenían más remedio que mantener la compostura. De todas formas, jamás se habrían atrevido a abrir la boca: una interrupción extemporánea habría sido interpretada como un reto por el influyente Benjamin Watson, algo que podría hacerles perder la vida.

—¿Saben? Reconozco que, de camino aquí, me he planteado seriamente qué hacer con ustedes. Mis colaboradores me aconsejaban matarlos aquí mismo y hacer desaparecer sus cadáveres, y durante gran parte del trayecto mi voluntad se ha aferrado con fuerza a esa opción. Pero, ahora, al verlos apaleados como perros, me parece que quitarles la vida sería demasiado benevolente por mi parte. Por lo tanto, he ideado una forma de recordarles toda su vida la grave falta que han cometido. Mi desprecio hacia sus vidas es tan alto que permitiré que conserven el pellejo, pero lo harán bajo mis condiciones estrictas. En caso contrario, les doy mi palabra de que sus

familias pagarán por sus pecados. Por ello les voy a hacer elegir entre dos alternativas muy claras: o bien cumplen cadena perpetua en el penal de Newgate, o bien trabajan en los nuevos destinos que he decidido para ustedes.

Durante unos minutos, un silencio amenazador se adueñó del sótano. Benjamin Watson tuvo tiempo suficiente de tomar otro sorbo de té y de exigir una respuesta:

—Y bien, señores, ¿qué han decidido escoger?

Sin duda, estaban atrapados en un callejón sin salida. Sin embargo, cuando escuchó las palabras del acaudalado empresario, a Thomas solo le vino una idea a la cabeza: aunque tuviera que someterse a la voluntad del diablo, tarde o temprano tendría su oportunidad de recuperar a su amada Emily, y de ajustar cuentas. Y esa ocasión sería imposible si lo mataban.

Al mismo tiempo, el profesor pensaba en su querida hermana Lucy y el pequeño Steven. Era la única familia que le quedaba en Liverpool y no podía permitir que nada malo les sucediera, de modo que estaba dispuesto a aceptar cualquiera de las condiciones que impusiera el señor Watson. Ninguno de esos inocentes, a los que amaba más que cualquier cosa en el mundo, iba a sufrir por su culpa.

—Vivir... —farfulló Thomas.

—Yo también, señor... —musitó casi al unísono el profesor.

—Bien... Entonces supongo que desearán saber cómo se convertirán en mis esclavos, ¿verdad? Porque eso es lo que serán a partir de ahora —sentenció el empresario con voz firme y profunda.

Ninguno de los dos prisioneros respondió. Simplemente asintieron con la cabeza, mientras sus heridas seguían sangrando, aunque con más lentitud en aquel momento.

—Empecemos, por tanto, con el profesor Smith... Usted partirá mañana mismo rumbo a Bombay. Necesito a un hombre experto en lengua inglesa para instruir a los trabajadores de las industrias textiles que tengo en la India. Vivirá como un trabajador más y estará sometido a la férrea vigilancia del capataz y sus hombres, de modo que, si decide escapar, morirá al instante. Jamás regresará a Inglaterra y, en caso de que lo intente, mis hombres se encargarán de que su hermana y su sobrino tengan un fin... digamos que poco natural. Usted decide...

—Sí, señor... —respondió débilmente Charles Smith. Había cometido el error de ofender a uno de los hombres más poderosos del Imperio británico, y ese tipo de faltas se pagaban muy caras.

—En cambio, usted, Thomas, viajará al peor lugar al que puedo enviarlo... La terrible Ruta de la Seda acabará por sí sola con su vida. Quiero que experimente la dureza de esa ruta comercial y que sienta la mayor de las agonías. Adam Stevenson, el capataz que trabaja para nosotros, me ha pedido un refuerzo con sus características. Pero sepa, amigo mío, que el señor Stevenson tiene orden de dispararle y torturarlo si trata de escapar. Como he asegurado a su querido colaborador aquí presente, los mataré a usted y a sus padres si vuelve a pisar suelo británico. Soy consciente de que en aquellos parajes me será de gran ayuda, así que ahora pasa a ser un condenado a

muerte a mi servicio. El día en que puso la mano sobre mi pequeña, sentenció su vida, Thomas. Ahora me pertenece a mí y no a ella. Es irónico, ¿no le parece?

—Sí, señor Watson... —contestó Thomas con los ojos llenos de odio.

—Esta noche dormirán aquí custodiados por estos amables señores que les han hecho entrar en razón, y mañana a primera hora embarcarán en sus navíos respectivos. Será la última vez que vean Gran Bretaña, eso puedo garantizárselo. Y no olviden que, si intentan incumplir esta sentencia, morirán ustedes y sus allegados inocentes. Espero que jamás borren de su mente que les he perdonado la vida. Están en deuda conmigo, con mi generosidad, hasta el fin de sus días.

Con gran desprecio, Benjamin Watson los miró por última vez y, con una frialdad aterradora, abandonó el sótano sin decir nada más.

A las cinco de la mañana, los tres fornidos sicarios a las órdenes de Benjamin Watson despertaron a patadas a sus prisioneros. Sucios por la sangre derramada, doloridos por la crudeza de la paliza recibida y faltos de fuerzas, los dos amigos hicieron un esfuerzo sobrehumano por incorporarse. El tormento había sido considerable, pero el hecho de que sus vidas pendieran de un hilo los impulsó a obedecer las órdenes de sus agresores. Si no lo hacían, exhalarían definitivamente su último aliento.

Los esbirros del poderoso empresario les arrojaron sin consideración algo de ropa y una documentación en la que se les atribuía una nueva identidad. A partir de ese momento abandonaban sus nombres y sus derechos para convertirse en quienes el magnate deseaba que fueran: míseros esclavos para el resto de sus días.

Veinte minutos más tarde, partieron hacia el puerto comercial de Canary Wharf, al que, en aquel tiempo, arribaba un gran número de embarcaciones foráneas. Allí, los territorios más desarrollados del mundo amarraban sus barcos con la intención de tratar con los ingleses. Además era el puerto idóneo para realizar todo tipo de transacciones comerciales.

La gran mayoría de los mercantes propiedad de Benjamin Watson se encontraban en el muelle de Westminster, pero dos de sus navíos de largo recorrido habían fondeado en Canary Wharf. Eran precisamente los que iban a conducirlos hasta sus nuevos destinos.

Todo el camino se hizo en un silencio inquietante, aunque Thomas y el profesor cruzaron miradas furtivas un par de veces. Su única intención era prometerse sin palabras que algún día volverían a reencontrarse. Ambos sabían que, por amistad, podía hacerse cualquier cosa, incluso arriesgarse a perder la vida.

Al llegar al acceso principal de los muelles, uno de los matones de Watson entregó en mano una carta informativa al encargado, quien, después de cerciorarse de que todo estaba en orden, les autorizó a pasar.

El grupo pudo distinguir hileras de buques que se sucedían a lo largo del muelle. Había barcos que procedían de lugares tan remotos que ni siquiera aparecían en las cartas de navegación.

Sin duda, solo un experto podía adivinar a simple vista el país de origen de aquellos navíos, aunque Thomas —que era un marinero veterano— comprobó que los mercantes holandeses y norteamericanos seguían atracados en el mismo lugar que antes de su secuestro. Algunas cosas no cambiaban tan rápido.

Estaban a punto de iniciar una cruel odisea y nada parecía poder librarles de aquel castigo, ya que, pese a sus oraciones, el puerto conservaba su frenesí habitual, y por todas partes podía oírse un alboroto de gritos ensordecedores, golpes y órdenes pronunciadas en mil idiomas diferentes.

Durante unos breves segundos, Thomas se quedó absorto observando la negrura del viejo Támesis. Un inoportuno destello mental le avivó la memoria. Desde su más tierna infancia había escuchado con atención las leyendas que los marineros de la zona explicaban sobre las aguas turbulentas del río. Muchos eran los que aseguraban que el Támesis era un cementerio sin lápidas ni flores. Para ellos el río era una espesa masa acuosa que había engullido, desde tiempos inmemoriales, a miles de personas desgraciadas que habían suplicado que las rescatasen. Sus almas se habían separado a la fuerza de sus cuerpos ahogados, y entonces los sórdidos enterradores habían recogido sus despojos de la orilla y los habían abandonado en la fosa común. Porque el Támesis se había convertido con los siglos en el lugar idóneo para purgar todos aquellos pecados que merecían pagarse con la muerte.

Entonces, Thomas, mientras observaba los montones de residuos golpeando contra los muelles con el vaivén del suave oleaje, pensó que tal vez el destino les haría el regalo de morir allí mismo, sin tener que embarcar hacia un futuro cruel. En cierta forma, deseaba que Benjamin Watson hubiera cambiado de idea a última hora y que hubiera decidido librarse de ellos en un lugar en el que nadie jamás podría reclamar sus cadáveres.

El coche se detuvo al lado de un majestuoso barco de vapor. Uno de los hombres de Watson hizo descender al profesor de un empujón. Allí se separaban los caminos de Charles y Thomas.

—Suerte, Charles... —susurró Thomas.

—Hasta pronto, amigo... —dijo el profesor, temeroso de que su respuesta suscitara alguna reacción por parte de sus agresores.

Mientras el coche se alejaba, el marinero pudo observar cómo su viejo amigo subía al buque a empellones. Su querido amigo Charles Smith había pagado un precio demasiado alto por encubrirlo. Sabía que ambos habían cometido un grave delito a ojos de la estricta sociedad victoriana, pero también tenía la certeza de que en aquella ciudad se había instituido la doble moral. Entre lo que se decía y lo que se pensaba había una discrepancia enorme.

El carruaje se detuvo en el destino siguiente, un barco que Thomas conocía perfectamente: el *Orient Wave*. Fue el propio Ian Higgins quien, con placer manifiesto, escoltó a Thomas hasta el buque. El marinero había trabajado en él en numerosas ocasiones, aunque ahora pisaba su cubierta en condiciones muy diferentes.

Buena prueba de ello fue que el capitán, al que conocía muy bien, lo trató como a un perro callejero. Habían vivido mucho juntos y, sin embargo, no demostró ni un ápice de piedad por él.

Aquella madrugada, mientras el amor de su vida era enviado a un país lejano, Emily se despertó de un sobresalto. Una presión en el pecho la alarmó un poco y, de modo involuntario, Thomas apareció en su mente. La imagen de la maravillosa noche que habían pasado juntos la acompañaría hasta el fin de sus días, aunque el no saber nada de él seguía preocupándola.

Desvelada, se levantó de la cama y se abrigó con una sedosa bata de encaje antes de acercarse a la ventana de la mansión familiar. Londres no había despertado todavía y, si aguzaba la vista, podía divisar el bosque de mástiles de los barcos atracados en el puerto de la ciudad. ¿Y si Thomas estuviera allí? ¿Y si después de robarle todo el cariño que su pecho podía albergar hubiera decidido marcharse sin ella? ¿Sería capaz de dejarla morir de amor no correspondido? No. Aquella reflexión era absurda. No podía creer que alguien que la había amado con tanta pasión fuera capaz de cometer semejante atrocidad. No obstante, dudaba. Su madre solía repetir una y otra vez que con los hombres jamás se podía estar segura de su sinceridad.

Desde siempre, las mujeres habían sido poco más que sus juguetes, sus objetos de diversión. No obstante, los tiempos estaban cambiando y la modernidad empezaba a otorgarles mayor poder social. Pronto las cosas tomarían un nuevo rumbo, aunque, de momento, los antiguos hábitos seguían imperando sobre la lógica.

Emily estaba inquieta y, mientras asistía al lento amanecer, recordaba una y otra vez el último instante en que había abrazado a su amor. En aquellos momentos, sin embargo, no tenía ninguna noticia ni de su amado ni de su querido profesor. Thomas parecía haber desaparecido misteriosamente de su vida y no se le ocurría cómo seguir su rastro. La joven intuía la inminencia de un desastre.

A la hora del desayuno, Emily se presentó ante sus padres como de costumbre. No tenía sueño. El corazón le latía de angustia, se sentía presa en aquella lujosa casa y, aunque sabía a lo que se arriesgaba, tenía decidido averiguar el paradero de su querido Thomas. Sabía que para su progenitor era un hombre importante y, como protegido de la familia, no tenía por qué extrañarle su curiosidad.

El desayuno transcurrió con placidez aparente, mientras Benjamin Watson ojeaba la prensa del día analizando la situación de la industria textil. La paz se rompió con brusquedad cuando Emily decidió armarse de valor. Era ahora o nunca.

—Padre, hace tiempo que el señor Thomas no nos deleita con su presencia. ¿Le ha sucedido algún percance?

—¿Y ese repentino interés, Emily? No es propio de una dama preguntar de forma tan directa sobre personas que no pertenecen a su mismo rango. ¿A qué es debido? —inquirió Watson, quien quería poner a prueba a su hija con algún propósito malintencionado.

—A nada en particular, padre. Me interesaba por él porque ha visto tantos lugares

que solo conozco por mis lecturas que escuchar sus vivencias resulta muy agradable —se excusó la joven, intentando salir airosa de la situación.

—Ah, desde luego. ¿Se trata de eso? ¿Desearías visitar sitios remotos?

—A decir verdad, sí, padre. Es algo que me gustaría hacer...

—Hija, nuestra posición no nos permite viajar a las colonias ni mezclarnos con los salvajes que allí viven. Eso podría suceder si contrajeras matrimonio con el heredero de los Lambert y lo acompañases en sus viajes de negocios. De hecho, ya va siendo hora de que se celebre ese enlace.

—Padre, yo... —empezó a decir Emily, pero sabía que no iba a poder terminar la frase.

—Ya es suficiente, hija. Tú misma dices que deseas conocer mundo, y los Lambert te pueden ofrecer el mundo entero si lo deseas. Así que no se hable más, te casarás en primavera. Ya está todo acordado, de modo que no será difícil organizar la ceremonia... Y si deseas abandonar Londres, no me opondré a que acompañes a tu esposo y a su hermano a nuestras colonias. Me enorgullece decirte que ambos van a encargarse de nuestras futuras fábricas en Japón —explicó con gran seriedad el expeditivo señor Watson.

—¿Japón? ¡Eso está más lejos aún que China! —exclamó Emily, sorprendida. Aquel era el lugar que habría deseado visitar con su amado Thomas.

—Exacto, hija. Son unas islas cercanas a la costa de China. Allí la seda es extraordinaria, y se están abriendo a la modernidad. Todos los acuerdos están cerrados para que nos establezcamos allí en el mes de septiembre, de modo que acompañarás a tu futuro esposo, quien será el responsable de controlar que nuestras fábricas funcionen como es debido.

—¡Pero, Benjamin! ¡Nuestra hija no puede ir a un país de salvajes! ¡Eso es una locura! —intervino la madre de Emily, asombrada por una noticia que oía por primera vez.

—¡Margaret! En esta casa se hará lo que yo considere oportuno. ¡Y Emily acompañará a su marido allí donde él vaya! ¡Esa es su función, aparte de darnos un heredero! En consecuencia, a partir de hoy la mejor institutriz de Londres se encargará de su educación como perfecta esposa y ama de casa. ¡Y no se hable más! —zanjó el dueño de la casa, algo irritado.

—Sí, padre... —transigió Emily con resignación—. ¿Puedo retirarme? Si me lo permite, querría prepararme para cuando llegue la institutriz. Deseo darle la mejor impresión posible.

—Desde luego, Emily. Puedes retirarte... —aceptó Benjamin Watson, que aún conservaba su enojo.

Entristecida y cabizbaja, la joven abandonó el salón, no sin antes escuchar unas últimas palabras de su padre.

—Por cierto, hija. He olvidado decirte que el señor Thomas falleció ayer en el puerto.

—¿Cómo...? —susurró Emily con un fino hilo de voz. La vida había dejado de tener sentido para ella.

—Una tragedia. Según me comunicaron, estaba realizando ciertas comprobaciones en el *Queen Sea* y sufrió un lamentable accidente en la popa. Cayó al agua, se golpeó la cabeza con el casco del barco y se ahogó. Sin duda ha sido una triste pérdida —relató Watson con frialdad, consciente del castigo que estaba infligiendo a su hija. Aquella era su malvada forma de torturarla por haber osado engañarlo.

—Sí... padre... ¿Y el entierro? —preguntó Emily casi sin ser consciente de ello mientras se sentía desfallecer. Todo le daba vueltas y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no desmayarse allí mismo. Su querido Thomas había muerto y con él todo el amor que jamás podría entregar a un hombre.

—Por desgracia no se ha podido recuperar el cadáver. Las corrientes del Támesis se han encaprichado con mantenerlo en el fondo. Como decía, ha sido una pérdida lamentable.

Con gran esfuerzo, Emily logró llegar hasta su habitación, se arrojó sobre la cama y lloró desconsoladamente con sollozos ahogados. Sin Thomas su vida estaba vacía.

Abajo, en la sala del desayuno, su madre, que había esperado a que su hija no estuviera presente, se dirigió a su marido:

—¿Y cuándo pensabas decirme que Emily iba a viajar con Stewart a Japón? ¿Has perdido la razón, Benjamin? ¿Por qué arriesgas la vida de nuestra hija de esa forma? —preguntó Margaret Watson alzando la voz. Sus gritos retumbaron sordamente en el salón.

—¡Margaret, no me hagas una escena! Ambos sabemos cuáles son sus obligaciones como esposa, y va a acompañar a su marido si así lo exigen las formas. ¡Esto es y debe ser así, de modo que no te permito que me contradigas!

—¡A veces eres insufrible, Benjamin! ¡El mundo no gira en torno a tus caprichos! ¡Al menos no tu familia! —replicó la madre de Emily, indignada.

—Margaret, sois lo que sois y tenéis lo que tenéis gracias a mí. De modo que no vuelvas a cuestionar mis decisiones. Mientras yo viva en esta casa se hará lo que yo diga y vuestra obligación es aceptarlo —sentenció el dueño de la casa, que esperaba dejar las cosas claras.

—Lo haremos, Benjamin, pero no por ello he de estar de acuerdo. Te arrepentirás de obligarla a hacer ese viaje. Esta no es la manera en la que Emily desea ver mundo —vaticinó su esposa.

—No tengo nada más que decirte, Margaret. Que tengas un buen día —zanjó el empresario, mientras depositaba el *Times* sobre la mesa y se levantaba para abandonar el salón. Sus pasos eran firmes y su decisión respecto a su hija ya estaba tomada.

Hasta el día de su matrimonio, la vida de Emily transcurrió al lado de Mery, su nueva y estricta institutriz, y se ocupó con todo aquello exclusivamente relacionado

con su educación. Debía estar preparada para comportarse como una dama de su categoría, y pese a que ya disponía de una importante formación académica, gracias a las enseñanzas del señor Smith, sabía poco de asuntos de etiqueta. Por lo tanto, durante meses se instruyó con Mery sobre todo lo referente a las costumbres sociales, a las buenas maneras y, sobre todo, al arte de contentar a su marido.

Bajo el adiestramiento de la institutriz, interiorizó sin rechistar las supuestas virtudes consideradas esenciales por la sociedad victoriana. Por su posición, debía acatar las obligaciones sociales impuestas y, pese a que la tristeza se había apoderado de su alma, hizo todo lo que le pedían.

—Señorita Emily, debe mimar a su familia y confeccionar un entorno confortable y respetable. Su familia debe ser indestructible en ese sentido y siempre ha de estar alerta ante quienes la critiquen y pongan en duda —le exhortaba Mery a diario—. Cuando tenga lugar el feliz enlace con su prometido, dos de las familias más importantes del país estarán bajo su tutela y, desde luego, su marido no tendrá tiempo para cuidarse de estos asuntos.

—Lo sé, Mery, pero para mí es difícil atender todas esas responsabilidades públicas en compañía de mujeres a las que considero banales. Yo soy diferente, créame... —argumentaba Emily, consciente de que su explicación estaba fuera de lugar. Pero aquello era lo que sentía en realidad.

—Lo lamento, señorita Emily, pero no hay otra opción que cumplir las normas de nuestra sociedad. Usted ha nacido en el seno de una familia con ciertas responsabilidades, y mi tarea es hacérselo comprender. Verá que, con el tiempo, le será más fácil aceptarlo.

—Creo, si le soy sincera, que jamás podré acostumbrarme a ello... —acababa diciendo Emily cada vez que las dos mujeres hablaban del asunto.

Para la joven, todo el juego de simulaciones tras el que se ocultaba la auténtica moral victoriana —y que sus padres defendían a capa y espada— constituía una carga demasiado pesada. Sabía que el fallo en un solo detalle podía hacer que el baluarte moral que habían levantado sus propios progenitores se derrumbara con estrépito, y Emily temía enfrentarse de nuevo a su padre. En ese sentido, no tenía nada que hacer.

Mery insistía una y otra vez en que la joven no podía obviar los valores familiares o ignorar el peso de las creencias que todos profesaban, pero la joven heredera de los Watson tenía la sensación de que existía algo más puro que un simple Dios salvador.

—Señorita Emily, la religión debe convertirse en el eje de su existencia. La fe en Dios y la devoción por su marido serán los dos pilares de su vida. Créame, no hay nada más elevado que amar sin reservas a Aquel que nos ha dado la existencia, por un lado, y a quien será el padre de sus hijos, por otro. A ambos les debe su estatus. Su esposo tendrá la obligación y el honor de mantener a su familia en la posición que le corresponde. Él se ocupará de los negocios y usted se dedicará en cuerpo y alma a hacerlo feliz —le repetía Mery casi a diario. La institutriz pretendía inculcarle mediante la insistencia unos conceptos que Emily rechazaba por completo. Pero

¿cómo podía evitarlo? Estaba sola y nadie iba a sacarla de aquella pesadilla.

Emily soñaba con alejarse de aquella lujosa prisión, pero era consciente de que estaba atrapada en ella. Vivía en una época de veloces avances tecnológicos en la que los viejos y nuevos valores, la hipocresía y la sinceridad, se oponían con fuerza. Intuía que la vida merecía verse desde un prisma distinto del que le ponían delante, pero para la gran mayoría de los londinenses —con independencia de su posición social— guardar las apariencias parecía una prioridad vital. Y esta doble moral la confundía hasta el punto de hacerla sentir fuera de lugar, como un bicho raro. Eso jamás le había sucedido cuando se acurrucaba entre los brazos de su querido Thomas. Con él se había sentido ella misma. Una mujer completa y con la capacidad de decisión suficiente para perderse y soñar con alguno de los lejanos parajes de los que él tanto le hablaba. Junto a él, simplemente había experimentado la verdadera felicidad.

La férrea disciplina a la que cada día Mery la sometía la encorsetaba de una manera insoportable. Vivía rodeada de un puritanismo tan extremo que incluso le resultaba más asfixiante que la tristeza de haber perdido a Thomas, y casi siempre obedecía —en contra de su voluntad— los dictados inflexibles de su padre, que marcaban el ritmo de su quehacer cotidiano. Desde la llegada de Mery, Emily había perdido por completo las riendas de su vida. Y Margaret, su madre, tampoco ayudaba a mitigar la rigurosidad de su existencia.

El rostro de Margaret solía mostrar todo el sufrimiento acumulado a lo largo de los años. Víctima y rehén del autoritarismo de su marido, tenía el pelo cano y lo llevaba recogido en varios moños. De labios finos y apretados, tenía una nariz pequeña y respingona y mostraba una mirada cansada. Sus ojos, de un color verdoso, parecían haber perdido toda expresividad, y sus cejas se habían despoblado con la edad. Siempre ataviada con vestidos oscuros y antiquísimas alhajas, parecía guardar un duelo constante. Tras su gesto extenuado se escondía el rostro de una mujer que en su juventud había albergado una gran belleza.

A la hora del té, aquella ama de casa aprovechaba el silencio de su hija para arremeter con dureza contra su bondad. Pretendía convertirla en la perfecta anfitriona con machaconería indiscriminada.

—Querida, cuando te cases con el heredero de los Lambert, ya no formarás parte de esta familia. Seremos un nuevo clan familiar y tú deberás comportarte de acuerdo con tu posición social y tu estatus personal. Espero que Mery te esté instruyendo de la forma adecuada —comentó Margaret Watson.

—Sí, madre. No debe preocuparse... —contestó Emily con la mirada perdida. La joven que se sentaba junto a la mesa del té nada tenía que ver con la chica feliz de hacía unos meses.

—Bien, hija. Me alegro entonces. ¿Ya te ha hablado Mery de la importancia del ahorro? —insistió su madre.

—Sí, madre. Mery me recalca a diario que he de esforzarme en ahorrar lo que

pueda de la asignación que mi esposo me conceda para los gastos domésticos, y sobre todo que he de esmerarme para que en nuestro hogar se sienta descansado y sin preocupaciones —respondió mecánicamente la joven.

—Perfecto, hija, veo que sus clases están siendo muy fructíferas. Recuerda que, como señora de tu hogar, tendrás que cuidar de que se cumplan a rajatabla las obligaciones de la fe y la moralidad propias de nuestra familia. Y, desde luego, deberás asistir con puntualidad a la iglesia todos los domingos. Ese es un cometido que yo he realizado desde que me casé con tu padre, y ahora te tocará a ti respetar esa conducta. No quiero que me defraudes, querida —le advirtió Margaret. Sus palabras eliminaron en su hija toda voluntad de rebeldía.

—Haré lo que se espera de mí, madre. Sé que esa es mi función en la vida.

Cada mañana, antes de empezar las clases con Mery, Emily deambulaba por su espléndido hogar como un bello pájaro enjaulado, acarreado el peso de todo aquello que su institutriz le inculcaba. Las enseñanzas de Mery no podían ser más opuestas a las de su querido profesor Smith, el cual le había abierto la mente a nuevas ideas y concepciones de la existencia. Pero su antiguo mentor ya no estaba. De forma tan incomprensible como la muerte de Thomas, el profesor había desaparecido y la había dejado sola.

Pese a que se resistía a aceptarlo, Emily carecía de poder para decidir sobre todo aquello que podía ser determinante en su vida. Allí donde Stewart, su futuro esposo, quisiera ir, ella debía acompañarlo como un perrito faldero. Y solo de pensarlo sentía náuseas.

La intimidad de la que tanto había gozado con Thomas se había esfumado sin más, y mostrar sus sentimientos y emociones era algo que Mery le tenía prohibido por completo. Si desobedecía, sufriría el desprecio de todos aquellos que la rodeaban.

La posibilidad de seguir soñando y disfrutar de una vida propia e independiente se había perdido en sus recuerdos y, poco a poco, Emily se convirtió en un dócil juguete adiestrado para plegarse a los deseos de quien iba a convertirse en su marido.

Su familia había insistido en proporcionarle una férrea educación a la vieja usanza, con el único objetivo de que tuviera una vida decente y plácida, acorde con los claros preceptos establecidos por la reina.

Como consecuencia de su adiestramiento constante, el espíritu de Emily se fue apagando de forma paulatina. La muerte de Thomas y la obligación de aceptar una vida sumida en la más inclemente de las monotonías diluyeron definitivamente su esperanza de ser feliz.

Durante tres semanas, el *Orient Wave*, uno de los vapores más importantes de la flota de los Watson —destinado a realizar la ruta de Constantinopla— fue la prisión flotante de Thomas Wells.

Su capitán, llamado Brian Doyle, lo juzgó y sentenció como prisionero de la más baja condición, y Thomas sufrió el peor de los maltratos durante la travesía.

Las órdenes eran bien claras. Thomas Wells, como esclavo de los Watson, debía pasarse las veinticuatro horas del día ejecutando todo tipo de trabajos pesados, tanto en la bodega del navío como en la sala de máquinas.

El trabajo, duro y agotador, le exigió un esfuerzo abrumador, que casi le impidió dormir durante las tres semanas de viaje, mientras se encargaba de reponer el carbón y cumplir las órdenes incesantes del jefe de máquinas.

Thomas ya no era marinero, sino carbonero, y deambuló hasta el agotamiento entre la cámara de combustión, la caja de humos, el cilindro, el volante de inversión y la cámara de calderas. Y aunque no ocasionó ningún problema, el capataz se obstinó en hacerle trabajar incluso en los momentos en los que sus compañeros se tomaban un respiro. A Thomas se le encargó mantener las calderas en funcionamiento en el turno de noche.

Todos los tripulantes del barco sabían que lo estaban torturando salvajemente y, pese a que muchos de aquellos hombres habían trabajado con él hombro con hombro en otras travesías, ninguno se atrevió a dirigirle la palabra. Les habían prohibido de forma expresa intimar con el prisionero y amenazado con que, si les descubrían haciéndolo, les esperaba el mismo destino que a él. El miedo fue razón suficiente para que le hicieran el vacío.

Thomas sufría más por haber dejado a Emily en Londres sin que ella supiera qué le había sucedido que por las terribles circunstancias de su cautiverio. Le torturaba el simple hecho de que ella creyera que se había ido sin más, después de la maravillosa noche que habían pasado juntos. Él la amaba con toda la intensidad con que un hombre puede amar a una mujer y, a pesar de que no estaba seguro de permanecer con vida, cada noche rezaba pidiendo una única oportunidad que le permitiera mudar su situación. Esa esperanza era para él un mísero rayo de sol al que se aferraba mentalmente para aguantar lo que cualquier otro ser humano hubiera sido incapaz de soportar.

Tres semanas después, exhausto y desfigurado de modo patente, Thomas percibió la alegría del resto de compañeros de la sala de máquinas. El *Orient Wave* estaba

arribando al puerto de Constantinopla y su tripulación contaba los minutos que faltaban para llegar a tierra firme y gozar de un descanso merecido. Estaba previsto que, como mínimo, el buque permaneciera dos o tres días amarrado mientras se preparaba su viaje de retorno a Gran Bretaña. Sin embargo, el prisionero de los Watson sabía que, a partir de ese momento, empezaba su propio infierno. Su periplo por tierras lejanas no iba a ser mejor que su estancia entre aquellas sucias calderas.

Benjamin Watson se las había ingeniado para mantenerlo lejos del alcance de su querida hija, y nada mejor que Constantinopla, y el penoso itinerario comercial que la compañía inglesa realizaba a través de la antigua Ruta de la Seda, para apartarlo de ella definitivamente.

Cuando el *Orient Wave* atracó en el vetusto muelle de la capital del Imperio otomano, el jefe de máquinas se acercó a Thomas para comunicarle que debía mantenerse en su puesto de trabajo. Debía asegurarse de que no iba a cometer ninguna tontería, así que lo maniató a una de las calderas. La tripulación al completo debía abandonar el barco antes de que Thomas fuera entregado al señor Adam Stevenson, el capataz encargado de los convoyes de caravanas que los Watson organizaban en aquellas tierras.

Durante más de tres horas nadie se acordó del esclavo, y Thomas empezaba a sucumbir al agotamiento cuando le despertaron con un doloroso puntapié en las costillas. Había llegado el momento de volver a la dura realidad.

Después de liberarlo de las ataduras, lo empujaron con rudeza hasta la cubierta, y, al abandonar las tripas del vapor, la radiante luz solar lo cegó durante un rato. Tuvieron que pasar unos minutos antes de que sus ojos, tras un gran esfuerzo, se adaptaran a la luz. Entonces, poco a poco, Thomas pudo ver un espectáculo que le resultaba familiar. En tiempos más felices, había viajado en varias ocasiones hasta Constantinopla en el mismo barco y conocía la ciudad casi al dedillo. No obstante, cada vez que pisaba sus viejas calles, su ambiente de antiguo misticismo le dejaba sin palabras. A pesar del crudo destierro que estaba sufriendo, Thomas se sentía allí como en casa.

Para él, aquella ciudad era la recopilación perfecta del alarde constructivo de varias culturas, representadas por mezquitas, iglesias, palacios y bazares serpenteantes, que la habían moldeado «a fuego lento» y convertido en una de las urbes míticas de la historia del hombre.

Y para el prisionero, el lugar con mayor encanto era la ciudad vieja, que ocupaba parte del famoso Cuerno de Oro, uno de los puertos comerciales más transitados desde que al hombre se le había ocurrido subirse a un pedazo de madera para navegar por los mares.

A poco de recuperar la visión, Thomas observó las aguas que lamían el muelle y recordó la vieja leyenda que le habían contado la primera vez que había pisado tierra firme. Según le había explicado un viejo guía, allí los bizantinos habían enloquecido y arrojado toneladas de oro y piedras preciosas a sus profundidades. Había sido una

supuesta locura transitoria, que justificaba por qué el Cuerno de Oro destellaba como el sol.

Acompañado por el capitán Doyle, Thomas fue traspasado al brutal señor Stevenson, el responsable de los convoyes de caravanas que los Watson formaban para recorrer parte de la Ruta de la Seda.

Stevenson era un hombre corpulento, musculoso y curtido en extremo por la dureza del desierto. Tenía barba de pocos días, un pelo claro, de reflejos anaranjados, y unos ojos con párpados caídos. A simple vista podría haber parecido un boxeador, dado que tenía la nariz rota a causa de algún accidente, y el puente se le había soldado con cierta curvatura. Su presencia imponía respeto, y transmitía la sensación de que con aquel tipo no se podía jugar.

El jefe de caravanas era un tipo rudo, cruel y con mal genio, que propinó a Thomas un golpe en el maxilar con la culata de su viejo revólver, solo para aclararle quién era su nuevo amo. Sin visos de remordimiento, antes de que se uniera al resto de miembros de la caravana, se dirigió a él:

—¡Perro, solo te lo diré una vez antes de despellejarte! ¡Aquí eres mi esclavo y harás lo que yo te mande! No quiero oírte, ni tenerte que dirigir la palabra. Hablarás, comerás y dormirás cuando yo lo ordene y, con un poco de suerte, me acabarás pidiendo compasión y que te mate y ahorre tu sufrimiento. Ahora, ve con los demás y ayuda a cargar las cajas en esos carros. ¡Tenemos que partir cuanto antes y no quiero demorarme por culpa de una escoria como tú! —aulló el señor Stevenson.

Sin pronunciar palabra, Thomas se encaminó hacia el grupo, formado por unos diez hombres, que estaba cargando las mercancías traídas de Londres en dos viejos carros. Antes de que los alcanzara, escuchó que Stevenson gritaba una orden a sus compañeros.

—¡Soltadle las manos y que se las apañe con la carga más pesada! Si se escapa, os cortaré el cuello a todos. ¿Os ha quedado claro? —fue la advertencia del capataz, que tenía la cara roja de ira.

Con ese simple aviso, se desvanecía la más remota posibilidad de escape para Thomas. Si la vida de sus compañeros dependía de que él no se fugase, ya podía irse quitando la idea de la cabeza. De todas formas, no tenía prisa. Tarde o temprano surgiría la oportunidad de huir y volver a por Emily. Thomas estaba convencido de que recuperarla solo era cuestión de tiempo, y para ello debía soportar con fortaleza todo lo que le viniera encima.

Después de cargar varias cajas con metales preciosos, porcelana y armas, la comitiva se dirigió hacia un almacén improvisado en las afueras de Constantinopla. Allí iban a distribuir la carga sobre diez dromedarios y emprender el camino hacia la ciudad-oasis de Kashgar, en China. Aquel era un enclave importante de la vieja Ruta de la Seda, donde realizarían parte del intercambio comercial que tenían encomendado.

Una vez llegaron al almacén, y sin tiempo de poder descansar, se dedicaron a

realizar el cambio de cabalgadura y dispusieron sobre los resistentes animales todo lo necesario para el duro trayecto que les esperaba: un largo periplo por las tierras de Asia Central, con parada obligatoria en las ciudades de Antioquía, Alepo, Damasco, Palmira, Bagdad, Hamadán, Merv, Bujara, Samarcanda y, finalmente, Kashgar. Durante las semanas siguientes, recorrerían las zonas más terribles e inhóspitas del planeta.

En su condición de esclavo del grupo, Thomas tuvo que encargarse de las tareas más pesadas y degradantes imaginables, pero, fortalecido por la esperanza de volverse a reunir con Emily alguna vez, soportó humillaciones sin límite. Mientras aún tuviera un mínimo aliento, iba a mantenerse en pie. El amor por la hija de los Watson y el odio hacia su padre constituían sus dos únicas razones para no rendirse y perecer en tierras lejanas.

Desde su llegada, Thomas se encargó a diario de ensillar y cargar los dromedarios, alimentarlos y asearlos; también se cuidaba de limpiar las inmundicias del grupo, transportaba sobre sus hombros parte de las provisiones y era el primero en descargar la mercancía usada para el intercambio o venta a otros comerciantes. Cumplía sin rechistar las órdenes del señor Stevenson y, sin embargo, de vez en cuando, este le infligía palizas a modo de advertencia.

A los demás integrantes del grupo aquel maltrato les parecía desmesurado y cruel. Todos conocían el presunto delito que había cometido Thomas Wells y, aunque ninguno de ellos lo consideraba tan grave, estaban coaccionados por las terribles consecuencias que les acarrearía relacionarse con el prisionero. Por ello, nadie se atrevió a dirigirle la palabra durante más de un año, a excepción de su carcelero. Fueron días interminables que el antiguo marinero aprovechó con inteligencia para observar el comportamiento de aquellos hombres y aprender el idioma de las regiones por las que pasaban. Si algo lo mantenía en pie era la certeza de que llegaría el día de ajustar cuentas. Hasta entonces, Thomas se concentró en seguir vivo.

El convoy de Watson realizaba parte del extenso trayecto que antiguamente había constituido la mítica Ruta de la Seda. Vía principal de tránsito entre China, Siria y Constantinopla, llevaba siglos siendo una de las rutas comerciales más frecuentadas y rentables para ambos extremos del mundo. Pese a lo riguroso de su recorrido, era el mejor medio de intercambiar, adquirir y vender productos de los que carecían unos y otros.

Cierto era que la ruta había quedado algo olvidada en los últimos tiempos, sobre todo tras la apertura del canal de Suez, pero aún había quien se interesaba por ella, como el geógrafo alemán que decidió darle su nombre oficial. Simplemente ató cabos: si la seda era la mercancía más valiosa que recorría aquellos caminos, era lógico otorgar ese nombre a la ruta. Esa decisión favoreció los intereses de la compañía de Watson, pues el poderoso comerciante británico la necesitaba imperiosamente para mantener la buena fama de su empresa en ese sector específico. Con anterioridad a la implantación de sus negocios en Japón, había hecho transportar

la seda a través de la ruta de Asia Central, y por ello Benjamin Watson no tenía previsto eliminar una vía de negocio que le había resultado tan fructífera.

Bajo las órdenes del señor Adam Stevenson, el convoy inglés —en el que trabajaban hombres de diferentes nacionalidades, esencialmente de la zona— pasaba largas temporadas transportando la mercancía que les traía el *Orient Wave* hacia China y regresando luego a Constantinopla con los productos obtenidos tras el intercambio, esencialmente seda, lana, lino y esencias exóticas usadas para confeccionar perfumes de gran aceptación en Gran Bretaña.

Era este un procedimiento de lo más rudimentario, que seguía conservando las leyes de épocas pasadas, ya que en aquellos territorios la modernidad y el avance de la influencia occidental aún no habían causado efecto alguno. Los pueblos de la Ruta seguían viviendo bajo normas y tradiciones milenarias, y los tratos comerciales no habían variado en exceso desde la época de Marco Polo. El convoy solía realizar una trayectoria ya marcada, haciendo alto en aquellas ciudades donde el intercambio era más rentable para ambas partes. Sin embargo, no se descartaba la realización de tratos en algunos oasis del camino usados para este fin. A esos lugares también acudían bandidos y tipos de toda ralea, que intentaban sobrevivir a cualquier precio.

Al final del recorrido de ida y vuelta, el convoy llegaba de nuevo a Constantinopla para cargar las materias primas en el barco y aprovisionarse con lo transportado desde Gran Bretaña, y el proceso volvía a empezar. No había un solo día de descanso. Era un tránsito continuado y agotador, pero estrictamente necesario para salvaguardar el buen funcionamiento del negocio.

Thomas pronto descubrió el secreto del señor Stevenson para protegerse de los bandidos. El capataz, consciente del valor de sus mercancías, solía encontrarse, en caminos apartados de la vía principal, con grupos de facinerosos y mercenarios que le suministraban protección. En algunos puntos específicos de la ruta, el convoy inglés detenía la marcha y entregaba a los rufianes parte del armamento que transportaba desde Constantinopla. Gracias a ello, el convoy tenía garantizada una escolta privada a lo largo de un tramo peligroso del trayecto. Y esa misma estrategia se repetía durante todo el viaje, con independencia del territorio en el que se encontrasen. Thomas comprendió que, si quería escapar, iba a necesitar un plan detallado y elaborado con cuidado. Si conseguía huir de la comitiva pero era abatido por un balazo, su esfuerzo no habría tenido ningún sentido.

El trayecto era duro y extremadamente arriesgado. Con la única ayuda de los dromedarios, recorrían peligrosas cañadas, extensos desiertos sin límites aparentes, áreas escarpadas y majestuosas montañas cubiertas de hielo y nieve, sufriendo en todo momento o un calor insoportable o un frío inmisericorde. En ocasiones, la temperatura llegaba a alcanzar los sesenta grados centígrados. A veces, enormes tormentas de arena de mil tonalidades distintas los azotaban como metralla. Thomas había visto mucho mundo, pero jamás hasta ese momento se había enfrentado a una inclemencia tan salvaje.

La caravana recorrió desiertos de miles de millas de extensión, listos para seguir engullendo a aquellos que se atrevían a cruzarlos. Lugares infernales con nombres sonoros e imponentes —Karakum, Kyzyl Kum, Kavir— se interponían entre el grupo de hombres y bestias y su destino final, Kashgar.

Dos meses después de la presunta muerte de Thomas, se celebró el matrimonio entre Emily Watson y Stewart Lambert. Sin que el criterio de los contrayentes contara para algo, los Watson y los Lambert forjaban una alianza de hierro.

El matrimonio se pactó por contrato, tal y como establecía la tradición británica. Ambas familias debatieron punto por punto las condiciones del enlace nupcial sin escuchar la opinión de los futuros esposos. A Emily se la había educado a conciencia para que asumiera que aquel casamiento era una realidad insoslayable, aunque el rechazo que le producía unirse a un desconocido le hurgaba las entrañas.

Según las confiadas palabras de Mery, con el transcurso del tiempo Emily sentiría hacia su esposo algo parecido al amor y una confortable sensación de poseer un hogar propio, así como de gozar de las ventajas de una holgada posición social. No obstante, pese a todas aquellas promesas —que no le interesaban lo más mínimo—, Emily no reconocía en todo ello nada parecido a la felicidad. Ella, que había experimentado la intensidad del amor sincero y profundo, intuía que su corazón jamás podría pertenecer a otro que no fuera Thomas.

El único objetivo de su progenitor era unir fuerzas para establecerse en el lejano país del sol naciente, puesto que, con aquella alianza, iba a producirse la fusión de dos de los imperios comerciales más influyentes de la sociedad británica. Por un lado, los Watson controlaban el mercado de la seda natural y el té, mientras que, por otro, los Lambert habían hecho su fortuna con la lana, y en secreto, con la venta de armas, algo que interesaba —y mucho— a Japón, cuyo gobierno deseaba proveer a su ejército del armamento más sofisticado, en su intento por equipararse a las grandes potencias mundiales. Gracias a aquella poderosa moneda de cambio, habían obtenido la autorización para instalar fábricas de seda en una población cercana a Tokio y para iniciar la producción en un país donde la mano de obra y la materia prima eran mil veces más baratas que en Gran Bretaña.

Además, a las familias de peso e importancia económica les interesaba invertir en negocios y mercados exteriores con el objetivo de librarse de las nuevas leyes que el gobierno británico deseaba aplicar para mejorar las condiciones de los humildes trabajadores de las manufacturas. El Imperio era un coloso obsesionado con engullir hasta a sus miembros más poderosos y, pese a que las modas cambiaban a una velocidad de vértigo, los más acaudalados seguían gastándose auténticas fortunas en prendas de seda y cachemira procedentes de la India.

Llegó el día señalado para el matrimonio, y Emily descartó toda ilusión de volver

a ser feliz con la ostentosa ceremonia celebrada en la iglesia parroquial de Saint Nichols. Ambas familias deseaban demostrar su opulencia y no escatimaron en gastos. Lo mejor y más selecto de la sociedad londinense fue invitado a aquel acontecimiento, que Emily vivió como un sueño extraño. Mientras escuchaba la música del órgano y el párroco les explicaba las responsabilidades y deberes del matrimonio, la joven no veía a nadie más que a Thomas frente a ella, como si su amado desaparecido estuviera en realidad a su lado, sonriéndole con alegría. Y durante el tiempo que duró la ceremonia, vio en el rostro de Stewart al hombre que había amado con todas sus fuerzas. Era como si el espíritu del marinero se hubiera apropiado del cuerpo del que estaba a punto de convertirse en su marido. La ilusión fue tan poderosa que Emily llegó a confundirlo con algo real.

Y cuando besó a Stewart, sintió que sus labios acariciaban con ardor los de su amado muerto, tal y como había sucedido en su última noche de amor.

El dulce sueño se desvaneció cuando Emily tomó conciencia del lugar en el que se encontraba y asumió que, de modo irremediable, estaba empezando una nueva etapa en su vida. Aquella era la realidad que le había tocado vivir y, ahora que su destino ya estaba estrechamente ligado al de aquel joven desconocido, no podía dar vuelta atrás. El compromiso familiar era demasiado fuerte para librarse de él.

Después de la ceremonia, los invitados se dirigieron a la mansión de los Lambert para la celebración del enlace. Todos ellos dejaban translucir en sus rostros la falsedad y la doble moral imperantes. Emily se sintió como en un baile de disfraces, rodeada de máscaras enigmáticas, y, por más que buscaba a su alrededor, no encontraba ningún alma pura. Incluso sus propios padres parecían unos auténticos desconocidos.

Aquel día, el de su boda, Emily se convenció de que había muerto. Era algo irreparable: se había convertido en una esclava encorsetada, no ya de un hombre al que no amaba, sino de dos familias que tan solo veían en ella el vientre joven que produciría su descendencia, la persistencia en el tiempo de sus riquezas y buen nombre.

Después de aquella farsa, la recién casada empezó a saber lo que iba a ser su vida hasta el fin de sus días. Gracias al poder y la riqueza de sus familias, tenía a su disposición todo tipo de lujos, aunque su marido apenas se dejaba ver por casa y, cuando estaban bajo el mismo techo, pocas veces se acercaba a ella.

De modo que, desde el primer día, Emily realizó un esfuerzo titánico para cobrar afecto a Stewart, pero este siempre parecía estar más pendiente de otras cosas. Cierto es que, durante las primeras semanas, su marido había sido atento y cariñoso con ella, pero, poco a poco —y sin una explicación lógica— empezó a distanciarse de ella, lo que generó en ella una triste sensación de soledad. Emily no alcanzaba a comprender su comportamiento. Aunque eran contadas las ocasiones en que su marido se presentaba ante ella, Emily lograba convencer a su escurridizo esposo de la conveniencia de conversar en el salón y, a la hora del té, se esmeraba en atraer su

atención a través de preguntas inocentes. La joven trataba con ello de que su esposo se abriera a ella y le confiara sus secretos. Emily sabía que las mujeres de su posición estaban destinadas a quedar relegadas a un segundo plano, con preocupaciones limitadas a la familia, los hijos y las incómodas apariencias. El resto de asuntos solo podían conocerse si la esposa era lo bastante hábil como para sonsacar información a su reservado esposo cuando lo tenía a su alcance. Y en esos casos Emily lo ponía todo de su parte. Sabía que dejarlo escapar en esos momentos habría sido un error.

Normalmente, Stewart era parco en palabras, pero cuando lograba retenerlo, Emily —con gran maestría— le hacía expresar sus opiniones y posicionamiento respecto a la sociedad en la que vivían.

—Querida, tenemos la fortuna de pertenecer al mejor Imperio de todos los tiempos. Gran Bretaña ha tomado la delantera en la carrera hacia el progreso y nuestra industria se favorecerá de ello —confesó Stewart en una de esas veladas, ante la atenta mirada de Emily.

—¿Y cómo lo sabes, querido Stewart?

—¿Que cómo lo sé, Emily? Todo el mundo sabe que nuestra prosperidad no solo se basa en nuestros avances industriales, técnicos o incluso en las nuevas colonias británicas adquiridas en nombre de nuestra estimada reina Victoria. Ahora, por mucho que la Iglesia esté en contra, el ilustre señor Darwin ha dejado en entredicho a nuestra religión. Después de más de veinticinco años poniendo en duda nuestras creencias, resulta que quizás el papel de ese Ser Todopoderoso que la sociedad victoriana ha estado idolatrando de una forma enfermiza no tiene ningún fundamento lógico. ¿Te imaginas, querida, que después de todo no hubiera Providencia? —reflexionó un Stewart abstraído.

—Pero, aunque parecen coherentes, muchos siguen mofándose de las teorías de ese tal Darwin, ¿no, querido? —replicó Emily, que estaba muy interesada en la conversación. Durante esos breves instantes, la joven tenía la sensación de que podían llegar a ser un matrimonio normal.

—Desde luego, querida. Algún día sabremos la verdad y la respuesta a tantas preguntas.

Sin duda, la sociedad británica prefería no tomar ese tipo de afirmaciones en serio y pasárselo en grande en sus fiestas y reuniones privadas. Allí, criticar era casi una obligación para ser aceptado, lo cual se aprovechaba para verter sobre el famoso naturalista casi todas las burlas que la mente humana era capaz de generar. Además, como los representantes de la fe cristiana —y duros conservadores victorianos— insistían en que debía tenerse en cuenta la Biblia al pie de la letra, muchos rechazaban tajantemente la teoría de la evolución.

Pese a que ya era una mujer casada, Mery, su institutriz, siguió al lado de Emily y se convirtió en algo parecido a una fiel compañera. A Emily aún le quedaba mucho por aprender y, durante las largas ausencias de Stewart, proseguía con su formación. De modo que, cada día, y después del desayuno en el salón central, la institutriz se

esforzaba en aleccionarla sobre todo aquello relativo a la familia y a las apariencias que una mujer de su condición debía preservar.

—Señora Lambert, no olvide nunca que esta mansión debe convertirse en el hogar perfecto para su esposo, un lugar sin conflictos, donde reine la armonía y la esencia del amor esté presente en cada estancia —recordó Mery a Emily al empezar la lección de aquella jornada—. La casa debe convertirse en el paraíso terrenal del marido.

Para Mery el matrimonio de Emily era la meta a la que debía llegarse en las mejores condiciones, después de un adiestramiento esmerado. Para Emily la vida real había empezado justo en el momento de ponerse el anillo. Una vez establecido el contrato moral, su vida jamás iba a ser igual, sobre todo porque la monotonía iba a convertirse en algo normal hasta su muerte.

Mery había instruido a su pupila a conciencia para que sus relaciones sexuales con Stewart solo fueran con fines reproductivos, aunque tanta castidad conyugal acabó convirtiéndose en la causa de su abandono por parte del esposo. Fue el motivo que, poco a poco, empujó a Stewart a perder —noche tras noche— la razón en el East End londinense, donde las bajas pasiones podían satisfacerse con facilidad.

Se suponía que su esposo debía reservar su cariño y amor para ella y sus futuros descendientes, pero el heredero de los Lambert parecía no tener eso muy en cuenta. Emily se percató de que se había casado con un lord caprichoso, preocupado solo por su propio bienestar.

De todas formas, nada de eso era nuevo para la joven. Desde pequeña había experimentado algo muy similar con su padre, un hombre al que, por obligación y temor había llegado a respetar, pese a la distancia que siempre los había separado. El inflexible Benjamin Watson jamás había confiado en nadie más que en sí mismo.

Por otro lado, Emily había tenido que aceptar vivir con la presión constante de convertirse en el reflejo de su propia madre. A simple vista, Margaret era una buena esposa, subyugada al capricho de su cónyuge y carente de todo valor para enfrentarse a un hombre tan poderoso. El miedo la había convertido en un ser débil y tristemente influenciado.

Si bien Stewart debía ausentarse a diario por motivos laborales, a Emily no le quedaba otro remedio que aguardar su compañía en casa. Jamás había tenido la oportunidad de acompañarlo a una reunión o a los numerosos acontecimientos sociales a los que su marido asistía.

Todo aquel absurdo juego de normas suscitaba en Emily una desesperación profunda, que no se atemperaba con el argumento de que su vida ya no le pertenecía. Sin darse cuenta, se había convertido en todo aquello que aún odiaba, y no parecía que su vida pudiera experimentar ningún giro inesperado.

Al principio de su matrimonio, Stewart se ausentaba con la excusa de que debía atender asuntos de negocios. Las primeras semanas solía desaparecer de buena mañana, aunque al cabo de un par de meses empezó a atender supuestas «obligaciones inexcusables» hasta altas horas de la madrugada. Emily no entendía su ausencia e incluso procuraba convencerse de que no había razón para desconfiar, aunque a veces le resultaba difícil creer en la sinceridad de su esposo. No ayudó a ello el hecho de que pronto llegara a sus oídos el rumor de que Stewart vivía al límite y se dedicaba a gozar con desenfreno de los vicios propios de la clase acomodada. El pecado se había convertido en la forma de vida del heredero de los Lambert, y su adicción al juego, las prostitutas y el alcohol ya no tenía medida. Casi siempre, sin embargo, bosquejaba una excusa que lo exculpaba de todas aquellas murmuraciones. Sin pruebas, no existía falta, y Emily se acostumbró a vivir sumida en un mar de dudas.

Las malas lenguas aseguraban haberlo visto en el East End en compañía de personas de reputación más que dudosa, pero nadie podía probar aquellas aseveraciones. En apariencia Stewart estaba concentrado en el funcionamiento de las fábricas textiles de ambas familias, así como ultimando todos los detalles para el largo viaje que debía emprender a Japón, donde iba a encargarse de supervisar los planes de expansión familiares.

Además, era sin duda muy hábil en el arte de la confusión, pues siempre daba la impresión de que nunca había hecho nada malo. Durante el día, era estricto y escrupuloso en el cumplimiento de la férrea moral británica y de los usos sociales adquiridos gracias a la educación selecta que había recibido. Sin embargo, aquello era un mero fingimiento que desaparecía al caer la noche. Era entonces cuando, armado con mil y una excusas forjadas con cuidado, solía dilapidar gran parte de la fortuna familiar en todo tipo de vicios.

El juego, el alcohol y las mujeres lo tenían sojuzgado, y, a medida que pasaban los días, la distancia entre los consortes se agrandaba más y más.

Cuando las habladurías empezaron a ser constantes y llegaron a oídos de sus padres, los Lambert intentaron atajar el desenfreno de su hijo mediante la influencia de su querido hermano Ryan. Él parecía ser el único que, en cierta forma —y por el afecto que los unía—, podía hacerlo entrar en razón, mas todos sus esfuerzos fueron vanos. Stewart llevaba demasiado tiempo atrapado en aquella espiral de vicio y depravación, y la única opción de sacarlo de ella era el adelanto de su viaje a Japón.

Sus padres pensaron que, si se alejaba de la vieja Londres, podría retomar el camino de la decencia y ocuparse de sus obligaciones como heredero de pleno derecho. Pero no iba a resultar tan sencillo salvarlo de sus males. Se había adentrado en demasía — y a conciencia— en un abismo de prácticas degeneradas y nocivas, con consecuencias calamitosas e insoslayables. Ya era demasiado tarde.

En la capital del majestuoso Imperio británico, el juego llevaba tiempo ilegalizado y sometido a controles estrictos, aunque, a pesar de las redadas que la policía realizaba para erradicarlos, los clubes de jugadores se multiplicaban como las cucarachas.

La oferta de sexo era abundante en las calles del East End, y jamás llegaba a eliminarse por completo. Las caricias entre individuos del mismo sexo, las orgías desaforadas y el abuso de menores se pagaban a precio de oro, y a Stewart se le iluminaban los ojos cuando se adentraba en los senderos de aquel bosque lujurioso. Las costumbres lúbricas permitieron la veloz propagación de las temidas sífilis y gonorrea, y Stewart, por culpa de su mala cabeza, se infectó.

Había estado haciendo equilibrios en el filo del abismo y, cuando abusó de su suerte, quedó contagiado como muchos de sus conciudadanos. Por fortuna para Emily, sus relaciones íntimas eran realmente escasas y, dado que su esposo saciaba su apetito sexual fuera del hogar, los primeros síntomas de la fatal enfermedad no aparecieron hasta al cabo de un par de meses.

Lo cierto era que todo aquel caos social derivaba del demoledor mazazo de la Revolución Industrial sobre la dignidad de los británicos. El implacable yugo del progreso les arrebató sin contemplaciones las opciones de conseguir un trabajo digno y mínimamente remunerado. Las mujeres habían sufrido más que nadie la discriminación: las más afortunadas entre las clases populares lograban ser aceptadas como dependientas, sirvientas, empleadas de hilo y aguja y tristes manipuladoras de las manufacturas inglesas. No obstante, y a pesar de que ya tenían una ocupación, casi siempre se veían arrastradas a la prostitución para incrementar sus miserables ingresos. Solo así podían sobrevivir y proveer ropa y comida a sus familias.

Stewart se había aprovechado de la situación, hasta el punto de convertirse en un auténtico adicto al sexo mercenario. Poseía todo aquello que cualquier hombre podría desear, pero su pasión por las prostitutas no tenía límites.

Stewart no era, sin embargo, un caso aislado. En aquel final de siglo, la mayoría de los matrimonios de la clase alta se pactaban entre las familias a cambio de importantes beneficios económicos, y era un secreto a voces que muchos lores acudían al altar con secretos de alcoba cuyo mantenimiento resultaba gravoso. Pero el vicio era el vicio y, si algo estaba especialmente prohibido, más lo deseaban aquellos que podían comprarlo todo con unas cuantas libras.

Un hecho fundamental que aceleró el distanciamiento de Stewart fue que Emily no era virgen. Cuando él descubrió que se le había ocultado algo tan sumamente importante durante tanto tiempo, decidió castigarla huyendo con más ímpetu hacia los

brazos de todas aquellas mujeres dispuestas a recibirlo.

A los dos meses de estar casados, Stewart sintió el deseo vehemente de poseer a Emily con violencia. Una noche, sin más, tomó la iniciativa y exigió a su esposa que se tumbara sobre la cama. Quería hacerla suya, sentir su miembro dentro del cuerpo de aquella mujer que le pertenecía por derecho, y dejarse ir. Fue algo tan impersonal y frío que, en medio del dolor causado por las embestidas de Stewart, Emily no dejó de llorar en silencio. Su marido la manipuló con brusquedad, como a una de sus rameras, y a la joven se le hizo insoportable seguir respirando.

Después de la terrible experiencia, el mundo se le cayó a los pies y, cuando había llegado a convencerse de que aquel había sido un suceso aislado, Stewart volvió a la carga con mayor ímpetu y frecuencia.

Cada vez que la poseía, Emily se sentía sucia y humillada, pero con el tiempo comprendió que no tenía escapatoria. Estaba sola en el mundo, sin apoyos, y por lo tanto no tenía más remedio que plegarse a las exigencias de su horrible esposo. Pese a todo, jamás despertó en ella ningún sentimiento que no fuera el de desearle una muerte temprana y dolorosa. Emily anhelaba que la justicia divina fulminara a su agresor y, cada vez que él la forzaba, más se afianzaba en Emily la semilla del rencor y la venganza.

A los seis meses, Stewart perdió el juicio e irrumpió de madrugada en la alcoba de Emily, fuera de sí. La joven se despertó con una intensa sensación de ahogo. Cuando abrió los ojos descubrió que su marido estaba encaramado sobre ella y sintió un punzante dolor en su vagina. Stewart la había penetrado brutalmente mientras dormía. Sus ojos estaban inyectados en sangre y apestaba a ginebra. Emily se sobrecogió y le sobrevinieron ganas de vomitar.

Al ver que se había despertado, Stewart la golpeó con fuerza y le desgarró el camisón de seda azul celeste que llevaba puesto. Entre gruñidos, agarró con fuerza los tersos pechos de Emily y la embistió con mayor dureza.

La joven lloraba y gritaba con fuerza suplicándole que se detuviera, pero él estaba descontrolado, parecía estar poseído por algún demonio y, ejerciendo una fuerza mayor con sus brazos, logró abrir aún más las piernas de su esposa. Estaba dispuesto a castigarla robándole parte de la pureza que su mujer aún conservaba.

La fuerza de sus brazos era irresistible y, sin que Emily pudiera hacer nada, Stewart empezó a introducir el sexo en su ano, lo que le causó un dolor desgarrador.

Emily deseó morir en aquel preciso momento, pero, durante unos segundos, en su mente apareció la imagen de su añorado Thomas y de su rostro extrajo el ánimo y las fuerzas suficientes para intentar librarse de semejante agresión. No podía permitir que aquel ser despreciable siguiera maltratándola y, con un esfuerzo sobrehumano, logró asir el quinqué que tenía sobre la mesita de noche y estrellarlo con todas sus fuerzas contra la cabeza de su marido violador. Stewart acusó el golpe, se encogió a causa del dolor y la rabia, y, durante unos instantes, quedó fuera de combate. Emily intentó entonces huir de la habitación, pero, antes de que ella pudiera alcanzar la puerta,

Stewart logró agarrarla del pelo y arrojarla con violencia contra el suelo. Allí le propinó puntapiés y puñetazos en el cuerpo y en el rostro.

Emily sentía que el mundo se alejaba. El retumbar sordo de los golpes compasó la paulatina distorsión de la realidad y la progresiva pérdida de conciencia. Tuvo la certeza de que iba a morir. Con este último pensamiento en la mente, se desmayó.

El dolor se hizo presente en el preciso momento en que abrió los ojos. Apenas podía moverse ni recordaba lo que le había pasado. No tardó, sin embargo, en darse cuenta de su estado.

Ante ella, el doctor esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Por fin vuelve a estar entre nosotros, señora Lambert. ¿Cómo se encuentra? —preguntó con tono relajado.

—Me duele todo... ¿Qué ha pasado? —se intranquilizó ella. Hablaba con dificultad.

—A ver... sufrió un aparatoso percance, pero pronto se sentirá mejor, no se preocupe.

—¿Dónde está él?

—Señora Lambert, ahora debe descansar y tomar la medicación que le he prescrito. En una semana volverá a estar como nueva. Solo han sido unas magulladuras...

En ese momento, Emily recordó todos los detalles de la agresión de su marido a gran velocidad y se estremeció en la cama. No pudo evitar echarse a llorar con desconsuelo, más por la humillación sufrida que por el dolor que sentía. La atroz violación y la paliza inhumana que Stewart le había infligido habrían tenido consecuencias aún más graves si Jerry, el mayordomo de la casa, no hubiera llegado a tiempo de intervenir. Cuando vio a la señora tan cruelmente tratada, se lanzó sin pensar sobre Stewart para detenerlo y, por consecuencia, el pobre Jerry había sido despedido de inmediato. En el Londres de fin de siglo, la balanza de la justicia no siempre se inclinaba hacia el lado correcto.

Cuando el doctor abandonó la habitación, la madre de Emily se incorporó de la silla que había colocado a apenas unos metros de la cama y se acercó con lentitud para sentarse a los pies del lecho. Su rostro era frío como el Támesis en invierno, cuando su curso se helaba a causa de las bajas temperaturas, y ni siquiera el crimen cometido contra su hija había conseguido alterarle la expresión. Parecía querer hablar con su hija acerca de lo sucedido.

—Ma... dre... —balbució Emily entre sollozos.

—No te preocupes, hija. Ya ha pasado... —la atajó Margaret sin inmutarse. Su rostro no traslucía ninguna emoción.

—¡No entiendo qué le pasó, madre! ¡Parecía haberse vuelto loco! —exclamó la joven, que lloraba y temblaba a un tiempo.

—Emily, no deberías haberlo rechazado...

—Pero... ¿cómo puede decir eso, madre? ¡Me forzó! ¡Me obligó a hacer lo que

no quería! ¿Es que no lo entiende?

—Mira, hija, sabes muy bien cuáles son tus obligaciones con tu esposo. Él tiene derecho a poseerte cuando quiera. Y tú no puedes impedirselo golpeándolo en la cabeza...

—¡Pero, madre! ¡Merecía eso y mucho más!

—¡Emily! ¡No sigas! ¡No toleraré que esto vuelva a repetirse! La gente habla, y tus niñerías pueden perjudicar a nuestra familia. Te aseguro que los Lambert están muy ofendidos por lo que ha sucedido. El doctor tuvo que atender a Stewart de urgencia y curarle la profunda brecha en la cabeza que le causaste con tu acceso de ira. Y, como supondrás, tu marido se siente humillado por tu reacción incomprensible y tu rechazo hacia su persona.

—No es posible... Esto no puede estar sucediendo... —musitó Emily, llorando amargamente.

—Escucha, hija, Stewart es por ley tu marido y le perteneces. Simplemente, puede hacer lo que le venga en gana contigo. Y eso debes tenerlo muy presente para intentar satisfacerlo en cualquier cosa. La próxima vez que te reclame deberás mostrarte sumisa y obediente con sus deseos.

—Pero, madre, ¡lo detesto! No puedo soportar su presencia ni un segundo más... Siento una profunda animadversión hacia él.

—¡Emily! ¡Ya basta! ¡Te prohíbo que hables así de tu esposo! ¡Debería darte vergüenza! —le reconvino Margaret, auténticamente indignada por la actitud de su hija.

—Pero ¿de verdad nadie tiene en cuenta lo que él me ha hecho? —suplicó ella, ya sin fuerzas.

—Hija, no es tan sencillo... Tu padre y tu suegro han tomado una decisión respecto a vosotros. Cuando te recuperes, zarparéis sin tardanza hacia Japón. Se ha decidido adelantar el viaje por todo lo que ha pasado y, para evitar males mayores, Ryan, el hermano de Stewart, os acompañará.

—¿A qué otros males se refiere, madre? ¿Qué ha sucedido?

—Verás, hija... El doctor ha examinado a Stewart... y lamento decirte que está muy enfermo.

—¿Enfermo, madre?

—Emily... se trata de una terrible desgracia que ha recaído sobre nuestra familia. Sabe Dios lo que dirán de nosotros, pero solo nos queda hacer todo lo posible para alejar a Stewart de Londres de inmediato. En esas tierras salvajes conseguirá curarse y volverá a ser, de buen seguro, el hombre amable que conociste.

—¿Qué enfermedad tiene, madre?

—Sífilis... hija mía, es evidente que su vida pecaminosa lo ha llevado a esto, aunque tú deberías haberlo retenido. Tuya es la culpa de no haberlo atendido como se merecía, y ahora debes enmendarla —afirmó Margaret, segura de sus acusaciones.

—Pero ¿de qué está hablando, madre? ¡Yo jamás lo he empujado a esa vida de

engaño! No puedo creer que me culpe de sus vicios... ¿Yo también he contraído la enfermedad? ¿Le ha dicho algo el doctor después de examinarme?

—No, hija, el doctor nos ha asegurado que tú estás sana. Pero, querida, no te mentiré. A decir verdad, todos sabíamos lo que estaba sucediendo con tu esposo. Lo habíamos mantenido en secreto con la esperanza de poderlo solucionar sin que tuvieras que pasar por una situación tan penosa, pero hemos fracasado. Por más que nos hemos esforzado, ha sido imposible de controlar. Y ahora nuestros vecinos no dejan de chismorrear a nuestra costa. Todos saben que Stewart frecuentaba el East End casi a diario y se había entregado al vicio que infecta esta ciudad. El mismísimo diablo le ha poseído, hija, pero debemos ayudarlo. Lejos de Gran Bretaña y de la chusma inmoral que tanto ha frecuentado, superará sus adicciones. Además, el doctor ya lo está tratando, y os acompañará hasta Tokio para asegurarse de que Stewart se restablezca del todo.

Emily comprendió, gracias a lo que su madre le había dicho, todo lo que había estado sucediendo. Las constantes ausencias de su esposo, las horas intempestivas en que llegaba a casa, sus cambios de humor y, sobre todo, la brusquedad con la que la trataba cuando mantenían sus esporádicas relaciones íntimas, todo era resultado de la maldad que se había apoderado de su alma.

Aquel desgraciado irredimible la había humillado, maltratado y engañado con las más sucias ramerías de los bajos fondos, y el odio hacia su marido que en su día había nacido dentro de ella aumentó aún más. Sí, viajaría con él al país del sol naciente, pero jamás olvidaría por lo que la había hecho pasar. Estaba convencida de que, tarde o temprano, la vida iba a darle la oportunidad de hacer justicia y, para entonces, iba a estar preparada para asestarle el golpe de gracia. Emily sabía que, si permanecían en Londres, algo así jamás podría suceder, de modo que para llevar a cabo su venganza necesitaba desembarazarse y alejarse de su propia familia y del entorno infecto que la rodeaba. Emily precisaba empezar una nueva vida, y la violación que había sufrido se había convertido en la justificación moral de sus planes.

Quince días después del terrible incidente entre Stewart y Emily, el vapor *Queen Sea* zarpaba del puerto de Londres. En él iban el joven matrimonio y el cuñado de la heredera de los Watson, el apuesto Ryan Lambert, en dirección a Yokohama, el puerto más cercano a la antigua ciudad de Edo, ya conocida como Tokio.

La elección de aquel destino tenía un motivo claro. Allí residía el poderoso emperador Meiji, el verdadero artífice de que Japón estuviera enfrascado en una carrera frenética para modernizarse y ponerse a la altura de las grandes naciones.

El día señalado, varios coches de caballos se reunieron en la puerta de la mansión para transportar a Emily, Stewart y Ryan, a los que acompañaban los padres de ambos cónyuges. Su equipaje era muy reducido.

Los coches recorrieron las pedregosas calles de la ciudad hasta el muelle de Westminster, donde solían atracar los vapores de la familia Watson que realizaban la ruta asiática.

Durante el trayecto, Emily maldijo todo aquello que dejaba atrás y la dolorosa huella que Londres había dejado en su alma. La temperatura era la propia de la estación, pero Emily percibió que la contaminación generada por las chimeneas de las innumerables fábricas de la ciudad enrarecía el ambiente. Aquella ciudad parecía un pozo negro.

La niebla ocupaba hasta el último recodo del trayecto. Las calles por las que pasaban aparecían impregnadas de un humo denso y marrón del que a duras penas podían librarse. La bruma difuminaba los contornos, y no se dieron cuenta de que se adentraban en el muelle hasta que no llegaron a su destino. El viaje se había hecho prácticamente a ciegas.

Al bajar, la joven vio sobre las piedras del embarcadero un gran número de bultos y hombres que se afanaban en subirlos al *Queen Sea*. La actividad era frenética y nadie les prestaba atención. A su alrededor, un gran número de embarcaciones de toda clase propiciaba la misma sensación de abarrotamiento que se experimentaba en la gran ciudad. Por su parte, los trabajadores del puerto asignados y la tripulación del *Queen Sea* trabajaban a destajo para finalizar los preparativos, y pronto Emily y sus acompañantes subieron a bordo a través de la escurridiza pasarela de madera y metal que servía de rampa de acceso.

Stewart iba en último lugar. Desde el día de la violación, él y su mujer no se habían dirigido la palabra. Con la ayuda del doctor, accedió al barco y se refugió en su camarote para poder descansar. La enfermedad avanzaba rápidamente y lo

consumía de forma patente.

Pese a las indicaciones de los asistentes de la joven Watson, Emily y Ryan decidieron permanecer en cubierta y ver cómo el barco se alejaba del puerto. Las máquinas empezaron a resoplar y las calderas a rugir, repletas de carbón en combustión, y el *Queen Sea* empezó a moverse con lentitud. Las gaviotas graznaban en las alturas y el ruido de bielas y hombres se fundía en un estruendoso jaleo. En aquel momento, una felicidad intensa poseyó a Emily. Sabía que con aquel viaje iba a encontrar la paz que Londres le había robado y, mientras se juraba a sí misma que jamás volvería a pisar aquellas calles, pudo apreciar que su padre y su suegro mantenían una calurosa conversación en el muelle. Rodeados por sus asesores legales y gentes de confianza, gesticulaban mostrando algún tipo de desacuerdo, y solo durante un corto instante Emily y su padre, el inflexible Benjamin Watson, cruzaron sus miradas. Fue un segundo fugaz, casi inapreciable, pero lo bastante intenso para que la joven comprendiera que a su padre le apenaba verla partir. Podía tratarse de una mera figuración, pero en aquel instante la joven intuyó que esa iba a ser la última vez que se verían. Y algo, de nuevo, volvió a herirle el alma.

Poco a poco el *Queen Sea* fue alejándose del muelle. Emily y Ryan contemplaban en silencio las infinitas chimeneas de aquella ciudad gris, las cuales seguían escupiendo bocanadas incesantes de humo oscuro. La muchacha tuvo la sensación de que salía del purgatorio, de un lugar indefinible que solía engullir las almas de quienes no lograban alejarse a tiempo.

Y mientras Emily recordaba con tristeza el rostro de su padre, Ryan la observaba en silencio. Era un joven de selecta educación y prudencia exquisita, que decidió dirigirse a su cuñada por primera vez desde la celebración de la boda.

—Si me lo permite, Emily, querría pedirle disculpas en nombre de mi familia... y, por supuesto, también en el mío propio.

—Puedes tutearme, Ryan... Somos familia, de modo que creo que es lo más adecuado. De todas formas, ¿por qué me pides disculpas?

—Por el lamentable comportamiento de mi hermano... —respondió avergonzado el joven Lambert.

—No te preocupes. Considero que no estás obligado a transmitirme tu pesar. Él es mi marido y puede hacer lo que considere oportuno... —declaró la heredera de los Watson a regañadientes.

—Si me permites el atrevimiento, en eso no estoy del todo de acuerdo. De todas formas, hasta ahora no había tenido la ocasión de expresarte mi vergüenza por lo sucedido. A decir verdad, no apruebo en absoluto el proceder de Stewart. A una esposa jamás se le debería poner la mano encima... —reconoció con humildad el joven Ryan.

—Gracias. Es agradable escuchar algo así... Me reconforta.

—Él no es mala persona, ¿sabes? Se ha dejado influenciar por malas compañías y está desorientado, pero no es tan malo como parece...

—Seguro que es como tú dices, Ryan. Tú lo conoces mejor que nadie y puedes juzgar su comportamiento en su justa medida.

—Lo cierto es que siempre estuvimos muy unidos, aunque desde hace tiempo ha dejado de escucharme. Posiblemente su mente desvaría. No sé...

—¿Y eso por qué? ¿A qué crees que es debido? —preguntó Emily, al ver que Ryan coincidía con su punto de vista.

—Supongo que me ve como una amenaza a todo aquello en lo que él mismo se ha convertido... Mis padres me han encargado que vele por él, por eso os acompaño en este viaje. Espero que en Tokio recupere el buen juicio...

—¿Crees realmente que lo conseguirá? —inquirió Emily, algo escéptica.

—Eso espero... Tenía que haberlo frenado en Londres, pero me resultó imposible... Y ahora con la enfermedad... Espero que el doctor consiga erradicarla...

—Recemos para que no sea tan grave. Mi madre me comentó que se trataba de algo pasajero, pero, a juzgar por las apariencias, no parece ninguna nimiedad.

—No lo sé, Emily... Yo tampoco sé a ciencia cierta el grado de gravedad de su dolencia. Aun así, confiemos en que el viaje lo ayude a restablecerse. Por lo pronto, permanecerá solo con el doctor hasta que se recupere. No temas por nada. Me aseguraré de que no intente ninguna represalia.

—Gracias, Ryan. Te lo agradezco mucho.

El joven Ryan Lambert abandonó la cubierta para visitar a su hermano. Emily prefirió sentir las caricias de la brisa marina sobre su rostro y observar las olas de color azul intenso lamiendo el casco del barco. El olor a sal y los graznidos esporádicos de las gaviotas la acompañaron hasta que la silueta de Londres se perdió a lo lejos, y, conforme más se alejaba de la ciudad, más sentía el abrazo de su querido Thomas alrededor de su cuerpo. Era como tenerlo a su lado animándola a adentrarse en un terreno desconocido.

Estaba previsto que la travesía durase unos veinte días, pues, tras la apertura del canal de Suez, los tiempos se habían acortado considerablemente. Sin embargo, el *Queen Sea* acabó tardando tres semanas y media en alcanzar la costa japonesa.

El trayecto iba a recorrer el océano Atlántico rodeando las costas de Francia y España para adentrarse en el mar Mediterráneo. Pasarían cerca de la península Itálica y de la Helénica y llegarían hasta Port Said, cerca de Alejandría, en Egipto, donde comenzaba el moderno canal de Suez, que atravesaba las tierras desérticas de la península del Sinaí para alcanzar el mar Rojo. A partir de ese punto navegarían por el océano Índico y el Pacífico hasta llegar al puerto comercial de Yokohama, en el mar del Japón.

Durante la primera semana, Emily ni siquiera se cruzó con su esposo, que permaneció encerrado en su camarote, junto al doctor y su hermano. Ryan solía coincidir con ella en la zona de cubierta, donde acostumbraban a sentarse y charlar largo rato, aunque casi siempre hablaban en primer lugar de la situación de Stewart y de su empeoramiento inexorable. El vaivén del barco y las difíciles condiciones

atmosféricas eran circunstancias que no lo ayudaban a reposar lo bastante para permitir alguna mejoría. No obstante, aún no habían recorrido ni la mitad de la distancia que los separaba de las costas niponas.

Con el paso de los días, Emily y su cuñado entablaron una grata amistad. Ryan era tres años más joven que Stewart y solo un par de años mayor que Emily. A simple vista, a la joven le resultaba mucho más simpático e interesante que su esposo, y cuando lo conoció un poco mejor comprendió que su atractivo residía en su forma de ser. Sin duda se trataba de una persona íntegra y honrada, con un carácter del todo opuesto al de su hermano mayor. En ningún momento dejó de atender las necesidades de Emily y se esmeró en que no le faltase de nada. Emily era consciente de lo complicado de la situación en que se encontraban, y se prometió a sí misma no olvidar sus cuidados.

Al principio, la joven pensó que tanta amabilidad se debía al hecho de que Ryan se sentía responsable de la locura que se había apoderado de su hermano, pero después entendió que su solicitud no tenía nada que ver con eso. Simplemente, el muchacho se sentía muy solo y tenía una gran necesidad de conversar. Y en eso coincidían por completo.

A Ryan le habían encargado la ardua misión de hacerse responsable de su hermano mayor, de su cuñada y de los negocios familiares en un país tan lejano como Japón, pero él la había aceptado con entereza, consciente de sus obligaciones. El buen nombre de los Lambert estaba en sus manos, y estaba dispuesto a salir airoso pese a los errores cometidos por su hermano.

Transcurrieron más jornadas de sol abrasador, oleaje cambiante y rumorosa brisa portadora de refrescantes gotas saladas. Durante el día la temperatura en cubierta solía ser cálida, aunque, cuando caía la noche, refrescaba un poco y era necesario abrigarse con alguna prenda ligera. El fresco nocturno suavizaba los ardores diurnos y era agradecido por los pasajeros.

Parte de los asistentes más cercanos de la nueva familia Lambert Watson viajaba con ellos para atender sus necesidades y hacerles la travesía lo más cómoda posible. Para la mayoría de ellos el viaje iba a ser solo de ida, dado que sus instrucciones eran permanecer en Tokio hasta que Emily, Stewart y Ryan decidieran volver a Gran Bretaña.

Para que se produjera esa circunstancia, sin embargo, aún faltaba mucho. De momento, cerca de la antigua Edo les esperaba una casa señorial recién construida según el estilo victoriano, desde la que los señores podrían dirigir las fábricas familiares.

Pasados cinco días de navegación, Stewart empeoró de forma apreciable. La enfermedad lo había debilitado con rapidez, y el doctor consideró oportuno tratarlo con urgencia en el camarote, durante las veinticuatro horas del día. Aún quedaban unos quince días de viaje, y la situación no era en absoluto alentadora.

Cuando el pequeño de los Lambert la informó de la situación, Emily tuvo una

sensación agrídulce. Se sentía mal por experimentar cierta satisfacción al ver que aquel malnacido estaba sufriendo las consecuencias de su maldad. Era como si una especie de justicia divina se hubiera aliado con ella para devolver a Stewart todo el mal que había ocasionado y, aunque se resistía a desearle la muerte, en lo más profundo de su ser esperaba la noticia de su fallecimiento. Tal vez fuera una impía por pensar de aquella manera, pero era incapaz de contener una emoción que surgía del fondo de sus entrañas.

A la semana de su partida hacia Japón, Stewart murió. La sífilis había afectado a su sistema nervioso y dañado gravemente sus órganos vitales. Una vez se había apoderado de su cuerpo, la maldita enfermedad lo había consumido de manera imparable.

Y aunque el doctor se había dedicado a aplicarle curas de mercurio, el tratamiento, más que detener la enfermedad, había acelerado su evolución. El daño había llegado a ser irreversible y el paciente había muerto.

Emily escuchó el relato entristecido de Ryan y, cuando este terminó, la joven viuda decidió permanecer en cubierta, observando el mar y las costas del Mediterráneo. Estaban a un par de días de alcanzar el puerto de Malta, donde iban a hacer escala, y allí, sobre las aguas de aquel mar cálido, un nuevo prisma iluminó su vida. Aquel viaje había logrado arrastrar todo lo malo que le había pasado y hundirlo para siempre en el milenarísimo fondo marino sobre el que navegaban. En Emily se despertaron las fuerzas necesarias para empezar de nuevo. Justo en el momento de conocer la muerte de su esposo decidió que iba a contradecir las normas establecidas por la sociedad en la que vivía y que se ocuparía en persona, ella, una mujer, de las fábricas de su familia. Tenía el convencimiento de que, con la ayuda de Ryan, podría lograrlo con éxito, y si algo tenía claro era que aquello tenía que salir bien, pues su propósito era no volver a pisar Gran Bretaña en lo que le quedaba de vida.

Después de una comida silenciosa en el camarote, Ryan insistió en acompañarla en su paseo por la cubierta. Deseaba contarle algo de suma importancia, aunque por el momento mantuvo su reserva. Cuando por fin se decidió a hablar, al principio titubeó un tanto, pero pronto encontró las palabras necesarias para contarle sus intenciones: el pequeño de los Lambert consideraba que lo mejor era arrojar el cuerpo inerte de su hermano al mar. El viaje era demasiado largo para tener un cuerpo en descomposición a bordo y, según las leyes marítimas, aquella era la decisión más acertada.

Pese a que Malta y Alejandría ya no quedaban demasiado lejos, descartaba por completo enterrar a su hermano en tierra extraña y, con toda la vergüenza del mundo —por no habérselo mencionado antes— le confesó que ya había pactado aquellas últimas disposiciones con su familia. Todos conocían el riesgo que implicaba semejante travesía para un hombre tan debilitado, de modo que habían decidido despedirle de la forma tradicional en el mar. Solo aquellas aguas profundas podrían purificar el alma del pecador.

Al mismo tiempo, y una vez llegasen a Tokio, los efectos personales de Stewart regresarían de nuevo a Londres con el *Queen Sea*, para que su familia les diera sepultura en el mausoleo familiar del cementerio de Highgate. A ojos de sus vecinos, el cadáver de Stewart estaría en un ataúd que ya habían cargado en el barco, por si sucedía lo peor.

Emily estuvo conforme con la decisión tomada por la familia de su esposo, y al día siguiente se ofició el entierro en la cubierta de popa. En el último adiós a Stewart Lambert estuvieron presentes los familiares del fallecido —todos ellos de riguroso luto—, el capitán, el sacerdote y gran parte de la tripulación.

Después del sermón religioso, dos carboneros alzaron la improvisada camilla que cargaba el cadáver del fallecido hasta que el cuerpo, envuelto en un sudario blanco, se deslizó por ella e impactó contra la superficie del mar. Gracias al peso atado a sus pies, el difunto se hundió con rapidez y se alejó definitivamente de la joven Emily, quien, mientras observaba cómo desaparecía tragado por las aguas, sintió que también se marchaba con él todo el tormento que había sufrido hasta entonces. Aunque en ese momento era una joven viuda sin raíces, estaba dispuesta a tomar con decisión las riendas de su vida.

Desde aquel día, el viaje hacia su nueva existencia se hizo mucho más agradable. Por educación, Emily aparentaba cierta tristeza en público, pero, en la soledad de su camarote o durante sus solitarios paseos por cubierta, la sonrisa que le habían usurpado en Londres volvía a aparecer en su rostro. Se sentía tan feliz que creyó que ningún otro contratiempo podría hacerle ver las cosas de otra forma, y tal vez por ello empezó a experimentar el ansia de conocer otras culturas, otras concepciones de la vida. Se preguntaba si, al fin, podría experimentar la verdadera sensación de estar viva.

El viaje le proporcionó mucho tiempo para aprender cosas sobre aquel barco de vapor y el recorrido que estaban realizando. A la joven le interesaba todo aquello que desconocía, y Ryan se mostró muy dispuesto a ilustrarla con todo detalle.

Por lo visto, el canal de Suez era una vía marítima que el hombre había excavado en el desierto, con sus propios medios y un esfuerzo desmedido, con el propósito de unir comercialmente el Mediterráneo con el Índico. Constituía una vía de comunicación de gran importancia, que estrechaba los lazos entre Europa y Asia de una forma inconcebible hasta ese momento.

El *Queen Sea* seguía una ruta marcada. Sin dar muchos rodeos, debía hacer escala en la isla de Malta, para después bordear el puerto de Alejandría y, desde allí, dirigirse al famoso Port Said, puerta de acceso al canal.

Antes de lo esperado, el capitán les comunicó que estaban arribando al puerto de La Valeta. Necesitaban con urgencia repostar carbón para las máquinas y adquirir lo indispensable para proseguir el viaje.

El Puerto Grande de Malta era el típico puerto comercial de la época, preparado para albergar todo tipo de embarcaciones, de entre las que destacaban los navíos de

guerra y los buques comerciales del estilo del *Queen Sea*. Y lo cierto era que los muelles estaban llenos de barcos. Que aquel lugar era ideal para hacer escala quedó claro cuando el vapor de la compañía Watson & Lambert atracó en él.

Desde hacía casi un siglo, Malta formaba parte de los territorios que conformaban el Imperio británico y, por su ubicación estratégica, era de vital importancia para los ingleses. Su posesión simplificaba la nueva ruta comercial entre el Viejo Continente, la India y Asia y otorgaba una gran ventaja a la potencia colonial. La explotación de las vías comerciales quedaba asegurada y favorecía, por consiguiente, la creación de grandes fortunas.

Cuando desembarcaron en La Valeta, la bellísima capital de Malta, Emily quedó estupefacta. Se trataba de una ciudad de tamaño reducido si se la comparaba con su Londres natal, pero en ella se alzaban maravillosas edificaciones centenarias, construidas por imperativo de las vicisitudes históricas de la isla. Sorprendentes construcciones a caballo entre el Renacimiento y el Barroco parecían salir de la nada cada vez que cruzaba alguna de sus avenidas.

Emily se sentía en otro mundo; creía flotar en lo que parecía un fluido maravilloso. Sobre La Valeta había un cielo azul que cubría la ciudad a modo de extenso manto, rematado por un sol radiante que lo iluminaba todo, en contraste brutal con la jaula londinense en la que Emily había estado tanto tiempo encerrada. Por fin la joven podía cerciorarse de que Thomas decía la verdad: fuera de Gran Bretaña existía un extenso y bello mundo que valía la pena descubrir, lugares evocadores que podían hacer de la vida una experiencia maravillosa.

El mismo día de su llegada a La Valeta, por la tarde, el *Queen Sea* volvió a zarpar hacia Alejandría. Debían adentrarse cuanto antes en el canal de Suez.

Ya en mar abierto, y de nuevo en la cubierta, Ryan dio a Emily algunos datos destacables sobre la antiquísima y legendaria ciudad de Alejandría.

Alejandría había sido una de las ciudades destacadas de la Antigüedad, situada en la parte occidental del delta del Nilo. El joven Lambert le explicó que, según sus informaciones, Alejandría pugnaba con El Cairo por ser la ciudad egipcia más importante.

Alejandría había sido durante unos años una importante base del comercio de especias controlado por los venecianos, aunque en aquella época su auge dependía sobre todo de las transacciones entre el mundo occidental y Oriente. En aquellos momentos era el gran puerto egipcio y un paraíso comercial para los europeos.

Como disponían de algunas horas para visitar el lugar, Ryan propuso a Emily acompañarla en calidad de guía. Además, según afirmaba Ryan, el capitán del *Queen Sea* —que ya había estado en la ciudad en multitud de ocasiones— le había asegurado que la mejor zona era el barrio turco, por el que el marinero sentía una especial debilidad, al contrario que por el griego, al que tenía auténtico pavor. De hecho, el capitán le había jurado y perjurado que todos los viajeros experimentados conocían el peligro presente en sus calles. Así que lo conveniente era pasearse por la

zona turca, para evitar lances inesperados.

El tiempo que pasaron en Alejandría no fue suficiente para recorrer los rincones más destacados de la ciudad, aunque Emily y Ryan se acercaron hasta un obelisco al que llamaban «Aguja de Cleopatra». Se trataba de una larguísima columna erguida hacia el cielo y cubierta de jeroglíficos, que hacía la competencia directa a la columna de Pompeyo.

El *Queen Sea* zarpó de Alejandría y alcanzó Port Said. Allí una minúscula embarcación de vapor lo acompañó a un paso lentísimo y desesperante hasta el antepuerto del canal.

Eso sí, antes de adentrarse en la vía acuática artificial se toparon con dos majestuosos malecones construidos sobre escolleras. Sobre ellos se acumulaban numerosos talleres de piedra y de repuestos para embarcaciones, lo que daba a entender que, una vez en el canal, ya no podrían parar. Así que debían estar preparados antes de proseguir el viaje.

La construcción del canal había convertido un terreno de playas desiertas y agrestes en una localidad populosa y próspera.

Sin apenas detenerse para abastecerse, el *Queen Sea* entró en el canal en compañía de una pequeña embarcación que lo guiaba. Y, a ritmo lento, recorrió el canal hasta alcanzar las costas del mar Rojo. Por las mismas aguas navegaban otras embarcaciones de vapor y vela, y en ambas orillas —a derecha e izquierda— la joven inglesa observó con atención a los endurecidos habitantes de aquellas zonas áridas, ocupados en sus quehaceres diarios. Le pareció que sus atuendos eran muy humildes en comparación con los de los británicos, y Emily se planteó cómo se las arreglaban para vivir bajo tales condiciones. El calor sofocante, la sucesión interminable de montículos de arena y las hileras desperdigadas de palmeras fueron lo más destacado de aquella travesía monótona.

Una vez abandonado el canal de Suez, navegaron sin novedad durante varios días más rodeando la India, Indonesia y Filipinas, hasta alcanzar las costas japonesas y arribar finalmente al puerto de Yokohama, el destino que tanto había deseado la heredera de los Watson.

En el transcurso de aquel viaje extraño, Emily y Ryan pasaron largas horas hablando de sus familias, de lo que esperaban de la vida y, en definitiva, de ellos mismos. De alguna forma descubrieron que tenían ciertos rasgos en común y que, juntos, podían asumir con éxito la responsabilidad familiar que los había llevado hasta allí.

En todas y cada una de sus conversaciones, Ryan siempre se mostró atento, gentil y cariñoso, y jamás se aproximó más de lo debido ni realizó ninguna insinuación o propuesta fuera de lugar. Su exquisita educación le impedía dar un paso en falso, y en todo momento respetó a la viuda de su hermano, pese a parecerle una mujer única en el mundo. Pero aquellos sentimientos inapropiados estaban del todo prohibidos.

El itinerario de tres semanas había finalizado y Emily había dejado atrás hechos

muy desgraciados. Ya frente a las costas japonesas y teniendo ante sí el puerto de Yokohama, experimentó una rara sensación, mezcla de temor y anhelo. La gente de su círculo social afirmaba que aquel era un lugar salvaje, pero Emily seguía atesorando en lo más profundo de su corazón el sueño de Thomas de llevarla hasta allí. Si él tenía tan claro que aquel podía ser el paraíso en el que pasar el resto de sus días, no había razón para tener miedo.

SEGUNDA PARTE

Japón, 1892

Desde lo lejos, Yokohama aparentaba ser una ciudad híbrida, una mezcla de construcciones, donde, a simple vista, la modernidad se esforzaba en sustituir los tradicionales y humildes hogares de los pescadores.

Cuando Emily, desde la cubierta, divisó lo que para ella significaba un nuevo mundo, una felicidad intensa recorrió su alma. El corazón le palpitaba con emoción al descubrir, por fin, el lugar del que Thomas tanto le había hablado.

Por lo que podía deducirse desde la distancia —y a tenor de las palabras de su amado—, la población había sufrido cambios notables causados por la política expansionista de su país, aunque conservaba el encanto que ella había imaginado tiempo atrás.

Y, entre las suaves pendientes de una oscura montaña verdosa que se extendía ante sus ojos, pudo apreciar edificios modernos de ladrillo, muy al estilo inglés, así como casas pequeñísimas que a Emily le recordaron los típicos champiñones de la campiña inglesa.

Al verlas, pensó que el colorido de aquellas tierras era mucho menor del esperado. Tal vez la había llevado a error la influencia de las obras sobre la cultura nipona que el profesor Smith le había mostrado, pues no cabía duda de que aquel país asiático mostraba unas tonalidades más sobrias que las de las ilustraciones de aquellos libros maravillosos.

Embarcaciones de todo tipo se adentraban en el puerto con la intención de atracar en un muelle largo, en el que destacaban dos grandes edificios. Eran posiblemente las sedes de los representantes del comercio marino y de los encargados de controlar las entradas y salidas efectuadas por ese punto de acceso al país.

El vapor se encontraba cerca del muelle cuando Ryan irrumpió en la cubierta en compañía del doctor y los demás miembros de la expedición británica. Todos querían experimentar los primeros instantes de la llegada al lejano y enigmático Oriente.

En cuanto el *Queen Sea* tocó tierra, la tripulación empezó a trabajar a destajo para amarrar el colosal vapor y descargar tanto el equipaje como la mercancía que transportaba desde Londres.

Emily no pudo evitar las comparaciones entre lo que veía y lo que había dejado atrás, no sin cierta confusión, pues el contraste era demasiado grande.

Sin ninguna sutileza, la mano del Imperio británico y la imposición de los

intereses de la vieja Europa habían transformado a su antojo aquel antiguo pueblo de pescadores, que se había convertido en un puerto marítimo digno, aunque tristemente gris. Eso sí, dado que se encontraba en aguas japonesas, no había rastro de la oscura neblina británica. En aquel lugar se respiraba un ambiente mil veces más puro.

En el larguísimo muelle había atracadas dos grandes embarcaciones de vapor a parte de la de la compañía Watson & Lambert y, junto a los dos edificios de construcción moderna, podían verse pequeñas embarcaciones pesqueras. A lo lejos, y anclados a varias millas de la costa, Emily divisó humeantes navíos de guerra, esperando el momento oportuno para realizar las misiones para las que se habían construido en el astillero. Japón empezaba a dar importancia a su marina de guerra con la intención de convertirse en una potencia marítima, y con tal actitud no entendía que sus tradiciones estuvieran en peligro.

El muelle estaba hecho de fuerte madera oscura, y tenía incorporados unos largos raíles que ayudaban al transporte de mercancías mediante carros y carretas.

Con intervalos de pocos metros, puntos de luz bien alineados configuraban un alumbrado que podía haber pertenecido perfectamente a los muelles de su tan odiado Londres. Y, mientras descendía por la pasarela de acceso a tierra firme, la joven británica se fijó con atención en el bullicio humano que allí se desarrollaba y que hacía que el desembarcadero se asemejara a un hormiguero.

A decir verdad, la mezcla era apasionante: occidentales vestidos a la última moda del estilo inglés, orientales que imitaban a los occidentales y se mostraban orgullosos de llevar sombreros de paja blanca con un cinta negra alrededor de la corona; orientales con sobrios quimonos que combinaban el blanco y azul oscuro, y mujeres de ojos rasgados y con una hermosa faja de seda ciñendo su cintura.

A decir verdad, Emily echaba en falta el alarde de color que tanto había soñado. No entendía por qué no hacía acto de presencia la magia del antiguo Oriente que había podido extraer de los manuscritos de su maestro o de las palabras de su querido Thomas.

Pese a que el gentío era desconcertante, el orden era absoluto. La gente permanecía en aquel muelle por diferentes asuntos, pero con un respeto máximo por el espacio del otro.

Una vez que estuvieron todos en tierra, un grupo de diez personas se acercó hasta los ingleses. Eran los encargados de darles la bienvenida a Yokohama y quienes iban a llevarlos hasta la villa de Hachiōji, cerca de Tokio. Con gran amabilidad, sus guías se presentaron entre sonrisas y leves reverencias.

Encabezando el comité de bienvenida estaba John Spencer, un inglés al servicio de la familia Watson y responsable de los asuntos mercantiles y de transporte de los barcos. Junto a él estaba Ronald van Santen, un arquitecto holandés, y el resto del grupo, que contaba con un abogado francés, un ingeniero alemán y varios nipones ataviados con ropa occidental. Verlos juntos resultaba de lo más extraño.

El señor John Spencer era un hombre de apariencia tranquila y perspicaz. De

mandíbula pronunciada y facciones angulosas y marcadas, tenía la expresión agradable frecuente en las buenas personas. La sombra clara de una barba rubia, así como un pelo disperso, que estaba perdiendo la batalla contra la calvicie, enmarcaban un rostro donde destacaban unos ojos grandes defendidos por unas cejas largas y anchas. Su constitución había sido atlética, pero en aquellos momentos traslucía cierta dejadez —señal evidente del paso del tiempo— subrayada por una panza incipiente. A juzgar por su aspecto, la vida en Japón le había sentado bien.

—Bienvenidos a Yokohama, señores Lambert. Espero que se encuentren bien pese a las malas noticias. Recibimos la notificación del fallecimiento del señor Stewart... —dijo John Spencer, apesadumbrado.

—Se lo agradecemos... Estamos algo cansados pero satisfechos de haber llegado por fin a Yokohama, después de todo lo ocurrido —respondió Ryan, con voz fatigada. El viaje lo había mermado físicamente.

—Si me lo permite, me gustaría darle el pésame, señora Lambert —añadió Spencer.

—Se lo agradezco, señor... —respondió Emily, dubitativa—. ¿Puedo saber su nombre?

—Oh, desde luego, disculpen mi mala educación... Me llamo John Spencer, y soy el responsable de conducirlos hasta su residencia en Hachiōji.

—Gracias, señor Spencer —respondió amablemente la joven viuda.

—Sígueme por aquí, por favor... —les invitó el adjunto inglés mientras indicaba a sus acompañantes que se apresurasen a preparar los medios de transporte que iban a utilizar.

Al mismo tiempo, Spencer ordenó al personal del servicio que se encargase del equipaje de sus señores e hizo las oportunas presentaciones con el resto de sus acompañantes.

Tras un corto paseo por el desembarcadero llegaron hasta un grupo de *kurumas*, pequeños carruajes de dos ruedas y capacidad para dos personas tirados por unos esforzados braceros llamados *kurumaya*.

La idea era ir a la estación de tren de la ciudad para dirigirse lo más pronto posible a Tokio, la capital.

Pese a que Yokohama se encontraba a una distancia relativamente corta de Tokio, el ferrocarril era la forma más confortable de viajar hasta la capital. Allí era donde vivía el emperador y el lugar donde de manera más evidente podía apreciarse el gran avance tecnológico que se estaba produciendo en el antiguo país del sol naciente. El emperador deseaba equiparar su país a las naciones de Occidente. Esperaba con ello que, en cuanto potencia mundial, Japón tendría asegurado un desarrollo sin injerencias.

Dado que el grupo de viajeros era numeroso, optaron por repartirse en diez *kurumas*.

Ryan accedió de buen grado a sentarse en el primer *kuruma* junto al holandés Van

Santen, mientras que Emily hizo lo propio en el penúltimo de la fila, en compañía del señor Spencer.

Al principio, a la joven inglesa aquella forma de desplazamiento le pareció poco práctica y muy anticuada, pero pronto se dejó embriagar por el traqueteo del pequeño carruaje, al mismo tiempo que observaba a su alrededor y Spencer le explicaba breves detalles del lugar.

A Emily le llamó mucho la atención que en Yokohama hubiera más extranjeros que japoneses. Mientras recorría las calles de la población, pudo oír entrelazados varios idiomas diferentes y, sin pretenderlo, aquel guirigay le recordó al viejo Londres, un lugar que había llegado a odiar. Todas las ciudades que pretendían crecer padecían el mismo mal, y la situación se agravaba si disponían de puerto de mar.

Justo en esos momentos el señor Spencer la informaba de que Yokohama se había convertido en el puerto más importante de Japón, aunque ese tipo de detalles a ella no la interesaban demasiado:

—Esta ciudad se fundó hace apenas doce años, y estamos muy cerca de Tokio, que es la capital actual del país. Para comprender la importancia que esta gente da a los avances modernos, hay que tener en cuenta que Yokohama siempre había sido un discreto pueblo pesquero sin ninguna relevancia... ¡y mire ahora! —exclamó el inglés con un punto de orgullo.

—¿A qué se debe este cambio radical, señor Spencer? —preguntó la joven, un tanto intrigada.

—A ver, todo cambió por el empeño del emperador. Permitted la entrada de cientos de extranjeros acaudalados y expertos en todo tipo de artes, interesados en modernizar el país, y el resultado puede comprobarlo usted misma...

—A decir verdad, tenía una imagen del Lejano Oriente algo diferente... —admitió Emily en un tono desencantado.

—¡Comprendo a lo que se refiere! A todos nos pasa cuando llegamos por primera vez, pero, en fin, aún permanecen en Japón muchos ejemplos del antiguo imperio feudal. Lo que debe saber es que el emperador desea eliminar todo lo que recuerde a los samuráis y a sus amos, los sogunes.

—Y eso ¿por qué?

—Pues porque el emperador desea convertir a su país en otra gran potencia mundial y, cuando llegó al poder, creyó oportuno abrir sus fronteras al mundo exterior. Sin ir más lejos, nosotros somos un claro ejemplo de esa voluntad suya... —explicó el inglés con cierta resignación.

—Si le soy sincera, señor Spencer, sigo sin comprenderlo...

—Todo a su debido tiempo, señora Lambert. Esta gente difiere en muchas cosas de nosotros, y le aseguro que tienen una forma muy particular de entender la vida. No pretenda entenderlo todo al instante y pronto conseguirá apreciar su cultura... —le aconsejó su guía.

—Si no es molestia, cuénteme más cosas, señor Spencer. Me interesa saberlo todo

de este país y de la razón por la que nosotros estamos aquí —insistió Emily, quien no podía dejar de observar todo lo que aparecía ante sus ojos.

—¡Necesitaremos entonces varios días de trayecto! —exclamó el inglés sonriendo—. Mire, Yokohama es el puerto marítimo de salida y entrada del comercio de la seda, y ese es el motivo principal de que ustedes hayan venido. Aunque eso supongo que usted ya lo intuía. El caso es que las fábricas de su familia empiezan a ser muy importantes para el desarrollo de esta industria y es imprescindible que ustedes estén allí donde se produce toda la acción.

—¿Y dónde están nuestras fábricas?

—En una colonia creada a las afueras de la villa de Hachiōji. Allí tendrá la oportunidad de experimentar la vida tradicional japonesa. Allí se respira un ambiente muy diferente del que ahora mismo está presenciando.

—Siga, por favor —pidió Emily, que estaba cada vez más interesada.

—Le voy a ser sincero, señora Lambert: los usos y costumbres occidentales han arraigado con fuerza en el país. Los primeros barcos extranjeros llegaron a este puerto y los japoneses decidieron abrirse definitivamente al mundo, después de siglos de aislamiento... Aunque eso es algo que forma parte de la historia milenaria de esta gente y se lo expondré con más pormenores cuando dispongamos de más tiempo. Son temas de índole política, y creo que ahora mismo le interesarán otro tipo de cuestiones.

—Yo también le seré sincera, señor Spencer: tiene toda la razón en eso —reconoció la joven con una sonrisa.

Mientras se desplazaban sobre el *kuruma*, Emily no perdió detalle de todo aquello que veía. Aquella ciudad le parecía tan extraña y cercana al mismo tiempo que se sentía algo desconcertada.

La calles eran relativamente estrechas, y gran parte del terreno aún no se había asfaltado. Todo conservaba un aspecto muy rústico y primitivo. De hecho, daba la sensación de que preferían dejarlo como estaba. Llevaban siglos viviendo en esas condiciones y, pese a la imposición de la modernidad, que los instaba a cambiar algunos aspectos de su vida, algunos detalles no tenían por qué hacerlo.

Los hogares de aquella gente estaban contruidos artesanalmente con madera y cubiertos con tejados de una extraña tonalidad azulada. A simple vista, casi todas las casas disponían de una única y espaciosa planta.

Los puentes y bordillos que delimitaban los caminos seguían siendo de piedra, madera y tierra, y, mientras transitaban en el *kuruma*, Emily divisó, al final de la calle, unas largas escaleras del mismo material. Al parecer daban acceso a unos montículos bajos donde habían levantado algunas casas.

Poco a poco, la joven Watson empezó a sentirse seducida por ese lugar donde el pasado seguía presente. Y tuvo la sensación de que había juzgado el sitio con cierta precipitación. Llegar a un país nuevo nunca era sencillo, aunque, ahora que había dispuesto de más tiempo para asumir dónde se hallaba, empezó a experimentar la

emoción propia del que llega por primera vez a tierras asiáticas. Y es que Japón, sin previo aviso, se había alojado ya en su corazón, con la excusa de su respeto por el pasado.

A ritmo de *kuruma*, dejaron atrás el barrio europeo de la ciudad y se adentraron en la zona japonesa, de donde parecía emanar la esencia auténtica de la localidad. Allí, el aire y el ambiente tenían una pureza agradable, y el azul y el verde coloreaban el entorno con fina delicadeza.

El *kuruma*, pese a sus proporciones modestas, le pareció a Emily un medio de transporte eficaz y confortable, aunque a veces, cuando el suelo era irregular, podía llegar a ser un tanto oscilante. Su conductor, el *kurumaya*, portaba un extraño sombrero de paja de grandes dimensiones, que le daba un aspecto incluso simpático. Redondo y casi piramidal, le protegía de las inclemencias del tiempo con eficacia comprobada. Y, tras comprobar su esfuerzo, la joven valoró en su justa medida la tenacidad incansable de aquel hombre.

Cualquier otro europeo, en su situación, habría caído rendido tras recorrer un par de calles tirando de carga semejante. Pero aquel individuo era un titán capaz de soportar un trabajo tan exigente.

—Señor Spencer, ¿este hombre no descansa nunca? —preguntó Emily, sorprendida por la inagotable resistencia física del conductor.

—En absoluto, señora Lambert. Estos hombres llevan siglos dedicándose a este servicio particular y nacen con una resistencia fuera de lo común. Además, se trata del colectivo más ordenado que jamás haya visto, y poseedor de un código de conducta admirable.

—Entonces, nada que ver con los conductores de nuestro país... —comentó Emily con cierta picardía.

—Desde luego que no, señora Lambert... Aquí todo funciona al revés de lo que dicta nuestra lógica. Mire, estos hombres suelen escogerse por sus cualidades físicas para que puedan cumplir lo mejor posible con su cometido. Por tal razón, se respeta, casi venera, a los más veteranos, y prueba de lo que digo es que tienen por completo prohibido adelantar a un conductor más experimentado, pese a que se tenga una prisa considerable. Para un japonés, valerse de las cualidades propias para generar cierta competencia es una ofensa terrible.

—¡Dios mío, señor Spencer! ¡Qué exigencia!

—Es su forma de organizarse, señora Lambert, y ellos así la aceptan. Esa es la única razón de que formemos esta larga fila. Entre ellos se respetan...

Mientras seguían recorriendo aquellas calles costeras, Emily notó que aquella gente no dejaba de sonreírle. ¿De dónde salía tanta amabilidad, si nadie la conocía? ¿Dónde estaba la malicia que se suponía que albergaba todo ser humano y a la que ella ya se había acostumbrado?

De vez en cuando, en aquella parte de la ciudad de aspecto oriental, se dejaba ver algún que otro *gaijin* —así era como llamaban a los extranjeros— destacando entre la

multitud —pues los japoneses eran en general más bajos que los europeos—, pero no era algo común. Era evidente que los foráneos preferían concentrarse en el barrio europeo y desarrollar allí todos sus negocios, sin complicaciones ni límites.

El recorrido era de lo más entretenido y Emily observaba hasta los pequeños detalles: pudo distinguir más de un cartel escrito en inglés. A decir verdad, su idioma, expuesto en aquel lugar, le causaba cierto disgusto, pues interrumpía con brusquedad la belleza de la escritura oriental. En ese barrio aún era posible imaginarse estar en tiempos pasados, cuando el antiguo país feudal estaba en auge. Y es que las muchas telas teñidas con azul de cobalto que colgaban con delicadeza de las fachadas de las casas subyugaron a la joven británica: eran retales con caracteres incomprensibles que encerraban significados que aún tardaría tiempo en descifrar.

Daba la impresión de que en Yokohama no existía nada que se pareciera a otra cosa y que cada elemento gozaba de su propia esencia e identidad. Sus habitantes parecían preferir dar una oportunidad nueva a cada objeto o acción, sin repetirlos. Y prueba de ello era que, a simple vista, nada parecía duplicado en las calles.

Por otro lado, los hogares de aquella gente aparentaban ser frágiles y naturales. No habían recibido ningún tratamiento extra aparte del propio corte de la madera, y los tejados se alineaban a la perfección, formando un manto oscuro e uniforme.

Al pasar frente a las casas, a Emily la asombró ver lo que parecían paredes de papel. Como iban a paso vivo, no pudo asegurarse de que su primera impresión fuera la correcta, pero su aspecto externo era el de que no tenían una estructura sólida. Era como si aquellas casas estuvieran hechas con una película volátil e inestable.

Sin lugar a dudas, el camino hacia la estación estaba siendo muy instructivo y, mientras rodeaban lo que parecían ser comercios discretos, la joven observó con curiosidad unos extraños símbolos que presidían los negocios. Como no supo cómo interpretar los caracteres, Emily no dudó en consultárselo a su gentil guía.

—Disculpe mi desconocimiento, señor Spencer, pero ¿qué significan aquellos signos que pueden verse en las tiendas?

—Señora Lambert, no se preocupe, puede preguntarme todo aquello que desee. Será un placer satisfacer su curiosidad. Usted se refiere a los *kanji*, ¿verdad? —dijo el señor Spencer en tono un tanto jocoso.

—¿*Kanji*? —preguntó Emily, extrañada.

—Sí. Así se llaman. Verá, uno solo de esos símbolos suele tener varios significados a la vez. Pronto descubrirá que el japonés es un lenguaje de lo más complejo. La escritura japonesa es maravillosa, incluso me atrevería a decir que espiritual, y desde siempre la han mimado con la dedicación que se merece.

—Increíble... ¿Y cómo lo hacen? Me refiero a que ¿cómo la escriben? —insistió Emily, deseosa de saberlo todo.

—Utilizan un arte llamado *shodō*, y se pasmaría al ver cómo, mediante cada pincelada, logran un estado de calma... Es algo presente en su espiritualidad y de lo que nosotros, los occidentales, nos hemos ido alejando...

—Todo esto me resulta muy interesante, señor Spencer... —apuntó Emily, muy atenta a la explicación de su guía.

—Sin duda lo es. Pocas culturas buscan con la misma intensidad la perfección de los trazos en sus escritos... Si me permite un humilde consejo, procure observar todo aquello que vea a su alrededor, deje la mente en blanco y espere a que las cosas se le acerquen por sí mismas. En este país hay mucho que aprender, aunque requiere tiempo, señora Lambert —la avisó el señor Spencer. Emily, que seguía escuchándolo fascinada, no dijo nada.

El trayecto duró unos minutos más y, cuanto más avanzaban hacia la estación de tren, más le parecía a la joven Watson que aquellas personas poseían un efecto mágico sobre los visitantes. Ella, que estaba acostumbrada al sombrío Londres, tenía la sensación de que había recorrido un largo camino para adentrarse en el verdadero paraíso, y eso la llevó a permanecer en un estado próximo a la estupefacción. Si quería comprender a aquella gente, debía abandonar sus prejuicios europeos en el *Queen Sea* y empezar a pensar y ver la vida de una forma por completo opuesta a la que había tenido hasta entonces.

Había transcurrido un año desde la llegada de Thomas Wells a Constantinopla y un joven procedente de Damasco, al que llamaban Basil, se unió al convoy inglés. Eso habría sido algo hasta cierto punto normal si no fuera porque, en algunas ocasiones espaciadas, se atrevía a dirigir la palabra al esclavo.

Basil era un hombre de típicas facciones sirias. Nariz grande, labios carnosos y ojos de gran tamaño de extremos rasgados. El pelo, al igual que su barba, era oscuro y poblado, y el color de su piel, de la tonalidad del barro desleído. Medía más o menos un metro y setenta y cinco centímetros, y podría decirse que era atractivo.

Cierto era que le habían advertido del trato degradante que debía dar al prisionero, pero el sirio desobedeció desde el primer día, cuando presenció el maltrato intolerable que sufría el prisionero inglés. Tras muchas horas de mutua compañía, ambos acabaron trabando una gran amistad. La actitud del capataz, el señor Adam Stevenson, tuvo también algo de culpa, pues, con el tiempo, suavizó la intransigencia de sus condiciones y permitió que, de forma esporádica, los miembros de la caravana pudieran hablar con el prisionero. Pero Basil fue un poco más allá, ya que se interesó en conocer su historia.

Fueron años de duro trabajo en común y de caminatas extenuantes, que le llevaron a rebautizar a Thomas como Hakîm *el Inglés*, cuando descubrió que este hablaba su idioma con un acento más que aceptable. De todas formas, Basil procuraba guardar inteligentemente las distancias durante el día, para evitar la desconfianza del capataz. Si el señor Adam Stevenson hubiera descubierto la simpatía que sentía por el prisionero, sin duda le habría castigado de forma inmisericorde y lo habría abandonado allí donde nadie encontraría su cadáver.

Y así, de forma franca y natural, Basil y Thomas forjaron una amistad inquebrantable.

Cuando llegaron a la estación de Yokohama, el *kurumaya* mostró a las claras su alivio. El bracero había arrastrado el carruaje manteniendo un ritmo sostenido, con una tenacidad y una resistencia remarcables. Al verle resoplar, Emily pensó en el carácter de aquel pueblo y en las palabras de su desaparecido Thomas. Puede que él tuviera razón y que aquellas tierras fueran lo más parecido al paraíso que existía sobre la faz de la Tierra.

Después de descargar el equipaje, el grupo al completo se dirigió al andén de la estación para esperar el próximo tren, que se suponía que tenía que aparecer a los pocos minutos. Por fortuna, habían llegado con puntualidad inglesa.

A decir verdad, el edificio de aquella estación dejaba mucho que desear, en comparación con la elegante simplicidad de las casas niponas. La incomprensible obsesión por remedar las construcciones occidentales había dado como resultado una amalgama de ladrillo, tan desagradable y triste como cualquier otra que pudiera encontrarse en Gran Bretaña.

Mientras esperaban la aparición de la locomotora, el señor Spencer quiso explicar a los recién llegados algunos detalles sobre el funcionamiento de la red ferroviaria japonesa.

—Pronto podrán apreciar que las locomotoras niponas y sus respectivos vagones son la viva imagen de los nuestros. De hecho, se han importado directamente desde Gran Bretaña, así que nada las diferencia de nuestras máquinas, aparte de que sus trabajadores son funcionarios japoneses.

—Parece ser que la participación inglesa está presente en todo aquello que es moderno aquí, ¿verdad? —comentó Ryan expresando lo que pensaban todos los presentes.

—Sin duda, señor Lambert. Me atrevería a decir, sin riesgo a equivocarme demasiado, que nuestros descubrimientos técnicos y nuestra forma de proceder los tienen hechizados. Gracias a ello y a la confianza que el emperador muestra hacia nuestro país, somos realmente bien recibidos.

—No puedo estar más de acuerdo con usted, señor Spencer. Las comunicaciones son de vital importancia para un país que desea ponerse a la altura de una gran nación como la nuestra —afirmó el pequeño de los Lambert, interesado en saber más sobre aquel tema—. Pero ¿todo el ferrocarril de Japón es inglés?

—En efecto. Ellos se están esforzando en desarrollar una gran red ferroviaria por toda la isla y nosotros los ayudamos con nuestra experiencia e infraestructuras,

aunque, al final, quienes se encargan de explotar el servicio son los propios japoneses, que aportan sus trabajadores y sus recursos económicos. Les aseguro que, con el tiempo, la red de ferrocarriles tendrá un potencial que deberá tenerse en cuenta.

—Entonces aún nos necesitan, y eso nos da cierto poder y margen de maniobra... —reflexionó Ryan.

—Por el momento sí, señor Lambert, aunque auguro que será por poco tiempo. La línea entre Tokio y Yokohama fue la primera en inaugurarse hace veinte años y funciona a las mil maravillas. Yo estoy seguro de que cuando esta gente haya extendido todas sus líneas Japón se convertirá en una nación imparable. Tiempo al tiempo.

Mientras el señor Spencer continuaba con sus explicaciones, irrumpió a lo lejos, con un ritmo pausado y regular, una locomotora igual a las existentes en Gran Bretaña. Todos permanecieron atentos a su llegada y, durante el tiempo en que los mozos del andén tardaron en cargar los equipajes, Emily apreció la gran cantidad de personas que entraban en los vagones. Había, sobre todo, un gran número de occidentales que abandonaba Yokohama para acercarse a la majestuosa capital imperial, el epicentro del poder económico del país.

Sin decir nada, y a la expectativa de acontecimientos nuevos e interesantes, Emily subió al tren guiada por el señor Spencer, quien la acompañó hasta un compartimento calcado a los que podían encontrarse en los vagones de primera clase ingleses. Y, mientras se acomodaban, un revisor oriental, vestido como si fuera uno británico, se presentó ante ellos.

Sonriente, les preguntó en un inglés indescifrable si estaba todo en orden, a lo que el señor Spencer asintió agradeciendo su interés con efusividad. Después, el revisor abandonó el compartimento para no importunar a los viajeros.

Sentada junto a la ventanilla, Emily observó a los demás viajeros del tren. La gran mayoría —como ya había deducido— procedían del Viejo Continente y se exhibían públicamente con sus trajes de paño y abrigos elegantes.

La locomotora silbó y el tren partió hacia Tokio, según el horario previsto. Cuando llegara a su destino, el grupo de la señora Lambert montaría en otros *kurumas* para dirigirse a las afueras de Hachiōji, donde se encontraban las fábricas de la recién creada compañía Watson & Lambert y la casa de estilo georgiano que iba a servirles de hogar durante toda su estancia.

Mientras la locomotora alcanzaba su ritmo pausado y constante, Emily vio alejarse el núcleo urbanizado de Yokohama, que dio paso a un ininterrumpido paisaje natural que incluía extensos campos de cultivo labrados laboriosamente a mano y ordenados en parcelas de mediana dimensión. A simple vista, daba la sensación de que los cultivos estaban bien diferenciados, aunque Emily no sabía distinguir qué tipo de productos crecían en ellos. A ella, una joven de ciudad, se la había educado para unos fines más selectos.

El viaje hasta Tokio no fue largo en exceso y, al aproximarse a las afueras de la

gran ciudad, Emily creyó que la sombra de su Londres natal seguía pisándole los talones. La presencia de algunas fábricas le trajo malos recuerdos, aunque, después de todo, aún seguía desconcertada por la extraña fusión de culturas que parecía producirse en aquel país.

Las primeras casas de la capital aparecieron tras las fábricas y, poco a poco, el ferrocarril se adentró en la ciudad gigantesca, hasta llegar a la estación.

Cuando descendió al andén, Emily comprobó que el ir y venir de la multitud no tenía nada que ver con el londinense: en su tierra natal el gentío se conducía de forma impaciente y ruidosa, mientras que allí los ciudadanos se desplazaban con una pausa envidiable. Prácticamente todos, al bajar del tren, se hacían reverencias y se cedían el paso con orden y educación. Fue esta actitud respetuosa lo que más perplejidad causó a Emily y al resto de los recién llegados.

Sin perder tiempo, parte del personal del servicio descargó el equipaje y lo cargó sobre los nuevos *kurumas* que ya los estaban esperando para llevarlos hasta su nueva residencia, en Hachiōji, cerca de las dos fábricas de la compañía Watson & Lambert.

El resto del camino que les quedaba por recorrer fue parecido al de Yokohama, pese a que, en esta ocasión, las distancias que hubieron de cubrir resultaron notoriamente mayores que las de la ciudad portuaria.

—Como podrá comprobar, señora Lambert, esta ciudad es colosal si la comparamos con Yokohama. Por así decirlo, nos encontramos en la ciudad del emperador, la antigua Edo, que, con la restauración Meiji, pasó a llamarse Tokio.

—¿La restauración Meiji? —preguntó Emily con cierta curiosidad. No tenía ni idea de a qué se refería su acompañante.

—Sí, señora Lambert. Verá, este pueblo, como ya le he comentado, es muy complejo. Hace más de cuarenta años empezaron los cambios gracias a la caída del último sogunato que controlaba el país. Y como su sociedad debía dar un paso más, el emperador decidió romper con el sistema feudal que imperaba en Japón y trasladarse al castillo de la antigua Edo, una fortaleza que transformó en su palacio imperial. Fue entonces cuando se convenció de que lo mejor era rebautizar la ciudad como Tokio, «la capital del Este», y abrir el país a los extranjeros.

»Y, la verdad sea dicha, suerte que lo hizo, porque gracias a su decisión ahora podemos estar en estas tierras sin miedo a represalias —resumió Spencer, que parecía enorgullecerse de su buen conocimiento de la historia del país.

—¿Y eso por qué, señor Spencer?

—Bueno, el emperador es un admirador ferviente de los adelantos occidentales y desea que su nación se equipare, por ejemplo, a la nuestra, aunque creo que eso ya se lo había mencionado y, además, usted ya lo ha podido comprobar...

—Sí... y lo cierto es que, de momento, es lo que no me atrae de este país...

—Entiendo a lo que se refiere... En fin, el caso es que hace unos treinta años se eliminaron los feudos que se repartían el país y se crearon las prefecturas. Entre ellas destacaba Tokio y, con el tiempo, se determinó que se dividiera en más de veinte

barrios, de ahí que el territorio de la ciudad sea tan extenso. Como verá, aquí la modernidad ha arraigado más que en Yokohama. ¿Ve aquellos ferrocarriles urbanos del fondo?

—Sí... —respondió escuetamente la joven.

—Son los de la línea Yamanote. Aún están en una fase inicial, pero le aseguro que, con el tiempo, esta ciudad será un calco de Londres o Manchester... Dios quiera que antes suceda un terremoto y se lo lleve todo por delante... —declaró el guía con convicción.

—¡Por Dios, señor Spencer! ¡Qué cosas dice!

—Disculpe, señora Lambert. Le ruego que no tome en consideración mis intempestivas palabras. Solo estaba pensando en alto. Siento haber hecho un comentario tan inapropiado...

Avergonzado por la crueldad de lo que acababa de decir, el señor Spencer permaneció un buen rato en silencio, que Emily aprovechó para seguir analizando las novedades sorprendentes que le ofrecía aquella parte del mundo.

Tokio mostraba una gran riqueza vital, incluso en aquellos recodos que pasaban más desapercibidos. Por muchas de sus calles principales podían verse las vías dobles de aquel tranvía al que su guía había hecho mención: unos transportes urbanos, llenos hasta la bandera, que compartían el espacio disponible con el flujo incesante de *kurumas* que surgían de la nada.

Y por sus calles —algo más preparadas para los medios de desplazamiento moderno que Yokohama— deambulaban individuos de todas clases y estilos de vestir. Negociantes de pomposas patillas según la moda británica, cultísimos hombres de ciencia y leyes dispuestos a compartir los conocimientos del Viejo Continente y burócratas con aspecto de enterrador del Lejano Oeste se mezclaban en la multitud. La marea humana también daba cobijo a lobos de mar sin hogar ni tierra donde permanecer más de un mes seguido y a asiáticos menudos que se comportaban como hormigas en busca de sustento. Todos ellos podían considerarse los auténticos tokiotas, aquellos que —de acuerdo con la voluntad del emperador— formaban una sociedad avanzada y dispuesta a olvidarse de lo que Japón había sido en el pasado. Allí parecía que todo estaba hecho a medida del señor del país.

A decir verdad, a Emily le pareció que las distancias en aquella ciudad eran descomunales, algo que confirmó cuando el señor Spencer —que decidió romper su silencio por voluntad propia— la avisó de que aún faltaban un par de horas para llegar a su destino. El ritmo del *kurumaya* y la obligación de tener que circular por algunas calles cubiertas de lodo y polvo iban a determinar la duración del desplazamiento.

Durante el largo paseo, la fila de *kurumas* se topó con varios canales de agua tan oscura como una cueva, que cruzaban la población en varios sentidos y por los que navegaban unas embarcaciones de aspecto estilizado. Estas se asemejaban a canoas ligeras y estaban provistas de un toldo cuya función era resguardar la carga

transportada de las inclemencias climáticas. Un solo nativo hacía avanzar el humilde «bote» propulsándolo con un largo remo.

—¿Y esas barcas, señor Spencer? —inquirió Emily cuando tuvo la certeza de que las veía por primera vez.

—¿Esas del canal? Las llaman *sampanes* y las utilizan para transportar mercancía de un lado a otro de la ciudad, aunque todo el mundo sabe que muchos de esos barqueros viven en ellas, por no poderse pagar un alojamiento en tierra firme.

—Vaya... qué triste suena eso... —comentó Emily al percatarse de que la pobreza reinaba también en ese país donde todo debía ser maravilloso.

—Bueno, estos hombres están acostumbrados a eso y a mucho más, y le aseguro que son de lo más felices.

Las calles de Tokio, al igual que las de Yokohama, estaban bien iluminadas gracias a que sus construcciones eran relativamente bajas. Al menos en ese detalle las ciudades japonesas parecían distanciarse de la sombría amenaza de una industrialización masiva, aunque en ellas pudieran hallarse numerosos inventos modernos. Un ejemplo de ellos era —como Emily comprobó con asombro— el sinfín de postes e hilos telegráficos que se extendían como una tupida telaraña por todo el perímetro de la ciudad. A la joven le pareció un espectáculo visual desagradable que rompía la belleza original del paisaje.

—Esta ciudad es maravillosa, pero interminable... —comentó Emily con ironía.

—Acaba usted de definirla a la perfección, señora Lambert. Aunque, cuando se pasa el suficiente tiempo en ella, es fácil identificar lo más importante. En los próximos días, la idea es que les mostremos los lugares más emblemáticos para que puedan familiarizarse con el entorno. Si me lo permite, es algo que ya habíamos previsto cuando supimos de su llegada al país.

—Muchas gracias. Seguro que será una visita de lo más interesante —afirmó la joven.

—No dudo de que la fascinará el parque de Ueno, o la célebre Tumba de los Cuarenta y Siete Samuráis, y debo advertirle de que Tokio posee numerosos rincones que la dejarán con la boca abierta. A mí al menos es lo que me sucedió cuando pisé esta ciudad por primera vez.

—Estoy segura de que a mí me pasará lo mismo, señor Spencer —respondió Emily con amabilidad.

Como aún les quedaba un largo trecho hasta llegar a Hachiōji, Emily volvió a concentrarse en todos y cada uno de los detalles de lo que veía. La forma de ser y actuar de aquella gente seguía acrecentando su interés.

De hecho, entre el gentío pudo ver a algunas mujeres dando de mamar relajadamente —y en plena calle— a unos sonrientes vástagos que parecían irradiar toda la felicidad del mundo. Daba la sensación de que aquella gente era feliz con cualquier cosa y de que sus preocupaciones no tenían nada que ver con las de los británicos, siempre desesperados por poseer y producir a cualquier precio.

La primera impresión de Emily era que aquel paisaje callejero podía identificarse como el lado más salvaje del país y con la visión distorsionada que había llegado hasta Gran Bretaña. Ante sí tenía a los famosos «salvajes» que su madre había mencionado tiempo atrás, aunque ahora, con plena conciencia de la realidad, no podía estar más en desacuerdo con ella.

Porque a pocos metros de donde estaban se mostraba la verdadera belleza de aquel pueblo. Frente a la fila de carruajes paseaban con pasos ligeros mujeres hermosas de tez blanca y ojos oscuros, con portes de princesas de cuento ancestral, envueltas en unos bellos quimonos maravillosamente estampados. Discretas y siempre sonrientes, en ningún momento perdían la compostura.

A Emily le parecieron auténticos espíritus de la naturaleza que se deslizaban por el suelo con gran sutileza, mientras permitían que su piel tersa acariciase los sedosos quimonos que algún maestro artesano había cosido con primor. Una aureola de calidez se desprendía de cada uno de sus pasos, y cualquiera que se cruzase con ellas quedaba misteriosamente atrapado en su influjo.

—Señor Spencer, ¿quiénes son esas mujeres? —preguntó Emily con curiosidad incontenible.

—¿Se refiere a las del quimono de seda?

—Sí, exacto. Son bellísimas... —reconoció la heredera de los Watson.

—En fin, pueden proceder de diferentes estratos sociales, pero, en principio, esas mujeres a las que se refiere pertenecen a la clase alta del lugar. Son las mujeres de los más poderosos...

—Entiendo... La diferencia con el resto de mujeres que se ven por estas calles es abismal. Ni siquiera parecen pertenecer a la misma raza. No sé, su piel, su forma de vestir y de comportarse...

—Señora Lambert, no puede ni imaginarse lo que aún le queda por descubrir. Le aseguro que, una vez se haya adaptado a este fantástico país, ya jamás querrá abandonarlo —declaró John Spencer, muy seguro de sus palabras, tal vez porque él mismo se había casado con una mujer japonesa y se sentía como en casa. Aquella era, desde hacía mucho tiempo, su única patria.

Dos horas después de haber abandonado la estación de Tokio, el grupo llegó a su destino. En medio de un conjunto de casas típicamente niponas se encontraban las dos fábricas de seda de la compañía Watson & Lambert y la mansión en la que Emily y Ryan iban a vivir durante toda su estancia en Japón.

Mientras los *kurumaya* descansaban después de su carrera extenuante, parte del servicio que había hecho el viaje desde Londres descargó el equipaje, ayudado esta vez por algunos de los criados de la casa.

Emily y Ryan ya mostraban claros signos de agotamiento, pero el señor Spencer les pidió un último esfuerzo, ya que faltaban dos horas para que les sirvieran la cena y podría aprovechar ese tiempo disponible para explicarles los detalles más destacados de la casa y mostrarles sus aposentos. Una vez instalados, tendrían tiempo para refrescarse y cambiarse de ropa, si así lo deseaban.

Dispuestos a corresponder a tanta amabilidad, Emily y Ryan entraron en la casa seguidos por John Spencer y los miembros del servicio.

Su improvisado guía los informó de que aquella residencia se había construido expresamente para albergar a los miembros de las familias propietarias. De su erección se había encargado un equipo completo de trabajadores enviados desde Gran Bretaña, que se habían esmerado en que sus habitantes no echaran nada en falta. De hecho, tanto los materiales como el mobiliario habían sido importados desde Londres para que sus inquilinos no extrañaran ningún elemento y se sintieran cómodos desde el primer momento.

Después de ver toda la casa, Spencer los acompañó hasta sus respectivos aposentos.

Cuando Emily llegó a su cuarto, uno de los japoneses que los había acompañado desde Yokohama se encargó de dejar allí todo su equipaje y se retiró en silencio para que la señora pudiera descansar. John Spencer hizo lo mismo.

Emily estaba exhausta, pero la emoción de sentirse por fin lejos de su propia jaula la empujó a sentarse junto al alféizar de la ventana para observar el paisaje que rodeaba su nueva casa. Antes de tomar asiento, quedó gratamente sorprendida por la presencia de varias jaulas de pequeñas dimensiones, que habían sido trabajadas con gran habilidad por un gran artesano. En su interior, algunos grillos y otro insecto que no supo identificar empezaban a desperezarse.

Aún examinaba aquel extraño presente cuando oyó que llamaban levemente a la puerta.

—Adelante... —dijo Emily sin apartar la mirada de los grillos.

A su orden, una mujer oriental de gran belleza entró en la habitación. Emily la miró un instante y correspondió con gentileza a la sonrisa que la japonesa lucía en el rostro.

Después de la obligada reverencia, se presentó en un inglés correcto:

—Disculpe que la moleste, señora Lambert. Mi nombre es Akari, y me han encomendado la labor de ser su asistenta. Mi función es ayudarla en todo lo que necesite —expresó sumisa y amablemente, sin perder la sonrisa.

Akari era una dama muy bella, de facciones agradables y larga melena recogida en un moño intrincado. Sus labios eran pequeños pero de líneas perfectas. La nariz era alargada, fina y estrecha en su punta. Los ojos grandes, oscuros y muy rasgados, daban la impresión de estar permanentemente semicerrados. Tenía las cejas negras, depiladas y bien alineadas, y un rostro redondo y proporcionado.

Su cuerpo era menudo, pero sutil en sus formas. Verla caminar era presenciar el avance silencioso de un hada. Desprendía inteligencia, elegancia y pureza a partes iguales.

—Muchas gracias, Akari. Todo está perfecto, no te preocupes.

—Entonces me retiro para que pueda descansar hasta la hora de cenar. ¿Quiere que la avise con antelación para que pueda prepararse?

—Te lo agradecería mucho, Akari. Eres muy amable —dijo Emily conservando en su cara una cálida sonrisa. Se encontraba a miles de millas de Londres, y no podía dejar de sentir una felicidad inmensa.

—Gracias, señora —respondió la asistenta mientras se disponía a abandonar la habitación.

Antes de desaparecer con el mismo sigilo con el que había entrado en el cuarto, la señora de la casa quiso averiguar algo:

—Disculpa, Akari, ¿puedo hacerte una pregunta algo extraña?

—Desde luego, señora. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó solícita la mujer.

—¿Qué son estos insectos de la jaula? —inquirió Emily con una sonrisa casi infantil.

—Es una costumbre japonesa, señora Lambert. Nosotros solemos tener grillos y luciérnagas en nuestras casas para que nos acompañen al salir la luna y nos ayuden a sentirnos parte de la naturaleza. Nos relajan, y así nuestras vidas en la ciudad son más agradables —explicó Akari, procurando escoger las palabras adecuadas.

—¿A qué te refieres? ¿No os gusta la ciudad?

—Quizá no me he expresado con corrección, señora Emily. Muchos de nosotros procedemos de pueblos pequeños y allí las tradiciones están más arraigadas que en la capital. La ciudad es buena para el trabajo, pero nos obliga a sacrificar nuestras costumbres.

—Claro, ahora comprendo el sentido de tus palabras... Me gusta mucho el regalo, Akari. Muchas gracias por haber colocado las jaulas en mi estancia. Me parece algo

mágico... —declaró Emily, contenta de estar acompañada por aquellos pequeños seres luminosos.

—Gracias a usted, señora Lambert. Deseábamos que estuviera entre nosotros.

Emily sonrió y, mientras respondía con una reverencia a la inclinación respetuosa de la asistenta, tuvo la impresión de que con Akari iba a desarrollar una estrecha relación de amistad.

Después de descansar un buen rato, Emily se puso algo más cómoda y bajó al salón para cenar. El cocinero les había preparado una cena japonesa para celebrar su llegada. Los sabores eran refinados y se habían equilibrado con cuidado, por lo que los presentes disfrutaron como hacía tiempo que no lo hacían. Después de la larga travesía marítima, cenar en tierra firme les pareció un auténtico lujo.

Al terminar el refrigerio, Emily tomó un aromático té verde en compañía de Ryan para recapitular las impresiones del camino y acabar de acordar los detalles sobre la visita a sus industrias niponas. La idea era dirigirse al día siguiente a sus dos fábricas, conocer el trabajo que se realizaba en ellas y acercarse luego a Tokio para familiarizarse con la ciudad. Comprender el país era indispensable para poder encargarse del negocio familiar con plenas garantías. Ambos sabían que su estancia iba para largo, así que lo mejor era adaptarse al lugar cuanto antes.

Cuando la noche cayó definitivamente, Emily se retiró a su aposento para conciliar su primer sueño en tierra firme después de varias semanas en alta mar. Al principio le costó asimilar la falta de movimiento, pues se había habituado al vaivén de las olas, pero gracias a la visión de la preciosa luna llena que podía verse a través de su ventana, al cantar de los grillos y a las minúsculas lucecitas de las luciérnagas, cayó sin darse cuenta en un sueño profundo.

Después de tanto sufrimiento, por fin dormía tranquila en el paraíso. Por fin podía soñar con una vida mejor.

Emily durmió de un tirón. La sensación de confort fue de lo más gratificante y, pese a soñar con Thomas en varias ocasiones, se despertó con la sensación de haber recuperado todas sus fuerzas.

En sus sueños, Thomas aparecía por el camino de tierra que conducía a la mansión, la tomaba de la mano y juntos se perdían en aquella isla. Durante el tiempo que pasaban uno al lado del otro, el marinero no decía nada, aunque su sonrisa y el brillo de sus ojos hacían pensar a Emily que su amado no había fallecido. Esa luz de sus ojos no podía tenerla alguien que ya hubiera traspasado el umbral de la muerte y, si se equivocaba y Thomas estaba muerto, la impresión era que su amado pretendía decirle algo. Sus almas habían quedado conectadas para siempre tiempo atrás, y aquel sueño le transmitía un mensaje claro. Él seguía esperándola.

Al abrir los ojos, sintió la calidez del sol sobre su rostro y sonrió sin pensar. Volvía a ser consciente de que estaba a miles de millas del lugar en el que se había criado y en el que había sido desgraciada. Había logrado huir de su pasado y ahora tenía la oportunidad de crearse un futuro mejor, una oportunidad que no pensaba

desaprovechar.

Sin perder tiempo se incorporó desperezándose y escogió las prendas más adecuadas para visitar las fábricas de seda de su familia. Se estaba dando los últimos retoques cuando unos golpes leves sonaron en la puerta.

—Adelante —dijo Emily con tono relajado.

—Buenos días, señora. El desayuno está preparado, puede bajar cuando desee — le informó su asistenta japonesa, que vestía un quimono de seda de tono oscuro.

—Muchas gracias, Akari. Por cierto, ¿ya has podido hablar con Leonor? — Leonor era la mujer de confianza que la había acompañado desde Londres.

—Sí, señora Lambert. Ayer se instaló y le expliqué todo lo referente a la mansión, para que se sintiera cómoda. Si desea que sea ella quien se comunique directamente con usted, puedo centrar mis ocupaciones en otras tareas —comentó con humildad la joven japonesa.

—No, no, por favor. No me malinterpretes. No pretendía decir eso. Para mí es importante que me ayudes. Quiero entender todo lo referente a tu país y tu gente. Si tengo que vivir aquí durante mucho tiempo, necesito adaptarme a vuestras costumbres y vuestra forma de hacer las cosas —se excusó Emily, intentando aclarar el pequeño malentendido.

—Entiendo, señora. Para mí será un honor asistirle en lo que necesite. Si me lo permite, regresaré al salón para ayudar al resto del servicio —susurró Akari con un tono de voz ligero y agradable.

—Muy bien, Akari. Bajaré enseguida.

La asistenta se retiró sin hacer ruido y con movimientos lentos. Observar su elegancia era como presenciar el vuelo de una mariposa al comienzo de la primavera. ¿Cómo podían mantener ese dominio en todo lo que hacían y sobre ellos mismos?

Cuando bajó, Ryan la estaba esperando en el salón y, al darse cuenta de su presencia, se levantó cortésmente para ayudarla a tomar asiento.

Enseguida empezaron a conversar sobre todo lo que habían visto y experimentado desde su desembarco en Yokohama. Ambos estaban maravillados por la amabilidad de aquella gente y la belleza del paisaje. Comparada con la tierra nipona, Gran Bretaña no parecía más que una putrefacta celda de castigo.

Antes de terminar el desayuno, Ryan explicó a Emily la situación de las fábricas y la necesidad de que tomaran las riendas de la producción. La tarea no era sencilla, pero si ella no se veía capaz de asumir la parte que hubiera correspondido a Stewart, su cuñado estaba dispuesto a encargarse de todo. Emily lo escuchó con atención y le agradeció profundamente su propuesta y su amabilidad, pero descartó mantenerse al margen.

Si bien era cierto que había viajado hasta aquel lejano país para acompañar a su marido, ahora que había enviudado de repente necesitaba sentirse útil. Y para ello nada mejor que sustituirlo en sus funciones. Tenía muy claro que su familia jamás le habría permitido asumir el puesto reservado a un hombre, pero Ryan, que era un

joven comprensivo y de buen corazón, enseguida se puso en su lugar y entendió su ambición. Lejos de Gran Bretaña, las cosas no tenían por qué hacerse de la misma forma que allí.

Por la trascendencia de sus acciones, ambos debían desempeñar dos funciones bien definidas: por un lado, debían hacer que las dos fábricas de seda que los Watson & Lambert habían construido en Japón funcionaran a la perfección; por otro lado, debían afianzar unas buenas relaciones con los responsables políticos del país para garantizar la producción de seda.

Aquel era el motivo de que hubieran transportado desde Gran Bretaña un importante cargamento tanto de armas modernas como de maquinaria pesada para las nuevas industrias. Eran mercancías que iban a utilizarse como moneda de cambio para reforzar y estrechar sus lazos con el gobierno japonés. La compañía Watson & Lambert era una de las pocas empresas extranjeras a las que se les permitía establecer plantas de producción propia en suelo nipón, aunque, eso sí, a cambio de la importación de todo aquello de lo que los japoneses carecían y que necesitaban con urgencia. La función principal de Ryan era, por lo tanto, que todos aquellos acuerdos políticos se respetaran punto por punto. El futuro del negocio dependía de que las relaciones político-económicas fueran fluidas, y Emily aceptaba dejar aquellos asuntos en manos de su cuñado. Por otro lado, ambos debían encargarse de supervisar y controlar la dispersa producción de gusanos de seda, que se realizaba en diferentes enclaves rurales del país. Mantener un control exhaustivo era vital para que la materia prima no perdiera calidad y la producción pudiera conservar su altísimo nivel. En Gran Bretaña y otras partes del mundo esperaban con impaciencia sus telas, para confeccionarlas y transformarlas en bellísimas piezas de seda natural, muy valoradas por los ricos hombres y mujeres de la alta sociedad.

Ryan observó su reloj y comprobó que había llegado la hora de partir hacia las fábricas. Pidió a Emily que lo acompañara. Con toda seguridad, el señor Spencer y Ronald van Santen ya estarían esperándolos en los correspondientes *kurumas*.

Tal y como Ryan había previsto, los hombres de confianza de la compañía los recogieron para llevarlos hasta las plantas de producción, que se encontraban a unos veinte minutos en *kuruma*.

Ya de camino, el señor Spencer se dirigió con cortesía a su patrona:

—Espero que haya descansado bien y que todo sea de su agrado, señora Lambert.

—Desde luego, señor Spencer, descuide: el servicio y las habitaciones son excelentes. Le agradezco mucho todos los preparativos y el recibimiento que nos han dispensado —dijo Emily con amabilidad.

—Me alegra oír que todo está en orden, señora Lambert. Cuando supimos que iban a venir, nos esforzamos en seleccionar al personal más cualificado para que tuvieran el mejor servicio posible.

—Muchas gracias por su interés. Por cierto, quería preguntarle algo. Espero que no sea demasiado atrevido...

—No se preocupe, señora Lambert. Usted dirá.

—¿De dónde procede Akari?

—¿Akari, su asistente personal?

—Sí...

—En fin... Lo cierto es que es mi querida esposa... Ella trabajaba en la fábrica, pero creí oportuno que estuviera a su lado para que la acompañara durante su estancia en este país. Akari procede de una familia de célebres samuráis venidos a menos. Con las nuevas disposiciones del emperador perdieron todos sus privilegios, pero ella representa a la perfección la esencia de este pueblo y posee una educación refinada. Estoy seguro de que le será de gran ayuda.

—¿Su esposa? Pues le doy mi enhorabuena. Se trata de una mujer hermosa y de lo más agradable —comentó Emily, sorprendida por la noticia.

—Gracias, señora Lambert. Lo cierto es que... la amo con locura. Ella ha cambiado mi vida.

—Entonces, ¿no le importa si pido a su esposa que me explique cosas sobre su país? No querría importunarla... —preguntó Emily con precaución.

—¡En absoluto, señora Lambert! Para nuestra familia será todo un placer poderla ayudar, de modo que puede solicitar sus servicios para lo que necesite.

—Se lo agradezco, señor Spencer —respondió la joven con una leve sonrisa.

Emily guardó silencio para observar el paisaje mientras viajaban hasta la fábrica. De vez en cuando, el *kurumaya* se paraba un instante para secarse el sudor con una especie de toallita que llevaba enroscada en la muñeca, tras lo cual reemprendía el trote.

Llegaron a las fábricas al cabo de veinte minutos, y la primera reacción de Emily fue de disgusto por lo que tenía ante sus ojos. Dos monumentales edificios fabriles de ladrillo, construidos al estilo británico, se erguían rodeados de varias casitas de madera de tipo japonés. Según el señor Spencer, allí residían varios de los responsables de las fábricas y algunos de los empleados de mayor categoría. El resto se desplazaba desde Hachiōji, el pueblo más cercano, donde habían contratado en condiciones muy ventajosas a la mayoría de los trabajadores.

Cuando oyó eso, Emily empezó a presentir que el yugo de la maldita industrialización empezaba a cernirse sobre aquel tranquilo rincón del mundo y no pudo evitar sentirse culpable en nombre de su familia.

Cuando se aproximaron a la puerta principal de la planta, bajaron del *kuruma* y fueron recibidos por dos de los hombres que formaban parte del comité de bienvenida del día anterior. Sonrientes y con grandes reverencias, los invitaron a adentrarse en el edificio de mayor tamaño, para explicarles los secretos de la producción de la seda.

Dentro de la fábrica reinaba la misma monotonía que en los recintos ingleses. A juzgar por su primera impresión, las condiciones laborales eran malas y las trabajadoras —porque, curiosamente, casi todos los trabajadores eran mujeres— se esforzaban en realizar bien su trabajo pese a que era evidente que estaban siendo

explotadas. Emily se dio cuenta de ello en cuanto vio la expresión de sus rostros, y sintió asco y vergüenza de ver cómo se estaba tratando a aquella gente. Pese a todo, decidió no hacer ningún comentario y atender a las explicaciones del capataz de la fábrica.

—Bienvenidos, señores Lambert. Mi nombre es Akira Yamamoto y será un honor enseñarles sus fábricas y explicarles la situación actual de la producción de su seda — explicó el individuo después de hacer una solemne reverencia.

—Se lo agradecemos, señor Yamamoto —respondió Ryan. Emily, en cambio, parecía absorta en sus reflexiones.

—Si les parece oportuno, primero desearía informarles de la situación actual del país, para que puedan entender en qué punto se encuentra su presencia en estas tierras.

—Por supuesto, señor Yamamoto —lo animó el pequeño de los Lambert, que estaba ansioso de conocer todos los detalles de sus nuevas responsabilidades.

—Como bien sabrán, Japón lleva años industrializándose con la ayuda de los países más influyentes del mundo, entre los que destaca Gran Bretaña.

»Por tal razón, nuestro emperador ha permitido que instalen sus fábricas en nuestro territorio, con el deseo de lograr una colaboración mutua y la unión de nuestros esfuerzos. Supongo que ya les habrán comentado que nosotros siempre hemos trabajado de una forma muy distinta a la occidental —aclaró el capataz.

—¿A qué se refiere? —preguntó de nuevo Ryan, ante el silencio de Emily.

—A ver, nuestros artesanos llevan perfeccionando sus productos desde tiempos inmemoriales, y la relación entre capataz y empleado es lo que ustedes llamarían «familiar»... Esa es la razón por la que hemos dedicado siglos a mantener pequeños talleres donde la armonía ha sido un elemento primordial. Sin una relación excelente, el producto artesanal acaba careciendo de la calidad que debería tener.

—Eso es muy interesante, señor Yamamoto, aunque tal vez poco productivo, ¿no cree? —objetó Ryan, que seguía con atención la explicación del capataz.

—Sin duda debo darle la razón, pero la realidad es que nuestra forma de proceder se ha transmitido durante generaciones, e incluso el maestro adopta de forma simbólica a sus aprendices y se convierte en un padre para ellos.

—Considero entonces que esa es la opción más correcta, señor Yamamoto. Estoy de acuerdo con ese enfoque —intervino Emily.

—Por desgracia, señora patrona, el emperador ha llegado a la conclusión de que nuestra forma de fabricación tradicional es muy limitada. Tal vez sea la idónea para la producción artesanal, pero no para confeccionar los productos que deseamos comercializar en el resto del mundo.

—Por mucho que sea más rentable, le aseguro que el sistema inglés tiene sus defectos y carencias. No existe nada perfecto, señor Yamamoto —añadió Ryan.

—Puede que tenga razón, señor Lambert, pero el emperador ha decidido cambiar las cosas. Cree que necesitamos aprender de los ingleses implantando, entre otras

cosas, su sistema de producción fabril, y por esa razón se levantaron estas fábricas. Al menos, eso es lo que yo sé... Si son tan amables, acompáñenme, por favor, y les mostraré la maquinaria y a sus operarias —propuso Akira Yamamoto para finalizar su explicación.

Mientras recorrían el recinto, Emily pudo comprobar que aquellas fábricas eran un calco de las que su familia poseía en Londres. El capataz detalló todo lo que, a su juicio, podía ser del interés de los propietarios.

—Ante ustedes está la zona de producción. Para su buen funcionamiento, hemos tenido que tomar algunas medidas concretas.

—¿Qué tipo de medidas? —preguntó con expresión seria la señora Lambert.

—Por lo pronto, se ha decidido romper con el vínculo familiar del que les hablaba. En estas fábricas, aparte de los capataces, el resto de empleados son mujeres. Aquí no importan las personas, señores Lambert, solo que se produzca la mayor cantidad de seda en el menor tiempo posible.

—Explíquenoslo con mayor detalle, señor Yamamoto. ¿Cómo lo consiguen? —quiso saber Emily, que empezaba a desconfiar.

—Solo puede lograrse con el sacrificio y la constancia. Aquí debe trabajarse más que en cualquier otra industria del Japón, y con una lealtad y obediencia incuestionables. Solamente contratamos a mujeres dedicadas en cuerpo y alma al trabajo —explicó con frialdad Yamamoto.

Mientras escuchaba sus razonamientos, Emily pensó que aquel hombre era un monstruo carente de todo sentimiento humano. Prueba de ello era su decisión —tomada sin consultar a nadie— de imponer jornadas de trabajo interminables a cambio de una mísera compensación económica. A ello había añadido la eliminación de las mínimas medidas de seguridad.

—¿Y de cuántas horas es la jornada laboral que deben hacer estas mujeres? En sus rostros se percibe con claridad su agotamiento —preguntó Emily en actitud retadora.

—Por norma, doce horas diarias —respondió escuetamente el capataz.

—¿Doce horas? Entiendo que al menos deberán tener algún descanso, ¿no?

—Diez minutos para comer algo. No podemos perder tiempo. Las necesitamos en sus puestos de trabajo, y cuando tenemos que exportar los cargamentos de seda a su país suelen trabajar unas dieciocho horas al día. Pero supongo que ustedes ya estaban al corriente de estas medidas, ¿no? —comentó el capataz, sorprendido de que sus palabras hubiesen generado aquel debate. En aquellas fábricas se había trabajado de esa forma desde el inicio de su actividad.

—Pues he de decirle que lo desconocíamos, señor Yamamoto —intervino Ryan, que también consideraba que esas condiciones sobrepasaban cualquier límite deseable. La situación le resultaba, cuando menos, espeluznante.

Aquel sucinto informe les había aclarado la situación terrible que allí se estaba produciendo. De modo lamentable, se estaba explotando a mujeres jovencísimas a

cambio de cuatro míseras monedas, con la excusa de estar satisfaciendo su triste necesidad económica. Eran empleadas que procedían en su gran mayoría de Hachiōji y que aceptaban aquel trato inhumano para sustentar a sus familias. La pobreza del entorno rural repercutía de forma directa en todas las féminas de aquel pueblo, que irremediablemente se veían forzadas a trabajar bajo condiciones penosas en la fábrica de Watson & Lambert.

—Espero que estas jóvenes vengan por propia voluntad, dejando de lado lo que ganen por su trabajo, porque nosotros no somos negreros, señor Yamamoto —afirmó Emily, que todavía no sabía cómo iba a resolver aquel problema.

—A ver, cada mes ofrecemos una pequeña compensación económica a sus familias para que permitan que sus hijas vengan a trabajar en sus fábricas, señores patrones.

—¿Aparte de sus sueldos como trabajadoras? —insistió Emily.

—Sí, señora patrona, aunque se trata de una cantidad insignificante, que no altera los balances —se limitó a responder el capataz.

—¿Y a qué edad empiezan a trabajar en nuestras fábricas? —persistió la señora Lambert.

—No aceptamos mujeres que superen los veinte años ni menores de diez. En los momentos de máxima demanda hemos tenido niñas trabajando, pero le aseguro que son unas trabajadoras excelentes. Cuanto más jóvenes son, mayor empeño ponen en su trabajo y menos problemas crean —soltó el capataz con indiferencia.

A Emily se le pusieron los pelos de punta. De forma indirecta, ella participaba en aquella situación deplorable. Que el destino la había empujado hacia ese recóndito lugar para realizar una pequeña revolución era una idea que empezaba a cobrar forma en su mente y, pese a su juventud, se sentía lo bastante fuerte como para poner patas arriba aquella despiadada cárcel.

—También deben saber que nuestras trabajadoras están disponibles las veinticuatro horas del día, por si necesitamos de sus servicios, y debo decirles que hemos precisado de ellas en muchas ocasiones para cumplir los plazos que nos exigen desde Inglaterra —explicó el capataz sin un ápice de remordimiento.

—¿A qué se refiere, señor Yamamoto? —preguntó, asustada, la joven británica. La situación parecía empeorar por momentos.

—A que la mayoría de nuestras trabajadoras se alojan en los barracones de madera construidos junto a las fábricas.

—¿Barracones? ¿Y eso cómo puede ser posible? Estas muchachas deberían vivir con sus familias... ¡Esto ya me parece intolerable, señor Yamamoto! —estalló con enojo la joven.

—Señora patrona, si nuestras trabajadoras vivieran en sus hogares respectivos, tardarían demasiado tiempo en llegar a sus puestos de trabajo, y además, no estarían siempre disponibles. Y como les he comentado, necesitamos su presencia sobre todo en los momentos de máxima demanda. Los barracones son sencillos, pero disponen

de dormitorios y de todo aquello que puedan necesitar. Además, así las tenemos controladas y evitamos conflictos. Les garantizo que a ustedes esta medida no les supone un gasto extra y para los encargados es muy bueno saber que tenemos la situación bajo control. Lamento que no le parezca bien, señora patrona, pero fue su padre, el señor Benjamin Watson, quien ordenó que se hiciera de esa forma. Nosotros solo acatamos órdenes.

—Desde luego que no me parece bien, señor Yamamoto. Por lo pronto, estoy disconforme con muchos aspectos de su gestión, pero ya encontraremos la forma de resolver ese problema.

Mientras el capataz escuchaba las palabras de la patrona, una de las mujeres — que había estado pendiente de la presencia de los propietarios— dejó su puesto en el telar para intentar acercarse a Emily. Su única intención era darle la bienvenida en nombre de todas las trabajadoras, pero no pudo hacerlo. Cuando estaba a unos pocos metros de los patrones, el señor Yamamoto intuyó lo que estaba a punto de suceder y, con una rápida reacción, se acercó hasta la empleada.

Antes de que esta pudiera decir nada, el capataz extrajo una larga vara de bambú de su cinto y la golpeó en dos ocasiones en el rostro, a gran velocidad.

La víctima, después de lanzar dos sonoros gritos, se puso las manos en la cara y comenzó a llorar más a causa de la impotencia que por el dolor. Y, sin más, realizó una leve reverencia ante el señor Yamamoto y regresó a su puesto de trabajo.

Emily y Ryan, atónitos, no podían creer lo que acababan de presenciar. Aquel desalmado acababa de castigar salvajemente a aquella pobre trabajadora sin motivo alguno. Pero ¿qué le daba derecho a infligir tales castigos a sus trabajadoras?

—¿Se puede saber qué está haciendo, señor Yamamoto? ¿Por qué ha golpeado a esta mujer de ese modo, sin motivo alguno?

—¿Sin motivo alguno, señora Lambert? Mire, su padre ordenó que castigásemos a cualquier trabajadora que diera problemas o ralentizara la producción, y confié en mí ese asunto. Gran parte de mi trabajo consiste en aleccionar a estas mujeres, de una forma práctica y clara, y, aunque parezca un hombre cruel e inhumano, lo hago por su bien.

—¿Su bien es sufrir agresiones? Señor Yamamoto, estoy francamente decepcionada con usted. Hablaremos de estos asuntos en privado —sentenció Emily, que solo deseaba terminar con aquel recorrido horroroso. Su familia había sido la instigadora de una crueldad humana vergonzosa, y ahora, más que nunca, tenía claro que el destino la había conducido hasta ese lugar para erradicar tanta maldad.

—Señor Yamamoto, le pido por favor que acabe de informarnos de todo aquello que debemos saber sobre las fábricas. La señora Lambert y yo tenemos otros asuntos que tratar antes del mediodía —concluyó Ryan, quien se había dado cuenta de que Emily ya no podía soportar la situación.

—Bueno, deberían saber que actualmente nos encontramos con problemas relativos a la salud de nuestras trabajadoras. Por primera vez, algunas trabajadoras

han contraído la tuberculosis. Tenemos el problema controlado, pero ha sido un grave problema para cumplir los objetivos de producción.

—¿Ha habido muchas muertes? En Inglaterra hubo un tiempo en que luchamos contra ese mismo problema —aclaró Ryan, intentando llevar el peso de la conversación antes de que Emily interviniera de nuevo.

—Lo cierto es que sí, señor Lambert. Este año hemos contabilizado veinte defunciones por tuberculosis, aunque todas las trabajadoras que han compartido espacio con las víctimas conocían los riesgos y los aceptaron.

—Pero ¿no se aislaba a las enfermas del resto de trabajadoras? ¿Cómo es posible? —terció Emily con un enfado considerable.

—Verá, señora patrona. Su padre ordenó que las empleadas que contrajeran la enfermedad o bien siguieran en sus puestos hasta el final o bien regresaran a sus respectivos hogares para morir allí. Aunque, si lo hacían, tenían que olvidarse de percibir su compensación económica... —confesó el capataz, que era consciente de la importancia de su papel en todo aquello.

—Y, desde luego, seguían trabajando, ¿no es cierto? —supuso Emily, sabiendo de antemano la respuesta.

—Así es, señora patrona... Casi todas prefirieron sacrificarse hasta el fin. Aunque no siempre lo hacían para conservar su paga.

—¿A qué se refiere, señor Yamamoto? ¿Qué puede haber más importante que morir junto a quienes más quieres? —preguntó Emily, expectante.

—Lo que no querían era contagiar a sus familiares. Aquí mantuvimos la epidemia más o menos controlada. Eso es lo que intentamos a toda costa...

El señor Yamamoto se mostraba inflexible e intransigente en sus explicaciones y achacaba su actitud a las órdenes directas del propietario de las fábricas, Benjamin Watson, y a la necesidad de contar con aquella mano de obra barata para competir con el resto de fabricantes japoneses. La industria japonesa se había empeñado en abaratar los costes al máximo para abrirse camino en el mercado internacional, y si la compañía Watson & Lambert deseaba mantener su ventaja no podía permitirse el lujo de adoptar otros métodos menos agresivos.

Además, algunos de sus competidores directos en el mismo Japón se estaban enriqueciendo de forma desmesurada, y si ellos pretendían estar a su altura no les quedaba otra opción que aumentar sus beneficios explotando aún más a sus trabajadoras.

Mientras escuchaba las explicaciones del capataz, Emily sentía que su indignación había sobrepasado todos los límites. No podía ni soportar ni tolerar que se estuvieran cometiendo tales injusticias, pero prefirió esperar al momento adecuado para tratar el asunto directamente con Ryan.

Aquel negocio requería una auténtica revolución tanto en el procedimiento como en el trato a los trabajadores. Un país que los estaba acogiendo con tanta amabilidad no merecía sufrir semejante explotación.

Una vez superada la zona de la maquinaria pesada, el señor Yamamoto quiso mostrarles ciertos detalles sobre la producción de seda. Era esencial que supieran cómo y de dónde se obtenía dicha materia prima para confeccionar sus telas.

De modo que se acercaron hasta los criaderos de gusanos para entender cómo se extraía aquel bien tanpreciado.

—Como verán, señores Lambert, extraemos la seda del envoltorio de este gusano, y lo hacemos antes de que se convierta en una mariposa —empezó a comentar el señor Yamamoto mientras tomaba un capullo para ilustrar sus explicaciones—. Nosotros, por tradición, utilizamos los gusanos que comen hojas de morera, porque su hilo es el ideal para confeccionar las mejores telas.

—Interesante, señor Yamamoto. Por favor, explíquenos todos los detalles —lo animó Ryan, al ver que ya habían superado la parte más alarmante del funcionamiento de las fábricas.

—Bien, lo más importante es conseguir que los huevos de gusano de seda tengan la mayor calidad posible, y para ello solemos enviar un par de veces al año a un grupo de personas por todo Japón para que compren los mejores ejemplares.

—¿Y no es demasiado costoso criar los gusanos? ¿No sería mejor comprar el hilo directamente y nosotros confeccionar las telas? —argumentó Ryan, que estaba interesado en saberlo todo.

—Más que costoso es lento, aunque mucho más rentable en términos de producción, señor Lambert. Aquí tenemos empleadas que miman los huevos con gran dedicación hasta que nacen los pequeños gusanos.

—¿Y cómo obtienen el hilo de seda? —intervino Emily, que aún estaba molesta por lo sucedido antes.

—Nuestras empleadas recogen las larvas y las ponen bajo capas de tela y ramas del árbol de la morera, para que se alimenten durante seis semanas. Algo que no resulta sencillo, porque estos bichos devoran las hojas a una velocidad asombrosa.

—¿Es difícil encontrar esas hojas? —preguntó Ryan.

—En absoluto. Es algo fácil de hallar, pero nosotros las compramos en Tokio por sacos. El caso es que los gusanos se dedican a confeccionar sus capullos, noche y día, durante una semana más o menos, hasta quedarse totalmente encerrados dentro de ellos. Pueden comprobarlo —dijo el capataz mientras les acercaba un capullo que acababa de coger del criadero, después de desprenderlo de la rama a la que se había unido.

—¿Y con este capullo ya se obtiene el hilo de seda? —preguntó de nuevo Ryan.

—Bueno, con este y con cinco mil capullos más, si se quiere conseguir un kilogramo de seda cruda, aunque antes deben separarse los capullos de los insectos que permanezcan en su interior.

—¿Cómo los limpian? —preguntó Emily, a quien se le volvía a despertar la curiosidad.

—¿Ven aquellos hornos del fondo? Pues allí hervimos los capullos y los gusanos

se cuecen en su interior. Solo conservamos con vida algunos de ellos para que se conviertan en polillas y podamos criar una nueva remesa. Después de hervirlos, conseguimos los filamentos para formar la seda.

—Ese proceso precisa de máquinas, ¿no? —le consultó Ryan.

—Exacto, señor Lambert. Normalmente necesitamos enrollar el filamento de entre cuatro y ocho capullos para crear un solo hilo que se recoge en las máquinas de confección. El resto del proceso ya lo conocen.

Después de la pormenorizada visita a las fábricas, el señor Akira Yamamoto mostró su disposición a acatar las órdenes de los nuevos patronos. Con su llegada, él se había convertido en un simple trabajador más, bajo la autoridad de los jóvenes ingleses.

Con semblante serio, Emily y Ryan se despidieron del capataz y regresaron a la mansión con la certeza de que debían aplicar numerosos cambios en el funcionamiento de sus fábricas. Durante el camino de vuelta, la señora Lambert optó por no decir nada. El impacto de lo que había visto había roto los últimos vínculos emocionales que aún conservaba con su familia. Ahora entendía a la perfección el motivo que la había llevado a ese lugar y el desprecio que en ocasiones sentía sobre todo por su padre, el poderoso Benjamin Watson.

Después de haber presenciado tantas injusticias, intuía que su función en la vida era ayudar a todas aquellas mujeres a cambiar su situación laboral y personal. Ver tanto sufrimiento le trajo a la memoria la crueldad británica y le hizo más acuciante la necesidad de tomar cartas en el asunto. En esos momentos ella era la responsable de todas aquellas vidas y no pensaba sacrificarlo todo al simple beneficio económico. Sin saberlo, estaba a punto de originar toda una revolución en aquellas tierras.

Durante los dos meses siguientes, la vida de Emily transcurrió con la normalidad impuesta por las circunstancias. Durante el día repartía las horas entre la mansión y las fábricas de seda, donde ayudaba a Ryan. Entre ambos intentaban suavizar las duras condiciones laborales dominantes en la industria japonesa de la sericultura, aunque no resultaba sencillo. El señor Akira Yamamoto y el señor Spencer no parecían muy dispuestos a cambiar las cosas e insistían en que lo más aconsejable era no alterar ni un ápice la dinámica productiva que se había alcanzado gracias a las órdenes expresas del señor Benjamin Watson.

Tal vez por ello Ryan vivía en un dilema y con la duda constante de si admitir los argumentos de sus capataces o bien obedecer a la voz de su conciencia, aunque era consciente de que las constantes quejas de Emily eran razonables y absolutamente justas.

Pese a que la producción mensual de seda que debía exportarse a Londres se mantenía bajo un control estricto, entre ambos intentaron concebir pequeñas variaciones del sistema para rebajar la dureza de las condiciones de trabajo. Eran conscientes de que cualquier modificación llegaría a oídos de sus respectivas familias, pero, de alguna forma, a ellos se les había encomendado la responsabilidad de que todo funcionara como una máquina bien engrasada, y era su cometido que todo aquello funcionara a las mil maravillas.

Pese a sus buenas intenciones, a Emily y Ryan les quedaba mucho por hacer. Ambos procuraban adaptarse a la mentalidad oriental, pero el hecho de estar desconectados del verdadero espíritu japonés —ya que vivían en una mansión construida para aislarlos de cualquier contacto imprevisto— les impedía integrarse en aquel nuevo mundo.

Según lo que sus familias les habían ordenado, cuando llegaran a Japón debían viajar por el territorio a fin de visitar en persona aquellos pueblos que abastecían oficialmente a sus fábricas de huevos de gusano de seda.

Sin embargo, ellos decidieron anular ese viaje de forma temporal, a causa de las pésimas condiciones laborales que se habían encontrado. Antes de alejarse de nuevo de las fábricas, necesitaban trazar un plan viable y estudiar sus pros y sus contras. Además —tal como les advirtió el señor Spencer— la inestabilidad política del país aconsejaba que los extranjeros tuvieran cierta cautela.

Era el señor Spencer, durante las largas tertulias que mantenía con ellos, quien solía poner al día a Emily y a Ryan de los acontecimientos más destacados. Él, que se

encargaba de las relaciones con los asesores del emperador, sabía perfectamente lo que convenía más a los intereses de la compañía. No en vano, había sido el máximo responsable de aquel lugar desde hacía más de cinco años y la mano derecha de los jefes que habían llegado desde Londres.

Como solía suceder a diario, a la hora del té, Emily, Ryan y John Spencer mantuvieron una reunión distendida en el bello jardín de la mansión de los Watson & Lambert.

—Saben, llevo mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza, y cada día que pasa tengo mayor certeza de que el espíritu de este país maravilloso pronto desaparecerá frente a nuestros ojos —afirmó el señor Spencer mientras saboreaba a sorbos el té que les había preparado su esposa Akari.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso, John? —preguntó Ryan mientras fumaba en una pipa japonesa con la que llevaba semanas practicando.

—Muy sencillo, querido Ryan... Donde pisa un británico orgulloso de serlo la hierba jamás vuelve a crecer... No sé si me explico con claridad...

—Opino lo mismo que usted, señor Spencer —intervino Emily después de sorber parte del contenido de su pequeña y delicada tacita de té. Luego guardó silencio para dejar que el capataz continuara.

—Desde que llegué a este país, no hemos dejado de civilizarlos a una velocidad de vértigo y eso no suele traer buenas consecuencias. Algunos conceptos deberían asumirse con cierta naturalidad y no por imperativo legal. Los radicales desean que el pueblo japonés se haga inglés cuanto antes y los liberales no toleran las prisas. Además, para estos últimos sería un grave error borrar de un plumazo su propia identidad.

—Pero eso no nos perjudica, ¿no? Que yo sepa, este conflicto es una guerra social que trasciende el ámbito de la producción de la seda y, en definitiva, nosotros solo intercambiamos con ellos nuestros productos manufacturados a cambio de su materia prima. Tal vez sea algo simbólico, pero tiene su lógica, ¿no cree? —arguyó el heredero de los Lambert.

—¡Por supuesto, Ryan...! Aunque el contexto social siempre influye en este tipo de relaciones, y más en países como Japón, donde el código y el orgullo de los samuráis sigue presente en la mentalidad popular.

—A mí me parece realmente triste ver cómo desean y aspiran a tener todo aquello que a nosotros ni siquiera nos importa. A su lado, nosotros somos vulgares y destructivos... De verdad que no consigo comprenderlo... —se lamentó Emily, que seguía sin entender la obsesión nipona por imitar lo peor de su país.

—Tiene usted toda la razón, señora Lambert. En los próximos años, cuando Japón se haya desmantelado a sí mismo, entenderá que se ha convertido en una colonia más de nuestro Imperio. Y qué quieren que les diga, a mí me parecería una pérdida irreparable... —manifestó Spencer con pesadumbre, mientras degustaba de nuevo el té verde aún caliente.

—Difiero de su argumento, John... Dudo de que nosotros seamos los únicos responsables de que Japón se esté vendiendo a pedazos. Y, amigo mío, usted sabe bien que lo que digo es verdad —replicó Ryan.

—Pero no me negará que somos los más incisivos, ¿verdad, Ryan? Ojalá me equivoque, pero llegará un día en el que todos los japoneses abandonarán sus bellos quimonos y se vestirán como un funcionario inglés. Un día en que las industrias establecidas en este país pertenecerán a otras naciones y sus tierras serán expoliadas sin ningún miramiento. Quién sabe, puede incluso que llegue el día en el que los templos y santuarios dejarán de ser lugares sagrados para convertirse en lujosos hoteles donde la nostalgia venda más que la realidad.

—Quizás aún estemos a tiempo de devolverles lo que es suyo, ¿no cree? —terció Emily con la esperanza de que la tradición nipona no se hubiera perdido del todo.

—Imposible, querida señora Lambert. Ya no se puede borrar todo el mal que hemos hecho a esta gente... Llegamos tarde...

En los meses anteriores a la llegada de 1893 sucedieron muchas cosas al margen de los intentos de Emily y Ryan de humanizar las condiciones de trabajo en las fábricas de Watson & Lambert.

Lo cierto es que ambos jóvenes fueron intimando poco a poco, pues eran muchas las horas que pasaban juntos. Si bien es cierto que dedicaban gran parte del día a mejorar la vida en la fábrica, cuando sus obligaciones terminaban solían pasear por los alrededores del pueblo o bien visitaban Tokio en *kuruma*.

Había tanto por ver y tanto por descubrir que ambos vivieron aquellos primeros meses con la ilusión propia de unos niños. Las vivencias compartidas los llevaron a estrechar su relación personal. Por un lado, Emily sentía la necesidad de encontrar a alguien capaz de borrar toda la maldad que Stewart había sembrado en su interior, aunque aún era incapaz de sustituir el recuerdo que Thomas había grabado en su alma.

Por otro lado, Ryan experimentaba una poderosa atracción hacia una mujer que admiraba por su fuerza y decisión. Pese a lo que había soportado por culpa de su hermano, allí, en tierras japonesas, estaba demostrando que era una mujer resuelta, con un carácter y una capacidad de mando sin igual, y eso lo cautivaba. Por educación, respetaba el vínculo familiar que los unía y deseaba conservar intacta la excelente relación de amistad que habían forjado poco a poco. Sin embargo, a veces, al tenerla tan cerca, su corazón palpitaba enloquecido. Y, por mucho que se lo negara a cada momento, intuía que Emily era la mujer que había estado buscando durante toda su vida, la compañera ideal con quien envejecer tomados de la mano.

Ambos compartían sueños, ilusiones y experiencias en un país en el que la belleza del entorno seguía atrapando sin remedio a sus visitantes. Las horas pasadas tomando el té o conversando en el maravilloso jardín de la mansión bajo la luz de la luna les habían expandido el alma, y llegó un momento en el que Ryan sintió la imperiosa necesidad de comunicar a Emily lo que albergaba su corazón.

Esa prometía ser una tarea compleja, por lo que comportaba y porque podría comprometerlo, aunque lo peor era no saber cómo afrontar la situación. Ni siquiera lograba encontrar las palabras adecuadas.

Por lo tanto, requería un ligero empujón para dejar las cosas claras, algo que le allanase el terreno de una vez por todas y, decidido a tomar la iniciativa, se las ingenió para llevar a Emily al teatro de Kabuki más importante de Tokio. Con la excusa de que el señor Spencer y su mujer Akari querían invitarlos a uno de los espectáculos más increíbles que podían verse por aquel entonces en la gran ciudad, Ryan pensó que la obra de teatro podría crear el entorno adecuado en el que declarar su amor. Después del espectáculo, y de camino a la mansión, confesaría a Emily sus sentimientos.

Trazado el plan, habló con John Spencer y su esposa para que lo ayudaran a organizarlo todo. Solo disponía de una oportunidad de expresar su amor a la joven británica, y la velada tenía que salir a la perfección.

La salida se planificó a la largo de la semana y, llegado el momento de asistir al espectáculo, un pequeño grupo compuesto por Emily, Ryan, John Spencer y su esposa, abandonaron la mansión para dirigirse a la antigua Edo.

Todos menos Emily sabían cuál era su papel y, sin levantar sospechas, se las ingeniaron para que en el viaje de ida Emily y Akari viajaran en el primer *kuruma*. La joven británica aprovechó la ocasión para averiguar más detalles sobre el teatro Kabuki:

—¿Y qué vamos a ver, Akari? ¿Lo sabes? Estoy intrigada —la interrogó Emily.

—Estoy segura, señora, de que disfrutará de la velada —respondió Akari con una sonrisa—. El Kabuki es una de nuestras tradiciones más queridas, junto con el teatro Noh y el Bunraku, que es un teatro de marionetas. No existe hombre o mujer en estas tierras que no se emocione con una de sus obras.

—Vaya, eso me hace sentir aún más deseos de presenciar la representación —declaró Emily, ansiosa por ver aquello que parecía tan hermoso. En Japón, todo resultaba sorprendente y enigmático al mismo tiempo—. Cuéntame más cosas, por favor...

—El Kabuki es muy complejo, señora, pero lo intentaré... Por lo que me contó mi padre, era el teatro para todos los japoneses, ricos y pobres, y sus obras incluso llegaron a convertirse en leyendas...

—Eso sí que es algo inusual. En Gran Bretaña, una obra no deja de ser una obra y, por muy popular que sea, jamás se convierte en una leyenda. ¿De qué tratan las obras de Kabuki? —se interesó Emily.

—Las más famosas tratan dramas japoneses: historias emocionantes o relatos dramáticos... aunque no siempre es así —continuó explicando la asistenta.

—¿A qué te refieres, Akari?

—Quería decir que, aunque las historias son serias, siempre aparecen personajes muy divertidos que hacen reír al público. Tal vez podría decirse que las historias

tienen un poco de todo —resumió Akari.

—Parece muy interesante. Os agradezco mucho la invitación, a ti y al señor Spencer.

—No es necesario que nos dé las gracias, señora. Para nosotros es un placer y un honor mostrarle lo más hermoso de nuestra cultura... —repuso la joven japonesa, que sonreía con picardía.

Durante unos minutos las dos mujeres permanecieron en silencio. Japón de noche resultaba maravilloso, gracias a las luces tenues proyectadas por las lámparas de papel de tonalidades ígneas y el constante sonido de los grillos.

Transcurrió un buen rato antes de que Emily saliera de su abstracción y volviera a preguntar sobre el tema:

—¿Serías tan amable de explicarme algo más del Kabuki, Akari? Quisiera estar preparada para entender lo que pueda cuando presenciemos la obra. Vuestras tradiciones son tan diferentes de las mías que a veces se me escapan muchas cosas importantes.

—Por supuesto, señora. En fin, no sé en realidad qué contarle, pero tal vez le interese saber que los actores son todos hombres.

—¿Y las mujeres? ¿No existen actrices para ese tipo de representación? —preguntó Emily, extrañada y algo molesta por la exclusión de las mujeres de los elencos del Kabuki.

—En su origen, el Kabuki lo representaban hombres y mujeres, pero en la época del sogunato Tokuwaga a las actrices se les prohibió participar en las obras.

—Y eso ¿por qué?

—Porque en nuestro país las mujeres jamás hemos destacado por encima de los hombres, así que se decidió que fueran los actores los que se encargaran también de ejecutar los papeles femeninos. Se entendió que con eso se respetaba el orden de las cosas.

—¿Y qué sentido tiene? No lo comprendo, la verdad. En Gran Bretaña el teatro cuenta con actores de ambos sexos... ¿No sería mejor así? —preguntó, confusa, Emily.

—Seguro que sí, señora, pero la verdad es que algunos actores ejecutaban tan bien los papeles femeninos que se hicieron muy populares. Los *onnagata* pasaron a ser casi leyendas del Kabuki.

—Curioso, la verdad... Y, aparte de los *onnagata*, ¿qué hace tan especial al Kabuki? —Emily sentía de nuevo gran curiosidad.

—Señora, el Kabuki tiene muchas virtudes, pero también ciertas complicaciones que lo hacen especial. El vestuario es prueba de ello.

—¿El vestuario? ¿Por qué?

—Porque se elabora de forma artesanal con las mejores prendas y con adornos que solo pueden encontrarse en los trajes samuráis. Es muy costoso, pero el Kabuki obliga a que cada personaje vista la gala más esplendorosa. Cada elemento de la

escena es arte y ha de ser impecable. Aunque también es importante el maquillaje de los actores y otros detalles...

—Continúa, por favor.

—Al maquillaje lo llaman *keshou* y es imprescindible para que nosotros, cuando veamos la obra, sepamos algo más de los personajes. Existen tantos estilos y formas de maquillarse como pueda llegarse a imaginar. Sería muy largo de explicar, pero lo más importante es la base de color blanco de las caras de los actores. En el Kabuki, señora, el abanico de colores es el que expresa las emociones y el temperamento de cada personaje, y a sus seguidores les encanta contemplar ese bello arte.

—Parece muy complejo, Akari... ¿Cómo sabes tanto del Kabuki?

—Oh, no, señora. Solo le cuento lo que todo el mundo sabe, pero el Kabuki es incluso complicado para nosotros. Disfrutamos de su belleza sin más, pero no conocemos todos los detalles. Eso meramente lo pueden saber los actores... —aclaró la asistente.

La emoción por lo que estaba a punto de presenciar embargó a Emily lo que restó de camino. De acuerdo con las palabras de Akari, aquella representación teatral debía de ser un espectáculo único en el mundo y, si tenía en cuenta que todo lo hecho por aquel pueblo le parecía una maravillosa obra de arte, aún anhelaba con más ahínco disfrutar de la experiencia.

Lo primero que le llamó la atención al llegar al teatro fue la sobriedad del recinto, construido de madera y con elementos decorativos escasos. El número de asistentes era considerable, pero, gracias a la intervención del señor Spencer y su esposa, obtuvieron unas localidades próximas al escenario.

Emily se sentía emocionada y algo confusa por todos los detalles desconocidos para ella, aunque, poco a poco, se fue sintiendo cómoda.

Ella, que había tenido el privilegio de gozar de la ópera y de los espectáculos teatrales británicos, tuvo la repentina sensación de que, al final, la parafernalia que aquellos desplegaban no servía para nada. Quizás el Kabuki la sorprendiera con los trajes, los maquillajes y las actuaciones, pero, de momento, la austeridad del recinto ya daba una pista sobre sus características. Los japoneses cuidaban tanto la simplicidad que, con un minúsculo detalle, eran capaces de generar todas las emociones posibles en un ser humano.

A los pocos minutos de tomar asiento, a Emily le extrañó la inexplicable oscuridad de la sala. Era incomprensible que ni siquiera estuviera alumbrada por simples lámparas de papel y, por mucho que lo intentaba, era incapaz de encontrarle explicación a esa penumbra. El lugar estaba al completo y daba la sensación de que nadie más notaba la falta de iluminación. Solo el escenario podía verse.

Emily nadaba en un mar de sensaciones y, gracias al confortable entramado de paneles de madera se sintió protegida, como si estuviera en su propia casa.

No podía dejar de admirar todo lo que la rodeaba. Las novedades eran cuantiosas y, después de pasar unos minutos analizando la insólita extensión del escenario —que

llegaba hasta su asiento—, solicitó a su asistente que la pusiera en situación. Para poder disfrutar de lo que iba a ver, necesitaba conocerlo mejor.

—Akari, ¿por qué el escenario es tan largo? En Europa es muchísimo más corto...

—Este escenario se llama *hanamichi*, señora, y lo utilizan los actores para aparecer y desaparecer durante toda la obra —aclaró Akari, siempre con una sonrisa en los labios.

—¿Y aquellas puertas y dispositivos giratorios? ¿Los usan también los actores?

—Sí, señora. Los emplean para estar siempre en movimiento. Así la obra nunca es aburrida. Siempre sucede alguna cosa...

De pronto, se hizo el silencio en la sala. La joven británica sentía una sensación de expectativa que se concentraba en el centro de su pecho. Sin embargo, tras diez minutos de representación, comprendió que le iba a costar mucho entender algo de aquel arte escénico. El argumento era extraño y del todo indescifrable para una mente occidental. Cuando vio su expresión confusa, Akari se esforzó en tranquilizarla.

—Señora patrona, no se preocupe. Aunque le parezca complicado, con el tiempo lo comprenderá —susurró su asistente con gentileza.

Sin duda el teatro oriental y el occidental no tenían puntos en común, y a la joven inglesa le resultó muy extraño comprobar que, en mitad de la escena y sin lógica aparente, se producían cambios en la escenografía. Ni siquiera se preocupaban de correr unas cortinas para ocultar los movimientos ajenos al argumento. En el Kabuki, primaban otros asuntos.

—Esos hombres que aparecen para cambiar los elementos del escenario son los *kuroko* —susurró Akari a Emily. La joven japonesa iba haciendo a su señora algunos apuntes sobre lo que estaban viendo.

—Son increíbles... Al ir de negro, parecen sombras... —comentó Emily en voz baja.

—Esa es la idea. Van así para no robar protagonismo a los actores.

—Fantástico... —se limitó a decir la joven inglesa, absorta en la representación.

Durante toda la obra, los actores recitaron con elegancia sus monólogos mientras la música de los instrumentos japoneses tradicionales hipnotizaba a los ingleses. Sus notas generaban impresiones de un pasado singular y conmovedor.

Cuando finalizó el primer acto, una masa humana, de estatura menuda y muy entregada, vitoreó el nombre de los actores en señal de respeto y reconocimiento por su labor artística, y Emily quedó gratamente sorprendida de que en el alma de unas personas tan educadas y parsimoniosas pudiera producirse tal grado de complicidad.

Lo cierto es que le costó mucho entender todo aquello, pero, a partir del tercer acto, Emily empezó a descifrar algunos secretos del Kabuki. Por fin comprendía algo, y la sensación resultaba maravillosa. En apariencia, los diálogos eran diferentes en su tono y en su ritmo, para ayudar a otorgar personalidad a cada personaje que intervenía. Los personajes mantenían unas conversaciones que podían pasar del

susurro más sutil al estruendo de unos chillidos desmesurados que pretendían infundir terror a los espectadores. Era algo caótico, que, unido a la extravagancia de la vestimenta, le recordó los magníficos dibujos orientales que había visto en los libros de su querido profesor Smith, cuando aún era una jovencita despreocupada, en Gran Bretaña.

Y aunque procuró captar todos los pormenores de la trama, Emily no logró entender el sentido de la historia representada. Tuvo que ser Akari quien se lo explicara con todo detalle al finalizar la obra. El Kabuki resultaba muy complejo para un occidental, y más cuando este llevaba apenas unos pocos meses en el país.

De todas formas, la velada había sido conmovedora y sumamente especial para los «recién llegados» y, de regreso a la mansión, Emily y Ryan acabaron compartiendo el *kuruma*. Tal y como había previsto con John Spencer y Akari, Ryan propuso ser quien acompañara a Emily de vuelta a la mansión. Su intención era exponerle sus sentimientos.

Pese a ser un hombre fuerte y decidido, Ryan estaba nervioso. Dudaba de si era adecuado declarar su amor a la viuda de su hermano, pero sus sentimientos eran tan intensos que, de no compartirlos con ella, jamás se lo iba a perdonar. De modo que no había marcha atrás.

La luna alumbraba el camino con una luminosidad que parecía congelar las cosas en el tiempo, y justo cuando en los ojos de Emily se reflejó la luz pálida del diminuto farolillo de papel que colgaba del toldo del *kuruma*, Ryan se armó de valor. Era ahora o nunca.

—Emily, si me lo permites, querría hablarte de algo... —comenzó dubitativo el único descendiente de los Lambert.

—Desde luego. ¿Qué sucede, Ryan? ¿Estás bien? —preguntó la joven inglesa con candor.

—Sí... Es decir, existe algo que me preocupa y que desearía compartir contigo...

—Bien, tú dirás... —susurró Emily con amabilidad.

—Verás... Sé que no es adecuado y que, con estas palabras, romperé todas las normas de educación que debería respetar por nuestro vínculo familiar, pero...

—¿Sí?

—Creo que te amo, Emily... Sé que parece una locura, pero estos meses juntos, tan lejos de casa, han despertado en mí unos sentimientos que jamás hubiera imaginado que podría albergar —confesó el joven Lambert con el corazón abierto de par en par.

—Ryan, yo... —acertó a decir la joven señora Lambert.

—No digas nada, Emily... Sé que estas palabras son tan inesperadas como tal vez absurdas y poco adecuadas, pero no podía mantenerlo más tiempo guardado en mi interior. Hubiera sido injusto no compartir mis sentimientos con la mujer que amo... —se justificó Ryan.

—Tus palabras son una bella muestra de tu bondad, querido Ryan... —intentó

explicarse Emily.

—Pero... —predijo Ryan.

—Pero... después de lo vivido, creo que soy incapaz de poder amar a nadie... Debo reconocer que eres un hombre atractivo y realmente fantástico, pero desconoces tantas cosas sobre mí...

—¿A qué te refieres, Emily? No me importa en absoluto tu pasado... —declaró Ryan con decisión, pues veía que las escasas oportunidades de ganar el cariño de Emily se le estaban escapando a gran velocidad.

—¿Estás seguro de ello?

—¡Desde luego, Emily! Ya sabes cómo soy...

—Es cierto, discúlpame... Supongo que sabes que mi familia me obligó a casarme con tu hermano por una razón... —empezó a confesar la joven.

—Motivo que yo, para ser honesto, desconozco... ¿Qué pasó? —preguntó intrigado Ryan.

—Amaba a una persona que jamás tendría que haber amado. Al menos eso es lo que creía mi familia, y mi matrimonio con Stewart fue una triste maniobra para alejarme del hombre al que yo quería.

—Y supongo que aún no lo has olvidado, ¿no es cierto? —dedujo el joven Lambert con total resignación.

—Se trata de un viejo sueño que jamás podrá cumplirse... Él murió —confesó Emily con la amargura reflejada en el rostro.

—Lo siento...

—No te preocupes. Pasó hace mucho tiempo. ¿Sabes?, a veces tengo la impresión de que ha transcurrido media vida desde entonces.

—¿Podrás disculparme, Emily? No querría que lo que he dicho modifique la relación de amistad que hemos mantenido hasta ahora. Te lo ruego... —suplicó el joven inglés al comprender que jamás iba a ser correspondido.

—¡Desde luego, Ryan! Jamás cambiará nada entre nosotros. Solo me apena no poder corresponderte de la misma manera... Quizás en un futuro pueda superar lo que tanto aflige a mi corazón...

—Emily, tal vez sea mejor que el tiempo juegue su papel y ponga nuestros sentimientos en el lugar que les corresponda... —afirmó Ryan, tomándole la mano y esbozando una sonrisa. Pese a la tristeza de haber sido rechazado, se sentía afortunado de tener a alguien como Emily cerca de su vida.

Después de aquella declaración de amor jamás volvieron a tratar el tema y su relación no sufrió ninguna alteración. Con gran naturalidad, intentaron gozar de la maravillosa experiencia de vivir en tierras lejanas, dejándose llevar como si fueran niños.

Un mes después de esta conversación entre Emily y Ryan, la tragedia se abatió sobre las fábricas de la compañía Watson & Lambert.

Hacía demasiado tiempo que la producción se estaba llevando al límite y, pese a que Emily y su cuñado habían intentado erradicar los abusos más flagrantes, una obrera llamada Hiroko, de tan solo diez años, sufrió un trágico accidente en uno de los telares y perdió la vida. Hiroko era una dulce niña, que sus padres habían empujado a trabajar en aquella fábrica por falta de recursos y para asegurarle un futuro precario. Su muerte quebrantó los ánimos de todas las empleadas de la fábrica.

La niña, que era uno de esos ángeles que pocas veces se veían sobre la faz de la Tierra, se había ganado desde el primer día el cariño de su patrona. Siempre sonriente, tarareaba canciones populares con una voz suave y cristalina, y cuando Emily visitaba las fábricas siempre buscaba su compañía. Aquella niña irradiaba vida, y tenerla cerca era como rozar la felicidad.

Lo cierto es que la señora Lambert le profesaba un gran afecto y, sin darse cuenta, empezó a tratarla como si fuera su propia hija. A veces, le regalaba algún dulce u objetos que le llamaban la atención, e incluso se la llevaba a dar largos paseos con la excusa de que necesitaba sus servicios. Pero lo que realmente deseaba era oírla cantar.

Hiroko era la trabajadora más joven de todo el recinto fabril y, pese a entender las imperiosas necesidades de su familia, a Emily le rompía el corazón que fuera una de sus trabajadoras. De hecho, cuando observaba cómo se esforzaba en uno de los telares más grandes, se sentía como una negrera o un ser despreciable que toleraba semejante abuso. Junto a aquella máquina, la menuda japonesa no era más que un pequeño gorrión indefenso al que no se le permitía volar. Y ver cómo trabajaba velozmente con sus diminutas manos era algo demasiado difícil de digerir. Tal vez por ello siempre intentaba apartarla de su jaula.

Aquella niña estaba fuera de su lugar natural. Debía haber estado corriendo por el monte, jugando con el resto de los niños de su edad y aprendiendo a escribir en la escuela. Había nacido pobre en una aldea y eso había determinado su triste destino. Y eso a Emily no le parecía justo.

La patrona la tenía en tal estima que incluso había visitado a sus padres, en compañía de Akari —quien a menudo hacía también de intérprete—, con la intención de que la pequeña pudiera abandonar la fábrica e incorporarse al servicio de la mansión. Con amabilidad, prometió pagarles un mayor sueldo por su hija y les

aseguró que iba a cuidar de ella. No obstante, cuando ya estaba todo perfectamente acordado para que en unos días la pequeña Hiroko cambiase de vida, el destino se empeñó en arrebatarle aquella segunda oportunidad segándole la vida con crueldad.

El día de la tragedia, la pequeña trabajaba con denuedo en uno de los más viejos y usados telares importados desde Gran Bretaña. Era una máquina que había estado funcionando durante años en las fábricas Watson y que precisaba su sustitución urgente. Pero, en lugar de eso, la habían enviado a Japón, para que siguiera rindiendo a un ritmo demasiado exigente.

Para amenizar la jornada, Hiroko llevaba más de una hora cantando para sus compañeras de trabajo, hasta que, de repente, llegó el pánico. Se produjo un fuerte estallido procedente de la máquina, señal inequívoca de que el mecanismo acababa de reventar. A causa de la explosión, acompañando al intenso chirrido de los engranajes, numerosos fragmentos de hierro salieron disparados e impactaron sobre las empleadas que se encontraban cerca, aunque sin consecuencias graves. Sin embargo, no todas tuvieron tanta suerte.

En medio del terror que se apoderó de la sala, la encargada de grupo, Kumiko, echó en falta a la pequeña Hiroko. Enseguida la vieron tendida en el suelo. Entre los sollozos y los lamentos aterrorizados de las mujeres, Kumiko corrió desesperada hacia el cuerpo inerte de la pequeña. Cuando la cogió entre sus brazos, vio la tragedia: una de las piezas del telar se habían incrustado en la parte posterior del cráneo de Hiroko y la niña estaba agonizante. Llena de dolor y rabia, y haciendo acopio de toda la fuerza que le quedaba, la encargada arrojó a la pequeña para consolarla en sus últimos instantes de vida. La tristeza era insoportable.

Después de forcejear con la muerte durante unos minutos, Hiroko sonrió un segundo y dejó de luchar. Fue una contienda corta y desequilibrada, pues la niña era muy frágil y la herida, espantosa. Sus fuerzas se extinguieron.

Cuando el ángel cantor expiró, se hizo el silencio. Ninguna trabajadora podía moverse, todas estaban petrificadas, destrozadas por la muerte de aquel ser inocente.

Transcurrieron cinco minutos y, decidida como nunca lo había estado en su vida, Kumiko se incorporó y sostuvo entre sus brazos el cadáver de la niña. Empezó a caminar en silencio hasta la entrada del recinto fabril. Allí, a la sombra de un hermoso cerezo, depositó con suavidad el cuerpo de la niña y se giró para hablar con sus compañeras, que la habían seguido en bloque y estaban expectantes.

Parca en palabras, Kumiko pidió que cuidaran de la muerta hasta su regreso, y entonces se encaminó hacia la mansión de los patrones para informarles de la tragedia. Sin darse cuenta, se olvidó de ponerse los zapatos —todas las trabajadoras los dejaban en la entrada de la fábrica— y recorrió el trayecto hasta la casa prácticamente descalza. Cuando la vio, el capataz Yamamoto le reprendió su conducta y la amenazó con el despido. No obstante, la encargada no lo escuchó: había cosas más importantes que un maldito trabajo mal pagado.

Kumiko conocía de sobra el afecto que Emily tenía a la pequeña Hiroko y decidió

comunicárselo de inmediato.

Las condiciones extremas en las que se trabajaba habían sobrepasado todos los límites tolerables, y mientras Kumiko se dirigía a la mansión, el resto de las obreras decidió quedarse en la puerta de acceso principal al edificio, custodiando a la fallecida. No iban a volver a sus puestos de trabajo si la situación no cambiaba de modo radical.

Cuando Kumiko llegó a la mansión, Akari la recibió, sorprendida por su presencia y, cuando supo lo ocurrido, corrió desesperada hasta el jardín donde Emily y Ryan tomaban el té.

Cuando vio a Kumiko y Akari, Emily presintió que algo terrible había sucedido. Conocía a Kumiko y su alto sentido de la responsabilidad, por lo que su presencia en la casa no podía significar nada bueno. Si había abandonado su puesto de trabajo era por un motivo de gran importancia.

Llena de tristeza, Akari se arrodilló junto a sus patronas y explicó lo sucedido con lágrimas en los ojos. Para ella la noticia era terrible, dado que Hiroko había pasado varias tardes en la mansión y era muy querida por todos los presentes.

Cuando escuchó las palabras entrecortadas de Akari, Emily cerró los ojos, apretó la mandíbula de rabia y, tras unos pocos segundos, gritó con todas sus fuerzas. La muerte de Hiroko era una de las peores noticias que nadie podía darle y, después de unos minutos durante los que el dolor la paralizó, se levantó y se apresuró a ir a la fábrica junto a Ryan, Akari y Kumiko. Los dos jóvenes ingleses deseaban consolar a las mujeres y solucionar el conflicto que se había originado con esa muerte absurda y evitable.

Cuando llegaron a la planta, las cien mujeres que trabajaban entre las dos fábricas los estaban esperando con expresión airada, mientras velaban el cuerpo de la pequeña. Y, junto al cadáver de la inocente Hiroko, su madre lloraba desconsolada. A su lado, el padre de la niña se mantenía erguido y con la mirada perdida. Pese a haberla obligado a trabajar allí, su amor por aquella delicada niña era infinito. Para los japoneses, los niños eran lo más importante. Sentían por ellos un amor que superaba cualquier lógica occidental.

Lo primero que Ryan y Emily hicieron fue escuchar a las mujeres allí reunidas para averiguar cómo había muerto Hiroko. Después, el joven Lambert se encerró en su despacho con el señor Yamamoto para discutir con él el asunto, mientras Emily recogía una por una las quejas de las obreras. Al mismo tiempo, se dispuso lo necesario para que el cadáver de la niña se transportara a su casa y los padres pudieran despedirse de su hija según sus creencias sintoístas.

Emily ordenó detener la producción de las fábricas en señal de duelo hasta que la pequeña no estuviera enterrada y se tomaran medidas para evitar más accidentes en la fábrica. Hasta nuevo aviso, nadie iba a trabajar para los ingleses.

Aquella misma tarde, y según mandaba la tradición, Emily solicitó a la familia de Hiroko poder asistir al entierro y ellos aceptaron. Sabían muy bien que la señora

Lambert quería lo mejor para su hija y que ella no era en absoluto responsable de su muerte. Pese a ser la patrona, el problema real residía en la actitud del señor Akira Yamamoto.

El cementerio del pueblo —una zona ajardinada, arreglada y conservada con cuidado por todos los vecinos de Hachiōji— se encontraba muy cerca del templo sintoísta de la localidad. Se trataba de un lugar donde los familiares de aquellos que ya habían desaparecido solían buscar la protección espiritual de los suyos visitándolos con cierta frecuencia. Presentarles sus respetos mediante rezos y todo tipo de ofrendas formaba parte del carácter nipón.

Antes de que la pequeña Hiroko viajara junto a sus antepasados, debía celebrarse su despedida en este mundo. Y el lugar escogido para ello fue su propio hogar, una casa humilde y construida según el estilo japonés, en la que Emily presencié los ritos funerarios sintoístas, llenos de significado. Según tenía entendido, el sintoísmo era la religión más antigua del país.

Cuando entró en la casa de Hiroko, la joven inglesa percibió con claridad el ambiente denso y doloroso del lugar. La tragedia era demasiado terrible como para que fuera posible un atisbo de normalidad, y casi todos los presentes parecían tener suficiente con dejar que el tiempo pasara sin más. En silencio, rezaban a sus dioses de la naturaleza, llamados *kami*, para que los guiaran en sus vidas difíciles.

A decir verdad, algunas prácticas del sintoísmo sorprendían a Emily. Los sintoístas rendían culto a sus antepasados o incluso a la comunidad, mientras que a ella le habían inculcado que solo existía un único Dios al que adorar.

Desde luego, su presencia en aquella casa transgredía los principios que le habían enseñado desde pequeña, aunque, si algo había aprendido en la tierra del sol naciente, era el respeto a la diferencia.

El ritual le era desconocido, pero, para no importunar a los presentes, la señora Lambert decidió preguntar a su querida Akari sobre las prácticas funerarias que estaba presenciando. Aquella ceremonia no tenía nada que ver con la liturgia cristiana y necesitaba entender lo que estaba sucediendo para poderse despedir correctamente de su querida Hiroko.

—Akari, ¿es posible que estén rezando a aquella cajita de madera blanca? No entiendo muy bien lo que están haciendo... —susurró con respeto.

—Sí, señora. Es el *mitayama*, y allí viven las almas de los familiares de la niña —respondió la asistente, dispuesta a compartir con su patrona los detalles del rito—. En su interior hay una tablita de madera con los nombres de sus antepasados y la fecha de su muerte. Ese *tamashiro* ayuda a la familia a no olvidar a quienes han querido.

—Pero ¿y por qué allí dentro? —quiso saber Emily.

—Porque ese será el nuevo hogar de Hiroko —explicó la asistente de manera sucinta.

—Nuestros mundos son tan diferentes...

—¿Por qué, señora?

—Pues porque lo que nosotros escribimos en un papel para no olvidarlo los japoneses lo talláis simbólicamente en una tablilla de madera... En mi país las muertes se detallan en un vulgar registro... nada más —comentó la británica mientras Akari asentía en silencio.

Durante unos minutos permanecieron calladas. Emily observó que el cuerpo menudo de Hiroko yacía en un ataúd blanco, tallado a medida para albergar a la niña. Aún no podía creer que estuviera allí.

Como es lógico, puesto que eran muchos quienes deseaban mostrar sus respetos a la familia, habían ubicado el ataúd en la estancia más grande de la casa. Era una habitación delimitada por paneles de madera y papel, sin apenas adornos ni decoración.

Durante la hora que siguió, Emily vio que los familiares más allegados introducían en el ataúd objetos muy queridos por la niña, y con los que solía jugar a menudo. No eran demasiados, pues la familia de Hiroko era muy pobre y la pequeña no tenía muchas pertenencias.

Cuando ya llevaban un buen rato en la sala grande de la casa, en un silencio absoluto, dos hombres entraron en escena para situar cerca del ataúd algunas ofrendas.

—¿Qué han dejado, Akari?

—Agua, arroz y sal en unos cuencos de barro. Es lo que corresponde en este momento de la despedida.

Todos los presentes —la mayoría, vecinos del pueblo— mostraban un profundo dolor por el deceso de la niña y deseaban hacer su pequeña contribución para ayudar a que la pequeña Hiroko «ingresara» en el mundo de los *kamis* sin enfrentarse con duras pruebas que superar por el camino. Que llegara a su destino sin perderse en la oscuridad era algo que tenía a todo el mundo sumamente preocupado. Se trataba de un viaje difícil para el espíritu de una niña tan pequeña y poco experimentada.

Además, nadie quería dejar sola a la familia en un momento de tanto desconsuelo. Ese apoyo que los miembros de la comunidad se prodigaban unos a otros tenía a Emily fascinada. Ella, que procedía de una sociedad esencialmente individualista, concebía la solidaridad como una de las cualidades que siempre debían prevalecer en el comportamiento humano.

Llegado el momento oportuno, el sacerdote sintoísta recitó una antigua plegaria destinada a guiar el alma de la niña al interior del *mitayama*. Sin aquel rezo, Hiroko no lo habría tenido fácil.

El ritual continuó y el espíritu de Hiroko se unió al de sus ancestros, para que sus padres pudieran venerarlo durante el tiempo que ellos permanecieran en el mundo terrenal. No obstante, su estirpe finalizaba con ellos.

Emocionada por lo que acababa de presenciar, Emily no pudo evitar llorar largamente. Sentía una gran tristeza por el fallecimiento de Hiroko, pero, de alguna forma, el primor de la ceremonia que acababa de presenciar le proporcionaba una paz

que ningún entierro cristiano jamás le había dado. Aquella gente cuidaba tanto los detalles que, incluso en situaciones tan penosas, lograban una belleza sublime.

Emily se despidió de los padres de Hiroko con una sensación de vacío en el alma. Aquella muerte se había convertido en la segunda pérdida que experimentaba en toda su vida, y en ambos casos se había sentido aturdida y sin saber qué hacer. Resultaba demasiado difícil concentrarse cuando la muerte se presentaba de forma tan súbita.

De regreso a la mansión, recordó las enseñanzas de su querido profesor Smith, cuando le aseguraba que de cualquier circunstancia debía extraer una lección de vida. Parecía algo muy sencillo de hacer en principio, pero, después de meditar mucho sobre ello, Emily se dijo que el accidente de Hiroko tenía un significado muy concreto. Con independencia de a quién pudiera disgustarle sus decisiones, aquel triste suceso debía significar el fin de una etapa lamentable.

Japón, principios de 1896

Habían pasado dos años desde la muerte de Hiroko cuando Emily recibió un nuevo golpe. La mala noticia llegó en el siguiente viaje del *Queen Sea* a tierras niponas, a través del abogado de la familia Watson. El ilustre letrado Francis Keegan había viajado expresamente desde Londres para comunicarle el fallecimiento de su padre, el señor Benjamin Watson, con lo cual Emily pasaba a ser la única heredera de la familia y la propietaria del imperio que había levantado su progenitor.

Su madre, algo delicada de salud, había decidido quedarse en la mansión londinense y cumplir con su papel de viuda, delegando en su hija y en Ryan la responsabilidad de hacerse cargo de la compañía que ambas familias habían creado.

De hecho, el trámite requería la presencia de los dos jóvenes, los autores de la buena marcha de la empresa en Japón. Llevaban casi cuatro años en aquel país y habían cumplido perfectamente con las expectativas.

Cuando Ryan recogió al señor Keegan en el puerto de Yokohama, ni él ni Emily conocían el objeto de su visita, y los dos viajaron hasta la mansión para poderse reunir con Emily por expresa solicitud del abogado, pero la joven se encontraba en la fábrica principal, intentando hacer comprender al señor Yamamoto algunos cambios que deseaba aplicar. Algo más tarde de lo previsto, Ryan y el señor Keegan llegaron al recinto fabril. El letrado se presentó con gran formalidad a la señora Lambert.

Emily pospuso la reunión con el capataz de la fábrica y los tres británicos se dirigieron a la mansión para poder tratar el importante asunto que había hecho viajar al abogado desde Londres. Además, el señor Keegan debía embarcar al día siguiente para regresar a Gran Bretaña, pasando primero por Constantinopla. Keegan debía comunicar las últimas voluntades de Benjamin Watson a Adam Stevenson, aparte de otros asuntos pendientes que debían resolverse con urgencia. El *Queen Sea* tenía previsto zarpar al amanecer del día siguiente, pues habían acordado que durante

aquella jornada se estibaría en él toda la seda producida en Japón durante el último mes.

Al llegar a la casa, mostraron su habitación al letrado, que bajaría a reunirse con ellos en el salón principal cuando estuviera acomodado. Los dos jóvenes eran conscientes del trajín que suponía viajar desde Londres y le dijeron que podía tomarse el tiempo que necesitara.

Un par de horas más tarde, los tres se encontraban en el salón, saboreando un aromático té que les había servido Akari. Sin muchos preámbulos, el señor Keegan fue directo al grano. No había tiempo que perder y el asunto no era sencillo:

—Bien, señora Lambert. Disculpe por no haberla informado nada más verla, pero considero que el tema que me ha traído hasta aquí debía exponerse en el momento y lugar adecuados —declaró con solemnidad el abogado, que en aquel momento actuaba como notario familiar.

—Usted dirá entonces...

—Verá... El motivo de mi viaje es comunicarle que su padre... ha fallecido... —afirmó algo titubeante el señor Keegan, que intentaba no ser demasiado brusco.

Durante unos segundos Emily no dijo nada. Pese a la distancia que le separaba de su padre, la terrible noticia le resultó difícil de asumir. Mientras había estado en Londres, su progenitor no la había tratado con el cariño y amor que una hija merecía, aunque su última mirada en aquel muelle lúgubre, el día de su partida, de alguna forma lo había redimido. Emily pensó que la decisión de su padre de enviarla lejos de Londres también obedecía a un intento de darle a ella una oportunidad, pese a que eso era algo que ya no podría averiguar. Ahora simplemente estaba muerto y las circunstancias de su propia vida volvían a dar un giro inesperado. ¿Es que jamás iba a poder vivir en paz?

Después de esperar el tiempo oportuno, el señor Keegan le dio el pésame.

—Le ruego que acepte mis condolencias, señora Lambert...

—Gracias... ¿Qué sucederá a partir de ahora? ¿Debemos regresar a Londres? —preguntó Emily, algo aturdida.

—En realidad, ese es precisamente el motivo de mi viaje. Se trata de una decisión que solo usted puede tomar...

—¿A qué se refiere? —preguntó de nuevo Emily, desconcertada.

—Me refiero a que ahora usted es la única heredera de su familia y, por lo tanto, propietaria de las empresas de su padre, lo que, unido a la herencia que le corresponde por el fallecimiento de su esposo, el señor Stewart Lambert, la deja en una situación inmejorable.

—Sigo sin acabar de comprender, señor Keegan —insistió la joven—. ¿Es que Ryan no tiene ningún derecho sobre todo esto?

—Lamento decirle que no. Solo en el caso de que a usted le sucediera algo sin tener descendientes el señor Lambert pasaría a ser el responsable de la fortuna común, pero, hoy por hoy, todos los bienes que usted y el señor Lambert ya

administran en Japón, junto a las fábricas ubicadas en la India y Londres, son de su propiedad. En cuanto a la extensa flota comercial y algunos negocios que su padre, que en paz descansa, poseía en Asia Central, su voluntad fue dejarlos en manos de uno de sus hombres de confianza, aunque lamento decirle que no me está permitido revelarle su nombre. El señor Benjamin Watson estaba muy agradecido con los servicios prestados por esa persona y quiso recompensarla con generosidad —explicó el letrado.

—Respetaré entonces las últimas voluntades de mi padre, pero ¿y mi madre? ¿A ella no le ha dejado nada? —se extrañó Emily.

—La señora Margaret Watson dependerá económicamente de usted desde el momento en que hagan efectivas las disposiciones del testamento. Su padre quería que fuera usted quien se encargara de la fortuna familiar y, en consecuencia, solo usted puede decidir la asignación que le corresponde.

—¿Y cuáles son las alternativas de que dispongo? —Emily estaba confusa.

—O vende sus propiedades o sigue con el negocio de la seda. Pero eso es algo que yo no puedo decidir por usted —declaró Keegan con seriedad.

Durante unos minutos Emily valoró la situación. Decidir su futuro en tan poco tiempo no era nada sencillo. Se sirvió un poco de té de la tetera que Akari había dejado sobre la mesa para ganar unos minutos. Tras tomar un sorbo, dijo:

—Acepto, pero con algunas condiciones...

—¿Condiciones?... —repuso el abogado, que no intuía cuáles podrían ser.

—¿De qué condiciones hablas, Emily? —preguntó también el hijo menor de los Lambert.

—Por un lado, deseo modificar algunos puntos legales.

—Bien, usted dirá. Para eso he viajado hasta este lugar, y le aseguro que el viaje no ha sido placentero. Debo confesarle que tengo cierta aversión a las embarcaciones de vapor —reconoció el señor Keegan.

—Comprendo que debe de haber supuesto un esfuerzo para usted, y se lo agradezco en mi nombre y en el de mi familia.

—No es necesario, señora Lambert. Solo cumplo con mis obligaciones —afirmó el letrado, que mantenía una expresión adusta.

—En fin... lo primero es dejar bien atado el tema legal para que a mi madre no le falte de nada. Deseo que su vida en Londres sea lo más plácida posible y que no se vea obligada a cambiar de estatus. Conociéndola, eso acabaría con su vida en dos días. De modo que seguiremos produciendo la seda como hasta hoy para que nuestras familias no se vean afectadas por la muerte de mi padre —explicó Emily, convencida.

—Como guste, señora Lambert. ¿Desea que haga algo más?

—Sí. Prohíbo de modo expreso que mi madre se desplace hasta aquí. Como sabemos todos, el viaje es largo y, a su edad, difícilmente lo soportaría. Además, deseo que quede dispuesto que Ryan posea la mitad de mi herencia —declaró Emily con decisión.

—¿Cómo dices, Emily? —se extrañó el joven.

—Sí, Ryan. Te has ganado compartir conmigo todo esto. Ambos hemos luchado duramente en un país nuevo, lejos de casa, y considero que es justo que una parte te pertenezca. Yo jamás regresaré a Londres, de manera que lo conveniente será que tú puedas encargarte de todo lo relacionado con nuestras fábricas británicas y el resto de negocios que mi padre poseía.

—Te lo agradezco, Emily, pero no sé si merezco tanta generosidad...

—La mereces, no te quepa la menor duda. Mi deseo es quedarme en este país. Ya no podría soportar pisar de nuevo las calles de Londres. Mi lugar está aquí, en Japón, y el tuyo también. Pero, al mismo tiempo, considero que no hay nadie mejor que tú para encargarse de las empresas de mi padre.

—Si esa es su decisión, se hará como usted dice, señora Lambert. Prepararé los documentos para que pueda firmarlos —expuso el abogado, que empezaba a tomar conciencia del carácter resuelto de la rica heredera.

—Se lo agradezco, señor Keegan...

Mientras escuchaba a su cuñada, Ryan se sintió orgulloso de compartir todo aquello con la mujer a la que amaba, aunque supiera que jamás sería correspondido. Estar al lado de la joven Emily y observar cómo se iba convirtiendo en una gran mujer ya le parecía todo un privilegio.

Emily no tenía nada más que añadir, así que la reunión finalizó y la joven se retiró para que Ryan y el señor Keegan pudieran redactar los correspondientes documentos. Más tarde los firmaría, consciente de que estaba haciendo lo correcto, y, mientras se dirigía a su habitación, entendió que definitivamente su vida había tomado un nuevo rumbo. Tal vez ahora, con el poder que poseía, podría ejecutar todos los cambios que llevaba tiempo meditando. En esos momentos estaba en sus manos dar una nueva vida a muchas personas.

Al menos, en su calidad de dueña de la fábrica de seda, haría que sus empleadas obtuvieran todos los beneficios laborales que se habían ganado a pulso.

Durante su viaje de vuelta a Londres, y una vez atravesado el canal de Suez, el *Queen Sea* modificó su ruta habitual y puso rumbo a Constantinopla. Eso comportaba varios días de retraso, pero la misión que el ilustre abogado señor Keegan debía ejecutar era de suma importancia.

En Constantinopla lo estaba esperando el señor Stevenson, en el mismo muelle de carga en el que había recogido a Thomas Wells. Los miembros de la caravana estaban preocupados: que les hubieran solicitado su presencia en aquel puerto con tanta antelación no presagiaba nada bueno. Tal vez fuera algo relacionado con el prisionero Wells, pero, aun así, una sensación de inquietud se apoderó del ánimo de los integrantes del grupo.

Con toda la amabilidad que su mala educación le permitía, el señor Stevenson se acercó hasta la pasarela de desembarco del vapor de la compañía Watson, con la intención de saludar al abogado.

—Buenos días, señor Keegan. Nos honra su presencia en Constantinopla... Espero que haya tenido una agradable travesía... —farfulló el jefe de caravanas.

—Buenos días, señor Stevenson. Gracias, pero no estoy teniendo el viaje que habría deseado. Como usted ya habrá supuesto, un asunto de gran trascendencia me ha obligado a encontrarme con usted.

—Desde luego, señor Keegan. Acompañeme. Me he permitido la libertad de reservarle una habitación en el Hotel Pera Palace, uno de los alojamientos más lujosos de la ciudad, para que pueda descansar como es debido. ¿Tiene usted pensado honrarnos con su presencia durante muchos días?

—No, señor Keegan. Mañana mismo volveremos a zarpar hacia las islas Británicas. Mientras tanto, no rechazaré su ofrecimiento. Al igual que la tripulación, yo también debo descansar y abastecerme de lo necesario para continuar con la travesía.

—Bien, señor. Sígame si es tan amable —le propuso escuetamente el capataz.

Durante unos minutos recorrieron el puerto de la ciudad entre el bullicio causado por la aglomeración de gente. Un enclave comercial como el del Cuerno de Oro nunca carecía de un trasiego constante y ruidoso. Stevenson, que intentaba mostrarse lo más solícito posible con el señor Keegan, llevó él mismo el equipaje del prestigioso abogado.

Subieron a un viejo carruaje y se dirigieron al hotel donde el letrado tenía una habitación reservada. Como era previsible —por la poca simpatía que parecían

tenerse el uno al otro— no se dirigieron la palabra en todo el trayecto. Al llegar al exterior del lujoso establecimiento, pensado para albergar a los viajeros del Orient Express, ambos hombres descendieron del coche y entraron en el edificio, el cual había sido construido hacía poco y poseía todos los lujos adaptados al gusto británico.

Sin que Keegan lo solicitara, el señor Stevenson trató el asunto de la reserva con uno de los elegantes recepcionistas, quien, con sonrisa servicial, se encargó de que un empleado acompañara al nuevo huésped a su habitación. No obstante, antes de abandonar el vestíbulo, el abogado se dirigió al capataz:

—Señor Stevenson, recójame usted a la hora de cenar. Debemos hablar de asuntos de envergadura, pero antes necesito algo de reposo.

—Descuide, señor Keegan, aquí estaré —convino el capataz antes de dar media vuelta y abandonar el Pera Palace. Ahora sabía que aquel remilgado picapleitos estaba allí por un motivo de peso. Si no, no se habría dignado venir hasta allí para hablar con él.

Tal y como habían acordado, el capataz de los Watson se presentó antes de la hora de cenar y, sorprendido, vio que el señor Keegan ya lo estaba esperando en la recepción del hotel, mientras degustaba alguna de sus infusiones aromáticas.

Después de un saludo comedido, el señor Stevenson pidió al letrado que lo siguiera. Había previsto llevarlo a un establecimiento típico del lugar, donde podrían hablar con total tranquilidad en tanto degustaban los mejores manjares de la zona. A un hombre como Keegan no podía llevarlo a las tabernas que él frecuentaba.

Un agradable paseo en coche de caballos los llevó a una zona popular de la ciudad, donde se encontraba el restaurante en el que Stevenson había reservado mesa. Era un establecimiento humilde, pero famoso por la calidad de sus platos.

Mientras esperaban los entrantes, e iluminados por la luz de unas velas estratégicamente colocadas en la mesa, el señor Keegan habló sin ambages:

—Señor Stevenson, usted ya imaginará que yo no habría venido a Constantinopla si no fuera por algo muy importante.

—En efecto. Usted dirá qué necesita de mí —respondió el capataz, que se mantenía a la expectativa de lo que iba a suceder.

—Con gran pesar, debo comunicarle que nuestro querido jefe, el honorable señor Benjamin Watson, falleció hace más o menos un mes, por lo que estoy aquí para asegurarme de que se cumplan sus últimas voluntades.

—Siento mucho la muerte del patrón...

—Sin duda, ha sido una gran pérdida para todos nosotros, aunque estamos obligados a honrar su recuerdo y respetar sus últimas voluntades, tal y como el señor Watson las dispuso en su testamento.

—Desde luego, señor Keegan. ¿Qué debemos hacer a partir de ahora? —Stevenson estaba deseando saber qué diablos quería el abogado de él.

—Continuar como si nada hubiera sucedido. El señor Watson cedió estos negocios a un hombre de su absoluta confianza, el cual, a partir de ahora, será el

nuevo beneficiario de las ganancias generadas por esta ruta comercial. Ese hombre rendirá cuentas directamente al representante de la familia de los Lambert, los cuales, como usted ya sabrá, unieron sus negocios gracias al enlace de sus hijos, Emily y Stewart.

—Entendido, señor Keegan. Cumpliremos las órdenes —asintió sin más el capataz.

—El nuevo propietario se llama Ian Higgins, que fue mano derecha y hombre de confianza del señor Watson hasta la muerte de este. El señor Higgins viajará en los próximos días hasta Constantinopla para hacerse cargo del negocio. Usted se pondrá bajo sus órdenes y se encargará de mantener la ruta en funcionamiento. Ni que decir tiene que deberá acatar sin discusión cualquier petición del señor Higgins —puntualizó el letrado.

—Claro, señor Keegan. ¿Debo tener algo más en cuenta?

—Sí, señor Stevenson. Sobre el esclavo, Thomas Wells, nada ha cambiado: el prisionero debe seguir sufriendo de la misma forma que lo ha hecho hasta ahora. Su vida depende de que continúe obedeciendo a rajatabla las órdenes que se le den. Por añadidura, procure usted que jamás sepa que la hija del señor Watson permanece en tierras japonesas, ¿queda esto claro? —advirtió el letrado, sin apenas gesticular ni alterar la circunspección de su rostro.

—Sí, señor Keegan, del todo... Entonces, ¿seguimos realizando la ruta como hasta ahora?

—Exacto, aunque, de momento, deberán esperar a que llegue el nuevo propietario antes de iniciar el próximo viaje. Hasta la llegada del señor Higgins, quédense en Constantinopla y mantenga a sus hombres en la residencia que se les facilitó para tal efecto. Encárguese de que a sus hombres no les falte de nada, menos, por supuesto, al señor Wells. Él debe sufrir el castigo por su crimen, tal y como el señor Watson estableció en el pasado.

—No se preocupe por ese perro, señor Keegan. Desde que está a mi cargo carece de cualquier comodidad y la peor zona de nuestro alojamiento es para él. Nada cambiará, pierda cuidado.

—Entonces, señor Stevenson, creo que podemos dar por concluida esta reunión. Si no es mucha molestia, lléveme de nuevo al hotel. Deseo reposar lo máximo posible antes de embarcar de nuevo mañana.

—Desde luego, señor Keegan.

Después de que el abogado abandonara Constantinopla, el capataz Stevenson reunió a sus hombres en la estancia más grande de la casa en la que se hospedaban y que utilizaban como cobijo temporal cuando finalizaban la ruta y esperaban la llegada del próximo vapor. No solían permanecer mucho tiempo allí, pues a los pocos días reemprendían el camino hacia Oriente. No obstante, en aquella ocasión era un lugar donde poder descansar mientras aguardaban órdenes.

Los miembros del convoy estaban autorizados a entrar y salir a su antojo,

mientras se presentaran en el momento en que se los requiriera, pero Thomas Wells era la excepción. Él solía pasar aquellas jornadas maniatado en una estancia para evitar que se escapara al control del capataz. Su fuga habría comportado que se cortaran muchas cabezas.

La noticia de la muerte del patrón cayó al principio como una jarra de agua fría. Aquellos hombres necesitaban ese trabajo y lo normal era pensar que iban a perderlo, pero pronto el señor Stevenson les aclaró que un nuevo dueño se hacía cargo del negocio.

Existía la certeza de que iban a producirse ciertos cambios, pero Wells sabía que su martirio no variaría ni un ápice.

Cuando se enteró de la muerte del hombre que le había arruinado la vida, Thomas tuvo sentimientos encontrados. Por un lado, su muerte era una contrapartida justa al sufrimiento que estaba padeciendo, una especie de «ojo por ojo», mas por otro, él había deseado con todas sus fuerzas matar a aquel demonio con sus propias manos. Tal vez el rencor lo había convertido en un hombre despiadado, pero si para recuperar a su amada Emily era necesario que corriera la sangre, Thomas no lo dudaría ni un segundo.

Ahora, la cuestión era conocer al nuevo propietario de la empresa y ver si, con él, su situación podía experimentar alguna mejora. No se permitía perder la esperanza, y sabía que, tarde o temprano, llegaría su momento.

Dos semanas más tarde, el *Orient Wave* atracó en Constantinopla; transportaba la carga habitual y al nuevo patrón. En cuanto lo vio descender por la pasarela, Stevenson tuvo la certeza de que el señor Higgins era un hombre despiadado y cruel.

Su actitud no tenía nada que ver con la de un lord de la categoría de Benjamin Watson. Más bien parecía un matón a sueldo, y prueba de ello fue la rudeza con la que le estrechó la mano. Con unas pocas frases cortas y destempladas dejó claro que él mandaba en ese momento y que iban a partir al día siguiente para no perder más tiempo del estrictamente necesario. Pero antes deseaba ver al señor Thomas Wells. Aquella era su máxima prioridad.

Sin perder tiempo, el señor Stevenson acompañó al señor Higgins al lugar en el que se hospedaba el grupo y enseguida lo guio al cuarto donde estaba el prisionero, quien, al verlo, palideció. Allí, frente a él, estaba uno de los hombres más malignos sobre la faz de la Tierra. La reacción del cautivo fue advertida por el capataz y le confirmó sus sospechas sobre la verdadera naturaleza de Higgins.

—Señor Wells, veo que sigue con tan mal aspecto como la última vez que nos vimos en Londres... Supongo que esos cortes en la cara le habrán ayudado a recordarme, ¿no es cierto? —soltó con rabia el señor Higgins.

—¿Cómo olvidarlo?... —respondió Wells, lacónico.

—Muy bien... Ahora soy yo quien manda aquí, y le aseguro que todo por lo que ha pasado habrá sido un camino de rosas comparado con lo que le espera —prometió el matón mientras golpeaba a Thomas en la cara. Aquella era una advertencia

incontestable y la confirmación de que iba a estar mucho peor de lo que podía haber esperado. Sus opciones de fuga acababan de reducirse a la mínima expresión.

Durante veinte minutos, el señor Higgins —después de desprenderse de su chaqueta, arremangarse la camisa y procurarse una porra que había traído consigo desde Londres— golpeó sin tregua al prisionero. La paliza fue tan brutal que dejó a Thomas Wells inconsciente. Aquel criminal le acababa de transmitir el último mensaje que su patrón fallecido había querido dar a Thomas. Y Higgins, servicial como un perro de caza, cumplió a rajatabla con sus responsabilidades como mensajero.

Después de aquella sarta de golpes, el resto de los hombres del convoy asumieron la seriedad del asunto. Nadie se atrevió a abrir la boca ni a oponer resistencia y, al día siguiente, la caravana se puso de nuevo en marcha, rumbo a Kashgar. Thomas, que apenas podía moverse, cumplió las órdenes que se le dieron ante la triste mirada de quienes viajaban a su lado.

Cuando lo vio en ese estado, Basil pensó que tenía que ayudarlo a escapar de aquel infierno. Si no lo hacía, su amigo moriría como un perro en medio del desierto, y Hakîm *el Inglés* merecía mejor suerte.

Durante ese año 1896, dos ráfagas de aire fresco atemperaron las privaciones en la vida de Thomas. El destino hizo que en su camino se cruzaran dos personas que, con el tiempo, pasaron a formar parte de su reducidísimo grupo de amigos.

Por aquel entonces, el nuevo propietario, el señor Higgins, se interesó en comerciar con un inglés llamado Terry Wilkinson, que trabajaba para una familia de mayoristas italianos con intereses en Gran Bretaña y en algunas mercancías proporcionadas por las rutas comerciales de la compañía Watson.

Los Argento eran una familia italiana necesitada de un suministro regular de jade, piedras preciosas y marfil, materias primas esenciales para el desarrollo de su negocio de orfebrería y joyería selectas, y habían contratado al señor Wilkinson como intermediario, para que les consiguiera estos productos en Asia Central. Por ello, el inglés —que residía en la conocida colonia alemana de la ciudad portuaria de Haifa, en la costa de Palestina— empezó a estrechar lazos con la compañía del señor Higgins. Tras obtener referencias de su seriedad y buen hacer, decidió solicitar sus servicios.

El primer encuentro se celebró en Damasco y pronto llegaron a un acuerdo. Las caravanas de la compañía Watson adquirirían esas materias preciosas para la familia Argento a cambio de cierta compensación económica. Eso sí, había una condición: Terry Wilkinson exigió que su hombre de confianza —marinero de oficio— formara parte del convoy para que pudiera escoger los artículos de mayor calidad. Dicho experto era el joven Abdel Haqq, procedente también de Haifa, que era el hombre perfecto para escoger con esmero los artículos de interés para la familia Argento.

Así pues, Abdel Haqq pasó a formar parte de la caravana y, día tras día, fue testigo de primera mano del maltrato que recibía Thomas Wells. Bajo su punto de

vista, aquel inglés no había cometido un delito tan espantosamente grave como para que fuera humillado con tal grado de impiedad y, gracias a la aparente impunidad que le daba su condición de hombre externo al grupo, empezó a trabar amistad con aquel pobre desgraciado. Junto a Basil, empezó a tratar a aquel al que llamaban Hakîm *el Inglés* y, con la excusa de que conversaba con él para aprender el idioma del Imperio británico, intentó infundirle algunos ánimos.

Durante las jornadas de camino, solía viajar a su lado y al de Basil, siempre al final de la caravana y, cuando le era posible, le daba comida que él mismo había reservado de su ración, dado que a Thomas solo le permitían comer lo justo para sobrevivir.

Lo exiguo de las raciones de Thomas lo habían conducido a un estado físico muy debilitado en comparación con el que tenía cuando llegó a Constantinopla. Al peso perdido había que sumarle las cicatrices y hematomas resultado de los golpes recibidos y el desgaste acusado por su cuerpo a causa del cansancio y las mil penalidades sufridas. Contemplantarlo mientras cargaba o limpiaba los desperdicios del resto del convoy era lastimoso.

El caso es que Abdel Haqq procuraba cuidar de su compañero dentro de sus posibilidades y, cuando completó su primera ruta, relató el sufrimiento de aquel hombre a su jefe, el señor Wilkinson.

Por tal motivo, el británico se las ingenió para escogerlo a él siempre que el convoy llegaba a Damasco o Haifa. El representante de la familia Argento exigió de nuevo al señor Higgins que fuera ese tal Hakîm *el Inglés* quien se ocupara de manipular la carga que correspondía a los Argento. De ese modo, podía tenerlo bajo su custodia cuando el resto de los miembros del grupo se tomaban un respiro. Era Abdel Haqq, Hakîm *el Inglés* y algún otro hombre quienes se encargaban de transportar los productos comprados por el señor Wilkinson desde los dromedarios hasta el vapor italiano atracado en el puerto. Y con el argumento de que tenía que estibarlos en la bodega del navío, alejaba a Thomas del señor Higgins al menos durante unas horas, algo que, desde luego, al despótico amo de Thomas no le hacía ni una pizca de gracia.

Este expediente se utilizó durante dos años y, gracias a los subterfugios de Terry Wilkinson, Abdel Haqq y Basil, Thomas logró sobrevivir. De no haber sido por su ayuda, el señor Higgins lo habría acabado ejecutando en el desierto. Ciertamente era que su antiguo patrón, el señor Watson, había puesto como única condición para cederle sus negocios en Asia Central que torturase sin matarlo al hombre que había intentado huir con su hija. Sin embargo, ahora que Watson ya no estaba para darle órdenes, Higgins consideraba a Thomas más un lastre que otra cosa, un recordatorio de su condición anterior de sicario. Tal vez por ello estaba obsesionado con acabar con él.

Pasó un mes desde la partida del señor Keegan, y entonces Emily ejecutó punto por punto el plan que había trazado con Ryan.

El heredero de los Lambert no había estado de acuerdo en algunos de los detalles de la negociación, pero, por encima de todo, respetaba la opinión de la copropietaria de aquellas fábricas, de modo que apoyó sus decisiones.

La primera medida fue despedir al señor Akira Yamamoto, a quien Emily consideraba responsable directo de las penosas condiciones laborales en las plantas. Aquel hombre había actuado en todo momento de forma inflexible y carente de toda humanidad con respecto a las obreras y, por lo tanto, no era el adecuado para el cargo que ejercía. Lo que pasase con él en el futuro ya no era de su incumbencia.

En segundo lugar, Emily decidió reducir la jornada laboral a ocho horas diarias e incluir un descanso a mediodía, para que todas las trabajadoras pudieran comer con cierta tranquilidad. Dispuso que también hubiera un breve descanso a media mañana, y las medidas de seguridad se incrementaron dentro de lo posible para evitar accidentes como el que había acabado con la vida de la pequeña Hiroko.

También, y dentro de lo que los balances contables le permitieron, aumentó el sueldo de las mujeres de la fábrica para que pudieran vivir de una manera más holgada. Emily tenía claro que, si ellas estaban contentas, todo iba a ir mucho mejor, pues era consciente de que la explotación laboral no tenía más que consecuencias negativas. Por lógica, si sus trabajadoras se sentían queridas y bien tratadas, la producción de seda también se beneficiaría de ello.

La siguiente decisión que adoptó fue mejorar las viviendas que ocupaban las obreras junto a las fábricas mediante la construcción de casas nuevas al estilo japonés —cuyo coste total corrió a cargo de la compañía— donde pudieran vivir entre seis y ocho mujeres en condiciones saludables.

Y, desde luego, la última y más complicada medida que se tomó fue no contratar a más niñas menores de dieciséis años. En contrapartida, las familias con problemas económicos que necesitasen el dinero de sus hijas percibirían ciertas ayudas económicas para que pudieran incrementar su producción en el campo y así no se vieran en la obligación de hipotecar el futuro de su descendencia. Así, las niñas podrían trabajar en el campo media jornada para después asistir a una modesta escuela que Emily decidió financiar y ubicar en Hachiōji, donde un profesor traído a propósito desde Tokio iba a darles una mínima educación para que, al menos, no fueran unas completas analfabetas.

Todas aquellas medidas tenían un coste realmente elevado, pero del todo asumible para Watson & Lambert, de modo que Ryan no intentó convencerla de que no las aplicara. Respecto a su vida personal, la nueva patrona también optó por realizar ciertos cambios.

Fue su deseo construir en Hachiōji una casa tradicional japonesa para instalarse allí. El servicio procedente de Londres iba a quedarse en la mansión para asistir a Ryan, y Akari cambiaría sus funciones para ayudarla en la nueva casa. Así podría echarle una mano en su adaptación. Como bien había comentado en la reunión con el señor Keegan, jamás iba a volver a Londres, por lo que le pareció vital y apremiante adaptarse a la vida japonesa en todas sus vertientes y circunstancias.

Al mismo tiempo, quería hablar con la familia de Hiroko y proponerles que trabajaran para ella. De esa forma podría compensarlos económicamente por su pérdida y ellos la ayudarían también en su aclimatación cuando Akari estuviera con su marido, el señor Spencer.

El resto de las cuestiones iban a permanecer como estaban. Esa era su voluntad y Ryan decidió respetarla. Como es lógico, lamentaba que su cuñada abandonase la mansión georgiana, pero comprendía sus razones, así que no hizo el menor comentario en contra.

Antes de que se iniciara la construcción de su nueva casa, Emily visitó —junto a Akari— el domicilio de los padres de la pequeña Hiroko, para exponerles lo que tenía en mente. Aquellas buenas personas, a quienes la vida había maltratado en exceso, aceptaron con educación. Necesitaban rehacer su vida, y nadie mejor que Emily para darles el pequeño empujón que necesitaban.

Pocos días después empezó la construcción del nuevo domicilio, en la mejor zona del pueblo. Estaba a poca distancia de las fábricas y de la mansión, pero lo bastante cerca del pueblo como para mantener el contacto con sus habitantes.

Fue entonces cuando Emily empezó a comprender de verdad dónde se encontraba. Hasta entonces había tenido una experiencia limitada de la vida en Japón, ya que había residido en la mansión y mantenido sus rutinas occidentales, pero en aquel momento, en que pasaba a integrarse en la cotidianidad de una aldea, todo adquiriría un prisma diferente. Estaba dando sus primeros pasos para dejar de ser una *gaijin*, como tantos otros.

La joven seguía con gran curiosidad la construcción de su nuevo hogar, así que empezó a acercarse a diario al emplazamiento de las obras. Para ella, asistir a la fabricación desde el comienzo de algo tan simple pero funcional fue una experiencia apasionante.

Al principio, cuatro hombres se dedicaron a señalar con un surco el perímetro de la futura casa, y lo marcaron con la ayuda de cañas de bambú. Cuando finalizaron esta tarea meticulosa, y ante la atenta mirada de Emily, empezaron a montar las paredes que iban a dar un aspecto habitable a la casa. Acostumbrada a los ladrillos y la piedra, Emily se sorprendió cuando colocaron estratégicamente un armazón de

madera y papel, en tanto dejaban para más tarde el tejado de pizarra negra y los suelos. El entarimado de madera estaría cubierto de esterillas de arroz típicas de la zonas rurales, que le otorgarían un aspecto sencillo y calidad práctica.

Aquellos hombres eran muy diestros y laboriosos, y, en poco más de una semana, la confortable casa de Emily quedó lista. La joven no podía creer que algo así pudiera hacerse con tal rapidez, aunque tenía muy claro que se trataba de una construcción cuyo coste era reducido en comparación con la mansión de aire georgiano en la que se había alojado hasta entonces. No por ello, sin embargo, carecía de los mejores materiales. Los nipones eran los arquitectos ideales para realizar viviendas duraderas y muy confortables.

Emily se sentía muy satisfecha del trabajo de los constructores y, desde luego, no pretendía pedirles nada más, pero, como era muy querida en el lugar, un respetado jardinero zen de la zona se prestó a realizarle un maravilloso bosquecillo particular, compuesto por agua, arena y madera recogida en la arboleda más cercana. El jardinero confeccionó un vergel maravilloso, que iba a iluminar todas las mañanas del resto de su vida.

Durante el tiempo de construcción de su nuevo hogar, Emily pudo aprender más aspectos de la concepción vital de aquellas personas. En un principio, no comprendía por qué las ciudades y los pueblos japoneses prácticamente se reconstruían generación tras generación. Akari, su querida asistente, le reveló la solución en una conversación que mantuvieron sobre el tema:

—Akari, ¿por qué vuestras casas no son de piedra o de un material más resistente? ¿Así os durarían más, no? —preguntó la patrona, deseosa de comprender las motivaciones de aquella gente.

—Nosotros, señora, nos enfrentamos de manera constante a los incendios y los terremotos, así que materiales fáciles de reponer como la madera, el bambú y el papel son los mejores para reconstruir nuestras casas —aclaró la asistente.

—Vaya... En mi país es todo lo contrario. Allí la piedra y el ladrillo forman parte de cualquier construcción. Aunque claro, no tenemos que enfrentarnos a los caprichos de la naturaleza, como pasa aquí...

—Desde pequeños aprendemos que nada dura para siempre, y que parte de nuestro destino es reconstruir nuestras casas una y otra vez. Lo mismo sucede en la propia naturaleza que nos rige...

—Entonces, querida Akari, si quiero ser una más, tendré que aprender a vivir de la misma manera que vosotros lo hacéis —decidió Emily, dirigiendo una sonrisa cómplice hacia la que ya se había convertido en su amiga más íntima.

Cuando la casa estuvo finalizada del todo, Emily se trasladó allí con lo que consideró más imprescindible. Por lógica, no podía trasladar todas sus pertenencias, y Akari le explicó lo que podía y no podía llevar. Si quería vivir según las costumbres japonesas tenía que renunciar a algunas posesiones, algo que, por otro lado, tampoco supuso un gran problema para la joven inglesa, dado que decidió llevarse lo más

básico, aparte de encargarse de quimonos y ropa más acorde con la vida rural. Estaba decidida a dejar de ser una extranjera, una *gaijin*, y para lograrlo debía reducir las diferencias con sus vecinos. El resto de sus pertenencias, que correspondían a su pasado británico, optó por dejarlas en la mansión, por si algún día las necesitaba.

Durante las primeras semanas le costó adaptarse a su nuevo hogar, que, por otro lado, resultaba de lo más confortable. Y, gracias a la ayuda de los padres de Hiroko y la asistencia de Akari, fue comprendiendo mejor la mentalidad de sus nuevos vecinos.

Una de las cosas que más le sorprendieron de su nuevo hogar fue que los armazones de las puertas *shōji* eran tan ligeros que podían utilizarse a modo de ventanas y paredes.

Por aquel entonces estaban en los días centrales del verano, pero la casa estaba aireada y fresca gracias a un ingenioso sistema de modificación del espacio. Cada día, Akari y Sakura —la madre de Hiroko— retiraban con poco esfuerzo las *shōji* y los paneles opacos de papel llamados *fusuma*, que también cumplían la función de separar las habitaciones. El resultado era una desaparición de los obstáculos que hacía que la ligera brisa pudiera recorrer la casa de un extremo a otro. Las paredes eran ligeras y fáciles de desmontar, lo que dejaba el armazón de la casa al descubierto en cuestión de minutos. Era como jugar con un puzzle a tamaño real, rediseñando la casa a voluntad.

Emily alternaba su trabajo en la fábrica con el cultivo de sus relaciones en la villa de Hachiōji. Muchos de sus habitantes sobrevivían gracias a los ingresos que obtenían de los ingleses, pero en el pueblo también eran varios los que intentaban vivir de la agricultura y de los trabajos tradicionales japoneses.

No fue sencillo, pero, transcurridos algunos meses, Emily empezó a captar la idiosincrasia de aquellas personas, de aquella cultura tan distinta a la suya, aunque a menudo le resultaba difícil percibir y comprender lo que se escondía tras el comedimiento de los japoneses.

Aquella gente lo hacía todo de forma opuesta a la manera de proceder occidental. Para ellos, la izquierda era el lado correcto, y la derecha, el erróneo, de manera que todo se ejecutaba al revés de la lógica europea y, para alguien que se había criado a miles de millas de allí, resultaba confuso. Eso sí, verlos trabajar a diario suponía gozar de una fuente de inspiración constante. Eran meticulosos en la creación de sus productos, sabían aprovechar hasta el más simple de los materiales y su buen gusto no tenía igual.

En Hachiōji también vivían algunos artistas que vendían sus productos a los comerciantes de Tokio, y Emily se quedó prendada de su porcelana y de los magníficos estampados y bordados de sus quimonos.

Pese a la ayuda de Akari y Sakura, la joven señora se sentía incapaz de aprender con corrección su idioma. A veces, cuando sus asistentas le traducían literalmente las frases de algún vecino, a ella le parecían palabras vacías y carentes de sentido. Y, pese a que se esmeraba en aprender lo mínimo para poderse comunicar por sí sola,

comprendió que, para poder dominar el idioma, primero tenía que pensar como ellos, debía convertirse en una japonesa de espíritu. Solo así podría ser capaz de interiorizar los matices de su lengua. Había, simplemente, de empezar de cero.

De todas formas, admiraba la constante amabilidad y simpatía de sus vecinos. Siempre afables, delicados, cordiales y dispuestos a escuchar. Para el pueblo nipón, ningún problema era lo bastante importante como para hacerlos perder su sonrisa. Ni siquiera los devastadores factores climáticos les robaban el sueño, y dicha actitud era lo que había enamorado a la inglesa.

Siempre que se cruzaba con un vecino, este inclinaba la cabeza y mostraba gran amabilidad. Convivir con aquella gente era como adentrarse en un mundo de paz interior. Jamás parecían discutir, ni pelearse a gritos, ni tan siquiera hacerse reproches. Entre ellos no existía la crueldad que Emily había visto en Gran Bretaña, incluso entre seres queridos.

Al atardecer, y mientras Emily tomaba un sabroso té que Akari solía prepararle en el hornillo de su casa, observaba a los campesinos paseando relajadamente tras sus caballos o bueyes. Se mostraban respetuosos con las yuntas y caballerías, nunca los vio maltratarlas para que cumplieran sus órdenes. Era aquella una visión que Emily tenía dificultades para describir. Tras ese proceder había un respeto que podría ser la clave de la verdadera esencia japonesa y, en definitiva, del espíritu elevado que Emily había conocido por boca de Thomas y las enseñanzas de su querido profesor Smith.

Emily empezó a hacerse muy popular en el pueblo y, gracias a su ayuda económica, los niños de Hachiōji pudieron seguir aprendiendo a escribir y hablar con corrección. Y ella, feliz de poderles dar una educación, solía aprovecharse de las circunstancias y pasar largas horas en la escuela a fin de avanzar en sus conocimientos de la lengua y cultura japonesas. En el fondo, aprendía como una niña más de aquel colegio.

A raíz de que Emily decidiera irse a vivir al pueblo, Ryan experimentó una profunda soledad. Era un hombre joven, apuesto y con deseos de formar una familia, pero estando tan lejos de su país natal todas aquellas ideas le parecían casi una quimera. Sus horas libres le parecían terriblemente aburridas y solitarias sin la compañía de Emily, hasta que, al final, y gracias al consejo y aliento de uno de sus hombres de confianza, el arquitecto holandés Ronald van Santen, empezó a frecuentar el célebre barrio de Yoshiwara, a las afueras de Tokio.

Para intentar pasar lo más desapercibidos posible, decidieron acudir en compañía del señor Tanaka, uno de los empleados más allegados de los ingleses, que también trabajaba en las fábricas y solía ayudarlos como intérprete. Pese a que Ronald van Santen llevaba un tiempo considerable en el país y se desenvolvía bastante bien, a veces tenía ciertas dificultades para entender del todo a los nipones.

El caso es que, según el holandés y el japonés, Yoshiwara era un famoso distrito de Tokio en el que podían conseguirse relaciones sexuales a cambio de cierta compensación económica. Era el lugar donde las mejores cortesanas del país se encargaban de proporcionar un placer supremo. En realidad, el sogunato Tokugawa lo había hecho construir para acotar en él las actividades de sexo remunerado y apartarlas lo más posible de los hombres y mujeres decentes de la antigua Edo.

Al principio, Ryan opuso cierta resistencia, pues lo consideraba un sitio poco ético de acuerdo con su forma de pensar, pero, después de mucha insistencia, se dejó convencer por sus asesores.

En su primera visita a Yoshiwara no tuvo muy claro si estaba haciendo lo correcto o no, pero sus dos acompañantes dieron fe de que, si no catava las delicias que allí se ofrecían jamás podría conocer la sensualidad de las mujeres japonesas. Y, aunque no pudo evitar pensar en la propensión al vicio que arruinó a su hermano, se convenció a sí mismo de que no estaba haciendo lo mismo. Él era soltero y con aquellas aventuras no podía hacer daño a nadie, aunque la férrea moralidad que sus padres le habían inculcado no dejaba de atormentarlo. Se topaba contra unos muros psicológicos que acabó derrumbando de forma voluntaria, impulsado por la morbosidad de adentrarse en el territorio prohibido del barrio del pecado.

En Yoshiwara —conocido por los más asiduos como «las cinco calles»— eran muchas las mujeres que se ganaban la vida distribuidas entre casas de té y burdeles. Las meretrices del lugar eran de todas las clases sociales, aunque eran mayoría las hijas de los campesinos pobres —vendidas tristemente a las casas de prostitución para

que los suyos tuvieran algo que comer—, las cuales habían ganado fama durante años de «trabajos forzados».

Al llegar a la entrada del famoso distrito, se toparon con un gigantesco portal de madera. Estaba tallado a mano con gran minuciosidad y era muy imponente.

—No se preocupe, señor patrón. Este lugar suele estar vigilado por varios guardias, así que la seguridad es algo que tienen muy en cuenta —comentó el señor Tanaka ante la cara de asombro del inglés.

—¿Y es necesario que lo vigilen? —preguntó Ryan, desconcertado. Aún dudaba de lo que estaba haciendo. De alguna forma, se sentía culpable por estar allí.

—Lo hacen tan solo para evitar que nadie se escape, señor Lambert.

—Entonces, es que debe de ser algo que sucede con mucha frecuencia, señor Tanaka. Puede que lo mejor sea volver a casa, ¿no cree? —propuso Ryan, a quien había asaltado un mal presentimiento.

—Siendo sincero, no veo el motivo de que regresemos. No le negaré que algunos clientes o cortesanas intentan huir de vez en cuando, pero eso es una decisión personal de quienes deciden irse. Algunas mujeres pretenden no pagar la deuda que generó la compra a sus familias, y algunos clientes pretenden ahorrarse el dinero pactado. Pero, insisto, son momentos puntuales. De momento, permanezca tranquilo y disfrute de lo que va a ver. No existe ninguna obligación de hacer nada en este lugar, señor patrón —explicó el improvisado guía nocturno.

Antes de traspasar el portal, los vigilantes revisaron con cuidado a los dos occidentales y, al comprobar que todo estaba en regla, les permitieron entrar al magnífico bulevar de bienvenida. Se trataba de la célebre calle Naka-no-cho.

Tiempo atrás, la presencia en el barrio de un par de *gaijin* como ellos habría despertado gran recelo, pero los tiempos estaban cambiando en la tierra del sol naciente, y, si los *gaijin* tenían dinero para poder pagar el servicio requerido, se los recibía tan bien como a cualquier japonés.

A decir verdad, y a medida que transitaba por el lugar, Ryan quedó fascinado por aquel entorno. El lugar olía a pasado, a tiempos remotos, feudales, en los que el placer visual lo era casi todo. Tal y como le habían advertido sus guías, tuvo la impresión de estar en una especie de paraíso terrenal.

Como la actividad empezaba al caer el sol, y puesto que ya había anochecido, gran parte de los farolillos de papel estaban encendidos. Y, bajo su luz anaranjada, el inglés apreció una larga hilera de cerezos que cubrían la parte central del paseo. En unos pocos minutos, la zona empezó a llenarse de gente y la sensación era de que, en breve, iba a formarse una pequeña avalancha humana.

Poco a poco la multitud empezó a comportarse con naturalidad. Algunos se dedicaban a buscar la cortesana ideal con la que distraerse, mientras que otros, más decididos, se dejaban engullir directamente por las cortinas que daban acceso a todas aquellas casas de té.

Aquel era el legendario «mundo flotante» del que tanto habían hablado a Ryan, el

estanque donde las cortesanas flotaban con sutileza, ante la mirada atónita de quienes deseaban poseerlas y de los que lo hacían a diario. Sin duda, la tentación era demasiado grande, aunque su precio no estaba al alcance de todo el mundo.

Después de quedarse parado durante minutos, anonadado por lo que veía, Ryan descubrió que estaba casi rodeado de visitantes como él. La gente había acudido con tanta rapidez como discreción, y él, que se había distraído contemplando algo que solo habría creído posible en hermosas leyendas orientales, ahora se sentía incómodamente acorralado por el gentío.

Poco a poco, respiró hondo y dejó ir la tensión acumulada. Estaba demasiado pendiente de detalles sin importancia hasta que al fin comprendió que estaba allí por un motivo concreto. Pese a la vergüenza que le daba reconocerlo, solo buscaba un instante de placer y, olvidándose de sus prejuicios, empezó a sentirse atrapado por la perfección de las mujeres que deambulaban a cierta distancia. Como era habitual, todas ellas buscaban un buen cliente con el que pasar una noche rentable —y, a poder ser, agradable— y, al ser Ryan un hombre apuesto, muchas le sonreían con sutil dulzura. Con una elegancia sin igual, también jugaban a insinuarse bajo sus quimonos de seda, poniendo en práctica con maestría el arte de la seducción. Su única intención era atraer al inglés a la casa a la que pertenecían.

Casi todas las casas de té de aquel distrito rojo estaban construidas según el método tradicional, aunque poseían un piso superior con balcones de madera donde se exhibían las cortesanas. Como si de un escaparate de una tienda londinense se tratara, un gran número de mujeres se exponía y a la vez observaba a los posibles clientes desde lo alto, mientras dejaban pasar el tiempo cuchicheando entre ellas.

Poco a poco, Ryan fue familiarizándose con el deslumbrante entorno del Yoshiwara y pronto desvió su atención hacia otras cortesanas que se escondían tras una especie de jaulas de madera que presidían las casas de citas. Era algo que jamás había visto y que, hasta cierto punto, le parecía degradante para cualquier mujer, aunque ni los visitantes ni las cortesanas parecían afectados por aquella situación.

—¿Le resulta algo extraño o incómodo, señor Ryan? —preguntó el intérprete.

—¿A qué se refiere, señor Tanaka? —respondió el joven británico sin apartar la mirada de las jaulas.

—A las jaulas de madera... He visto que lleva un buen rato fijándose en ellas. Piense que se trata de algo normal aquí... —comentó el japonés.

—¿Normal?

—Mire, aquí existen ciertas reglas. Lo usual es que las mujeres más solicitadas por los clientes esperen dentro de las casas, porque suelen tener todas las noches reservadas —explicó el señor Tanaka.

—Y entonces, esas mujeres, ¿por qué están allí encerradas? —quiso saber un extrañado Ryan.

—Porque son cortesanas que también ofrecen sus servicios, pero a las que nadie ha reservado aún y necesitan mostrarse a los clientes. Así usted, por ejemplo, puede

escoger con facilidad a la que más le guste.

Ryan siguió observándolas con atención. Era incomprensible para él que mujeres de tal belleza estuvieran en aquel lugar. Siempre sonrientes y casi unas niñas la mayoría, vestían con antiguos trajes de seda y valiosos complementos, y su maquillaje elaborado realzaba una hermosura física notable. Y lo más increíble era ver cuán distantes estaban de las prostitutas londinenses. Esas mujeres semejantes a espíritus de la noche se mostraban serenas y predispuestas a dejarse amar por un buen precio, porque sabían que los sueños deben pagarse al alza. Además, las cortesanas, en aquel lugar, estaban tan bien consideradas como las míticas geishas. Eran como diosas a las que los hombres idolatraban hasta el punto de arruinar sus propias vidas.

Durante un buen rato, Ryan las observó desde el otro lado de la jaula hasta que sonó una especie de campana. Entonces vio que todas las mujeres se introducían de nuevo en sus casas. Esa era la señal pactada para que los interesados fueran a preguntar por ellas, aunque podía llegarse a un acuerdo por su precio final.

El jolgorio de la calle Ageya-Machi, de Yoshiwara, era el de siempre. Oharu iba acompañada de sus criadas de camino a una de las jaulas. Hacía tiempo que había dejado de ser la cortesana estrella de la célebre Casa de Aiko y, pese a que aún disponía de adeptos fieles a sus caricias, tenía la necesidad de exhibirse para que algún recién llegado la reservase. Aún no había podido pagar la deuda contraída tiempo atrás con su casa y precisaba, o bien seguir trabajando, o tener la fortuna de encontrar a un patrón que quisiera hacerse cargo de ella. Aunque el tiempo corría en su contra y empezaba a perder la esperanza de recobrar su libertad.

Como ya era costumbre en casos como los de Oharu, las cortesanas se adentraron en la jaula. Todas ellas, pertenecientes a la Casa de Aiko, se mostraron sonrientes. Llevaban tanto tiempo en aquel negocio que les traía sin cuidado lo que los mirones pudieran opinar de ellas. Era como adentrarse en un estira y afloja momentáneo, hasta que la campana volviera a liberarlas de la espera.

Una vez más, los clientes, dispuestos a todo por hacerse con sus servicios, empezaron a aclamarlas como si fueran auténticas diosas. Piropos, guiños, promesas de un futuro mejor... lo de siempre. Más de lo mismo. Simples palabras para acostarse con ellas a toda costa. Pero las cortesanas apenas les prestaban atención. Si algo tenían claro era que solo se irían con aquel que pudiera pagar el precio que marcaba su casa de té.

Siguiendo la rutina habitual, las cortesanas se acomodaron y, sin ninguna prisa, permitieron que los hombres las admirasen. Para ellos no eran más que presas deseadas, y su única alternativa era rezar a sus propios *kami* para que aquella noche no tuvieran que lidiar con un espécimen demasiado desagradable.

Para amenizar la degradante espera, cada cortesana se las ingeniaba como podía, ocupándose de sus propios asuntos y, aquella noche, Oharu permitió que su mirada se perdiera en el horizonte. A su alrededor todo parecía algo difuso y, sin pretenderlo, escuchaba los comentarios de sus compañeras sobre los pretendientes a los que ya

conocían, además de sus preferencias a la hora de acostarse con ellos. Muchos eran clientes habituales que poco a poco se habían ido ganando sus favores, y en esos casos siempre era aplicable el refrán de «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer».

De repente, y entre el gentío, alguien consiguió sacarla de su leve estado de ensoñación. Cuando lo vio, lo reconoció enseguida. Se trataba del señor Tanaka, cliente con el que se había acostado en varias ocasiones y que le caía simpático. Si no recordaba mal, trabajaba para unos ingleses en las fábricas de seda cercanas a Tokio.

Fijándose con más cuidado, descubrió que también conocía a uno de sus dos acompañantes. Era el agradable holandés que solía reservar a su amiga Emi y que siempre la había tratado con gran respeto.

Extrañamente, el señor Tanaka hacía tiempo que no solicitaba sus servicios, aunque con toda seguridad se debía a su nueva afición por una cortesana de otra casa. Oharu abandonó esa reflexión cuando vio que al señor Tanaka lo acompañaba un *gaijin* nuevo, un joven atractivo, que no le pareció ni mucho menos desgarbado y estrambótico como el holandés. Incluso se habría atrevido a calificarlo de guapo pese a no ser japonés.

Mientras pensaba en ello, sus miradas se cruzaron y ya no se separaron hasta la señal de la campana.

Ninguno de los dos habría podido ofrecer una explicación lógica a lo que acababa de suceder, pero una atracción química y espiritual los había unido para siempre. Y prueba de ello fue que, al mismo tiempo, esbozaron una franca sonrisa. Fue en ese preciso momento cuando Oharu deseó con todas sus fuerzas que aquel desconocido la reservara aquella noche. Jamás había estado con un occidental, aunque algunas de sus compañeras decían maravillas de los *gaijin*. Esencialmente, porque no eran bruscos como los japoneses y aportaban a los encuentros cierta novedad. La verdad era que Oharu tenía curiosidad por saber lo que se sentía entre los brazos de un hombre tan distinto a los que había conocido durante toda su vida.

Sonó la campana a la hora prevista para señalar el momento en que debían regresar a sus casas. El tintineo rompió el encanto que se había creado entre Ryan y Oharu, los devolvió a la realidad y puso las cosas en su sitio. Había llegado el momento de que el apuesto extranjero tomara una decisión.

Sin prisas, las cortesanas se dirigieron a la Casa de Aiko y, antes de desaparecer entre las demás mujeres, Oharu se volvió sutilmente, durante un instante, para ofrecer una mirada sugerente al hombre al que acababa de echar el ojo. Tal vez eso fuera suficiente para que su pequeño y humilde sueño se convirtiera en realidad.

Cuando Ryan vio desaparecer a la cortesana, deseaba conocerla a toda costa. Aquella chica tenía algo que, incluso, había hecho que se olvidase de Emily por unos instantes. Con seguridad, la influencia de aquel entorno propicio lo había impulsado a dejarse llevar por la sensualidad de esa muchacha misteriosa, pero sentía la necesidad de hablar con ella para entender lo que se había despertado en su interior. Sin

pretenderlo, se sentía aturdido y confundido a partes iguales.

Los llamativos farolillos de colores alumbraban las casas de té que ocupan gran parte de la calle y, sobre las cortinas del edificio donde había desaparecido la cortesana, Ryan logró leer su nombre: «Casa de Aiko».

—Señor Tanaka, ¿usted sabe quién era esa mujer de la jaula? —preguntó Ryan.

—¿Se refiere a la que estaba mirándolo tan fijamente? —inquirió el japonés, que ya conocía la respuesta. Se había dado perfecta cuenta de lo que había pasado entre los dos.

—Sí, la misma. Era especial...

—Su nombre es Oharu, señor patrón, y pertenece precisamente a la casa que tiene enfrente. Es una de las mejores de todo Yoshiwara, tanto por el trato como por la calidad de sus mujeres. Yo mismo la he frecuentado varias veces —reconoció el señor Tanaka, que evitó mencionar sus pasadas transacciones con la misma cortesana—. Si lo desea, podemos entrar y preguntar por ella.

—¿Usted cree? ¿Qué puede contarme de ella?

—Señor patrón, tiempo atrás Oharu fue una de las cortesanas más célebres de la Casa de Aiko, aunque por edad ha perdido importancia... Ese es uno de los contratiempos de estas mujeres. Valen mientras consiguen parecer jóvenes y hermosas...

—¿Y por qué no retirarse en el momento adecuado? —preguntó el británico con candor.

—¿Retirarse? No, señor Lambert. Aquí, estas mujeres solo tienen dos caminos: o pagan el precio que la casa dio por ellas a sus familias, o, con suerte, un cliente rico compra su contrato para mantenerlas como concubinas. Solo de estas dos formas pueden recuperar su libertad, pero, como habrá comprobado, Oharu no lo ha logrado ni de una ni de otra manera.

Al escuchar las palabras de su guía, Ryan sintió una necesidad aún mayor de tener cerca a aquella mujer, y por ello aceptó la propuesta inicial del señor Tanaka de adentrarse en la Casa de Aiko. Era un paso indispensable para poder contratar los servicios de la cortesana.

Decididos, los tres hombres cruzaron el umbral principal del burdel y se toparon con varios clientes que esperaban su turno en el vestíbulo. Todos ellos estaban allí para reservar a una cortesana de la casa. Al verlos, Ryan temió que alguno de ellos quisiera contratar los servicios de Oharu y cruzó mentalmente los dedos. Aunque, por fortuna para él, aquel día la mujer misteriosa estaba destinada a estar entre sus brazos.

Mientras esperaban, Ryan empezó a observar el resto de clientes allí reunidos. Se dio cuenta de que los presentes parecían poseer suficiente capacidad económica como para pasarse días enteros encerrados entre esas cuatro paredes de papel y madera. Su opulencia no dejaba lugar a dudas y, a su lado, él era un mero empresario de segunda, con un patrimonio moderado.

Poco a poco, todos los clientes se saludaron con la obligada inclinación en señal

de respeto. Se quitaron los zapatos y recibieron una pieza de madera a cambio para recuperarlos al final de su estancia en la casa. Ryan ya sabía que, en Japón, el calzado debía dejarse a la entrada.

Primero, el señor Tanaka habló con la responsable del lugar y, después de cierta negociación, llegaron a un acuerdo. Entonces los tres hombres entraron en el edificio, que, en realidad, tenía una distribución muy simple. Unos largos pasillos con varias puertas de madera y papel permitían el acceso a los cuartos por indicación del ama del lugar, según la cortesana que se había reservado.

Para evitar que se perdieran en aquel laberinto, una joven los acompañó hasta una puerta de corredera que daba paso a la recepción, una habitación amueblada con cuidado, donde, como en toda casa japonesa, solo se encontraban los elementos justos e indispensables. Cuando vio la decoración de la estancia, Ryan pensó lo diferente que eran europeos y japoneses: mientras que unos se enorgullecían de la opulencia y del exceso de objetos en sus estancias, los otros lo reducían todo a la mínima expresión.

Los elementos decorativos más destacados de aquella eran una especie de hueco de madera con un par de sobrios jarrones de cerámica oscura y un rollo de papel que mostraba una bella caligrafía.

Las paredes de papel mostraban bocetos de elementos de la naturaleza, así como dibujos de aves, carpas, agua y varias telas de seda colgando a modo de cortinas.

Mientras esperaban —y atenuadas por las paredes de papel—, empezaron a oír voces cantando al unísono viejas melodías interpretadas por un *shamisen*. También fueron perceptibles ruidos de carcajadas y murmullos de conversaciones. Los clientes empezaban a pasárselo bien.

El señor Tanaka y Ronald van Santen habían acompañado a Ryan hasta la recepción, pero la idea era dejarlo en compañía de la cortesana una vez esta se presentara. Aunque Ryan chapurraba el japonés, suponían que los dos jóvenes se entenderían mediante el lenguaje corporal. En tanto esperaban sentados en el confortable tatami, el señor Tanaka se permitió dar un consejo a su patrón:

—Señor Lambert, recuerde que debe tratarla como una diosa. Es lo que nos dicta nuestra costumbre, porque para nosotros las cortesanas son mujeres muy especiales.

—Entendido, señor Tanaka. Así lo haré —respondió Ryan, que intentaba que no se notara su nerviosismo.

A los pocos minutos, se abrió la puerta de corredera y apareció Oharu junto a dos *maiko* que la asistían. Con gran elegancia, la cortesana hizo una sutil reverencia y tomó asiento en el lugar de la sala destinado a ello, mientras sus dos asistentes la ayudaban con el precioso quimono de seda. Tal y como indicaba la tradición, dejó a los tres hombres a su derecha, mientras una tercera asistente entraba en la sala con el té. Acto seguido, y muy sonriente, el señor Tanaka empezó a conversar con Oharu, en tanto las asistentes tomaban la infusión.

Oharu era la perfección oriental en todos los sentidos. Su rostro era bello, de cutis

fino, de rasgos armoniosos. Con ojos oscuros y rasgados, labios menudos pero carnosos, de un rojo muy sugerente, nariz pequeña y apenas esbozada, encarnaba el sueño de muchos hombres. Había recogido en un moño tradicional una melena tan negra como el mar en una noche de luna nueva y que, suelta, le llegaba a la cintura. Su busto era proporcionado y su pecho prominente, aunque no demasiado grande. Desnuda, aquella mujer personificaba la hermosura femenina.

Cuando finalizó la conversación con el señor Tanaka, Oharu se incorporó, saludó a los presentes con una reverencia y desapareció por la puerta corredera, ante la mirada atónita de Ryan. El inglés no comprendía lo que allí estaba sucediendo.

—No se impaciente, señor patrón. Para poder gozar de la compañía de Oharu hay que seguir un ritual muy concreto, y ella ha ido a prepararse para usted. Así que a partir de ahora deberá recorrer el resto del camino solo —explicó el japonés ante la atenta mirada del joven.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Ryan.

—Sí, señor patrón. A nosotros dos no se nos permite acompañarlo en el último tramo. Así que lo esperaremos en la entrada, después de disfrutar también nosotros de nuestras respectivas compañías.

A Ryan no le quedó otra opción que asentir mostrando su conformidad, y se dispuso a esperar de nuevo.

Antes de lo esperado, volvieron a aparecer dos de las *maiko* de Oharu para pedir con amabilidad a Ryan que las siguiera hasta el dormitorio de la cortesana. Algo nervioso, el londinense las siguió, y sin prisas recorrieron los diversos corredores que conducían hasta la alcoba. Ryan sentía una inquietud como pocas veces había experimentado en su vida, pero la sensación de que iba a vivir algo maravilloso lo ayudaba a seguir adelante.

Cuando llegaron a la alcoba, Oharu aún no estaba presente. Pese a ello —y mediante gestos y sonrisas— las dos *maiko* le pidieron permiso para desnudarlo y ayudarlo a bañarse y perfumarle el cuerpo.

Después de secarlo y de ejecutar las oportunas reverencias, las dos jóvenes desaparecieron por la misma puerta corredera por la que habían entrado, no sin antes preparar el futón para que Ryan se acostara. La tenue luz de aquella sala y su decoración exquisita proporcionaban las pinceladas necesarias para crear un ambiente sumamente sutil y agradable.

Oharu seguía arreglándose a conciencia en su dormitorio. Era un lugar que en aquellos momentos compartía con alguna de sus compañeras, puesto que ya no era la cortesana estrella de la Casa de Aiko y, por lo tanto, carecía del privilegio de la intimidad completa.

En aquel dormitorio las criadas y las propias cortesanas se preparaban para trabajar. Era el sitio donde las meretrices embellecían el aspecto de su cabello mediante aceites aromáticos y las criadas les maquillaban el rostro.

A lo lejos, Ryan seguía escuchando la melancólica melodía de los *shamisen* y las

voces de aquellos que también estaban disfrutando del juego erótico y, cuando menos se lo esperaba, percibió la sutil presencia de Oharu adentrándose en la habitación. Ante sus ojos apareció como un sueño. Vestida con un sedoso quimono rojo, su mirada rasgada lo hechizó al instante.

Aquella noche, Ryan descubrió lo que significaba sentirse vivo.

Durante las semanas siguientes, Ryan no dejó de ir a Yoshiwara para reservar a Oharu. Se había quedado profundamente prendado de aquella mujer enigmática. Sus caricias, sus susurros y la sutileza con la que lo amaba eran expresiones de ternura que le habían robado el corazón. De hecho, Oharu le había arrebatado la semilla de lo que sentía por Emily, hasta el punto de que el inglés ni siquiera pensaba ya en la joven viuda. Estaba atrapado en la telaraña de una cortesana que sentía justo lo mismo que él. Juntos gozaban de largas horas de conversación, intentando comprenderse el uno al otro pese al obstáculo del idioma, pero se esforzaban en saber más sobre sus sentimientos, en experimentar sus cuerpos, sus pasiones, y sobre todo en lograr encajar unas piezas que se habían creado a miles de millas de distancia la una de la otra. Pertenecían a mundos distintos, y no resultaba sencillo fundirse en un solo ser, aunque la frecuencia de los encuentros, y la predisposición de ambos, lograron fortalecer una intimidad ardiente.

De forma habitual, Ryan reservaba a Oharu con la suficiente antelación como para poder disfrutar primero de una sabrosa cena con su amante y luego entregarse a una noche de intenso goce. Oharu le había descubierto zonas erógenas que jamás habría creído que poseía. El oficio de Oharu era arte y conocimiento transformados en placer, y llegaba a límites que en Occidente podrían llegarse a considerar incluso ofensivos. Pero mientras más unían sus cuerpos más deseaban besarse el alma, más pretendían tenerse el uno al otro hasta el fin de sus días, y Ryan, que necesitaba ser el único hombre de su vida, empezó a buscar la forma de poder pagar la deuda de Oharu con la Casa de Aiko. Solo convirtiéndose en su patrón iba a conseguir que el amor de su vida se sintiera como una mujer libre.

Cuando estaban juntos en el dormitorio, Ryan deseaba poseerla, pero también saberlo todo sobre ella: cómo había llegado hasta ese lugar y cómo podía vivir entre tanto lujo, consciente de que tenía que pagar un alto precio por su supervivencia.

—Amor mío, ¿cómo acabaste aquí? —le preguntó una noche Ryan, que quería entender a su amada.

—Amor mío... llegué a esta casa cuando tenía diez años —empezó a contar Oharu, con gran esfuerzo. Abrir el alma después de tantos años de contención no resultaba sencillo.

—¿Con diez años? ¿Me estás diciendo que tus padres lo permitieron? —se extrañó Ryan, algo indignado, aunque intentando ser cauteloso. No entraba en sus planes juzgar a Oharu.

—Mi familia es muy pobre, amor... Durante generaciones ha sobrevivido de sus pequeñas tierras, pero se vieron obligados a venderme para poder pagar las deudas contraídas por el sogún...

—Entiendo que no tuvieran más remedio, pero me parece muy triste... En mi país estas cosas no suelen ser tan frecuentes, aunque no negaré que también se dan situaciones terribles... ¿Y cómo es que la Casa de Aiko te aceptó tan joven? No existirán clientes que pidan niñas tan pequeñas, ¿no?...

—A edad tan temprana se nos forma... A mí me aceptaron por considerarme una joven muy atractiva y yo vine porque el futuro de mi familia dependía de mí. Gracias a esta casa, les he podido enviar dinero de forma regular y proporcionarles una vejez digna —argumentó la cortesana con una tristeza notable reflejada en su rostro. En ocasiones, ciertos recuerdos resultaban demasiado dolorosos.

Mientras la escuchaba, a Ryan le costaba comprender que alguien tan pequeño pudiera asumir tal sacrificio, pero Oharu, que deseaba compartirlo todo con él, ahondó en lo más profundo de su ser para explicarle la importancia que en Japón tenían los padres y la familia. Era una cuestión jerárquica impuesta por la sabiduría de los siglos y para un occidental podía ser complejo asumir una relación tan pura y desinteresada. Simplemente, la bella Oharu había cumplido con su obligación filial de la única manera que podía hacerlo.

—Cuéntame, amor mío, ¿qué pasó cuando empezaste a trabajar en esta casa? —insistió de nuevo el joven, deseoso de conocer todos los detalles.

—Hace tanto de eso, querido Ryan...

—¿Prefieres no hablar de ese tema, mi amor? No deseo que sufras al recordarlo...

—No, está bien. Solo que debo remover el pasado... Cuando llegué, la señora Aiko, que era la antigua cortesana de la casa, se quedó prendada de mí. Y me vio con tan buenos ojos que pagó una buena suma para adoptarme e instruirme en las artes amatorias. Era una mujer de gran visión y estaba segura de que, con los años, iba a convertirme en una de las cortesanas más solicitadas de todo Yoshiwara.

—¿Y fue así?

—Sí, pero fue un aprendizaje muy duro...

—¿A qué te refieres? —preguntó Ryan, intrigado.

—A que ser cortesana no es sencillo... Deben dominarse a la perfección tantas cosas que a una niña tan pequeña se le cae el mundo encima...

—Pero tú eras la mejor, ¿no?

—Lo fui... Lo cierto es que, al poco tiempo de ingresar en esta casa, ya dominaba las tradiciones y costumbres propias de las mujeres de mi condición. Sabía danzar mejor que cualquiera de mis hermanas de la casa, y tocaba con gran maestría el *shamisen*, pero echaba de menos a mi familia... Viví muchos años con una tristeza anidada en el pecho... —explicó Oharu, que se estaba liberando de su pesadumbre.

—Mi amor... no sabes cómo me duele escuchar tus palabras. Ojalá pudiera llevarte conmigo y liberarte para siempre de esta vida...

A Ryan, las explicaciones de su querida Oharu le rompían el corazón. A él, que provenía de un lugar remoto con costumbres tan distintas a las japonesas, le costaba aceptar que, hasta que ella no pudiera pagar su libertad, tendría que seguir satisfaciendo a todos aquellos hombres que podían pagar su precio.

Entendía que aquellos clientes solo compraban su tiempo y su cuerpo, pero a él le habían enseñado que el amor no podía compartirse. Simplemente, estaba dominado por el concepto de la posesión y la exclusividad.

Ryan le había extraído su amor más profundo y sincero y, junto a él, Oharu se sentía una mujer completa y sin ataduras. Esa era la verdadera razón de que lo deseara como jamás había deseado a nadie, y no ponía sentimiento alguno en el resto de sus encuentros. Satisfacer a sus clientes era una actividad fría, impersonal y estrictamente profesional, y con los años Oharu se había convertido en una gran maestra en el arte de engatusar a sus clientes sin tener que acostarse a la fuerza con ellos. En ese aspecto, era como una prestidigitadora.

Era cuando se mantenían abrazados y sumergidos en el futón cuando Oharu y Ryan se amaban con apasionamiento y se olvidaban del entorno en el que vivían. Ella, una de las mejores cortesanas de todo Yoshiwara, había cometido el mayor error de una mujer de su condición, porque desde pequeña la habían aleccionado para que no entregara su corazón a nadie que no pudiera pagar por poseerlo. Lo malo no era acostarse con individuos despreciables, noche tras noche, sino caer rendida a los pies de alguien que jamás podría convertirse en su patrón.

Oharu se había mantenido durante años firme como una roca, pero la irrupción en su vida del aquel joven británico le había trastocado todos los planes. Ahora, enamorada como una niña inocente, le importaba bien poco si Ryan podía rescatarla de aquella vida, porque, sucediera lo que sucediese, tenía la certeza de que iba a amarle siempre.

Ella, que conocía el arte del amor de principio a fin, y que dominaba la sensualidad hasta el punto de trastornar a quien cayera en sus redes, se sentía satisfecha con verlo casi a diario. Oharu, la cortesana capaz de controlar a los hombres más poderosos, se había transformado en una frágil mariposa en manos de aquel «bárbaro».

Por su parte, Ryan la amaba con la misma exaltación que percibía en ella, a la vez que sentía una admiración profunda por el sacrificio que aquella mujer había hecho durante toda su vida. Jamás había conocido a nadie capaz de albergar tanta fortaleza y valor.

—Oharu, ¿puedo preguntarte algo sin temor a molestarte? —le susurró Ryan en una ocasión mientras descansaban abrazados en el interior del cálido futón.

—Desde luego, mi amor. Tú jamás podrías molestarme. ¿Qué deseas saber?

—¿Por qué cortesana y no geisha? Por tu belleza e inteligencia hubieras podido ser como ellas y, al menos, no te verías forzada a acostarte con quien no deseas... —comentó el joven inglés.

—La Casa de Aiko solo ofrece cortesanas a sus clientes. Y la patrona fue quien pagó más por enseñarme. Querido Ryan, yo fui una reconocida *tayū*, una cortesana superior. Me consideraban la princesa del Yoshiwara, y no solo por mis conocimientos amorios, sino también por la exquisita conversación que ofrecía a mis clientes más exigentes. En eso, me parezco a las geishas y, por lo tanto, no somos tan diferentes.

—Pero sigues siendo una *tayū*, ¿no es cierto? —quiso saber Ryan.

—No, amado mío. Con los años me he convertido en una valorada *tenji*. Una cortesana algo menor... pero no puedo quejarme.

—¿Y eso por qué? Si eras de las más valoradas, eso no debería cambiar, ¿no te parece?

—Existen normas, querido Ryan... Nuestra belleza se marchita, y con ella se esfuman nuestros privilegios... Pero no debes preocuparte; yo siempre te amaré...

—Mi amor, prometo liberarte de esta vida. Pronto viviremos lejos de este lugar y nada ni nadie se interpondrá entre nosotros... Solo debes darme un poco de tiempo para conseguirlo —aseguró Ryan mientras miraba a Oharu a los ojos con fijeza. Su declaración de intenciones nacía desde lo más profundo de su corazón.

—Lo sé, mi amor. El tiempo hace mucho que dejó de correr para mí... Ahora tan solo espero el nuevo día con la ilusión de que aparezcas y me reserves para poder pasar la noche juntos. Y así ya soy feliz...

Fue a finales de 1897, gracias a la gestión e intervención del señor Tanaka, cuando Ryan pudo comprar la libertad de Oharu y se convirtió a partir de entonces — y según las leyes del lugar— en su patrón. Conseguir arrebatársela a su casa se convirtió en una de sus máximas satisfacciones, y para la cortesana abandonar aquel lugar significó una bendición tardía; por fin podría amar a su querido Ryan ofreciéndole toda su atención y exclusividad. Era muy feliz.

Con un quimono discreto y cuatro efectos personales, Oharu abandonó la ciudad de las cinco calles y dejó atrás el lujo de la Casa de Aiko. Después de todo, no poseía nada más que su bella individualidad como mujer. Ryan le había prometido una vida acomodada, pero a la ya excortesana no le importaban las comodidades. En cierta forma, había gozado de ellas durante demasiados años. El simple hecho de poder estar junto al único hombre al que había amado ya era poseer la más grande de las fortunas.

Después de traspasar la puerta de acceso a la ciudad del pecado, los dos amantes subieron a un *kuruma*, que los condujo hasta la mansión georgiana. El viaje fue maravilloso y, por primera vez, Oharu disfrutó de la luz y del paisaje después de largos años recluida en su particular jaula de madera. Ahora que era propiedad del hombre al que amaba con locura, comprendía que había merecido la pena una espera tan larga.

Tal y como aseguraba la ley del karma, los actos de esta vida condicionan la siguiente, de modo que probablemente estaba recogiendo los frutos de una siembra

anterior.

Las primeras semanas fueron algo duras para Oharu. Después de toda una vida sin poner un pie fuera de Yoshiwara, el entorno se le hacía un tanto extraño. Japón era distinto a como lo recordaba cuando entró en el distrito rojo, pero es que, además, vivir en el ambiente occidental de la mansión de Ryan tampoco le allanaba el terreno. Eran demasiadas emociones y novedades juntas.

De acuerdo con lo estipulado por la tradición, Oharu estaba dispuesta a hacer todo lo que su «patrón» le pidiera, aunque en realidad no lo consideraba su dueño, sino el hombre que había conquistado profundamente su corazón.

Por su parte, Ryan deseaba que su amada se sintiera libre e independiente. La consideraba una mujer maravillosa, provista de un valor incomparable. Él jamás habría podido soportar tantas penalidades para sobrevivir, y su único deseo era que su amada se vinculara a algún lugar. Ya no era la cortesana que había sido durante toda su vida. Ahora había recuperado la identidad robada y merecía echar raíces. De todas formas, como la adaptación no iba a resultar sencilla, Emily, Akari y Sakura se comprometieron a asistirle en lo que necesitase, para que se sintiera como en casa.

Al principio, Emily se había quedado algo sorprendida por la inesperada presencia de la antigua cortesana, pero sus dos asistentes le habían explicado la naturaleza de aquella mujer y las razones que la alejaban de forma determinante de las prostitutas de Londres. De modo que su temor a que quisiera quedarse con la fortuna de Ryan se disipó como la niebla londinense. De hecho, en pocos días la patrona congenió con Oharu. Para su sorpresa, algo que rompió los esquemas de la señora Lambert fue descubrir que la excortesana era una mujer sabia, intuitiva y tremendamente servicial. Pese a que la joven viuda deseaba que su nueva «cuñada» se sintiera cómoda, Oharu insistió en aprender lo necesario para serle de ayuda. Ahora que su vida había tomado un nuevo rumbo, deseaba ser útil.

Mientras las piezas de aquella familia improvisada iban encajando con lentitud, Ryan y Emily perseveraron en el proceso de cambios en sus manufacturas. Ambos estaban de acuerdo en mejorar la calidad de vida de sus trabajadoras y se pasaban gran parte del día planificando mejoras para no cometer errores ni pasos en falso, aunque, por desgracia, no tuvieron en cuenta las consecuencias que sus decisiones podían acarrear.

Al margen de sus fábricas de seda, habían adquirido varias tierras, sembrado plantas de té y construido una nueva fábrica textil donde se trabajaba la lana y el algodón de una forma más artesanal, y, para incrementar sus beneficios, también

habían invertido grandes cantidades de dinero en los campos que rodeaban Hachiōji.

Con tales medidas no solo pretendían conseguir mayores ingresos, sino lograr que los campesinos pudieran subsistir sin tener que vender a sus hijas a sitios como Yoshiwara. Esa era la prioridad de la propietaria de la compañía Watson & Lambert.

Después de conocer la vida de Oharu, Emily había estado de acuerdo con Ryan en que su concubina era el claro ejemplo de lo que podía suceder a las hijas pequeñas de las familias sin recursos, si no es que se atajaba esa práctica de raíz. Prefería mil veces quedarse en la ruina —y salvar a muchas inocentes de un futuro traumático— a llenarse los bolsillos con una producción que obligaba a una esclavitud encubierta, y además bendecida por su familia. Respetaba mucho las tradiciones niponas, pero tenía muy claro que había llegado el momento de erradicar esa costumbre de forma tajante. Sin riesgo, no había opción de lograr un cambio satisfactorio y, a pesar de la mentalidad casi feudal de sus vecinos, logró el suficiente apoyo para llevar a cabo sus planes.

El proceso fue difícil, pues la política del gobierno Meiji de aquellos momentos se basaba en el hostigamiento al campesinado. A finales del régimen anterior, muchos se habían revelado contra los opresores para forzar un cambio real en sus tristes vidas, pero la situación seguía tan estancada como entonces. Los agricultores se dejaban la vida en el campo para subsistir e imploraban que el gobierno no les sangrara de una forma tan cruel y despiadada, pero el emperador no escuchaba sus ruegos. La realidad era que estaba más pendiente de cultivar sus relaciones con los occidentales que de proteger a su pueblo.

A Emily le parecía increíble que aún algunas duras obligaciones de épocas pasadas siguieran vigentes. Eran imposiciones que empujaban a aquella pobre gente a endeudarse hasta la asfixia económica. Con gran crueldad, los empujaban a caer en la ruina absoluta, hasta que, desesperados por no poder alimentar a sus hijos, tomaban las únicas decisiones de que disponían: vendían a sus descendientes por un par de monedas o incluso los asesinaban para evitar su sufrimiento. Ante la necesidad de sobrevivir a cualquier precio, muchas familias campesinas optaban por quedarse con el primogénito y librarse de los demás hijos. Aquello era horroroso.

Pero eran en realidad las mujeres las que salían peor paradas de aquella situación trágica. No importaba si tenían un empleo en alguna fábrica, o si se dedicaban a las labores del campo, porque siempre, hicieran lo que hiciesen, sufrían más que los hombres. Eran heroínas que trabajaban de sol a sol, todo el tiempo, sin apenas tener un minuto de respiro, desesperanzadas de que, algún día, su suerte pudiera dar un giro radical.

Emily lo había visto en la aldea donde residía entonces y, consciente de que podía cambiar las cosas gracias a su gran poder económico, había creado nuevos puestos de trabajo y financiado el cultivo de los alrededores. Después de todo, la maldita fortuna heredada de su despiadado padre podría servir para ayudar a muchas personas necesitadas. Aunque todavía no era suficiente.

En Hachiōji seguía presente el tiempo feudal, y las fábricas eran los únicos elementos modernos que se habían inmiscuido en aquella pequeña sociedad anclada en el pasado. No muy lejos se encontraba un Tokio desmesurado y moderno, que crecía a pasos agigantados, controlado por magnates poderosos y hombres de negocios a los que les llegó el rumor de que unos ingleses querían modificar las condiciones laborales establecidas. Esos cambios, sin duda alguna, iban a poner en su contra a todos los empleados que aquellos propietarios industriales tenían en sus fábricas. Cuando el rumor pasara a ser un hecho consumado, los oprimidos exigirían equivalencia y justicia.

Los acaudalados empresarios nipones explotaban a sus trabajadores para seguir aumentando sus ingresos y potenciar su industria. Como el emperador mostraba tener su mismo criterio, mantenían la situación controlada. Así que las transformaciones promovidas por Emily y Ryan suponían una molestia importante, que debían erradicar lo antes posible. De hecho, el joven Lambert ya había empezado a notar ciertas presiones en el muelle de Yokohama a la hora de contratar la mano de obra japonesa que se ocupaba de la carga y descarga de sus barcos. La situación empeoró seriamente cuando las autoridades portuarias no dejaron atracar al *Queen Sea* y durante tres días tuvo que permanecer anclado lejos del embarcadero hasta que se autorizó la estiba de los productos de Watson & Lambert. Aquel fue un momento de gran tensión, pero gracias al señor Spencer, que no tuvo empacho en entregar dinero bajo mano, se logró el permiso de las autoridades portuarias para el levantamiento de la prohibición. Aunque, por desgracia, la vuelta a la normalidad fue breve.

El mayor magnate de la seda en Tokio, el señor Kitano, empezó a tomar medidas más drásticas para intentar persuadir a los ingleses de que les convenía seguir acatando los métodos impuestos por los industriales japoneses, unos procedimientos concebidos y establecidos para el beneficio de los más poderosos.

Las grandes fortunas deseaban seguir sometiendo a los campesinos a las mismas obligaciones que en la época del sogunato, para así conservar la mano de obra barata en los campos, las fábricas textiles y los distritos urbanos como Yoshiwara. Eran hombres despiadados, que no reparaban en que esas prácticas destruían familias enteras, y que tenían la anuencia del gobierno para proseguir con su asqueroso expolio y la indigna explotación de niños y adultos.

Y el poderoso Kitano, secundado por otros empresarios nipones, deseaba engrandecer aún más sus industrias y expandir la producción de arroz, seda y té, productos que deseaba exportar al resto del mundo gracias al coste bajo de su cultivo y recolección en Japón. Desde Tokio, extendía su influencia por todo el archipiélago para aumentar una producción que parecía no tener techo. A fin de cumplir sus objetivos, había adquirido fábricas y terrenos propiedad de otras familias del sector. Como apoyo a esta estrategia, había establecido vínculos estrechos con comerciantes extranjeros con la intención de posicionarse como el exportador más importante de todo el país.

Pero a Kitano le seguía preocupando la molesta voluntad de reforma de la compañía Watson & Lambert, que, pese a sus intentos, habían rechazado cualquier oferta de vender sus tierras y sus negocios, y él, que era descendiente de una poderosa familia de samuráis, no podía aceptar un no por respuesta. Aquellos bárbaros londinenses no podían cambiar las reglas de un juego practicado durante siglos.

Fue a principios de 1899 cuando los británicos empezaron a tener auténticos problemas.

Ryan y el señor Spencer habían logrado contener el acoso del señor Kitano durante una temporada, pero llegó un momento en que la presión empezó a ser insostenible, y el ambiente se enrareció.

Por aquel entonces, Emily dedicaba gran parte del día a ayudar a las mujeres de la fábrica y a sus vecinos, a la vez que intentaba hallar la manera de soportar la carga de tantas personas que, de una forma u otra, dependían de ella. Era una rutina exigente —aunque, eso sí, altamente satisfactoria—, que se truncó el día en que varios samuráis enviados por Kitano se presentaron en las fábricas para dar un serio aviso. O acataban las leyes y la forma de proceder de los dirigentes de aquel país, o iban a tener serios problemas.

Aquellos guerreros no estaban para tonterías, entre otras cosas porque el magnate, que odiaba a los ingleses, pagaba sus servicios con generosidad. Los mantenía y daba cobijo después de que los hubiesen obligado a renunciar a su código de conducta ancestral, tras la irrupción de los nuevos tiempos. Además, como el emperador ya no requería sus servicios, el rico industrial de la seda había contratado los servicios de los mejores guerreros del país. De ese modo, unos hombres que, en una época anterior, se habían regido por un estricto código de honor, en aquellos momentos no eran más que esbirros detestables, capaces de apoyar y defender la causa equivocada.

Así que, a media mañana, un grupo de veinte hombres vestidos con atuendos de estilo occidental, pero con catanas sujetas en el cinto, irrumpió en los terrenos de las dos fábricas británicas para transmitir el mensaje de su patrón.

Cuando los vieron aparecer, las trabajadoras quedaron aterrorizadas. Los samuráis seguían siendo temibles, y allí todo el mundo sabía para quién trabajaban. Los rumores habían precedido su llegada.

Para cualquier japonés de a pie, la presencia de un samurái intimidaba hasta el punto de temer por la propia vida. Eran hombres respetados y temidos a partes iguales, que habían influido notablemente en la mentalidad de aquel pueblo y, cuando el grupo desenvainó sus catanas en actitud amenazante, las obreras huyeron para salvarse. Lo cierto era que los sicarios no tenían una orden expresa de matar a nadie, pero si algún temerario se cruzaba en su camino, era seguro que acabaría muerto. Si consideraban necesario derramar sangre, iban a hacerlo sin ni siquiera pestañear.

El destrozo fue terrible y cuantioso. La fábrica, incluidos sus telares, maquinaria e infraestructura, quedó inservible. Los violentos samuráis arrasaron todo lo que encontraron a su paso y se llevaron varios sacos de sedas ya confeccionadas y todos

los huevos de gusano de las plantas. Se aseguraron de que las fábricas no pudieran volver a funcionar durante un tiempo.

El objetivo del señor Kitano era arruinar de una vez por todas a la compañía Watson & Lambert, para así empujarla a aceptar sus condiciones u obligarla a abandonar el país. El magnate consideraba que con un primer aviso iba a ser suficiente, aunque no contó con la tozudez y el pundonor de los británicos.

Cuando, horas más tarde, Emily y Ryan regresaron de Tokio, no podían creer lo que veían sus ojos: las fábricas estaban destruidas, y no había nadie en ellas que pudiera aclararles lo que había sucedido.

Temerosos de que hubiera acontecido alguna desgracia, se dirigieron primero a la mansión para ver a Oharu. La concubina de Ryan y la asistente de Emily, que habían permanecido ocultas en la mansión, muy asustadas, les narraron el inesperado ataque de los samuráis de Kitano y el peligro en el que habían puesto a todos. Aunque, por fortuna, nadie había resultado herido.

Los esbirros del industrial japonés se habían presentado para dar un mensaje a los *gaijin* ingleses. Estaban dirigidos por el antiguo capataz de las fábricas de Emily y Ryan, el señor Yamamoto, quien, dolido por la forma en que lo habían despedido, se había puesto a las órdenes de Kitano y había informado a este de todos los cambios proyectados por los ingleses.

Kitano dejaba clara su postura mediante un escrito sobre papel de arroz y con caracteres japoneses. Criticaba con ferocidad las reformas y modificaciones de los fabricantes ingleses y los instaba a tomar una decisión. O bien accedían a cederle un cuarenta por ciento de sus ganancias a cambio de su protección, o bien debían venderle sus propiedades y abandonar el país. Tenían un mes de plazo para decidirse. Si no respondían a su oferta, las consecuencias serían aún más graves.

La situación parecía desesperada, de modo que Emily y Ryan decidieron celebrar una reunión de urgencia con todos sus consejeros para tomar una resolución. Creyeron que, juntos, iban a poder encontrar una tercera vía menos perjudicial para sus intereses.

Al día siguiente, Emily, Ryan, John Spencer, Ronald van Santen, Kumiko y el señor Tanaka se reunieron en la mansión. La patrona había querido contar con todas las personas que creía indispensables en el buen funcionamiento de las fábricas.

Tanto para ella como para Ryan, conocer su opinión era de vital importancia y, para contar con todos los puntos de vista, a la reunión también asistió Oharu. La concubina del patrón conocía a la perfección los métodos del señor Kitano, pues durante años había sido un cliente asiduo del distrito de Yoshiwara.

En el confortable jardín de estilo oriental de la mansión, Akari les sirvió té mientras todos tomaban asiento en unas preciosas sillas de madera. Todas las caras mostraban una grave preocupación.

—Señoras y señores, les doy a todos la bienvenida. No hace falta que les diga que nos encontramos ante una situación de lo más complicada... —comenzó Ryan.

—Ayer sucedió algo terrible y tanto Ryan como yo deseamos conocer su opinión al respecto. De hecho, creo que ustedes mejor que nadie pueden explicarnos con más detalle a lo que nos estamos enfrentando... —continuó Emily.

—Sin duda nos encontramos en una tesitura peligrosa, señora Lambert. El señor Kitano es un hombre muy poderoso e influyente en el gobierno actual —apuntó John Spencer a fin de poner en antecedentes a los presentes.

—¿A qué se refiere, señor Spencer? —preguntó Emily.

—Pues a que Kitano es el comerciante más rico y con más recursos de Tokio. Al contrario que nosotros, él produce enormes cantidades de seda que exporta a todo el mundo y gracias a ello ha amasado una gran fortuna. En resumen, nosotros cuidamos la calidad de nuestros productos y él simplemente la cantidad. Sus beneficios multiplican nuestros ingresos por diez.

—¿Y qué cree que deberíamos hacer, John? —preguntó Ryan mientras golpeaba levemente el reposabrazos de su silla.

—Sin duda aceptar sus condiciones... Eso, o regresar lo antes posible a Londres. Lo contrario supondría poner en riesgo la vida de muchas personas —declaró el señor Spencer sin apenas pestañear.

—¿Está seguro de que no existen más opciones? —insistió Ryan.

—Por desgracia, no. Creo que los que llevamos más tiempo aquí sabemos muy bien qué tipo de persona es el señor Kitano. No se ha hecho tan poderoso por su sentido de la generosidad precisamente.

—Cuéntenos lo que sepa, por favor —intervino de nuevo Emily, quien estaba

cada vez más agitada.

—Bien, nosotros ya conocemos sus métodos. Antes de que ustedes llegaran se decía que extorsionaba a varios comerciantes... Ya saben que en los últimos tiempos, de repente, hemos tenido problemas importantes en el puerto de Yokohama, cuando antes todo había ido sobre ruedas. Está claro que ese hombre puede arruinar a quien se proponga —explicó Spencer.

—¿Entonces debemos ofrecerle sin más el cuarenta por ciento de nuestros beneficios como nos pide? ¡Eso es abusivo! —exclamó Ryan con enojo. Aquella situación le hacía sentirse del todo impotente.

—Lo es, pero, si no aceptan sus condiciones, no les quepa ninguna duda de que tendrán que abandonar el país... Acaban de recibir el primer aviso, una simple advertencia, pero les puedo asegurar que después vendrán desgracias que todos lamentaremos. Miren, si desean continuar con esto, es mejor ganar un cuarenta por ciento menos y estar bajo su protección. De esa forma podrán seguir con sus negocios y nadie tendrá miedo de trabajar en nuestras fábricas o en las tierras de la aldea. Pero si corre la voz de que tienen al señor Kitano en contra, ningún trabajador querrá jugarse la vida poniéndose de parte de ustedes. El pueblo japonés suele ser pacífico, aunque algo del *bushidō* permanezca en su interior —reflexionó con seguridad el señor Spencer.

—¿*Bushidō*? —preguntó Emily.

—El código del guerrero. El camino del samurái. Se trata de una serie de normas no escritas que, en cierto modo, estructuran nuestro carácter y nuestra forma de proceder... —aclaró el señor Tanaka, que intervenía por primera vez en la conversación.

—Exacto —asintió el señor Van Santen—. Y, si he de dar mi opinión, comparto el parecer de John.

—Entonces tal vez sea lo mejor... Nadie quiere salir herido de todo esto, y yo deseo que mis vecinos tengan una forma de subsistir digna. Tendremos que apretarnos el cinturón en algunas cosas, pero al menos podremos seguir ayudando a muchas personas... Quizá lo mejor sea ceder al señor Kitano el cuarenta por ciento de nuestras ganancias —sentenció Emily, segura de la decisión que acababa de tomar.

—En cambio, yo temo que, si nos plegamos a sus exigencias, Kitano nos pida cada vez más y que, poco a poco, imponga más condiciones... La extorsión suele no tener fin, Emily... —afirmó Ryan.

—Puede que eso no suceda, señor Lambert —lo interrumpió el señor Tanaka—. Kitano puede ser un bravucón y un delincuente, pero aún le queda el honor suficiente como para mantener su palabra. Es evidente que ustedes son un estorbo para él, pero al menos ofrece un pacto. Si quisiera, ya los habría echado del país. A él le conviene tenerles activos para que sigan produciendo y exportando, y así poder obtener beneficios sin ningún riesgo. Un negocio redondo.

—Y a eso debe sumarse que no le conviene generar un conflicto internacional.

Ustedes son una de las familias más importantes de Londres, y al emperador y su gobierno no les interesa enemistarse con una de las naciones que más los están apoyando... —añadió el señor Spencer.

—Entonces, ¿estás segura, Emily? —le preguntó Ryan sin embozo—. Tú eres la dueña de todo esto...

—Aceptaremos... Volveremos a abrir las fábricas, y conseguiremos otros medios de ingresos que no interfieran en los negocios de ese Kitano. Prefiero no arriesgar la vida de nadie más y que todos podamos vivir con tranquilidad, Ryan —reconoció la señora Lambert en tono firme. Su decisión ya estaba tomada.

—Creo que has tomado una sabia elección, Emily —dijo por primera vez Oharu—. Ese hombre es muy peligroso. En Yoshiwara se decía que trataba con opio... No podían creer que la seda pudiera dar tanto dinero, de modo que no se trata de un simple comerciante.

—De todas formas, yo creo conveniente que se tomen ciertas medidas para protegerlos a ustedes y a sus negocios —aconsejó el señor Spencer.

—¿En qué ha pensado? —se interesó Emily.

—En fin, me parece que, sabiendo a lo que nos enfrentamos, sería bueno contratar a un grupo de *rōnin* que no solo cuide de ustedes, sino que estén preparados para actuar en las posibles situaciones desagradables con las que nos podamos encontrar. No saldría muy caro, y son la mejor arma contra alguien que nos ataca precisamente con antiguos samuráis. Digamos que se trata de pagarle con la misma moneda.

—¿*Rōnin*? —Ese era un término cuyo significado Emily aún desconocía.

—Sí... Antiguos samuráis que ya no tienen señor. A cambio de una manutención correcta darán su vida por usted.

—No necesito una escolta personal, señor Spencer, pero accederé. Entiendo que, en estas circunstancias, es lo más conveniente —accedió la joven viuda.

—Creo que estoy de acuerdo con John, Emily. Deberíamos contratar a los más cualificados para este tipo de trabajo —intervino Ryan—. John, ¿ha pensado en alguien en concreto?

—A decir verdad, sí. Un conocido de mi esposa contrató a un grupo de *rōnin* de lo más competente. Creo que podríamos contactar con ellos. Si no entendí mal, estaban en Kioto, pero podrían desplazarse hasta aquí con relativa rapidez.

—Pues entonces no perdamos tiempo. Encárguese por favor de este tema lo antes posible —solicitó Ryan Lambert al señor Spencer.

—¿Y qué hacemos con el suministro de huevos de gusano? En la fábrica ya no queda ni uno y, sin eso, no podemos volver a poner la producción en marcha, ¿no es cierto? —preguntó la patrona, aunque ya había decidido cómo resolver el asunto.

—Supongo que deberemos comprar más, Emily. Pero ya trataremos esa cuestión cuando llegue el momento, ¿no? —conjeturó su cuñado.

—No, Ryan. Sé que os chocará a todos, pero yo me encargaré de adquirir los

nuevos huevos de gusano que tanta falta nos hacen. En esto, no admito discusión — declaró Emily, para sorpresa de todos los presentes.

—Pero Emily, no sé si es... —empezó a titubear el joven Lambert.

—Ryan, sabes de sobra que conozco bien lo que necesitamos y que tú debes quedarte para arreglar los desperfectos y el caos producido en las fábricas —lo interrumpió la patrona con decisión.

—De acuerdo, como quieras, pero no permitiré que partas sin antes tener aquí a esos hombres que hemos de contratar, para que te acompañen. El riesgo si te vas sola y sin protección es demasiado alto y, tal y como están las cosas, no me parece lo bastante seguro. Te pido, por favor, que entres en razón con esto, Emily —suplicó Ryan, preocupado por la seguridad de su querida cuñada.

—Está bien. Te doy mi palabra de que esperaré a que lleguen esos hombres para que viajen conmigo. Pero, en cuanto lo hagan, partiremos, porque no podemos estar tanto tiempo sin producir.

Antes de finalizar la reunión se acordó que el señor Spencer y el holandés Van Santen se encargarían de responder al mensaje del señor Kitano. Todos estaban de acuerdo en cederle el cuarenta por ciento de las ganancias y en contratar al grupo de *rōnin* para proteger tanto a los dos patrones como sus negocios y la aldea de Hachiōji.

Al día siguiente, Spencer y Van Santen emprendieron el viaje hacia la antigua Kioto para localizar a Hiroshi Nakata, el célebre *rōnin*, a quien deseaban contratar. El viaje duró algunos días y, a decir verdad, dar con el antiguo samurái no les resultó nada sencillo. Pero cuando finalmente descubrieron su paradero, supieron negociar para convencerlo a él e incluso a algunos de sus compañeros, que en ese momento se encontraban sin trabajo. Contar con aquellos hombres era un buen seguro de vida.

Hiroshi Nakata y los suyos llevaban algunos meses protegiendo un pueblo de los alrededores de Kioto, pero apenas les ofrecían alojamiento y comida, de modo que pasar a trabajar para los occidentales no les pareció una mala idea. Desde luego, su nuevo empleo no era servir a un sogún como en los viejos tiempos, pero al menos resultaba más acorde con su antiguo estatus, y ellos, pese a verse obligados a renunciar a sus antiguos derechos, conservaban el espíritu del *bushidō* vivo en sus corazones.

Después de llegar a un acuerdo, y transcurridas un par de semanas, Hiroshi Nakata y diez *rōnin* más aparecieron en la aldea en compañía de John Spencer y Ronald van Santen. Su sola presencia heló el ambiente, dado que su nombre era conocido en todo el país. El simple hecho de que Nakata y sus compañeros se hubieran presentado en Hachiōji significaba que los occidentales necesitaban protección, y que, por consiguiente, los samuráis de Kitano podían atacarlos de nuevo. Y esa sensación de inseguridad se extendió como una ligera brisa por todo el pueblo.

La primera impresión que daba Hiroshi Nakata era la de ser un hombre esbelto y muy masculino. Su cuerpo anguloso y muy fibroso no permitía dudar que había sido

un gran guerrero. Se había dejado crecer una barba frondosa y oscura, que escondía parte de sus facciones duras y marcadas. Sus ojos eran más claros de lo normal para ser un oriental, y solía hablar más mediante su mirada rasgada que con palabras. En su rostro existían pequeñas cicatrices de lucha, que dejaban claro cuál había sido su condición. Lo que más destacaba en la cara de Nakata era un corte algo más profundo, que abarcaba desde la mejilla derecha hasta el inicio de su nariz proporcionada. Su apariencia era fuerte y atractiva, la de un soldado bregado en el arte de la guerra.

Lo primero que hicieron los señores Spencer y Van Santen fue enseñar a sus nuevos protectores la mansión, la fábrica y el pueblo. Con ello podían analizar el perímetro que debían custodiar y ver la forma de repartirse estratégicamente.

Después de valorar todos los pros y los contras, se decidió que, por el momento, el señor Hiroshi Nakata viviría en casa de Emily y se convertiría en su sombra. De esa forma evitaría la tentación de Kitano de actuar a traición y matarla si las cosas se ponían difíciles. Atacar directamente a la patrona era algo que el magnate podía intentar en cualquier instante. Por otro lado, un par de antiguos samuráis iban a instalarse en la mansión familiar para proteger a Ryan y Oharu y, cuando patrón y concubina tuvieran que separarse para realizar sus quehaceres diarios, cada *rōnin* acompañaría a uno de ellos. Finalmente, el resto de antiguos samuráis custodiarían el perímetro de las fábricas, parte de la aldea y los convoyes que transportasen la producción de seda hasta el puerto de Yokohama.

Todos tenían muy presente que, pese haber aceptado las condiciones del poderoso Kitano, era importante estar preparado por si volvía a atacar de forma inesperada. Con un hombre de su clase, uno jamás podía confiarse.

Pese a la discreción de Hiroshi Nakata, a Emily le costó aceptar vivir vigilada por alguien las veinticuatro horas del día. Entendía que era por su bien, pero aquella medida coartaba toda la libertad de la que había gozado desde su llegada a Japón.

Aquel *rōnin* era un hombre de facciones duras, barba poblada y actitud sombría. Desde su llegada se había mostrado respetuoso, silencioso y observador. Su fama le precedía por alguna razón y, aunque no comprendía muy bien por qué, la patrona no pudo evitar sentirse algo atraída por aquel individuo misterioso. No se parecía en nada a todos los hombres con los que se había cruzado en su vida, y ese detalle la empujaba a fijarse más en él. Era tan distinto de Thomas... Nakata era ordenado, fiel a sus creencias y principios, y estricto con los formalismos derivados de su condición samurái. Procedía de una antigua estirpe de guerreros y no podía evitar comportarse como tal a cada minuto. Los tiempos habían cambiado, pero él mantenía los preceptos y las enseñanzas del *bushidō* tremendamente interiorizadas. Por disposición legal del gobierno, se había visto obligado a abandonar parte de su vieja vestimenta —ya no vestía los viejos quimonos y se había cortado la coleta—, pero, aun así, sus facciones mantenían la tristeza de todas aquellas muertes que cargaba en su conciencia.

Desde el primer día, Hiroshi Nakata se mostró respetuoso y atento con Emily y, pese a que su cometido era protegerla, procuraba mantenerse lo más alejado posible de su patrona, para evitar que se sintiera incómoda.

Usualmente, la joven se lo encontraba levantado cuando ella abría sus párpados después de una noche plácida, y siempre con la misma actitud: apoyado en uno de los postes del soportal de la casa, junto a su catana, y con la mirada perdida en el horizonte.

Durante el día, el guardaespaldas solía quedarse largas horas sentado en la posición de loto, realizando meditación *zazen* y atento a todo lo que sucedía a su alrededor. Jamás se acostaba si su patrona aún no había conciliado el sueño.

Emily solía mirarlo de forma furtiva y, dentro de sus posibilidades, procuraba que se sintiera a gusto.

En los ojos del antiguo guerrero podía apreciarse una sabiduría que hasta aquel momento de su vida ella nunca había percibido, y el hecho de saber que su vida podía depender de la destreza con la que manejase su arma le había hecho establecer un vínculo sutil con el exsamurái.

Después de un par de semanas, todos se adaptaron a la presencia de los *rōnin*. Al margen de su temible fama, se comportaban con corrección, no ocasionaban problemas y eran de lo más serviciales. A diferentes horas del día se reunían para ejercitarse en el arte de la lucha y practicar sus cultos budistas. El zen era su religión, y aprovechaban un pequeño templo budista situado a poca distancia para realizar sus rezos o practicar la meditación *zazen*. El resto del día se convertían en auténticas sombras de los patronos, ocupándose de que se sintieran seguros.

Transcurridas aquellas semanas, y ya en los primeros meses de 1900, Emily decidió emprender el primer viaje por el archipiélago en busca de nuevos huevos de gusano, para volver a poner en funcionamiento las dos fábricas. A causa del destrozo causado por los sicarios de Kitano, se habían visto obligados a reponer lo más básico para poder reiniciar la producción de seda y, pese a llegar a un acuerdo con el magnate, este no había mostrado intención de devolverles los huevos robados. Tan solo había accedido a retornarles parte de la producción ya finalizada para que pudieran cargar el *Queen Sea* de regreso a Londres, pero se había opuesto a hacer nada más. Que les hubiera devuelto la seda confeccionada era algo que, por otro lado, tenía toda la lógica del mundo, pues el rico industrial deseaba obtener su tributo del cuarenta por ciento pactado.

Para el viaje en busca de huevos de gusano iba a formarse un pequeño grupo con la idea de que se fuera desmembrando poco a poco: cada vez que comprasen huevos, un par de hombres de la partida regresaría a Hachiōji para poder empezar con la producción sin demora. Así, Emily e Hiroshi Nakata iban a ser los últimos en regresar, después de un viaje de un par de meses más o menos, mientras la fábrica recibiría cada quince días a dos de los integrantes del grupo original.

A Emily la intranquilizaba realizar el viaje, pues temía lo que iba a encontrarse a

su regreso, aunque, consciente de que era ella quien debía responsabilizarse de esa obligación, se armó del valor suficiente para cumplir con su palabra.

En su ausencia, Ryan y John Spencer iban a encargarse de todo lo relacionado con las fábricas y la aldea, y Akari del cuidado de su casa. Puesto que era la esposa del señor Spencer, no deseaba separarlos en un momento tan delicado.

Finalmente, y por insistencia suya, Emily acabó cediendo a que el señor Tanaka los acompañase durante parte del viaje. La fábrica podía funcionar en su ausencia, y él hablaba el inglés con corrección, de forma que era el mejor intérprete posible.

Al día siguiente, antes de la salida del sol, un grupo de siete personas, encabezado por Emily e Hiroshi Nakata, emprendió el largo periplo.

Todos, menos Emily y el señor Tanaka, habían decidido vestirse con los tradicionales quimonos de algodón, conscientes de que era el mejor atuendo para realizar un viaje de tal envergadura. Iban armados, aunque —y debido a la prohibición de llevar catanas como antaño— llevaban sus armas en una especie de funda de tela que se ataban a la espalda, y habían preparado varios caballos que cargaban cajas de madera, donde irían guardando los huevos que comprasen. Su destino principal eran los pequeños pueblos donde la gente humilde aún se dedicaba a la sericicultura. Pese a que tenían previsto viajar en tren para según qué desplazamientos, lo usual sería realizar diferentes tramos a caballo. Eso no les supondría ningún problema, ya que, dependiendo de la zona, subirían las cajas y los caballos en los vagones del ferrocarril.

Curiosamente, era la primera vez que Emily iba a recorrer Japón, y la joven era consciente de que por fin podría conocer la verdadera idiosincrasia de aquella gente. Yokohama y Tokio no dejaban de ser lugares sometidos al yugo de la modernidad, donde la mezcla de culturas impedía un conocimiento profundo de los nipones. Después del tiempo que llevaba en aquel país, Emily sentía que había llegado el momento de adentrarse en sus entrañas. Aunque, por otro lado, la impulsividad y la temeridad demostradas en su decisión de emprender esa aventura también inquietaban a la jovencita de clase alta inglesa que aún habitaba en su interior. Sin embargo, esa era una presencia cada vez más lejana y apenas imperceptible.

Aquel mismo año, Thomas tuvo su primera gran oportunidad de huir de su infierno y recuperar la libertad.

Él y los tres hombres que se habían solidarizado con él urdieron un plan. Terry Wilkinson, hombre de profundas convicciones religiosas, no podía seguir tolerando que se infligiera tamaña tortura sobre un buen hombre. Amar a alguien de una clase social distinta no era un delito que mereciera ese castigo y, junto con Abdel Haqq, ideó una forma de liberar al prisionero.

A Thomas solía vigilarlo el capataz Adam Stevenson, y sus movimientos estaban controlados de continuo por Ian Higgins, pero existía un momento, cada dos o tres meses, en el que el exmarinero quedaba bajo la tutela del señor Wilkinson. Era justo cuando Hakîm *el Inglés* ayudaba a Haqq a cargar las cajas de jade, marfil y piedras

preciosas en el vapor de la familia Argento. Tal vez no eran más de dos o tres horas seguidas, pero era tiempo más que suficiente para darle un arma que podría utilizar para huir.

El plan era sencillo, aunque podía salir mal y, desde luego, si Higgins o Stevenson conseguían capturarlo, las consecuencias podían ser terribles. No obstante, aun así, Thomas asumió los riesgos. Más le valía intentarlo que no seguir sufriendo una tortura permanente como hasta entonces, y si para ello tenía que arriesgar su propio pellejo estaba dispuesto jugarse la vida en el intento. Además, después de tantos años sin haber intentado la fuga, contaba con el factor sorpresa: sus inmisericordes captores empezaban a creer que Thomas se había resignado a ser un esclavo.

El día marcado, todo aconteció como era habitual y estaba previsto. El convoy inglés llegó a Constantinopla y parte del cargamento se puso en un carro para ser transportado hasta el puerto. Cuando llegaron al muelle donde estaba el vapor de los Argento, Haqq, Thomas y otro de los hombres de la comitiva, llamado Munir, se dedicaron a descargar las cajas de madera y a cargarlas de nuevo en el barco. Era la actividad acostumbrada, observada con atención por el señor Wilkinson, que simulaba estar vigilando el trabajo.

Durante un par de horas estuvieron realizando el duro trabajo de estibador, hasta que, en la última ocasión en que Thomas estuvo en el almacén del barco, se apresuró a buscar, en un lugar ya estipulado con anterioridad, un cuchillo. Los confabuladores habían acordado que el arma estaría escondida para que pareciese que él la había encontrado por casualidad. Thomas debía ocultarla y utilizarla para escapar. Aparte de proporcionarle el cuchillo, los otros no podían hacer mucho más por él, ya que otro tipo de ayuda más evidente habría despertado las sospechas y la furia de Higgins, y nadie pretendía que la situación derivara en algo más serio. Terry Wilkinson no podía interceder por él hasta el punto de que la familia Argento quedara perjudicada, de modo que, aunque le proporcionaba el arma, Thomas tenía que arreglárselas para escapar por sí mismo. Salir airoso dependía en exclusiva de él.

Con la lección bien aprendida, Thomas agarró con celeridad el cuchillo y lo escondió en un bolsillo interno del harapiento abrigo que llevaba. Estaban en invierno, y esa prenda raída era lo único de lo que el prisionero disponía para no sucumbir al frío.

Sin que en apariencia sucediera nada fuera de lo habitual, Thomas abandonó el vapor y, junto con Haqq y Munir, regresó a la estancia donde los miembros del convoy descansaban en Constantinopla.

De camino al refugio, Thomas no dijo palabra; permaneció en la parte posterior del carro, entre varios sacos de mercancía. Absorto en sus cosas, intentaba seleccionar mentalmente el momento adecuado para hacer uso del arma. La ocasión ideal era durante aquel trayecto, pero entonces habría comprometido a su amigo Haqq e incluso a Munir, con el que no tenía mucha relación. A ambos los habrían hecho

responsables de su fuga y, por lo tanto, los habrían castigado de inmediato por su negligencia. De alguna forma, a los compañeros de Thomas se les obligaba a custodiarlo, poniendo su vida como garantía. Así pues, y después de pensar mucho en cómo hacerlo, decidió intentarlo cuando sus compañeros estuvieran durmiendo. Siempre había alguien de guardia, y a él lo encerraban para que no pudiera escaparse, pero el cuchillo le proporcionaba más opciones.

El plan estaba bien trazado, e incluso abandonar el vapor con el arma ya era un cierto éxito, pero Thomas no contaba con la indiscreción de Munir, quien, para salvar su propio pellejo, no dudó en traicionar al inglés.

Sin que Thomas se hubiera dado cuenta, Munir había detectado un destello en el interior del abrigo del inglés mientras regresaban al refugio. Extrañado, supuso que podía deberse a la hoja de un cuchillo o algo parecido y, ante la duda y el castigo que podía caerle si no decía nada —en caso de que el inglés intentase cualquier cosa—, decidió transmitir sus sospechas a Stevenson. Cuando llegaron a la casa en la que todos se hospedaban, y después de dejar pasar un tiempo prudencial, lo delató.

Un par de horas más tarde, Stevenson y Higgins entraron de improviso en la habitación en la que Thomas estaba encerrado y los dos lo golpearon sin descanso y sin piedad. Thomas recibió la mayor paliza de su vida, que terminó con varias costillas fracturadas y el cuchillo que había escondido clavado en su pierna derecha. Una gran cantidad de sangre se extendía de forma llamativa por el suelo, y los dos torturadores entendieron que aquello se les había ido de las manos. Ambos pensaban que Thomas merecía una muerte agónica, pero también recordaban las órdenes de Benjamin Watson: torturar al inglés, pero nunca dejarlo morir. Su sufrimiento debía ser permanente hasta que la muerte lo liberase.

Al ver que la herida de la pierna podía ser mortal, intentaron contener la hemorragia mientras mandaban a Basil a buscar a un médico. A Higgins todo eso lo enfurecía, pero debían salvarle la vida a cualquier precio.

Durante la paliza, el resto de los miembros del grupo a duras penas habían podido mirar, e incluso el delator, al ver las consecuencias de su traición, se sintió el hombre más miserable y despreciable sobre la faz de la Tierra. Por su culpa, aquel tipo estaba sufriendo una agonía intolerable. Pese a ello, nunca reconoció que él había sido quien había informado a Stevenson. No obstante, todos lo intuyeron.

Por fortuna, el médico llegó a tiempo y fue capaz de cortar la hemorragia. Con gran esfuerzo le cosió la herida, aunque no pudo evitar las secuelas de la lesión. Thomas necesitó dos semanas para recuperarse parcialmente de la puñalada y, desde entonces, cojeó de esa pierna. Sus agresores habían llegado demasiado lejos, y su error había sido no haberlo dejado morir. Después de aquello, el odio, la ira y el deseo de venganza de Hakîm *el Inglés* se multiplicó por mil. Tarde o temprano volvería a tener otra oportunidad de escapar, y en esa ocasión no la desaprovecharía.

Después de aquel incidente, el señor Higgins decidió romper sus relaciones comerciales con Terry Wilkinson y su hombre de confianza, Abdel Haqq. Los

consideraba los únicos responsables de que Thomas hubiese conseguido un arma y, por consecuencia, dejaron de suministrarles piedras preciosas, jade y marfil. Esa decisión perjudicó gravemente al prisionero, puesto que se quedó sin los dos amigos que habían intentado socorrerlo en su pesadilla. Sin embargo, Thomas no pensaba darse por vencido. Su oportunidad, tarde o temprano, llegaría.

El grupo, con Hiroshi al frente, tenía previsto seguir una ruta bien trazada. Al principio se dirigirían al norte de la isla de Honshu —la más grande del archipiélago japonés—, luego regresarían a la parte central de la isla y, desde allí, se encaminarían hacia el oeste para finalizar la compra de huevos de gusano.

El extenso territorio nipón contenía numerosas aldeas de pequeñas dimensiones que llevaban siglos sobreviviendo con la sericicultura. Los aldeanos se dedicaban a la crianza de los gusanos y a la obtención de la fibra de los capullos con métodos puramente artesanales. De ese modo, resultaba difícil hacer una selección de los lugares más apropiados, pero tal vez la isla de Tashirojima en el norte, y el valle de Shokawa y Nagatoro, destacaban sobre las demás zonas.

Japón estaba lleno de islas y montañas. El interior estaba amurallado con duras e inhóspitas formaciones montañosas de acceso difícil, donde, entre la vegetación frondosa, se ocultaban pueblecitos minúsculos y desperdigados. Eran en realidad asentamientos familiares que se esforzaban en prosperar en condiciones extremas, enfrentados a todo tipo de inclemencias naturales. Esas aldeas se levantaban dondequiera que una vida precaria pudiese sostenerse, y el entorno exigente determinaba de forma irremediable el carácter de sus habitantes.

Hacia el noroeste de Honshu se encontraba la zona más gélida del país. Era un territorio desapacible sometido al azote caprichoso de las nevadas más intensas que uno podía imaginarse. Durante la travesía, Hiroshi, que pronto adquirió el papel de guía experto, relató a Emily que en aquel lugar, pese al tiempo inclemente, se elaboraba un sake excelso. Su fama se expandía como una onda por toda la isla, y muchos aseguraban que no existía sake comparable con aquel en otro lugar de Japón. Y, para los japoneses, el buen sake era algo muy valioso.

Poco a poco, el grupo se adentró en blancos parajes cubiertos de gruesos mantos de nieve, montes que parecían espolvoreados de azúcar o pulpa de coco, y bosques tupidos que se negaban a dejar pasar la luz del sol. Tal vez esos eran motivos suficientes para que hubiera pocos japoneses que se establecieran en esos parajes y para que sus esfuerzos se centraran sobre todo en sus pequeños cultivos y en la crianza de los gusanos de seda. La única razón válida para internarse en aquel territorio parecía ser la preciada cosecha de huevos. Además, tanto Emily como Hiroshi habían decidido recorrer en primer lugar la parte más complicada del país, para después tener un viaje más apacible.

Los primeros días transcurrieron sin imprevistos reseñables y, después de realizar

parte del tramo inicial en ferrocarril, se dirigieron a caballo hacia Nikko, al norte de la isla. Pese a que el clima parecía ponerlos constantemente a prueba, Hiroshi sabía que su rigurosidad era temporal. Cuando las nevadas cesaran, aquellos parajes se transformarían en un lugar bello y apacible. Aunque para ver aquello era necesario estar presente en el momento adecuado.

Sin darse cuenta, la dueña de la compañía Watson & Lambert se había enamorado de aquellas tierras. Cuando viajaba por Japón, experimentaba la misma pasión del que se considera vinculado a una región específica, la hace parte de su identidad y siente cierta dosis de felicidad por ello.

Situada al pie de una colina, la aldea de Nikko apareció casi por sorpresa y, en cuanto se acercaron a sus proximidades, Emily percibió la atmósfera de la época feudal. Y, sin entender el motivo que la empujaba a ello, se dejó abrazar por el Japón más ancestral.

Algo cansados, pero entusiasmados con la idea de obtener su primer cargamento de huevos de gusano, recorrieron los alrededores de Nikko en busca de los criadores de mayor renombre de la zona. Pertenecían a familias que llevaban generaciones viviendo de ese comercio y que se mostraron muy dispuestas a venderles su producto —de calidad excelente— a un precio apropiado.

Las negociaciones fueron rápidas pero muy satisfactorias para los intereses de la compañía, y como la noche cayó antes de lo previsto, decidieron pernoctar en el primer *ryokan* que se encontraron por el camino.

La estancia en una de esas posadas tradicionales resultó ser de lo más confortable y, como tenían bastante cansancio acumulado, durmieron sin sobresaltos hasta el día siguiente.

Después de un buen desayuno, Hiroshi decidió proseguir hacia la isla de Tashirojima. Se trataba de un pequeño atolón en el océano Pacífico popularmente conocido como «isla de los Gatos», gracias a una leyenda que el mismo *rōnin* se encargó de explicar, cosa que sorprendió a Emily:

—Pronto llegaremos a Tashirojima, señora patrona, la isla de los Gatos.

—¿«La isla de los Gatos»? ¿Por qué la llaman así?

—Según me contaron la última vez que la visité, todo empezó con una plaga de ratas. En Tashirojima se habían dedicado durante años a criar huevos como los que estamos buscando y, cuando las ratas los invadieron, el pueblo estuvo a punto de desaparecer —empezó a contar el *rōnin* ante la atenta mirada de su patrona.

—Vaya... —se limitó a decir Emily.

—No podían sobrevivir sin los gusanos y fueron tiempos difíciles para esa gente.

—¿Y cómo se libraron de las ratas? —preguntó la señora Lambert con cierta curiosidad.

—Durante semanas se las ingeniaron para mantenerlas a raya con palos y fuego, hasta que un consejo reunido de urgencia tomó una decisión que, en un principio, parecía insuficiente.

—¿Y cuál fue?

—Llevar al pueblo tantos gatos como pudieran encontrar...

—¿Solo eso?

—Eso y dejar que los gatos solucionaran el problema... Ya se sabe que ratas y gatos tienen sus diferencias —comentó el antiguo samurái con una leve sonrisa.

—Entiendo... Y, por lo visto, funcionó —coligió Emily, ya que aquellos aldeanos seguían dedicándose a la sericicultura.

—A decir verdad, fue un gran éxito. Y, además, como los habitantes de Tashirojima también se dedicaban a la pesca, decidieron premiar a sus salvadores con una parte de lo que sacaban del mar, de modo que, menos las ratas, todos salieron ganando.

—En ingenio, señor Nakata, ustedes no tienen competencia... —alabó Emily con amabilidad.

La estancia del grupo en la isla de los Gatos fue breve, pues se abastecieron con gran diligencia de todos los huevos que pudieron —algo que satisfizo mucho a los vendedores— y de nuevo emprendieron camino, no sin antes saborear la excelente cocina de estilo marinero del lugar. Ya que estaban allí, no podían desaprovechar la ocasión.

Como ya disponían de un considerable cargamento de huevos, dos de los miembros del grupo se desviaron hacia Hachiōji con lo ya reunido. Tal y como se había decidido, esta estrategia permitiría que las fábricas reanudasen su producción lo antes posible, en cuanto los primeros capullos proporcionasen la materia prima.

El resto del grupo, encabezado por Hiroshi y Emily, continuó hacia su nuevo destino: el pueblo costero de Kamakura.

Avanzaron sin novedades dignas de mención y, para amenizar el viaje, Hiroshi perseveró en compartir con la joven viuda sus conocimientos sobre los lugares que iban visitando. Cuando llegaron a Kamakura, la narración del *rōnin* se centró en aquella célebre población situada al suroeste de Tokio.

Por lo visto, tiempo atrás, Kamakura había sido un enclave destacado como consecuencia del auge de la familia Miyamoto, quienes habían gobernado el país desde aquel lugar. Fue una época que ya formaba parte de la historia del país y a la que todos conocían como el sogunato de Kamakura.

A decir verdad, a Emily le pareció un lugar maravilloso. Los caminos estaban adornados con múltiples cerezos en flor, templos sintoístas y monasterios zen de belleza insuperable.

En cuanto pisaron sus calles, la británica se sintió atraída por la majestuosa estatua de bronce del Gran Buda Amida, que, según Hiroshi, superaba los trece metros de altura. Durante varios minutos, Emily admiró aquella representación escultórica. El *rōnin* le aseguró que muy cerca existía un templo dedicado a Kannon Hase que poseía uno de los jardines más hermosos de todo el país.

Inicialmente, la señora Lambert se sintió desbordada por la magnitud de lo que la

rodeaba, pero pronto logró contener su ansia de conocimiento y dedicarse a gozar de lo que el entorno le ofrecía. No tenía duda de que el estilo constructivo de los japoneses era inigualable.

Cuanto más conocía la tradición japonesa, más le fascinaba aquel país. Resultaba imposible no dejarse dominar por el aroma del incienso y la fragancia de la naturaleza. Eran detalles que solo podían percibirse de verdad en aquella parte del mundo.

Poco a poco, Emily fue adquiriendo un conocimiento muy real de lo que representaba el Lejano Oriente y, pese a las pocas semanas que había durado su viaje, había sabido captar lo mejor del pueblo japonés. La religión que practicaban era un detalle fundamental para comprender su concepción de la vida. Sus creencias eran opuestas a las de los occidentales y, forzada por las circunstancias, Emily tuvo que asumir algunos conceptos muy abstractos. Aunque Hiroshi, con gran gentileza, quiso también acompañarla en aquel viaje a las profundidades de la mente nipona. Sus explicaciones fueron de gran valor.

El trayecto por aquellos territorios solía ser duro y exigente y, en tanto dejaban atrás montañas, ríos y templos perdidos en medio de la nada, el *rōnin* procuraba dar a su patrona respuestas a sus dudas. Entendía que, para un occidental, la forma de pensar nipona podía resultar complicada.

—Señor Nakata, disculpe que sea tan insistente, pero no acabo de entender el motivo de tener varias creencias. ¿No sería más sencillo acogerse solo a una? —preguntó la joven—. Nosotros llevamos siglos haciéndolo, aunque, desde luego, los británicos convivimos con varias culturas y religiones, pero eso es porque Londres alberga a gente que procede de varias partes del mundo. No obstante, el cristianismo es la religión única de la gran mayoría... —reflexionó Emily en voz alta.

—Para nosotros tener varias religiones es algo normal, señora patrona... Nuestras creencias son como una familia formada por el viejo sintoísmo y el más joven budismo zen. Ambos son casi igual de importantes, y créame, no tiene nada de extraño... —explicó el antiguo samurái.

—Eso significa que se decantan por uno u otro, según les convenga, ¿no? —conjeturó Emily.

—Es una forma de decirlo, señora patrona... Pero se trata de algo relacionado con nuestras tradiciones y no de un simple capricho. El sintoísmo nos une vitalmente a la naturaleza y el budismo guía la reencarnación de nuestras almas.

—Sigue pareciéndome demasiado complejo, señor Nakata —confesó Emily, quien se esforzaba por comprender el argumento del exsamurái.

—Piense en el tronco de un árbol del que nacen unas ramas hacia un lado y otras hacia otro —expuso el antiguo guerrero intentando encontrar el ejemplo idóneo para transmitir aquella noción—. Ese sería un símbolo aproximado.

—Lo comprendo, señor Nakata, aunque...

—Debe concederse tiempo para poder ver lo que nosotros vemos. No existe una

forma concreta de hacer las cosas. Simplemente nos apoyamos en una u otra creencia según las enseñanzas de nuestros antepasados. Es algo que ya viene marcado desde el tiempo en que este país decidió hacerse grande —aclaró Hiroshi con paciencia.

Durante unos minutos se mantuvieron en silencio mientras atravesaban un bosque enmarañado, de camino a su nuevo destino. Emily meditaba sobre las palabras de su guía. Puede que aquellas religiones parecieran a simple vista más sencillas que lo predicado por la fe cristiana, pero nada había más lejos de la realidad. Lo único que parecía evidente era que los pilares de sus creencias se apoyaban en diferentes bases religiosas, al contrario de la religión que Emily profesaba, que estaba erigida en torno a una columna vertebral de Escrituras Sagradas.

Transcurrió más o menos una hora de avance silencioso por el bosque, hasta que el grupo se topó con un antiguo templo. Cuando lo vio, Emily pensó que era la ocasión perfecta para seguir aprendiendo más cosas sobre la religión nipona.

—¿Qué es aquello, señor Nakata?

—¿Se refiere al *jinja*? —preguntó el *rōnin*, que intentaba adivinar a qué se refería su patrona.

—Sí.

—Es un santuario sintoísta, señora patrona. Lo podrá identificar por la proximidad de un *torii*.

—¿A qué se refiere, señor Nakata?

—Disculpe, señora patrona. Olvidaba que aún no conoce estos detalles. Le pido humildemente disculpas...

—No se preocupe. Continúe su explicación, por favor.

—Verá, un *torii* es lo que nosotros llamamos un portal. Como aquello que hay allá al fondo, junto al santuario —continuó Hiroshi—. ¿Lo ve?

—¿Quiere decir aquellas tres maderas que parecen el marco de una puerta?

—Exacto, señora patrona. Siempre son rojos y su función es indicar la entrada al recinto sagrado. Si no ve el *torii*, es que seguramente se halle frente a un templo budista. Existen ciertas diferencias entre unos y otros, para que los fieles puedan identificarlos —aclaró el antiguo samurái.

—¿Entonces los templos budistas también tienen su puerta? —preguntó Emily, que intentaba asimilar la información. Todavía no captaba todos los matices.

—Sí, señora Lambert. A los templos budistas se entra por los *otera*, unas puertas más pequeñas que los *torii* y que tienen un significado parecido. Pero no debe inquietarse, pronto podrá distinguir las diferencias... Si le parece bien, pararemos en otros templos, para que pueda verlas.

—Se lo agradecería mucho, señor Nakata. Me gustaría comprenderlo todo... —reconoció la británica.

—Entonces así lo haremos, señora patrona.

Ya a cierta distancia de Kamakura —y para que Emily pudiera seguir con la lección de aquella jornada—, el grupo se detuvo en un bello santuario sintoísta.

Hiroshi deseaba mostrar a su patrona los pormenores del *shintō*, y por ello insistió en acompañarla hasta su interior para aclararle todas las dudas que pudiera tener. El lugar poseía una armonía y una elegancia maravillosas y, como preludeo a su explicación, el exsamurái hizo hincapié en la entrada del santuario. En aquel recinto sagrado hasta el detalle más pequeño tenía sentido.

—Debe tener en cuenta, señora patrona, que en un santuario como este la pureza y la pulcritud son fundamentales. Nosotros tenemos la obligación moral de cuidar estos lugares para merecer el honor de poderlos visitar —resumió Hiroshi, que demostraba una gran capacidad didáctica si se lo proponía.

—¿A qué se refiere con pureza y pulcritud, señor Nakata? —preguntó Emily, a quien fascinaban estos conceptos.

—Puede que mis palabras sean excesivamente ambiguas. Discúlpeme.

—No, no. Nada de eso. Solo es que, en ocasiones, no acabo de captar el sentido completo de sus palabras. Siga, por favor —se apresuró a decir Emily, que no quería que el antiguo samurái atribuyera una intención equivocada a su comentario.

—Entiendo, señora patrona. Se lo explicaré lo mejor que pueda... Verá, nosotros cumplimos con un meticuloso ritual de purificación antes de entrar en un santuario.

—¿Un ritual? ¿En qué consiste? —inquirió Emily, muy atenta.

—En enjuagarse la boca y lavarse las manos en la pila de piedra que suele encontrarse en la entrada del santuario.

—¿Y eso es necesario?

—La tradición lo determina así, señora patrona... Aunque deben hacerse más cosas tras la limpieza ritual... —prosiguió Hiroshi.

—¿Qué cosas?

—Normalmente, después de la purificación debe depositarse una moneda en la caja de ofrendas de la entrada.

—¿Se refiere a una limosna? Nosotros, solemos hacer algo parecido en nuestras iglesias... —apuntó Emily.

—¿«Limosnas»? No entiendo muy bien a lo que se refiere, señora patrona. Nosotros lo hacemos para poder golpear la campana y despertar al dios del santuario.

—Entonces, la ofrenda no tiene la misma utilidad... De todas formas, ¿de verdad acude vuestro dios? Es decir, ¿se le puede llamar? Eso sí que resulta sorprendente, señor Nakata... —A Emily la dominó la incredulidad.

—Esas son nuestras creencias, señora patrona. Pero no basta con hacer sonar la campana. Antes debemos inclinarnos en dos ocasiones y dar dos palmadas. Solo así podemos transmitir nuestros deseos al *kami*.

—Dígame, señor Nakata. ¿Alguna vez se han cumplido sus peticiones? —En Emily la incredulidad había dado paso a la curiosidad. No obstante, seguía pensando que aquello parecía una bonita fábula, a todas luces irreal.

—Más veces de las que podría imaginarse, señora patrona... Nosotros creemos en ello, pero entiendo que cueste comprenderlo... Nuestros ancestros nos enseñaron esta

forma de proceder...

—Es normal entonces que ustedes sigan haciéndolo. Y no le negaré que me parece una creencia maravillosa. Contiene cierta magia que en mi país no existe. Le agradezco que sea tan amable conmigo, señor Nakata.

—No debe agradecerme nada, señora Lambert. Para nosotros es un placer compartir nuestras tradiciones con quien desee conocerlas.

Durante los minutos siguientes pasearon por el santuario mientras el *rōnin* explicaba a Emily todo aquello que sabía sobre lo que veían. El agradable paseo los llevó hasta el jardín del recinto. Tras una breve pausa admirativa, la señora Lambert reemprendió su interrogatorio.

—¿Cuál de las dos fue primero?

—¿«De las dos»? ¿A qué se refiere, señora patrona?

—A vuestras religiones. ¿Cuál de las dos llegó primero, el sintoísmo o el zen?

—Según decía mi padre, el sintoísmo es la más antigua. Aunque tal vez no debería llamarlo religión...

—Y eso ¿por qué?

—Porque no es más que una forma de unir nuestra vida con la propia naturaleza. Esa es la verdadera razón de que aún permanezca tan arraigado entre nosotros. Para los japoneses, señora Lambert, que haya otra vida tras la muerte no tiene importancia... Nuestra única prioridad es ser felices mientras aún estemos vivos.

—¿Y eso se explica en algún libro sagrado? Alguien debe de haber transmitido estos preceptos, ¿no? —insistió Emily, cuya forma de pensar aún estaba determinada por las concepciones occidentales.

—Señora patrona, el viejo sintoísmo nunca se ha transmitido por escrito. Cada generación ha enseñado a la siguiente ciertos rituales para mejorar la unión con el entorno natural, pero nada más. Los japoneses y la naturaleza estamos obligados a ir de la mano para comprendernos y cuidarnos mutuamente. De esa forma nos acercamos a los *kami*.

—¿Eso significa que creéis en más de un dios? —se extrañó Emily. Recordaba lo que había visto en el funeral de la pequeña Hiroko, pero esa posibilidad no se le había pasado por la cabeza.

—Podría decirse que algunas representaciones animales o de seres naturales nos protegen y nosotros las veneramos. Incluso nuestros árboles son sagrados, ya que resguardan a nuestros *kami*. Nosotros nos encargamos de cuidárselos.

—Déjeme decirle que me parece algo maravilloso... ¿Sabe?, si hubiera tenido la oportunidad, habría optado por el sintoísmo antes que por la religión que me inculcaron desde pequeña —reconoció Emily, que seguía asombrada por la gran naturalidad y la carencia de limitaciones del *shintō*.

—¿Se refiere al cristianismo? —preguntó Hiroshi—. En nuestro país, aún son pocos los que procesan esa religión...

—Teniendo el sintoísmo, me parece lo más lógico. Mire, el cristianismo no deja

de hacernos sentir culpables por el sacrificio de Jesús... Nos aseguran que Él murió por nosotros, pero yo detesto esa obligación de obedecer sin poder poner nada en duda... Puede que no me esté explicando correctamente, señor Nakata.

—La comprendo, señora patrona... Para nosotros las cosas son sencillas. Nos gusta vivir en armonía con el entorno que nos da la vida y nos permite alimentarnos. Poco más...

—Lo sé... Y, mientras tanto, nosotros perdemos el tiempo cantando himnos en edificios de ladrillo... Hiroshi, somos los occidentales quienes deberíamos aprender de los japoneses y no al revés... —decidió Emily mientras seguía reflexionando sobre la cuestión.

—Las tradiciones determinan el devenir de los pueblos, señora patrona... Ellas constituyeron parte de los motivos por los que los japoneses nos aislamos del exterior durante tantos siglos —comentó escuetamente el *rōnin*—. Así que no puedo criticar a su pueblo por actuar según sus propias tradiciones...

—Supongo que tiene razón... Aunque, a decir verdad, debo reconocerle que la idea de poder elegir entre varias «divinidades», según las necesidades de cada uno, es de lo más práctico. Mi profesor en Gran Bretaña me explicó algo parecido sobre los antiguos griegos... ¿Ha oído hablar de los antiguos griegos, señor Nakata?

—No, señora patrona...

—Sería largo de explicar ahora, y tal vez innecesario, pero, a grandes rasgos, los griegos creían en un grupo de dioses que se inmiscuían en la vida de los hombres. Cada uno dominaba un aspecto diferente de la naturaleza. Algo parecido a sus *kami*.

—¿Eran todos hombres? En el sintoísmo las personas no son importantes, señora patrona. En cambio, la naturaleza y los seres que en ella viven sí que lo son. Como le decía, nuestros *kami* influyen mucho en nuestras vidas.

—¿Y existe algún *kami* más importante que otro? Siempre hay alguno que destaca más que otro, ¿no? —preguntó la joven con inocencia.

—Puede que Inari, la deidad zorro. Es la responsable de que nuestros cultivos de arroz no se malogren y de la prosperidad de quienes la adoran. Habrá podido comprobar que muchos santuarios están dedicados a ella... —relató Hiroshi con calma.

—Sí, es cierto... Señor Nakata, tal vez crea que soy una mujer testaruda, pero ¿de verdad no existe ningún dios humano? —inquirió Emily, aún muy interesada en la cuestión.

—En el budismo, puede que la representación de Buda sea algo parecido a lo que usted se refiere, pero en el sintoísmo es diferente. Desde nuestros orígenes cada clan ha tenido su propio *kami*, y a veces incluso un simple hombre se ha convertido en uno de ellos, pero no de igual modo que en su religión. Son temas que requieren tiempo para poderse transmitir de forma adecuada, y puede que yo no sea la persona más apropiada para eso... —reconoció el *rōnin*, un tanto superado por las preguntas constantes de su patrona.

—Es verdad, señor Hiroshi... No resulta sencillo llegar a conocer una realidad tan diferente como la suya... pero, con el tiempo, estoy segura de que lo conseguiré — declaró la señora Lambert, que tenía la voluntad firme de convertirse en una japonesa más.

Después de la interesante conversación, siguieron paseando en silencio, aunque de vez en cuando sus miradas se cruzaban furtivamente. Para Emily, los templos y santuarios que adornaban los caminos japoneses parecían infinitos, mágicos, e Hiroshi —quien ya había empezado a sentir cierta atracción por la occidental— no perdió la oportunidad de seguir informándola de los principios más destacados de la otra religión dominante en el país, que él mismo procesaba con devoción por su rango de samurái. Como fiel seguidor del *bushidō* que era, se había iniciado en el zen desde su más tierna infancia y, tal y como exigían sus preceptos no escritos, debía transmitirlo sin esperar nada a cambio. Aquella era la verdadera esencia del zen.

—Señor Nakata, hábleme un poco más de su religión... Usted es budista, ¿verdad?

—Sí, señora patrona... Todos los samuráis lo somos —dijo el *rōnin*.

—¿Por qué motivo, si no es indiscreción?

—No, no lo es, señora patrona. El budismo zen está unido a nuestra forma de actuar y entender la vida. Desde siempre ha estado vinculado a nuestro código de conducta —aclaró Hiroshi con discreción.

—¿Se refiere al código de los samuráis? —preguntó la joven sin saber con exactitud a qué se refería su guardaespaldas.

—Sí, señora... Gracias al zen, nuestra casta desarrolló un austero código militar... Aunque más tarde el zen se introdujo en nuestra sociedad.

—¿Cómo sucedió eso, señor Nakata? —insistió Emily.

—El zen promovió la ceremonia del té, el ikebana, la caligrafía... todo aquello donde la sencillez y la elegancia eran necesarias para su desarrollo.

Lo cierto era que a Emily el dogma zen le parecía muy etéreo. Estaba convencida de que se le escapaban muchos conceptos clave y por eso decidió continuar dialogando con Hiroshi. Precisaba darle un sentido a lo que escuchaba:

—Siéndole sincera, señor Nakata, no entiendo por qué les atrae ese estilo de budismo... El sintoísmo tiene algo carismático, especial... pero el zen... no logro entenderlo...

—Lo único que debe tener en cuenta es que, para el zen, la verdad se encuentra en el interior de uno mismo. Esa verdad acaba saliendo sin que deba forzarse desde fuera. ¿Comprende? —intentó explicar el japonés.

—¿Surge porque sí, sin hacer nada? —se extrañó la señora Lambert.

—Nada en absoluto. Se trata de olvidarse de lo que uno posee... aunque el verdadero secreto reside en el *zazen*... —aclaró el *rōnin*.

—¿*Zazen*? ¿Qué es eso?

—Meditación. La única forma de encontrarse a uno mismo. La llave para abrir las

puertas del *satori*...

—¿Y qué es el *satori*? —volvió a preguntar Emily con la curiosidad de un niño.

—La iluminación que surge cuando uno sube a un nivel superior —expuso con cierta ambigüedad el exguerrero.

—Me parece algo extraordinario, pero esa iluminación no debe de ser fácil de alcanzar, ¿verdad? —A Emily, todas aquellas ideas le resultaban un tanto evanescentes...

—Deje la mente en blanco y procure aquietar el ansia que perturba su espíritu, señora patrona. Después podrá hurgar sin esfuerzo en su propia mente y encontrarse a sí misma —detalló Hiroshi.

—¿Y eso qué tiene que ver con la vida de un guerrero samurái? Yo siempre he creído que este tipo de ejercicios es más propio de los monjes —comentó Emily.

—La explicación es sencilla, señora patrona. Practicarlos y comprenderlos nos ayuda a mantener la calma y a cultivar la paciencia, algo que es muy útil cuando se está frente a la muerte. Gracias al zen, el miedo a perder la vida se esfuma. Además, con el *zazen* se aprende a valorar la vida. Nosotros sabemos que cada día puede ser el último, y el zen nos ayuda a mantener nuestro equilibrio emocional y espiritual. O así siempre ha sido en mi caso...

—Gracias por compartir su conocimiento conmigo, señor Nakata. Es posible que no fuera tan difícil de entender como pensaba —concluyó Emily, que entonces permaneció en silencio.

A medida que recorrían el país, Emily empezó a sentirse irremediamente atraída por Hiroshi. Puede que fuera por su fuerte presencia masculina o por todo aquello que le iba contando durante el camino, pero el caso era que no podía evitar mirarlo de una forma más íntima y cercana. A veces, el *rōnin* se mostraba hermético e inexpresivo, pero la joven intuía que, tras aquella coraza emocional, se escondían unos sentimientos apasionados. El resultado fue que el exsamurái la iba seduciendo poco a poco.

Su forma tradicional de vestir, siempre con sobrios quimonos, y su aspecto, con el pelo recogido y una barba frondosa, le daban un aire rudo pero terriblemente sensual. Tal vez fuera aquella imagen de guerrero, quizá la elegancia de sus movimientos o puede que los muchos conocimientos que demostraba poseer, pero Emily empezó a pensar que aquel hombre tenía muchas cosas en común con su querido Thomas.

Por desgracia, Thomas ya no formaba parte de su mundo, y nada le impedía rehacer su vida. No era el momento de complicársela, e Hiroshi trabajaba para ella. No obstante, la atracción que ejercía sobre la joven aumentaba con cada día que pasaba.

Durante las primeras semanas, el antiguo samurái no había hablado más de lo indispensable, aunque, cuando decía algo, solía dejarla sin palabras. Más tarde —tras el establecimiento de cierta confianza entre ellos—, escuchar su conversación se había convertido para Emily en una fecunda experiencia que le proporcionaba nuevos

saberes. Al igual que su primer amor, aquel guerrero de alma y corazón puros atesoraba una enigmática belleza interior que lo hacía destacar del resto de hombres que había conocido.

Ryan —que era un muchacho noble y afectuoso con ella— le había entregado su amor sin pedirle nada a cambio, pero ella, después de la pérdida de Thomas, se sintió bloqueada en ese aspecto. Ahora pensaba que, tal vez, su bloqueo se debiera a que su cuñado no poseía las cualidades que ella buscaba de forma intuitiva en los hombres.

Que alguna razón de peso le impedía volver a amar era más que evidente, y hasta ese momento había sido reacia a entregarse de nuevo. Las pésimas experiencias del pasado la habían convencido de que era mejor estar sola, pero, por primera vez desde la muerte de Thomas, empezaba a mirar a un hombre con deseo. Hiroshi parecía reunir en sí mismo la sabiduría ancestral de todo un pueblo, y poseía un magnetismo insoslayable.

Y, sin ser demasiado consciente de lo que estaba haciendo, la joven que no deseaba enamorarse empezó a querer saberlo todo sobre su guardaespaldas. ¿Quién era realmente? ¿De dónde procedía? ¿Cómo había sido su infancia? ¿Por qué había decidido dedicar su vida a la guerra? ¿Por qué no tenía esposa e hijos?

Eran demasiadas incógnitas por el momento, aunque Emily pensaba que aquel viaje la ayudaría a responder preguntas que ni siquiera se había formulado todavía.

La expedición abandonó el norte de la isla de Honshu y siguió la ruta prevista con menos efectivos. Dos de los miembros del grupo se separaron para regresar a Hachiōji, provistos de los cajones de madera que contenían el excelente cargamento de huevos que habían adquirido. La compra estaba teniendo un éxito notable y valía la pena no arriesgar el buen estado de lo ya obtenido a causa de demoras innecesarias.

En la parte central de la isla vivía la mayor parte de la población nipona, sobre todo en las áreas costeras del Pacífico, que constituían la zona más desarrollada. Era el territorio en el que se encontraban las ciudades más importantes, y donde la sociedad japonesa iba a progresar en un futuro no muy lejano.

En esa región la historia de Japón se había escrito con sangre, y aún era evidente allí la pervivencia de las antiguas tradiciones. Era como si en aquella parte del archipiélago la política Meiji jamás hubiera impuesto sus dictámenes.

En el centro de Honshu se erguían —destacando sobre cualquier otro punto reseñable del entorno—, el monte Fuji y los Alpes japoneses, augustas expresiones de los *kami* que, moldeados a su capricho, dominaban los viejos y polvorientos caminos que cruzaban la región de Edo hasta llegar a Kioto, la vieja capital de la nación.

El camino seguía siendo arduo y agotador, pero el grupo se negaba a desfallecer antes de tiempo y, aún a una considerable distancia de Kioto, sus integrantes se adentraron en el valle de Shokawa. Era esta una lejana región montañosa, donde se encontraba la población de Shirakawa-go.

A simple vista, Shirakawa-go era un pueblo peculiar, pues la forma de sus casas se diferenciaba notablemente de la arquitectura japonesa tradicional. De hecho, Emily se quedó boquiabierta al ver el perfil de aquellas casas rústicas y ancestrales. Al parecer, era el tipo de construcción idónea para favorecer la cría de huevos y el cultivo de los capullos.

—Estas casas no son como las que he visto en otros sitios, señor Nakata. ¿Por qué? —preguntó la señora Lambert a su guardaespaldas en cuanto estuvo lo bastante cerca como para apreciar las diferencias.

—Tiene usted razón, señora patrona, no son iguales. A estas las llaman *gasshō-zukuri*, y son las más antiguas del país.

—Son maravillosas... —comentó Emily mientras las observaba con atención.

—Sí, y también son el lugar perfecto para criar los huevos que estamos buscando. Durante siglos esta gente ha desarrollado un sistema de construcción tan meticuloso que para levantarlas no necesitan ni un clavo.

—Increíble... ¿Y es eso realmente posible? —exclamó la señora Lambert con extrañeza.

—Lo es, y además es aquí donde se crían los mejores gusanos de todo el país.

—Pero, señor Nakata, hay algo que no acabo de comprender. Si estas casas no tienen ni un clavo, ¿entonces cómo pueden mantenerse en pie? Eso debería ser técnicamente imposible, ¿no?

—No si se utiliza una antigua técnica japonesa a base de madera, cuerdas y paja —aclaró el *rōnin*.

—Ustedes los japoneses han vuelto a sorprenderme... —reconoció Emily, que se había quedado sin objeciones y se apresuraba a reconocer la valía del pueblo nipón. Ella, que estaba acostumbrada a las casas de ladrillo, piedra y cristal, había tenido que hacer un gran esfuerzo para entender la viabilidad de las tradicionales casas de madera japonesas, pero las *gasshō-zukuri* rizaban el rizo.

—Si le apetece, señora patrona, podrá verlas con detalle cuando compremos los huevos. El comerciante con el que tenemos un acuerdo previo se encuentra al final de esta calle.

—Pues no perdamos tiempo, señor Nakata... Estoy ansiosa por ver lo que esconden estas casas en su interior —declaró Emily.

Sin más dilación, el grupo cruzó el pueblo hasta llegar al hogar de la familia Kamura, una estirpe de criadores que llevaban siglos dedicados al cultivo de los gusanos de seda y cuya fama se había extendido por todo el país.

El recibimiento fue tan cordial y agradable como de costumbre, y enseguida los Kamura ofrecieron té a sus visitantes. Durante un buen rato, y mientras se sentaban junto al brasero de la sala más grande, Hiroshi explicó a su patrona algunas características del interior de la casa.

—Como verá, señora patrona, el techo está elaborado con paja. La idea es que soporte la lluvia, la nieve y el resto de caprichos y rigores del clima.

—¿Y eso lo consiguen solo con paja? No parece la mejor opción...

—Sí, señora patrona. Son varias capas puestas de una forma determinada —aclaró Hiroshi.

—¿Por eso el techo tiene esa inclinación tan exagerada? —preguntó Emily, que miraba hacia arriba para no perder detalle.

—Eso es. Así pueden librarse del peso de la nieve y la lluvia. Por aquí las nevadas suelen ser muy habituales, y con estos techos consiguen que la paja no se empape ni se pudra en poco tiempo.

—¿Sabe, señor Nakata? Me fascina la capacidad de su pueblo para aplicar el ingenio. Allí de donde procedo todo resulta tristemente mecánico. La gente no piensa ni una décima parte de lo que lo hacen ustedes, porque todo les viene hecho por otro —se lamentó Emily.

—Es una cuestión de simple supervivencia, señora patrona. Nosotros carecemos de las facilidades de que ustedes disponen y, por lo tanto, hemos adaptado nuestras

vidas a lo que teníamos.

—Señor Nakata, un británico siempre preferirá tomar el té antes que criar huevos de gusano de seda. Se trata de que unos creen que han evolucionado y de que otros lo han hecho realmente. Por cierto, ¿por qué estas casas tienen más plantas que las otras? Creía que en Japón lo normal era construir hogares de un solo piso, a diferencia de lo que ocurre en mi país...

—Esa es la norma, pero las *gasshō-zukuri* disponen de varias plantas para poder cobijar a varios miembros de la familia. Cada planta cumple una función, pero es aquí, en la planta baja, donde se vive. Las otras suelen estar relacionadas con la cría de gusanos.

—¿Trabajan y viven en el mismo lugar? —se sorprendió la señora Lambert. Si aquello era cierto, aquella gente era el colmo de la eficiencia.

—Así es, señora patrona. En estas casas se hacen ambas cosas. ¿Desea que pregunte al señor Kamura si puede mostrarnos el resto de su hogar? —preguntó Hiroshi, que intuyó que eso sería del agrado de su patrona.

—Dígale por favor que para mí sería todo un honor. Aprendería mucho ver cómo trabajan con los huevos y los gusanos.

Durante unos minutos, Hiroshi habló con el señor Kamura. El *rōnin* le exponía su petición de que les mostrara el funcionamiento de su negocio, y pronto el criador accedió a ello, solícito y sonriente. De modo que enseguida empezaron a recorrer los pisos superiores mientras Hiroshi traducía para Emily las explicaciones del señor Kamura, que se expresaba con un acento que a Emily le resultaba cuando menos peculiar.

—Como se dedican exclusivamente a la crianza de gusanos, destinan estas plantas para cuidarlos. El señor Kamura asegura que aquí la luz, el calor y el aire son ideales para favorecer todas las etapas de su crecimiento. Además, todas estas maderas que ve ayudan a que el humo del brasero se filtre hacia el tejado y proteja el interior —narró Hiroshi.

—Fascinante... Nuestras fábricas deberían adoptar muchas ideas de estas casas. Estaría bien construir un par de ellas para criar mejor nuestros gusanos, ¿no le parece?

—Esa, en mi humilde opinión, sería una decisión acertada, señora patrona.

Mientras recorrían los dos pisos superiores, Emily vio que los Kamura criaban los gusanos de seda según el método tradicional, sin maquinaria pesada y realizando casi todo el trabajo con sus propias manos.

Al verlos trabajar con tanto esmero y amor, la británica comprendió que la industria jamás podía estar por encima del trabajo humano. Aquella era una espléndida lección de adaptación de la forma de vida al territorio y a las circunstancias del mundo rural. Era artesanía en estado puro, y no lo que ellos estaban haciendo en Hachiōji.

—Según dice el señor Kamura, el desván es el lugar ideal para la crianza de

gusanos. Durante las horas de sol dejan abiertas las buhardillas, para que estén frescos e iluminados. Ese es el verdadero secreto de la crianza —continuó el *rōnin*.

Una vez terminada la visita por el interior de la casa, volvieron a la planta baja para cerrar la compra, y media hora después los hombres del grupo ya estaban cargando las cajas adquiridas.

Allí, en Shirakawa-go, obtuvieron una cantidad elevada de materia prima y, con la sensación de haber hecho un buen trato, partieron rumbo a otra pequeña población del centro de Honshu llamada Nagatoro. El objetivo era el mismo: abastecerse de la mayor cantidad de huevos posible para que otros dos integrantes del grupo pudieran regresar a Hachiōji.

Nagatoro era una población que se había construido superando grandes dificultades en tierras montañosas —con el esfuerzo de varias generaciones— y todos sus habitantes vivían sobre todo de la sericicultura. Su seda era prestigiosa y muchos comerciantes de este producto solían visitarla con asiduidad. En definitiva, era un buen destino para poder abastecerse de mercancía de buena calidad.

Como el pueblo carecía de encanto, una vez Hiroshi efectuó la compra el grupo decidió continuar camino hasta la antigua capital del país, Kioto, que para muchos seguía conservando su halo legendario.

Ubicada en la zona central de la isla de Honshu, la antigua y esplendorosa capital imperial seguía poseyendo una importancia vital para todos los japoneses. La revolución Meiji le había sustraído parte de su carácter legendario cuando el poder se trasladó a la nueva Edo, pero la fascinación que desde tiempos remotos generaba en los visitantes permanecía.

Kioto era uno de los enclaves más famosos del país, y su magnífico pasado seguía habitando en cada una de sus calles. Exhalaba un aroma vetusto, acentuado por el espíritu de los míticos samuráis y el espíritu de todo un pueblo.

Notablemente cansados, pero conscientes de que aún les quedaba mucho por recorrer, los integrantes del grupo entraron a caballo en la ciudad.

Deambularon por las calles a paso lento, mientras Emily aprovechaba para observarlo todo. Como todo viajero que llega por primera vez a un lugar especial, la británica ardía en deseos de captar e interiorizar el ambiente.

—Esta ciudad... ¿sabe, señor Nakata?... me provoca la sensación de estar en un Japón distinto... —comentó sin esperar respuesta la señora Lambert.

—Aquí se gestó gran parte de lo que hoy somos, señora patrona —respondió Hiroshi.

—No sé, hay algo distinto... ¿Es posible o puede que solo sean imaginaciones mías?

—Tal vez sus intuiciones sean correctas. Kioto es una ciudad única. En su día, un hombre con el que combatí codo a codo, y que había nacido en esta ciudad, me aseguró que había sido construida a semejanza de la capital del Imperio chino, algo que aquí jamás se había hecho. Puede que, por eso, se respire un ambiente

diferente...

—¿Usted lo cree así?

—Solo sé que aquel hombre jamás me mintió en nada. Hablaba de las leyes de lo que los chinos llamaban *feng shui*, y de que las calles de Kioto tenían los mismos ángulos y distribución que la capital del continente, pero eran solo comentarios —explicó el antiguo samurái, quien albergaba algunas dudas sobre la veracidad de lo que estaba exponiendo.

—Ahora que lo dice, quizás estas calles difieran de las de Tokio, pero el resto me parece semejante a muchos de los lugares por los que hemos pasado...

—Aquí viven miles de personas respetuosas con las viejas tradiciones, aunque no le negaré que también existen barrios tomados por los extranjeros —la informó Hiroshi.

—De nuevo me apena escuchar eso, señor Nakata... Creía que los occidentales todavía no habían ejercido su influencia en un lugar como Kioto —comentó Emily, algo decepcionada. Se dio cuenta de que su concepción original de la ciudad imperial era un tanto equivocada.

—Para que algo permanezca durante mucho tiempo debe defenderse, señora patrona... Las fábricas como las suyas están ganando la partida, aunque su familia es diferente. A ustedes parece importarles nuestro pueblo y, por lo tanto, merecen nuestro respeto...

—Pero no es suficiente... No hace falta que le recuerde por qué estamos haciendo este viaje —se lamentó la señora Lambert, a la que dominaba la sensación de que cada vez quedaban menos esperanzas de frenar todo aquel vendaval de moderna mediocridad.

En tanto la patrona y el *rōnin* continuaban su diálogo y le daban vueltas al asunto, el grupo se adentró en las calles destinadas a la producción fabril. Como si quisiera corroborar las palabras de la joven británica, era aquel un barrio horroroso, una enfermedad terminal que pretendía acabar con la belleza y el cuidado meticuloso que los japoneses solían poner en todo lo que tocaban sus manos. Los fabricantes de aquella zona ni siquiera se habían preocupado de esos detalles, simplemente se habían dejado contagiar por la fiebre de la producción más allá de lo razonable y no querían perder ni un solo minuto en minucias de ese tipo. El tiempo empezaba a ser oro, allí y en cualquier otra parte del mundo.

Las fábricas se extendían por aquella área, casi solapándose las unas con las otras y sometiendo a sus tristes trabajadores a una disciplina inhumana. El ambiente asqueó profundamente a Emily, hasta el punto de querer abandonar el barrio industrial y regresar al maravilloso mundo heredado de épocas pasadas, que aún perduraba gracias al empeño de algunos.

Mientras seguían atravesando Kioto, la joven notó que aquella gente hablaba un dialecto extraño y, aunque lo intentó, no logró entender ni una sola palabra de lo que decían. Asombrada, preguntó a su guía cómo era posible que hubiese tanta diferencia

lingüística entre ciudades y pueblos de una misma nación. Por supuesto, en toda Gran Bretaña había varios acentos más o menos inteligibles, pero no tenían nada que ver con las diferencias existentes en Japón.

—Señor Nakata, disculpe si mi pregunta le resulta chocante, pero ¿lo que habla esta gente es japonés? Como es obvio, mi conocimiento de su idioma aún es insuficiente, pero admito que no comprendo ni una sola palabra...

—Es un japonés muy peculiar comparado con el de Tokio o Yokohama, aunque, si pasara un tiempo aquí, enseguida lo empezaría a entender. Es el mismo japonés que hablaban sus ancestros y que se han esforzado en transmitir a sus hijos.

—Comprendo... —respondió Emily, que continuaba esforzándose por captar algo de lo que se hablaba en aquellas calles. Lo había tomado como algo personal.

—Señora patrona, si desea visitarlos, los lugares más destacados se encuentran en las afueras. Podríamos acercarnos si es su gusto —comentó Hiroshi.

—Sería agradable verlos, señor Nakata. Si es posible, y no nos demora en exceso, se lo agradecería mucho —asintió Emily, a quien no abandonaba el deseo de ampliar su aprendizaje.

—Si obviamos el barrio que acabamos de abandonar, y que lamentablemente rompe el plan original de Kioto, esta ciudad aún conserva el aroma de nuestro pasado. Aquí los barrios siguen respetando la distribución de los antiguos gremios feudales y sus habitantes continúan construyendo sus hogares lo más cerca posible de un templo o santuario. Es una vieja costumbre de este lugar.

—¿Y cuál es la razón que los mueve a ello, señor Nakata?

—La orientación, señora patrona. Así jamás se pierden. Dado el tamaño de la ciudad, las construcciones sagradas les indican dónde están, y para esta gente orientarse de esta manera es lo habitual —explicó Hiroshi ante la atenta mirada de su patrona.

—Curiosa forma de organizarse... —susurró la británica mientras miraba a su alrededor, algo desconcertada.

Lo cierto era que por toda la ciudad había centenares de templos budistas y santuarios sintoístas, eso sin contar los palacios, jardines y otros lugares muestra del poder y la opulencia de la época del sogunato.

Los imperativos del viaje hacían imposible realizar una parada demasiado larga en cada punto destacado del trayecto, aunque, antes de retomar el camino, y después de haber comido en una posada tradicional, Hiroshi acompañó a su patrona hasta el Kiyomizu-dera. Este era un templo conocido como del «agua pura», y que se había edificado sobre un sinfín de pilares colocados en una ladera muy rocosa.

Y ya que habían llegado hasta allí, el *rōnin* insistió en pasear por los populares barrios de Gion y Pontocho, para que Emily pudiera ver a las conocidas geishas, que aún desempeñaban su oficio pese a la presión del mundo moderno. En ellos se conservaba la idiosincrasia tradicional, la compostura japonesa y el aroma de la filosofía zen. Además, a la británica le picaba la curiosidad por ver a una auténtica

geisha, después de todo lo que le había contado Oharu.

Gion era el barrio por excelencia de las *geiko* —así llamaban en Kioto a las geishas— y, como casi todo lo existente en aquella ciudad, aquella zona había resistido a los cambios modernos. Era un recinto trenzado e hilvanado de calles estrechas donde en su origen se habían levantado pequeñas casas para acoger a los viajeros. Con el transcurso de los siglos, estos lugares se habían transformado en distinguidas casas de té de gran renombre.

La señora Lambert presenció sorprendida cómo por aquellas calles paseaban las misteriosas muñecas de porcelana, acompañadas por sus «hermanas pequeñas», siempre un par de pasos por detrás. Eran ninfas de rostros blancos, de aspecto parecido al de las cortesanas, pero que ni por asomo aceptaban el trato carnal con sus clientes. Las *geiko* eran arte en estado puro. Poseían la belleza de los cerezos en flor y el exotismo del Lejano Oriente. Albergaban la esencia japonesa.

Una vez hubieron recorrido el barrio de Gion, y decididos a abandonar la antigua ciudad de Kioto, cruzaron el callejón de Ishibe-Koji, una vía humilde repleta de modestas posadas y casas de té, accesibles para la gran mayoría de ciudadanos.

Era aquel el mejor escenario para despedirse de la vieja capital del país tal como se merecía.

Durante el viaje se habían alojado en confortables *ryokan* para descansar y recuperar fuerzas tras cada dura jornada de camino. En algún pueblo habían contratado habitaciones privadas, pero había sido más por una cuestión de necesidad que de planificación, pues preferían disfrutar de las comodidades de las posadas tradicionales.

A Emily los *ryokan* siempre le habían parecido lugares muy acogedores. Tenían las mismas características que las casas tradicionales, aunque su secreto residía en los cálidos baños termales que acostumbraban a incorporar como servicio exclusivo para sus clientes. Así que, cuando el *ryokan* se lo permitía, Emily disfrutaba con placer de las caricias acuáticas de aquellos baños, llamados *onsen*.

Kyoto ya había quedado atrás. El grupo aceleró el paso y apenas hizo una pausa, pues todos querían adelantar terreno. Cuando llegó el anochecer, decidieron pernoctar en un *ryokan* perdido en las afueras de uno de esos pueblos de los que nadie acababa recordando el nombre.

Con cierta parsimonia, descargaron lo indispensable para pernoctar y entraron en el establecimiento para contratar el alojamiento de aquella noche.

Como era obligado, todos se descalzaron al entrar al hotel y esperaron a que los recibieran. Acto seguido —y después de solicitar varias habitaciones— dos criadas jovencitas acompañaron al grupo a sus respectivos aposentos. Con afabilidad, desplazaron las estructuras corredizas que hacían la función de puertas y los viajeros fueron repartiéndose por las estancias. Algunos compartieron habitación, aunque Emily dispuso, como siempre, de su propio espacio.

Cansada, dejó sus cuatro pertenencias sobre los tatamis de paja de arroz que

cubrían todo el suelo y miró en derredor. El dormitorio incluía lo habitual. Por un lado un par de almohadones para apoyar la cabeza y por otro el armario donde se solía guardar el futón para dormir. Pero a su llegada la habitación estaba impoluta y totalmente recogida, para ofrecer todo el espacio posible. Los futones se doblaban y almacenaban cada mañana y se extendían cuando el huésped se disponía a dormir.

Durante unos minutos Emily se relajó sobre uno de los confortables almohadones del fondo de la estancia, aunque pronto le apeteció tomar un agradable baño caliente, para así quitarse la pesadez del camino y descansar profundamente. Como aún disponía de bastante tiempo hasta la hora de cenar, decidió coger los enseres necesarios para dirigirse a la zona de aguas.

Prácticamente todos los hoteles tradicionales solían disponer de una bañera de madera, llamada *ofuro*, donde se podía tomar un relajante baño de agua hirviendo. Los japoneses preferían que el agua estuviera muy caliente y Emily —pese que al principio había tenido verdaderos problemas para adaptarse a tales temperaturas y no salir escaldada— había aprendido a disfrutar de ello.

Después de preguntar a una de las jóvenes criadas la ubicación del *ofuro*, la señora Lambert salió al jardín del hotel, donde se topó con la majestuosa bañera.

No había nadie aparte de ella, de modo que se deshizo de las sandalias de madera que llevaba puestas y del confortable quimono que se había puesto para acceder a aquellos baños públicos, y se dio un lavado previo antes de sumergirse en el *ofuro*. Después, y mientras se adentraba en el agua, empezó a respirar profunda y pausadamente.

La limpieza previa era un acto esencial de respeto a los demás, dado que, al tratarse de un baño compartido por muchos clientes, las normas de educación obligaban a no ensuciar el *ofuro* de manera malintencionada. Por tal razón, Emily se había enjabonado y enjuagado fuera del mismo, antes de introducirse en la gran bañera de madera.

Una vez dentro del agua, permaneció varios minutos con los ojos cerrados y, cuando la abrazó una sutil sensación de paz, decidió abrirlos de par en par para apreciar la belleza de lo que la rodeaba. Si algo había aprendido de los nipones era a gozar de las sensaciones de baño antes de engullir la última comida del día. La caricia del agua sobre todo su cuerpo era la mejor de las recompensas después de un arduo viaje. Y ella se había ganado ese momento casi místico a pulso.

Mientras sentía su cuerpo flotar a merced del leve movimiento del agua, la joven británica reflexionó sobre el momento de su vida en el que se encontraba. Después de tanto sufrimiento estaba rozando el paraíso y, por ello, no podía evitar sentir que de alguna forma había triunfado en la vida. En Londres, placeres como aquel baño eran del todo impensables, tal vez porque, aparte de la falta de amor por todo lo natural, no disponían de las condiciones geográficas idóneas para ello. La presencia de los volcanes y la abundancia de aguas termales por toda la isla favorecían un hábito que los japoneses llevaban practicando desde tiempos remotos.

La joven pasó más de media hora sumergida en aquellas aguas y, una vez relajada, regresó a su habitación para estar presente en el momento en que sirvieran la cena.

En los *ryokan* —al igual que en los hogares japoneses tradicionales— no existía un espacio destinado a comedor común, de modo que los refrigerios solían tomarse en las mismas estancias en las que el cliente se alojaba, con el objetivo de aprovechar al máximo el espacio.

A la hora prevista, irrumpió en la habitación una joven enjuta y cabizbaja, aunque de facciones agradables, que sirvió un manjar delicioso. Al principio no dijo nada mientras colocaba los alimentos sobre una mesa baja, aunque, antes de retirarse, recordó a Emily que la asistiría en todo aquello que pudiera hacerle falta. Aparte de proporcionarles techo y comida, también tenía la obligación de que los huéspedes se sintieran como en su casa.

La señora Lambert respondió con una sonrisa al ofrecimiento de la joven y le agradeció su amabilidad. Los japoneses, siempre tan serviciales, no dejaban de sorprenderla. No existía diferencia entre jóvenes u hombres casi centenarios en lo tocante a su urbanidad: todos estaban cortados por el mismo patrón educativo. O, al menos, esa era la impresión que Emily tenía.

La joven *nakai-san* hizo una reverencia y, deslizándose en silencio, abandonó la habitación para que la huésped pudiera degustar la cena sin prisas.

Transcurrido el tiempo prudencial —y algo más, para no importunar antes de lo estrictamente necesario—, la misma *nakai-san* entró en el cuarto y se dispuso a recoger la mesa y a preparar los futones donde la heredera de los Watson iba a descansar. Era esta una actividad que repetía a diario como parte de sus obligaciones como criada de la casa y que dominaba a la perfección. A no ser que el cliente se encontrara indispuerto y no pudiera dejar libre la habitación durante el día, repetía la operación dos veces cada veinticuatro horas. La muchacha retiraba los futones y todo quedaba entonces inmaculadamente despejado. Nada que ver con las camas occidentales, que ocupaban espacio de modo inútil.

En Japón no existía un mueble semejante a una cama al estilo occidental; a ellos les valía con aquel método, por ser un sistema rápido y sencillo que permitía realizar un cumplido descanso. Cualquier otra cosa no era más que una molestia.

El caso es que la criada extendió sobre el tatami varios futones para darles un grosor parecido al de un colchón, y colocó un par más por encima, a fin de que Emily pudiera arroparse si la noche resultaba demasiado fría.

Cuando acabó su labor, hizo una nueva reverencia y abandonó la estancia tan en silencio como había entrado en ella.

Al día siguiente, y después de tomar un desayuno sabroso, de nuevo con alimentos propios de la zona, reemprendieron camino en dirección a Kobe. La distancia que los separaba de aquella otra gran ciudad era considerable, y más teniendo en cuenta que, para cumplir con los objetivos del viaje, debían detenerse en

algunos puntos del trayecto.

Como ya era habitual, algunos tramos eran fatigosos y difíciles de transitar, e Hiroshi, consciente de que un buen descanso podría levantar los ánimos de su patrona, decidió conducirla a una casa de té tradicional que conocía a la perfección.

El señor Nakata no podía negar que la compañía de aquella joven inglesa le resultaba agradable y, ante su constante interés en conocer todo lo referente a su cultura, decidió mostrarle una de las ceremonias más antiguas de su país. Después de todo, era imperdonable que aquella mujer aún no hubiera degustado el mejor té servido sobre la faz de la Tierra. Si quería abandonar su estatus de *gaijin*, necesitaba experimentar las mismas emociones que los nipones, pensar como ellos, dejarse acariciar por las ideas del zen e interiorizar todas sus costumbres.

Desde su llegada al país —también, por supuesto, en su Londres natal—, Emily había tomado té en numerosas ocasiones, pero jamás dentro de un ritual tan lleno de sentido y estéticamente perfecto como aquel. De modo que, ante la propuesta del *rōnin* de hacer alto en una casa de té cercana, aceptó con la esperanza de comprender la importancia del rito.

Además, gracias a su estricta formación samurái, Hiroshi conocía la ceremonia del té como la palma de su mano, de modo que no existía nadie mejor que él para adentrarla en el ritual.

A poca distancia de la aldea más próxima encontraron una antigua casa de té que el *rōnin* había frecuentado en el pasado. Tiempo atrás Hiroshi había pasado largas temporadas por la zona, y había llegado a entablar una gran amistad con la dueña. Para él, ella era la mejor maestra de té de todo Japón.

—Ya hemos llegado al lugar que le he comentado, señora patrona —dijo Hiroshi, contento de poder mostrar a la señora Lambert un lugar tan especial.

—Es un lugar precioso, señor Nakata... —acertó a responder Emily, que estaba fascinada por la belleza de los alrededores de la casa.

—Lo es... Es una casa de té de gran fama en nuestro país. La forma en la que su maestra prepara el té y el bello jardín zen que ella misma cuida con esmero son únicos.

—¡Maravilloso! ¡Ardo en deseos de entrar cuanto antes!

—Señora patrona, muchos son los que acuden a la maestra Yuuki para pasar un rato agradable en compañía de sus familiares o amigos. Es un verdadero honor que una maestra como ella nos atienda —explicó el guardaespaldas.

—¿Con sus familiares y amigos?

—Así es, señora patrona. Para nuestro pueblo, el vínculo eterno y constante con la naturaleza que nos rodea, mientras se disfruta de un aromático té, es uno de los mayores placeres de la vida.

—Entonces este lugar debe de ser maravilloso, no me cabe duda —reconoció la joven, emocionada ante la expectativa de lo que iba a encontrar—. Hábleme por favor un poco más de los detalles que he de conocer antes de entrar.

—Esa es una pregunta difícil de responder. El ritual de la ceremonia del té es complejo en sí mismo, y más que explicarse debe presenciarse. Solo así podrá asumirlo en su totalidad. Mucho me temo que mis palabras no harían justicia a lo que acontece en el interior de esa casa.

—Comprendo...

—Se trata de un ritual que solo se practica en este tipo de *sukiya*. Usted procure dejar la mente en blanco y disfrutarlo al máximo. No existe el menor secreto. Solo manténgase relajada para que sus sentidos puedan percibir hasta el mínimo detalle.

—¡Por Dios, señor Nakata! Jamás me había tomado un té con semejante responsabilidad —exclamó Emily con buen humor.

—No hay nada de lo que preocuparse. La ceremonia está pensada para que conecte con usted misma. Es otro medio para meditar correctamente.

Después de la breve explicación y de dejar al resto del grupo esperando en el exterior, patrona y guardaespaldas se adentraron en la propiedad de la célebre Yuuki.

Al entrar, se encontraron con un hermoso y cuidado jardín, y enseguida salió a recibirlos una de las asistentes de la maestra. Esta, contenta de ver a Hiroshi, sonrió constantemente mientras hablaba con el antiguo samurái y, ante la atenta mirada de Emily, el *rōnin* demostró su aprecio por aquella mujer.

Terminado el cordial y largo saludo, la asistente los invitó a que la acompañaran al interior de la casa.

Mientras recorrían el precioso jardín de simbología típicamente zen, la joven se dejó atrapar por la sencillez del entorno. Las piedras, la arena de tonalidad blanquecina y las islas de vegetación lograron cautivar sus sentidos, en tanto admiraba una perfecta hilera de árboles en miniatura colocados sobre un pequeño puente de madera construido con maestría. El puente salvaba un pequeño estanque en el que nadaban carpas de colores.

Los tres se mantuvieron en silencio y, sin prisa, recorrieron un estrecho y húmedo sendero que llevaba a la construcción principal. Emily parecía algo confusa por aquel detalle y, al darse cuenta de la expresión de la joven, Hiroshi decidió aclararle el motivo.

—Señora patrona, se estará preguntando por qué el camino está mojado...

—La verdad es que sí, señor Nakata.

—Puede que en un principio carezca de sentido, pero para nosotros todos los detalles forman parte del mismo ritual y, por lo tanto, cumplen un papel primordial.

—¿Entonces...? Reconozco que no le encuentro una razón —confesó Emily.

—Nos limpia espiritualmente. Mientras lo recorremos deberíamos despojarnos de nuestros problemas, para asistir a la ceremonia del té con la mejor predisposición. Lo malo, aquello que nos arrastra hacia un pensamiento negativo, debe quedarse en este jardín —explicó el antiguo samurái—. No tenga prisa, señora patrona... Déjese influenciar por la armonía de lo que nos rodea y por la calma de la maestra Yuuki.

No dijeron nada más hasta que llegaron a un simple recipiente de piedra, donde Emily imitó al exsamurái. Siempre sonrientes, practicaron el ya conocido ritual de lavarse las manos y enjuagarse la boca. A Emily le resultó extraño que aquello debiera hacerse en un lugar que, en apariencia, nada tenía que ver con el sintoísmo, pero como Emily ya había experimentado antes esa sensación, la asumió con normalidad.

Acto seguido, la señora Lambert y sus dos acompañantes entraron en la casa de té. La británica estaba ansiosa por presenciar la ancestral ceremonia.

A simple vista, la casa no era mayor que una tradicional casita de madera y papel. Además, la puerta de acceso al interior era minúscula. Cuando la vio, Emily se quedó perpleja. ¿En serio era por ahí por donde debían entrar?

—Sígame, señora patrona. Debemos entrar de rodillas, por esta puerta —dijo Hiroshi—. Así lo manda la tradición. Pasando por ella nos convertiremos en almas humildes y sin pretensiones. Este acto es muy necesario para dejar fuera todo aquello que nos hace peores personas —especificó el *rōnin*, a fin de que su patrona entendiera todos los pasos de una ceremonia que ya se había iniciado desde que penetraron en el recinto principal.

—Entiendo... —Emily se había quedado sin palabras.

Antes de adentrarse por la minúscula puerta, se desprendieron de su calzado y se pusieron en los pies algo parecido a los calcetines blancos que los japoneses solían usar con frecuencia.

Tras pasado el pequeño umbral —con más facilidad de lo esperado—, Emily y sus acompañantes se encontraron en la estancia donde la maestra Yuuki iba a servirles el té a través de un ritual antiquísimo, transmitido de generación en generación.

—Disculpe que se lo diga, señora patrona, pero he de pedirle que me siga paso a paso y repita mis movimientos para así cumplir adecuadamente con nuestro papel en la ceremonia. ¿Le parece bien que sea así? —la consultó Hiroshi.

—Sí, sí. Desde luego, señor Nakata.

Con una fugaz sonrisa, el antiguo samurái le hizo una leve reverencia y se acercó hasta una estrecha tarima a la que llamaban *tokonoma*. Sin decir nada, ambos se arrodillaron frente a la misma e hicieron una reverencia ante un rollo de papel colgado de la pared que incluía un ideograma *kanji*. Emily lo imitó tal y como él le había pedido.

A continuación, se levantaron y se desplazaron hasta el lugar que les correspondía en el tatami central de la estancia. Hiroshi permaneció justo al lado de donde se iba a colocar Yuuki. Su cometido en aquella ocasión era el de guiar a la joven británica.

Por expreso deseo del exsamurái, Emily estaba a punto de participar en una ceremonia del té completa llamada *chaji*. Era un acto en el que también se servían alimentos y dos clases de té, en diferentes fases. De modo que la ocasión bien merecía toda la atención de la señora Lambert, dado que se trataba de un ritual muy cuidado, en el que se mimaban todos los detalles.

Mientras esperaban la aparición de Yuuki, Hiroshi quiso explicarle algunos detalles. Lo hizo en susurros, para no romper la paz reinante en la estancia.

—Yuuki, la maestra que ahora conocerá, es la única anfitriona que ha tenido esta casa de té. Nuestra amistad ha perdurado con los años, y a su gran valor como persona debe sumársele su plena dedicación a esta ceremonia. Lo lleva haciendo desde que tuvo uso de razón y fue instruida para ello. Pese a su maestría, tardó décadas en dominar todos los pasos de este ritual, pero le puedo asegurar que no hay nadie mejor en todo el país —contó Hiroshi, satisfecho de estar allí con su patrona.

—¿Tanto tiempo se necesita para aprender a realizar esta ceremonia, señor Nakata? —preguntó Emily, sorprendida.

—Nunca se aprende del todo, señora patrona. Cada día se adquiere una nueva habilidad o se perfeccionan las que uno ya posee. Esa es la enseñanza y la razón por la que es tan importante para nuestro pueblo —comentó el *rōnin*, intentando dotar de significado a la herencia cultural que su familia le había legado.

—Entonces, la maestra Yuuki debe de ser una persona de lo más paciente. Pocos soportarían estar aprendiendo hasta el fin de sus días...

—Y por ello son pocas las maestras que dominan este arte. La maestra Yuuki ofrece una experiencia inolvidable a quienes la visitan. Ella domina todos los pasos de la ceremonia del té, pero también el arte de la caligrafía, el de los arreglos florales y el del cuidado del jardín. Es una persona única en muchos sentidos.

—¿Aquellos árboles diminutos y todo lo que hay en el jardín es obra suya? —se admiró Emily—. El cuidado con que se ha trabajado el exterior es fascinante.

—Sí, señora patrona. Yuuki se encarga de mantener esta casa tan bella como el primer día. De ahí su fama. Es una de las maestras más expertas en todo aquello que deriva del pensamiento zen. Muy pocos han logrado alcanzar su altísimo nivel de perfección.

—Escuchándolo, señor Nakata, me entra un gran deseo de conocerla... Me siento afortunada de estar aquí.

—Pronto aparecerá, señora patrona. De momento, déjese acompañar por la luz tenue que entra desde el exterior y por el sonido susurrante que el agua de la tetera hace mientras se calienta en este hornillo —le aconsejó Hiroshi mientras señalaba el fuego ubicado en el centro de la habitación.

—Procuraré hacerlo... —respondió Emily, intentando adaptarse a su papel en aquel ritual.

Justo en ese momento, la maestra Yuuki entró en la estancia con una elegancia que Emily jamás había presenciado. Aquella mujer era como un hada del bosque. Era

la espiritualidad personificada en un ser humano de infinita belleza. Aunque ya no era joven, conservaba una hermosura tan inmaculada que se hacía difícil adivinar su edad exacta. Vestía con distinción un kimono oscuro y un tradicional *obi* atado a la parte posterior de la cintura.

Yuuki saludó con calma a Hiroshi y a Emily, y se alegró sobre todo de volver a ver al antiguo samurái.

Minutos después, los tres tomaron asiento en sus puestos respectivos, y Yuuki introdujo algunos fragmentos de carbón vegetal en el hornillo de la habitación. Después les sirvió una refrigerio frugal y algo parecido a unos dulces propios de la región en la que se encontraban. Eran manjares servidos en pocas cantidades, pensados para apaciguar la sensación de hambre.

Ambos clientes degustaron con tranquilidad los alimentos y, cuando la refacción finalizó, Yuuki dio por acabada la primera fase de aquella ceremonia pidiendo con educación a Hiroshi y Emily que esperasen mientras ella se ausentaba unos minutos. La maestra de ceremonias necesitaba preparar el té en total intimidad y, con una leve reverencia, desapareció de la estancia.

En ausencia de Yuuki, la joven sirvienta de la casa entró en la habitación y, con gran finura, sustituyó el rollo de papel del *tokonoma* por un minucioso arreglo floral. Sin mediar palabra, y ante la atenta mirada de Emily, puso los tazones para el agua y el té en las posiciones que marcaba la tradición. Cuando acabó de hacer esto, sonrió, hizo una reverencia y abandonó la estancia sin hacer ruido.

Durante unos minutos el *rōnin* y la patrona permanecieron solos, admirando en silencio lo que los rodeaba y, antes de que pudieran echar en falta a la anfitriona, la maestra Yuuki apareció con una bella tetera, un agitador de bambú para remover el agua y un larguísimo cucharón confeccionado con el mismo material.

Ante la mirada curiosa de Emily, una silente Yuuki limpió el recipiente del té y el cucharón de bambú con una tela suave y enjuagó el agitador del té en uno de los cuencos que la sirvienta había dejado sobre el tatami.

Con un movimiento casi fantasmagórico, comparable al soplido de una leve brisa de verano, Yuuki colocó tres cucharadas de un té llamado *matcha* en las vasijas de Emily e Hiroshi y, ayudándose del cucharón de bambú, los rellenoó de agua caliente. Con movimientos precisos y muy estudiados, removió la mezcla con el agitador, hasta que adquirió el aspecto idóneo para la infusión.

Una vez elaborado, la maestra situó el tazón a medio camino de Hiroshi, que se desplazó lentamente para tomarlo entre sus manos. El exsamurái hizo una reverencia respetuosa a Yuuki y a Emily, y, después de colocarlo en sus manos, lo giró hasta que el dibujo de un cerezo quedó frente a sí. Aquella era la forma de saber que era el momento oportuno de probar el té. Por lo tanto, dio un simple sorbo y, transcurridos unos segundos, ensalzó con educación el sabor de la infusión. Después sorbió en un par de ocasiones más.

Al terminar, limpió el borde del tazón que había estado en contacto con sus labios

con la ayuda de una servilleta y lo entregó a Emily para que hiciese lo mismo. Cuando finalizó su turno, Emily se lo devolvió a Hiroshi para que este se lo entregara de nuevo a la maestra Yuuki.

La experiencia estaba resultando intensa y espiritual. Con el mismo juego de movimientos sutiles, la maestra volvió a añadir más carbón al hornillo de la estancia para preparar una nueva infusión. Era el momento de degustar una disolución menos concentrada que la que se acababa de servir y, para amenizar la espera, Yuuki volvió a ofrecerles unos dulces deliciosos que prácticamente se disolvían en el paladar.

Y mientras aquella mujer maravillosa realizaba su trabajo a conciencia, Emily e Hiroshi se dejaron influir por el ambiente apacible de la habitación. Hasta ese momento, jamás se habían hablado mirándose a los ojos de una forma tan sincera y, aunque no se dieron cuenta, Yuuki los observaba sabiendo perfectamente lo que iba a suceder en un futuro inmediato. Su experiencia le decía que, entre aquellos dos clientes, tarde o temprano iba a surgir una bella relación de amor. No había más que observar con atención las expresiones de sus rostros para percatarse de que sus almas deseaban entrelazarse en aquel escenario tan puro.

Una vez finalizada la preparación de la segunda tanda de té, la forma de proceder fue calcada a la anterior, aunque en aquella ocasión el sabor de la infusión era más relajado y suave. Eso sí, en ese momento de la ceremonia, Yuuki preparó un tazón individual para cada uno. Simplemente, no era necesario compartirlo.

Después de haberlo saboreado con la misma calma que había dominado la ceremonia, Emily e Hiroshi limpiaron sus respectivos cuencos con el pañuelo y los ubicaron en el lugar prescrito. La joven inglesa había imitado al pie de la letra los movimientos de su guía.

Entonces, mediante una reverencia silenciosa, la maestra Yuuki dio por finalizada la ceremonia.

Los dos clientes se despidieron de la anfitriona devolviéndole una educada sonrisa, y le prometieron que, tan pronto como les fuera posible, volverían a visitarla.

Al salir de la hermosa casita de té, Emily agradeció a Hiroshi que la hubiese llevado a aquel hermoso lugar, y su guardaespaldas admitió sentirse feliz de habérselo mostrado. Acababa de presenciar algo que permanecía firmemente arraigado en la cultura japonesa, y que, de hecho, era indispensable para comprender a aquel pueblo. Emily jamás había estado tan cerca de dejar de ser una *gaijin*.

A medida que recorrían el país, Hiroshi fue abriendo su corazón a Emily. Poco a poco, empezó a compartir con su patrona pequeños detalles de su gente, de su país y de él mismo. Con cada día que pasaba en su compañía, el *rōnin* se sentía cada vez más atraído por aquella *gaijin*, a pesar de que, para un samurái, relacionarse con una extranjera no estaba bien visto. Era una situación inconcebible de acuerdo con la categoría de su estatus.

Él, que procedía de una estirpe de guerreros profundamente influenciados por el *bushidō*, respetaba unos principios sumamente complejos y difíciles de transmitir a

cualquier occidental ajeno a las mismas raíces. Una mujer nacida a miles de millas del país del sol naciente no podía ser la mujer de su vida. Carecía de toda formación, cultura y alma orientales y, de conocer sus sentimientos hacia ella, muchos pensarían que Hiroshi había perdido la razón, atrapado por una atracción irracional. Porque, de alguna forma, era como si se hubiera vuelto loco. Sus estrictos valores japoneses habían quedado relegados a un segundo plano y, sin una explicación lógica, su corazón había dejado de obedecer las directrices impuestas por la tradición. No obstante, y a medida que buscaban más huevos de gusano de seda, el afecto entre Hiroshi y Emily aumentó sin que nada ni nadie pudiera evitarlo.

Tal vez fuera por la bella cabellera rojiza o los ojos color esmeralda de Emily, pero a Hiroshi aquella mujer lo perturbaba como jamás otra lo había hecho. Su forma de comportarse, su expresión corporal y la intensidad de su mirada le confirmaban que aquella joven había vivido lo suficiente como para llegar a entender la tristeza que él soportaba. El *rōnin* cargaba un lastre emocional del que no había podido desprenderse pese a abandonar la vía del guerrero de una forma activa. Él, que había matado sin pensar ni siquiera a quién, y que estaba obligado a cargar con aquella pesadumbre hasta el final de sus días, sentía que solo una mujer fuerte como Emily podría aligerar su dolor. Intuía que aquella occidental poseía una sabiduría emocional difícil de encontrar en alguien que no fuera de su misma condición ni se hubiera educado bajo los mismos valores y, aunque se resistía a la evidencia, eran demasiadas las noches en que soñaba con tenerla entre sus brazos y poseerla bajo el intenso influjo de la luna oriental.

Las ensoñaciones de Hiroshi coincidían por completo con lo que Emily sentía hacía su guardaespaldas. Porque, cuando Emily lo observaba de cerca, no podía evitar imaginarlo como a su amante. El *rōnin* había logrado arrebatarse el corazón cuando ya no creía en el amor.

Todas las horas que habían compartido hasta ese momento habían insuflado vida a unos sentimientos que aún ocultaban celosamente y, cuanto más se alargaba el viaje —que era a la vez físico y espiritual—, más intensos eran los afectos que albergaban en su interior.

Y es que, al observar la mirada del *rōnin*, Emily podía percibir con claridad que ese hombre sufría por lo que había sido y hecho. Al igual que ella, había pasado por demasiadas situaciones desdichadas como para sentirse con derecho a ser feliz, y entonces la joven entendía que solo él podría liberarla del dolor que aprisionaba su alma desde la muerte de Thomas. Sin embargo, le parecía un atrevimiento desmedido acercarse a Hiroshi y hacerle una mera caricia. Todo —la cultura, el idioma, la forma de concebir la realidad— se interponía entre ambos, como barreras invisibles que debía saltar lo antes posible para adentrarse en su corazón. Emily experimentaba al pensar en él una emoción indefinible, pero tan imprescindible como el aire que inhalaba a cada segundo.

Poco a poco, sus miradas empezaron a cruzarse con mayor asiduidad, incluso

furtivamente, y, siempre que se descubrían el uno al otro, una sonrisa sutil se esbozaba en sus rostros. El viaje no ayudaba a tener muchos momentos íntimos, pero de vez en cuando buscaban el delicado roce de sus cuerpos bajo cualquier excusa. Y sentir el calor del otro a solo unos milímetros, comprobar cómo se manifestaba una pasión forzosamente controlada, prendía fuego en sus corazones. La hoguera del deseo y los sentimientos se avivaba en cuestión de segundos. Al principio se sentían desconcertados, pero fueron comprendiendo de modo paulatino que su encuentro era irremediable; ambos sabían que, tarde o temprano, iban a unirse, porque de alguna forma el destino lo había establecido de antemano. Y así lo acabaron aceptando.

Desde el primer día, Hiroshi no se había separado ni un segundo de Emily, y había llegado a pasarse algunas noches en vela, para protegerla mientras su patrona descansaba con placidez. Aun sin dar un nombre al sentimiento que se había extendido por su alma, Hiroshi se dio cuenta de que su devoción hacia la británica empezaba a ser enfermiza. Y, sin lugar a dudas, el amor determinó el curso de sus reacciones.

Habían transcurrido varias semanas de viaje y, con la excusa de no sentirse del todo segura, Emily se armó de valor para pedir a Hiroshi que se quedase en la misma habitación que ella cuando llegase la noche. Según la joven inglesa, aún le perseguía el recuerdo de la agresión de los samuráis de Kitano y temía ser atacada mientras intentaba conciliar el sueño. Así que tener cerca a Hiroshi parecía una buena solución.

Su propuesta era alquilar las habitaciones más grandes en los *ryokan* donde pernoctasen, para que ambos pudieran dormir separados en el mismo cuarto. Así Hiroshi podía estar cerca de ella si se produjera cualquier asalto y defenderla con más efectividad.

Desde luego, a ambos les pareció una buena idea y, gracias a aquella nueva disposición, lograron la intimidad que inconscientemente habían estado buscando.

Cada noche, antes de dormir, tomaron la costumbre de sentarse en el jardín del *ryokan* donde se hospedaban, para charlar mientras observaban las luces de las infinitas luciérnagas que poblaban el país. En un entorno tan propicio para la expresión de los afectos, empezaron a indagar sobre sus vidas. Sin presiones, lograron conocer sus virtudes, sus aciertos, sus errores, sus lastres y aprender el uno del otro. Se mostraron tal y como eran en realidad y sintieron que ambos estaban predestinados a compartir una vida en común. Habían crecido en sociedades radicalmente opuestas, pero aun así se sentían más cerca el uno del otro de lo que jamás ambos se habían sentido de alguien, y el amor germinó en sus vidas con la misma fuerza con la que Hiroshi empuñaba su catana. Tal vez, puesto que ya habían unido sus almas, solo la muerte podría separarlos.

Las jornadas del viaje eran muy duras, pero ambos las soportaban sabiendo que al final del día podrían reunirse en su pequeño paraíso. Y eso les bastaba como excusa para retrasar su regreso a Hachiōji.

Kioto estaba ya lejos, y el centro de Honshu quedó atrás mientras se adentraban en el oeste del archipiélago, un territorio que poseía todos los contrastes del país, dominado por las montañas y batido por las olas del mar del Japón.

En la región de Chugoku, a diferencia de las ciudades importantes, los pueblos humildes se enfrentaban a la modernidad con la única arma de las tradiciones. Frente al avance del ferrocarril y la industria, muchos pescadores insistían en seguir atravesando el oleaje con pequeñas embarcaciones a fin de obtener las capturas suficientes para alimentar a sus seres queridos, y muchos campesinos cultivaban con sus manos los campos bajo el duro azote del sol del mediodía. Los habitantes de aquellas aldeas se resistían a rendirse al empuje de la modernidad, porque su vida era lo único que poseían.

El grupo, con muchos menos efectivos que al inicio del trayecto, recorrió la zona y se topó con varios lugares emblemáticos, hasta que, según lo previsto, llegaron a la famosa Kobe. Era esta una gran villa que, a decir verdad, nada tenía que ver con Kioto ni con los pueblos aún vinculados al pasado cultural japonés.

Mientras paseaban por sus calles, un escalofrío recorrió el espinazo de Emily. Aquella ciudad no era de su agrado en absoluto. Le pareció horrorosa. Y, al ver la desaprobación reflejada en su rostro, Hiroshi quiso proporcionarle alguna explicación:

—Mucho me temo que esta ciudad no es lo que usted esperaba, señora patrona —dijo el *rōnin* manteniendo las formas, pese a que entre ambos apenas existía ya distancia alguna.

—Es demasiado moderna para lo que debería ser una ciudad japonesa, y eso me entristece y me da que pensar...

—No es mi intención acusar a todos los extranjeros por igual, pero la culpa de que Kobe haya perdido su personalidad se debe a los primeros occidentales que pisaron nuestro país —explicó el guardaespaldas con la máxima cautela, para no ofender a su querida patrona.

—¿A qué se refiere, señor Nakata? —preguntó Emily, que también aparentaba guardar las formas.

—Verá, los primeros *gaijin* en pisar estas tierras se establecieron inteligentemente cerca del monte Rokko y crearon allí una comunidad a la que nosotros jamás hemos pertenecido... y que con los años se ha apoderado de la ciudad.

—¿Se refiere a que hicieron una especie de gueto? —se extrañó Emily, que

deseaba entender por qué Kobe resultaba tan desagradablemente moderna.

—¿Qué es un gueto, señora patrona? Jamás había escuchado esa palabra...

—Es un barrio donde solo viven miembros de una comunidad determinada. Es un concepto que creo que podría definir lo que usted está intentando explicarme.

—Sí, eso es lo que intentaba decir... Esta ciudad es de las de construcción más reciente de nuestra historia, de modo que es comprensible que se aleje de nuestras tradiciones —reconoció el antiguo samurái.

—Y entonces, ¿tiene algún interés?

—Al margen de sus famosas aguas termales, me atrevería a decir que ninguno.

Emily hizo una breve mueca, resignada y disconforme, y pensó que aquella ciudad tenía áreas que bien habrían podido pertenecer a su Gran Bretaña natal o a países como Francia. Daba la impresión de que allí los entrometidos *gaijin* habían pretendido crear una ciudad a su medida, y esa actitud a la señora Lambert le resultaba repugnante.

El pequeño grupo —que ahora solo contaba con cinco miembros— deambuló por aquellas calles relativamente modernas y muy amplias con la convicción de que los tiempos estaban cambiando. Lo más triste era ver cómo, por culpa de la política Meiji, gran parte de la nación aceptaba renunciar a sus principios.

La visita a Kobe dio mucho que pensar a Emily. Desde la llegada al país había logrado acercarse a su gente, a su cultura y a su forma de entender la vida, pero aun así se le seguían escapando ciertos detalles. Gracias a Hiroshi, conocía el meollo de la mentalidad nipona, pero ver cómo aquellos hombres aceptaban someterse al poder occidental la sacaba de sus casillas. De hecho, deseaba gritarles bien alto que se estaban equivocando y que, si no arrancaban ese sojuzgamiento de cuajo, iban a sucumbir a la tiranía de los pueblos pretendidamente desarrollados.

Aquella misma noche, mientras Emily se arropaba con el futón e intentaba conciliar el sueño, surgió una interesante conversación entre la patrona y su guardaespaldas.

Mientras esperaba a que la señora Lambert se durmiera, el *rōnin* intentaba acurrucarse en una esquina de la estancia, alumbrado con una pequeña lámpara de papel anaranjada y su catana como única compañía.

Durante varios minutos los dos permanecieron en silencio y solo los lejanos sonidos de la noche ocuparon los pensamientos de ambos. Emily intentaba dejarse vencer por el cansancio, pero la necesidad de acercarse a aquel hombre le impedía relajarse por completo.

La joven británica había hecho de su curiosidad por el pueblo japonés su mejor aliada para adentrarse en el alma del exsamurái. Desde luego, seguía teniendo en mente muchas preguntas por hacer, y ante sí a la única persona dispuesta a proporcionarle todas las respuestas. De modo que, sin previo aviso, tomó la iniciativa. Algunas ocasiones no podían dejarse escapar y cualquier momento era bueno para escuchar la voz del hombre al que había aprendido a amar.

—Señor Nakata, ¿está usted dormido? —dijo en un susurro para evitar despertarle si era así.

—No, señora patrona. ¿Sucede algo?

—No... solo que no puedo conciliar el sueño. Tengo demasiadas cuestiones rondando en mi cabeza... —respondió Emily intentando atraer la atención de Hiroshi.

—¿Qué la preocupa?

—Más bien se trata de lo que deseo saber...

—¿Qué desea saber entonces? —preguntó el antiguo samurái, desconcertado. A esas horas, lo normal era estar durmiendo.

—Quiero comprender todo aquello que aún no comprendo... ¿Puede ayudarme, señor Nakata? —solicitó Emily con cierta ambigüedad.

—Siempre que la respuesta o la explicación esté en mis manos, puede estar segura de que así lo haré.

—Gracias. Aunque cueste comprenderlo, su ayuda es muy importante para mí.

—Creo comprenderla y se lo agradezco, señora patrona... Dígame entonces de qué se trata —se ofreció Hiroshi con tono agradable y pausado.

—¿Por qué los japoneses jamás muestran su ira en público? No importa si tienen o no razón, porque siempre tienen una sonrisa en el rostro...

—Eso no es del todo cierto, señora patrona. Tras nuestra aparente felicidad en ocasiones se esconde sufrimiento, pero tenemos la paciencia de esperar al momento oportuno para resolver nuestros asuntos. Aunque siempre en su justa medida.

—Aun así, son un pueblo educado y sincero. Nada que ver con los británicos —afirmó la patrona con seguridad—. Poseen demasiadas virtudes. Y, sobre todo, son los seres más corteses sobre la faz de la Tierra. Ni siquiera la falsa superioridad de mi pueblo se puede comparar con su cortesanía.

—Forma parte de nuestro carácter, señora patrona. Siempre estamos dispuestos a ayudar o a agradecer lo que hacen por nosotros.

—¿Es que aquí nadie se insulta o se falta al respeto? ¿Cómo puede ser que desde fuera les vean como salvajes cuando realmente son auténticos caballeros? —se preguntó Emily, tras sacar conclusiones de todo lo que había visto durante sus años en Japón.

—Aunque nuestro enfado sea considerable, jamás nos verá perder la calma. Gritar innecesariamente y perder los nervios es propio de su cultura, no de la nuestra. Y nosotros no somos bárbaros —se defendió el *rōnin* intentando acercarse al fondo del asunto.

—Entonces, ¿usted cree que tenemos remedio? —inquirió Emily, deseosa de saber lo que pensaba aquel hombre.

—¿Quién? ¿Los occidentales?

—Sí, señor Nakata.

—Tal vez sea tarde, pero solo con dar las gracias y disculparse cuando es debido, uno puede ganarse el corazón de un japonés. Todos los *gaijin* deberían ser como

usted, señora patrona. Deberían intentar pensar y actuar como nosotros, adaptarse a nuestras costumbres y entender nuestra forma de ver la vida. Nosotros, al contrario que los occidentales, nos consideramos primero como pueblo y después como personas —reflexionó Hiroshi.

—¿Cómo podemos ser tan diferentes?

—Tal vez a causa de la gratitud...

—¿Gratitud? ¿A qué se refiere? —Emily no sabía lo que Hiroshi quería decir.

—A que los japoneses respetamos a quienes vivieron antes que nosotros. Estamos en deuda con nuestros antepasados y siempre agradecemos el bien que recibimos. Incluso aunque haciéndolo nos perjudiquemos...

—Mi impresión —y con esto no deseo ofenderlo— es que no muestran sus sentimientos. Los británicos, por ejemplo, no pueden mantener la boca cerrada.

—Señora patrona, a nosotros nos enseñan a mantener la armonía entre las personas y, aunque a veces lo que digamos no tenga relación con lo que pensamos, siempre procuramos no herir a los demás.

—Y entonces, en caso de conflicto, ¿qué hacen?

—Lo que no puede arreglarse mediante la circunspección solo puede solucionarlo el filo de una catana. Esa ha sido la costumbre desde que se forjó la primera arma, aunque ahora los tiempos nos obliguen a adoptar otras actitudes —declaró el *rōnin*.

—No poder decir las cosas cara a cara tampoco ayuda a solucionar los conflictos, ¿no cree? —apuntó la joven con cierto tono moralizante.

—Para un japonés, no hay peor ofensa que herir los sentimientos de un igual, y no decir lo que realmente se piensa es una virtud que valoramos mucho. Entiendo que eso choque con su forma de pensar, pero no es algo tan negativo como puede parecer. Nosotros siempre tenemos en cuenta los sentimientos de quien tenemos delante, y exigimos igual trato hacia nosotros. Así logramos mantener el equilibrio y la armonía —argumentó Hiroshi sin perder la compostura.

—Puede que tenga razón, señor Nakata... —asintió Emily mientras meditaba sobre lo que el exsamurái había dicho.

La conversación terminó en este punto, volvió el silencio y la señora Lambert se durmió profundamente. El antiguo samurái la observó durante gran parte de la noche, apreciando su belleza. Proteger a esa mujer se había convertido en un regalo que la vida le había proporcionado después de tanto sufrimiento. No dejaba de preguntarse, no obstante, si en realidad lo merecía.

Abandonaron Kobe y, después de algunos días de camino, llegaron a Osaka, otra de las grandes ciudades del país que había sucumbido sin remedio a la fiebre industrial. En realidad era una nueva ciudad portuaria al estilo de Yokohama, pero sin carisma.

Mientras transitaban por sus calles, Emily experimentó la habitual sensación de rechazo que la afligía cada vez que se topaba con un escenario parecido. Enseguida, los pocos miembros del grupo que quedaban se toparon con chimeneas altísimas y

humeantes, símbolos de la frenética actividad industrial. Todo a su alrededor ofrecía la imagen de una ciudad occidental.

Sin duda, Osaka se había plegado con rapidez a las exigencias de quienes repudiaban el pasado, e incluso los hoteles y las casas ricas eran un calco de los británicos.

Para la patrona, aquella fue la peor parada de todo el viaje, y mientras permaneció en la ciudad se sintió profundamente desubicada. Aquella larga ruta por Japón había hecho que sus concepciones mentales se encontraran en un punto distante de las occidentales y cada vez más cercano a la forma de pensar nipona.

Lo único destacable de aquella ciudad era su castillo y los hechos históricos que allí acaecieron, pero, como deseaban llegar al final del viaje, decidieron no perder el tiempo en visitarlo. Al fin y al cabo, el objetivo de su periplo no había sido explorar el país, sino obtener los preciados huevos de gusano.

En tanto Osaka desaparecía de su vista, Emily se prometió a sí misma que jamás volvería a Gran Bretaña. Prefería morir en la maravillosa tierra de los cerezos en flor que volver a someterse a la hipócrita doble moral de los británicos. En esas tierras de Oriente había obtenido la paz que se le había hurtado en Gran Bretaña, y no permitiría que se la arrebatasen nunca más.

Aquella noche se detuvieron ante un bonito *ryokan* que encontraron en el camino. El final del recorrido estaba cerca y el cansancio empezaba a pasarles factura, aunque aún les quedaban un par de pueblos por visitar antes de emprender el camino de regreso a Hachiōji.

Después de cenar, Emily e Hiroshi se reunieron en el soportal del jardín del establecimiento. Una magnífica luna llena les alumbraba sutilmente parte del rostro y su influjo hizo brotar todo aquello que llevaba tiempo madurando. La serenata de los grillos se acompañaba con el intermitente brillo de las luciérnagas y el leve balanceo de los farolillos de papel anaranjado, y durante varios minutos ambos se esmeraron en mimar aquel silencio. El momento de las confesiones se aproximaba.

—¿No le parece una noche perfecta, señor Nakata?

—Desde luego, señora patrona...

—Allí de donde vengo, estas noches son imposibles de apreciar... —sostuvo la señora Lambert con tono calmo, pese al embrollo de sensaciones que empezaba a agitarse en su interior.

—Japón es ahora su tierra, señora patrona... Nuestras noches son las suyas —susurró Hiroshi mientras ella lo observaba con atención. Emily sonrió y siguió observando la luna.

Durante unos minutos volvieron a quedarse en silencio. Ambos disfrutaban con la mera presencia del otro, pero en su interior ardían en deseos de besarse apasionadamente. Sus sentimientos llevaban demasiado tiempo reprimidos a causa de clichés morales absurdos y por el miedo a las consecuencias inevitables.

Tras dejar pasar un rato, necesario para armarse de valor, Emily decidió

adentrarse furtivamente en el alma del antiguo guerrero. Deseaba con todas sus fuerzas saberlo todo sobre él, conocer quién era aquel hombre misterioso y qué le pasaba por la cabeza. Decidida a conseguirlo, lo puso todo de su parte:

—¿Por qué no me cuenta algo de usted, señor Nakata? —preguntó ansiosa, sin tener en cuenta si era o no demasiado directa.

—Puede que no haya mucho que contar..., nada que pueda interesarle, señora patrona.

—Eso debería decidirlo yo, ¿no cree? —respondió Emily, que suavizó las implicaciones de su respuesta con una sonrisa pícaro.

—Es posible, señora patrona.

—¿Sabe qué? Creo que ha llegado el momento de que nos tuteemos. A estas alturas ya debería ser lo normal, ¿no cree? —propuso Emily con decisión.

—¿Está usted segura de que es lo conveniente? —replicó Hiroshi con cautela.

—¡Claro!

—Está bien, Emily —dijo el *rōnin* como si la hubiera tratado así toda la vida.

—Ahora que ya nos tuteamos, ¿puedo preguntarte algo íntimo? Debes perdonar mi atrevimiento, pero es algo que hace tiempo que me ronda por la cabeza, aunque aún no había encontrado el momento de decírtelo...

—Puedes preguntarme lo que desees, Emily —aceptó el exsamurái, dispuesto a abrir su alma de par en par.

—¿Cómo se convierte a un niño en guerrero? —inquirió la joven mirándole a los ojos y sin apenas pestañear.

—Cuando uno nace en una familia de samuráis debe seguir la tradición... —respondió Hiroshi. Por como lo dijo, a Emily le pareció que su destino había sido más fruto de una obligación que de una elección voluntaria.

—¿Y te sientes orgulloso de serlo?

—He honrado el nombre de mi familia... Es lo que se esperaba de mí —repuso el *rōnin*, lacónico.

—Debió de ser muy duro...

—Para el hijo de un samurái, lo es... Aprende la vía del guerrero demasiado pronto.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque, por aquel entonces, el *bushidō* lo era todo en nuestras vidas.

—¿Ya desde pequeño? —se sorprendió Emily.

—Sí, Emily... Nacemos con ese destino y lo aceptamos sin más.

—¿Querías contarme cómo fue? No comprendo que se convierta a los niños en guerreros de una forma tan premeditada. Nuestros mundos son tan diferentes, Hiroshi...

—La tradición dirige nuestros pasos, Emily, y todos crecimos con la obligación de convertirnos en el mejor de los samuráis.

—Vuestras tradiciones son ancestrales, y las respeto, pero conducir a un niño a

una muerte casi segura me parece erróneo... —opinó la joven, que ya no tenía miedo a ofender a su guardaespaldas.

—Son nuestras tradiciones...

—¿Fue tu padre quien te enseñó? Él también era samurái, ¿no? —insistió Emily para llegar hasta el fondo del asunto.

—Así es... Él era un gran *bushi*. Me enseñó a manejar la catana y el arco, aunque, gracias a un *rōnin* que se instaló en nuestra aldea cuando yo tenía unos quince años, pude mejorar mi técnica —explicó el antiguo guerrero.

—¿Y después qué pasó? ¿Mataste a muchos hombres?... Discúlpame, Hiroshi... No debería habértelo preguntado... —se disculpó Emily, consciente de repente de que ese tema implicaba un terrible peso emocional.

—Lo hice... pero de eso hace ya mucho tiempo. De cualquier manera, todo terminó cuando el emperador se olvidó de nosotros —confesó Hiroshi, dejando traslucir cierta melancolía.

—¿A qué te refieres?

—A que los samuráis vivíamos de la guerra y, cuando desaparecieron los sogunes, nuestras vidas dejaron de tener sentido...

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué sucedió? —insistió Emily, incansable.

—Con nosotros pasa lo mismo que ha sucedido en Osaka o Kobe: los nuevos tiempos están acabando con nuestra identidad... Algunos se adaptaron a los nuevos tiempos y dejaron las armas para ser comerciantes, profesores o proteger a otros. Pero otros se perdieron por el camino... como los hombres de Kitano... —afirmó Hiroshi con la misma mirada perdida que Emily le había visto en otras ocasiones.

—¿Y por qué decidiste convertirte en guardaespaldas? —preguntó la señora Lambert con su inocencia característica.

—Yo soy un *rōnin*, Emily... Lo que hago mejor es proteger vidas... así que trabajo para quien contrata mis servicios, tal y como vosotros habéis hecho... Ahora, mi único objetivo es dar mi vida por ti... —susurró el guerrero, que escondía tras sus palabras toda una declaración de amor hacia su patrona.

—Lo sé, Hiroshi, y eso te honra... pero no comprendo por qué os disteis por vencidos. Vosotros erais sus guerreros, ¿no? —Emily intuía que se adentraba en una cuestión aún no resuelta.

—El emperador ya no nos necesitaba... Durante un tiempo muchos se rebelaron y estuvieron más de un año luchando contra el gobierno, pero era una batalla perdida de antemano —explicó apesadumbrado el guardaespaldas.

—No puedo creer lo que estás diciendo. ¿El mismo gobierno luchó contra vosotros?

—Lo hizo, y fueron muchos los que murieron por culpa de sus armas de fuego. Nosotros solo teníamos espadas y arcos... y muchos samuráis decidieron hacerse el *seppuku*... Ese fue nuestro final.

—¿*Seppuku*? ¿Qué es eso? —preguntó Emily, que seguía sin entender el castigo

ejercido sobre unos hombres que habían puesto sus vidas al servicio de su país.

—Un ritual que permite suicidarnos con honor. Es un derecho que nuestros ancestros ganaron.

—Dios mío... ¿De verdad sois capaces de suicidaros solo por una cuestión de honor? —preguntó Emily, horrorizada.

—Sí... Entiendo que sea difícil de comprender. Aunque parezcamos salvajes, nuestras acciones tienen un sentido. Además, eso ahora ya no importa. El samurái es un hombre repudiado que ni siquiera puede usar sus armas, ni pasearse con ellas tal y como hacía antes —expuso Hiroshi, paciente.

—Por eso las llevas guardadas en esa tela, ¿no?

—Sí. Llevarlas en el cinturón sería un delito —aclaró el *rōnin* sin más.

—Me gustaría saber más cosas sobre ese código que has nombrado... ¿Cómo se llamaba?

—*Bushidō*...

—¿Te importaría contarme más detalles sobre eso? Lo he oído mencionar muchas veces desde que llegué a este país, pero desconozco todo su alcance.

—¿Estás segura, Emily? No querría aburrirte.

—Segurísima, Hiroshi. Explícamelo, por favor.

—Está bien. Para un samurái, el *bushidō* lo es todo. Es la lealtad, la justicia, el sacrificio o el honor... valores que nos dan identidad, que nos hacen ser quienes somos. Aceptarlo es vivir incluso cuando uno sabe que lo mejor sería perder la vida.

—¿De verdad alguien puede desear morir? —se asombró la joven.

—Cuando se asume que cada día puede ser el último, se está preparado para la muerte... —expuso con calma Hiroshi, que sabía que aquella conversación iba a alargarse de forma ineluctable. Las reglas del *bushidō* no podían ni resumirse ni asumirse en unos pocos minutos. Él había necesitado toda una vida.

—¿Me estás diciendo que no teméis morir?

—Para nosotros, la muerte es mejor opción que vivir con indignidad.

—Es sorprendente que penséis de esa forma —razonó Emily, que admiraba y rechazaba a partes iguales la mentalidad samurái— y, si me lo permites, debo decir que me parece una decisión y un punto de vista drástico e incoherente —acabó confesando.

—Entiendo tu postura, pero el *bushidō* forma parte de nuestra identidad como pueblo... Emily, cuando un samurái está dispuesto a morir en cualquier momento es que se ha convertido en un maestro, y entonces puede dedicarse por completo a proteger a su señor.

—Cuesta aceptar que, por simple lealtad, se pueda perder voluntariamente la vida —siguió argumentando la joven.

—El *bushidō* es el fundamento de nuestro pasado, Emily. Para nuestro pueblo, nosotros fuimos el espejo en el que mirarse. Todo está conectado: Japón y el *bushidō* pertenecen al mismo tronco de un árbol que creció hace siglos y que solo ahora

empieza a ramificarse.

—¿Entonces crees que vosotros sois el pilar de vuestro pueblo? —preguntó Emily, sorprendida.

—No solo servimos para combatir y matar, Emily... También nos instruyeron para apreciar la buena poesía, el teatro, la belleza de los jardines zen, la caligrafía... No somos los bárbaros que los occidentales creéis que somos. Tenemos nuestros principios y amamos la vida sobre cualquier otra cosa, precisamente porque podemos perderla en cualquier momento. No obstante, la vivimos a nuestra manera.

—Gracias por contarme todo esto, Hiroshi, entiendo que no sea fácil para ti... —dijo Emily con la luna reflejada en sus ojos.

—Me disculpo por si no he sabido expresarme con corrección en tu idioma. A veces me resulta complicado utilizarlo como es debido —se excusó el *rōnin*.

—No debes disculparte. Tu inglés es muy fluido y ha sido muy gratificante escuchar tus valiosas explicaciones.

—Si no te importa, voy a adelantarme y entrar. Quiero revisar la estancia antes de que decidas acostarte —dijo el guardaespaldas. Era una rutina que llevaba realizando desde que habían iniciado el viaje.

—Gracias, Hiroshi. Entraré en unos minutos.

El exsamurái se levantó con agilidad —y con una ligera sonrisa esbozada en la comisura de sus labios— y se introdujo dentro del cuarto para comprobar que en él todo estuviera en orden. A pesar de la intimidad alcanzada con su patrona, era muy consciente de sus obligaciones.

Emily, aún sin sueño, decidió permanecer un rato más en el jardín, mientras observaba la luz tenue de las luciérnagas entremezclada con el resplandor anaranjado de los farolillos de papel dispuestos a su alrededor. Después de aquella charla, creía entender mejor al hombre que la protegía día y noche, y entonces tuvo el convencimiento de que ya jamás podría vivir sin él. Ya no podía negarse por más tiempo que su corazón le pertenecía.

Durante los días siguientes, en los que la ruta siguió siendo dura y exigente, los acontecimientos se desencadenaron por sí solos. Como ya era habitual, Emily e Hiroshi dialogaban bajo la luz de la luna, sin buscar nada más que el sutil roce de sus cuerpos o el intercambio de mensajes velados de afecto. Sabían que, en cualquier momento, sus cuerpos se encontrarían, pero seguían postergando la manifestación de sus emociones hasta que se produjera la ocasión propicia.

Una semana más tarde del diálogo sobre el *bushidō*, tuvieron una charla que se alargó durante más de dos horas y después, agotados, decidieron descansar para proseguir su viaje al amanecer. Poco quedaba ya para emprender el regreso a Hachiōji y era necesario reponer fuerzas para cumplir con todo lo previsto al inicio del viaje.

Horas más tarde, y mientras Hiroshi permanecía a pocos metros de la mujer que amaba en silencio, dispuesto a desenvainar su catana si fuera necesario, Emily sufrió

una terrible pesadilla. En la oscuridad más absoluta, la joven empezó a sollozar y gritar en sueños y el *rōnin* se sobresaltó. Verla cómo temblaba de miedo lo estremeció.

Al principio el antiguo samurái vaciló sobre lo que debía hacer, pero al comprobar que la pesadilla estaba perturbando a su patrona, optó por despertarla poco a poco, mediante caricias y susurros. Actuaba con cautela, pues no quería que la joven se asustara más de lo que ya estaba.

Durante un rato Emily se mostró confusa y desorientada por lo que estaba experimentando, pero cuando recobró la conciencia y se vio en brazos del hombre al que tanto amaba, rompió a llorar. Simplemente, fue incapaz de controlar sus emociones. Sentía el fuerte latido del corazón de aquel guerrero golpear con fuerza contra su propio cuerpo y, de forma involuntaria, se apretó aún más contra el hombre que la cuidaba y que había despertado una pasión aletargada durante mucho tiempo.

Hiroshi, sin decir nada, acercó sus labios a los de Emily atraído por su sensualidad. Cuando notó la calidez de aquel beso, la británica sintió como si una llama le recorriera todo el cuerpo y la envolviese en su calor. En pocos segundos, sus latidos se adaptaron al batir del corazón del exsamurái, y se produjo la magia.

Mientras se besaban suavemente lograron confesarse, sin necesidad de palabras, lo que sentían el uno por el otro. Ambos lo tenían claro. Deseaban unir su amor para liberar el deseo que se había forjado lentamente en su alma.

Necesitaban unirse en un solo ser para certificar que estaban destinados a estar juntos desde ese momento. Hiroshi tomó la iniciativa y empezó a besar el cuello de la mujer que amaba, mientras la desnudaba con calma.

Emily sentía una excitación que no recordaba haber tenido en toda su vida. Con Thomas, había experimentado el amor en su más pura expresión y embriagado por un sinfín de emociones incomparables. Aquel romance le había proporcionado sensaciones maravillosas e inolvidables, pero lo que estaba viviendo con Hiroshi no tenía nada que ver con todo aquello. Se trataba de algo más intenso y lúcido. Tanto ella como el *rōnin* eran dos adultos, capaces de discernir entre el amor y la pasión juvenil.

Con gran delicadeza, el samurái la desnudó por completo y se dedicó a lamer suavemente todo su cuerpo. Primero quiso estimularla solo con sus labios y su lengua, permitiendo que Emily liberase el deseo contenido. Y allí, en un viejo *ryokan*, la joven británica experimentó el éxtasis soñado. Supo, por fin, lo que era que un hombre compartiera el placer de satisfacerla y la llevase con destreza al orgasmo.

Porque Hiroshi se esmeró en hacerla suya con algunas de las cuarenta y tres técnicas del kamasutra japonés, las cuales maravillaron a su amante. Le hizo el amor con el suave tacto de su lengua, con las yemas de sus dedos y con un miembro viril ansioso por penetrarla con una pasión descontrolada. Fue entonces cuando ambos se unieron en un lazo de amor ancestral, atemporal y enigmático, en un encuentro que decidieron repetir cada noche a partir de aquel momento, y que los llevó a conocerse

tan profundamente que quedaron atrapados de forma irremediable en las redes de aquel arrebato.

Sin duda, eran conscientes de que sus allegados iban a cuestionar aquella relación, pero su deseo de estar juntos era más fuerte que cualquier barrera social y, antes de partir de regreso hacia Hachiōji —con las últimas cajas con huevos de gusano de seda—, se prometieron amor eterno. Ya se preocuparían de poner las cosas en su sitio cuando estuvieran de nuevo en casa.

Cuando Emily e Hiroshi regresaron a Hachiōji provenientes del sur de la isla, fueron recibidos por todo lo alto.

El viaje se había alargado más de lo previsto, pero todo el mundo estaba muy satisfecho con lo que habían logrado.

Pese a la fatiga, Emily estaba resplandeciente. Su rostro no podía ocultar sus sentimientos hacia Hiroshi y, de alguna forma, Oharu fue la primera que lo notó. Su experiencia en ese tipo de situaciones la convertían en una observadora experta.

Lo primero fue dejar las últimas cajas con huevos en los criaderos de las fábricas y luego se dirigieron a la casa de Emily.

Después del obligado descanso, la patrona y su guardaespaldas se trasladaron a la mansión para explicar todos los detalles del viaje. Había mucho que contar y la joven británica deseaba hacerlo cuanto antes.

Para celebrar su regreso, Ryan había organizado un festín que tomaron en el salón, tras el cual salieron a reposar en el cuidado jardín de la finca, bajo la sombra de los cerezos en flor.

Hacía calor, pero una brisa ligera hacía la estancia en el jardín sumamente agradable. Buscando intimidad, Emily había solicitado hablar con Ryan y Oharu a solas. Confiaba ciegamente en ellos y, antes de que corriera la voz, deseaba explicarles lo sucedido.

—Cuéntame, Emily... ¿cómo ha ido todo? ¿Habéis tenido algún problema? —preguntó Ryan.

—No. Lo cierto es que ha sido un viaje maravilloso, pero agotador. En algunos pueblos de la ruta ya no tenían huevos, pero hemos establecido acuerdos con varias poblaciones que nos los venderán a buen precio. Solo hay que pagarles en oro, claro, pero no creo que eso sea un obstáculo, ¿no?

—En absoluto. No te preocupes...

—¿Y las fábricas? ¿Habéis tenido algún contratiempo? —quiso saber a su vez la señora Lambert.

—De momento, todo está en orden. La situación se ha restablecido, y ya hemos reanudado la producción. Estoy seguro de que pronto obtendremos resultados satisfactorios. Además, recibir los huevos cada quince días ha resultado ser una idea muy acertada —explicó Ryan.

—A todos nos pareció la mejor solución para que la producción no estuviese detenida, a la espera de todo el cargamento... —recordó Emily, algo dispersa.

Durante unos segundos, Ryan no añadió nada más. Estaba valorando el hecho de confesar algo a su cuñada —por supuesto, no sabía que ella se hallaba en la misma tesitura—, pero, armado de valor, decidió enfrentarse a un posible rechazo de su socia.

—Emily... querría contarte algo...

—¡Desde luego, Ryan! ¡Qué curioso! Yo también tengo que contarte una cosa...

—¿Sí? ¿Quieres contármela tú primero? —preguntó el joven, tal vez por educación, tal vez por timidez.

—No, no. Tranquilo. ¿Qué sucede?

—Verás... Sé que te parecerá algo precipitado, pero Oharu y yo estamos muy enamorados... —empezó a confesar el joven Lambert con cierto apuro, mientras cogía la mano de su amada.

—¡Y eso me hace muy feliz, Ryan! —exclamó Emily entusiasmada.

—¡Sí! —corroboró el joven, que ya estaba muchísimo más animado—. Por eso hemos decidido casarnos... ¿Qué te parece? —preguntó, aún con cierta vergüenza.

—¿Lo dices en serio? ¡Qué me va a parecer! ¡Pues que es una idea estupenda! —asintió Emily con emoción. Ambos habían pensado lo mismo.

—¿De verdad? ¿No lo ves demasiado forzado? Sé que el pasado de Oharu puede complicar las cosas...

—El pasado es lo de menos, Ryan... Todos merecemos una segunda oportunidad y ella más que nadie. Su antiguo empleo no debería perseguirla ahora que es una mujer libre. De hecho, de eso quería hablarte...

—¿De qué? ¿A qué te refieres? —inquirió, algo confuso, el joven Lambert.

—A las segundas oportunidades... —susurró Emily.

—¿Qué sucede?

—En fin... No sé cómo empezar... Es un poco embarazoso... —siguió musitando la joven.

—¡Vamos, Emily! ¿Vas a venirme con remilgos ahora? ¿Qué ha sucedido?

—Pues que yo también me he enamorado... —soltó al fin la muchacha esperando la reprimenda de su cuñado.

—¿Lo dices en serio? No me digas que de... —empezó a decir Ryan, aunque no se atrevió a finalizar la frase.

—Sí... Es un hombre increíble... —reconoció Emily con un tono de voz que demostraba el cariño que sentía por su amado.

—¡Sin duda debe de serlo! ¡Es un samurái al que le precede la buena fama!

—Es mucho más que eso, Ryan... Me ha enseñado mucho sobre su país, sus costumbres, su gente... y, a decir verdad, jamás pensé que volvería a sentir por alguien lo que siento en estos momentos por él... —se sinceró Emily, profundamente emocionada.

—¿Estás segura, entonces? —preguntó una vez más su cuñado, que recordaba lo enamorada que Emily había estado de otro hombre.

—Del todo. Nosotros también hemos pensado casarnos...

—Pero ¿su condición se lo permite? —quiso saber Ryan, que no poseía grandes conocimientos sobre los samuráis.

—Sí, desde luego... Practica el budismo zen y no sé muy bien cómo deberíamos hacerlo. Lo que sí sé es que un matrimonio cristiano es lo último que deseo. Ya pasé por ello en Londres. Prefiero hacerlo a su manera, aunque a mí me gustaría casarme en un santuario sintoísta. Después de lo que he aprendido en este viaje me parece una forma hermosa de unirte a otra persona.

—No te preocupes. Si él está de acuerdo, lo organizaremos para hacerlo posible. Oharu me ayudará a prepararlo. Así que, si te parece, mi querida Emily, puedes dejarlo en mis manos —se ofreció el joven Lambert, ya decidido a llevar a cabo aquella tarea con rapidez.

—¡Sería magnífico, Ryan! Te lo agradezco de todo corazón. También hay algo más... —añadió Emily con una dulce sonrisa esbozada en el rostro.

—¿Algo más? ¿Qué más?

—Creo que estoy embarazada... No estoy segura del todo, pero es algo que siento dentro de mí..., una intuición... —reconoció.

—¿Lo dices en serio, Emily? —exclamó Ryan, atónito.

—Muy en serio...

—¡Esa sí que es una noticia inesperada! ¡Y no sabes cuánto me llena de alegría! Después de lo que pasaste con Stewart es lo mínimo que te mereces... —afirmó el joven con el corazón abierto de par en par.

—Gracias, querido Ryan. Tus palabras significan mucho para mí.

—Además, ¿no te parece que ya va siendo hora de que deambule algún pequeño Lambert o Nakata por este lugar? Estoy seguro de que los niños traerán la felicidad a nuestras vidas, ya lo verás.

—Yo también lo creo, Ryan —corroboró Emily, quien, sonriente, tomó un poco más del sabroso té que Akari les había preparado.

Felices, los dos jóvenes siguieron charlando sobre el giro inesperado que habían dado sus vidas, sobre el futuro de sus fábricas y del acierto de desear establecerse definitivamente en el país del sol naciente.

Desde su regreso, Hiroshi decidió dedicarse en cuerpo y alma a su patrona y a ayudar en todo aquello en lo que podía ser útil.

Y una semana más tarde de su regreso, Emily se empeñó en que se construyeran dos casas de estilo *gasshō-zukuri*, para poder criar los huevos que habían comprado por todo Japón. La construcción corrió a cargo de los guardaespaldas y de algunos «aparejadores» del pueblo que conocían la técnica. Todos ellos se esforzaron en reproducir los edificios tradicionales dentro del recinto de las fábricas.

La producción debía continuar, sin prisa pero sin pausa, y entre todos se pusieron rápidamente manos a la obra.

La vida en la aldea y en las fábricas se normalizó con el paso de los días, y Emily

tuvo tiempo para asegurarse de que estaba esperando un hijo del *rōnin*.

Fueron días de reflexión para la joven, en los que meditó sobre ciertas cuentas pendientes y se armó de valor para enviar una carta a su madre. Desde la muerte de su estricto y autoritario padre, no había sentido la necesidad de comunicarse con ella, aunque ahora las circunstancias eran muy diferentes.

Pese a que jamás la había apoyado cuando más la necesitaba, no dejaba de ser su madre y merecía saber que estaba esperando un hijo del hombre al que amaba. Un descendiente mestizo, mitad inglés, mitad japonés, y además del hombre que había sido contratado para protegerla. Para Emily, no podía existir mejor padre del ser minúsculo que se estaba formando en su interior.

Aquella era la carta más compleja que jamás había escrito y le costó horrores hilvanar un par de frases con cierta coherencia. Sabía que a Margaret, su madre, le iba a costar digerir una noticia de tal magnitud. Que su querida hija quisiera casarse con un «salvaje» —como solía decir, al igual que su marido difunto— sería para ella, como mínimo, decepcionante, aunque, en el fondo, tampoco podía enemistarse con Emily, porque se encontraba en sus manos. Si la joven decidía romper sus lazos con ella, esta podía quedarse sin sustento. Aunque ambas sabían que su querida niña sería incapaz de abandonarla.

Después de varios intentos, logró escribir algo coherente, surgido directamente de su corazón:

Querida madre:

Ante todo, quiero pedirle disculpas por no haberle escrito antes. Desde la muerte de padre, no me había sentido con fuerzas suficientes para dirigirme a usted y hacerle saber mi parecer respecto a este nuevo y siempre sorprendente mundo en el que me encuentro.

Debo decirle que Japón es lo más parecido al edén. Un lugar maravilloso. Mientras nuestros compatriotas progresan sacrificando su propio bienestar, gran parte de esta sociedad prefiere conservar su identidad como pueblo milenario, aunque nosotros, los ingleses, creyéndonos mensajeros de la buena nueva del progreso, nos empeñamos en proporcionarles todos los medios para que destruyan su tierra.

Madre, no se preocupe por mí. Aquí me han tratado de forma excelente desde el primer día y, pese a algunos problemas con las fábricas, Ryan y yo nos sentimos queridos e integrados. Este es ahora el lugar al que pertenecemos.

Por otro lado, deseo contarle algo difícil de explicar para mí. Como bien sabrá, enviudar tan joven fue algo terrible, pero no quiero engañarla: desde que supe que aquel hombre nunca volvería a tocarme, sentí un alivio tremendo. Sé que usted, madre, con todas sus convicciones, jamás podrá ponerse en mi lugar, pero le aseguro que, si hubiera pasado por lo que yo

pasé, entendería a la perfección mi posición al respecto. Vivir aquello fue la peor tortura que una mujer puede llegar a soportar en su vida y no deseo esa desgracia a nadie.

Gracias a Dios, después de tanto tiempo de soledad, he encontrado el amor en mi vida. Un hombre maravilloso que me protege y me cuida y que será el padre de mi primer hijo... Sí, madre, estoy embarazada de tres meses y deseo tener ese hijo más que nada en el mundo. Él será el heredero de nuestra familia y su primer nieto.

No le pido su opinión, porque la decisión está tomada. El próximo mes me casaré con el señor Hiroshi Nakata y juntos criaremos a nuestro hijo en estas tierras.

Japón es el lugar en el que he hallado la felicidad y en el que quiero que mi hijo crezca con plena libertad, integrado en este maravilloso entorno natural. Volver a Londres supondría algo parecido a encarcelarme en un oscuro pozo y no puedo tolerar que mi hijo sufra por culpa de su madre.

Le pido disculpas por mi sinceridad y espero que pueda, algún día, llegar a entenderlo. Sé que, pese a nuestras diferencias y a la distancia que siempre ha existido entre nosotras, usted ha procurado ser una buena madre según sus principios. Por ello, la respeto.

Espero que esté bien de salud y pueda disfrutar de su vida en Londres. En cierto modo, usted también se lo merece.

Su devota hija,

EMILY

Durante unos minutos, Emily repasó las líneas que acababa de redactar con gran esfuerzo. Luego metió la carta en un sobre que entregó a Ryan, quien la haría llegar al *Queen Sea*.

La decisión estaba tomada y ya nada podría hacerla cambiar de opinión. Amaba profundamente a Hiroshi y el hijo que llevaba en sus entrañas era fruto de un amor que no había experimentado desde que Thomas la había tomado entre sus brazos.

Su vida había cambiado de forma tan profunda que a veces creía que todo aquello no era más que un sueño. Tal vez, si despertaba, vería que Thomas estaba a su lado descansando plácidamente, tal y como había deseado durante muchos años. En esos momentos debía eliminar ese anhelo de su mente. Hiroshi merecía tenerla por completo y ella estaba decidida a hacerlo el hombre más feliz del mundo.

A mediados de 1901, ambas parejas se casaron en el santuario sintoísta Hanazono Jinja, al oeste de Tokio. Era un viejo recinto sagrado en el que se veneraba a Inari, la deidad zorro, y que era muy apreciado por los ciudadanos de la gran ciudad.

El acceso al santuario se realizaba a través de una escalinata, y desde la lejanía llamaban la atención tanto las paredes rojas como el tejado verdoso típicamente japonés.

Aquel *jinja* —como así llamaban a los santuarios— mostraba en su entrada los elementos sintoístas que Emily había visto tantas veces durante su viaje por el país. Sin duda, Ryan había elegido el mejor lugar para celebrar los dos matrimonios. El Hanazono Jinja era el escenario perfecto para un rito tan importante, y a Emily el simple hecho de evitar el ceremonial católico ya la llenaba de alegría.

Como de costumbre en toda boda tradicional sintoísta, acudieron a ella las personas más próximas a los contrayentes, aunque nadie vino de parte de Oharu e Hiroshi. Con los años se habían convertido en los únicos vástagos de cada una de sus familias, y sus amigos se habían ido quedando en el camino.

En cambio, de parte de los británicos asistieron Akari junto con su marido el señor Spencer, Ronald van Santen, Sakura, el padre de Hiroko y el señor Tanaka. Ellos eran lo más parecido a una familia que los ingleses tenían en aquel país.

Tal y como marcaba la tradición, ambas novias iban de blanco de pies a cabeza, con la intención de que los dioses no se olvidaran de su pureza. Con su quimono y su nivea capucha redondeada, parecían auténticos ángeles. En particular, aquella caperuza llamada *wataboshi* era una espectacular prenda ideada para cubrir el elaborado peinado que Akari se había esmerado en realizarles.

Por otro lado, tanto Ryan como Hiroshi iban ataviados con el tradicional quimono negro, llamado *montsuki*. Sobre él llevaban una prenda más corta y del mismo color —el *haori*—, y por dentro un par de cordones trenzados blancos, que ayudaban a ceñir el quimono.

Cubriéndoles las piernas llevaban una especie de faldón rayado —de franjas negras y grises— y en sus pies las típicas sandalias *setta*. En las manos sostenían un pequeño abanico blanco.

Aquella vestimenta era la que exigía el protocolo nupcial.

Para disfrutar al máximo del enlace, las parejas habían decidido celebrar las ceremonias una a continuación de la otra, y los primeros en contraer matrimonio serían Emily e Hiroshi.

Según el ritual sintoísta, el casamiento debía realizarse en diferentes fases, las cuales no podían alterarse ni obviarse y, a medida que se iban cumpliendo, Emily pensó que, al fin y al cabo, eso lo asemejaba a las celebraciones cristianas. Lo que estaba establecido desde tiempos inmemoriales no podía alterarse por mucho que a uno le incomodase, porque las formas debían respetarse casi tanto como la ley.

Emily estaba con los nervios a flor de piel, pero logró tranquilizarse cuando se inició el ritual de purificación de los novios, una «limpieza» que se inició con el intercambio de algo que parecía un rosario, el *juzu*.

Durante el canje, los presentes se levantaron de sus asientos para saludar respetuosamente al altar y, a continuación, el sacerdote —que también vestía de blanco y llevaba una extrañísima y aparatosa cofia negra— recitó una plegaria. El ritual siguió su curso, y pronto se dio paso al *sansankudo*, con el que Emily e Hiroshi sellaban su unión, felices de poder estar por fin juntos.

Durante la celebración, las ayudantes del sacerdote, las jóvenes *miko*, ofrecieron a los novios sake sagrado en tres pequeños cuencos. La idea era que bebieran del más pequeño al mayor, acercándose a la boca en dos ocasiones y solo bebiendo en la tercera. Después de esto, las amables *miko* sirvieron el mismo sake a los presentes para que pudieran añadirse al festejo.

Luego Emily e Hiroshi expresaron sus votos ante los presentes, y el sacerdote finalizó la ceremonia con un corto discurso. Una vez realizado el enlace, un par de músicos enfundados en quimonos verde oscuro y cofias negras interpretaron melodías tradicionales, en tanto una mujer con apariencia de sacerdotisa danzaba con la misma magia que una luciérnaga bajo la luz de la luna.

Cuando la boda concluyó, los recién casados agradecieron su asistencia a los invitados y se retiraron para que Ryan y Oharu pudieran repetir una ceremonia que no había durado ni media hora.

Finalizado el segundo casamiento, todo el grupo regresó a Hachiōji para celebrarlo por todo lo alto. Las parejas deseaban gozar del día más especial de sus vidas y, para que los habitantes de Hachiōji pudieran compartir su felicidad, Emily y Ryan habían decidido que no se trabajara en la fábrica. Todos los empleados — incluidos aquellos que trabajaban en sus tierras— habían recibido la orden expresa de que se tomaran el día libre. Para los británicos, sus vecinos formaban parte de su familia y estuvieron encantados de recibir a todo el que quiso unirse a la celebración.

Agradecidos por el buen trato que siempre les habían dedicado, toda la aldea se volcó para demostrarles que su presencia era lo mejor que había pasado en aquel lugar desde hacía mucho tiempo.

Emily y Ryan exultaban, aunque aún les costaba asumir cuánto había cambiado su vida desde su llegada. Londres quedaba muy lejos y, con el conflicto con Kitano solventado en apariencia, los dominaba la convicción de que nada malo podía volver a suceder o, al menos, aquello era lo que deseaban con todas sus fuerzas.

Aunque no siempre sucede lo que uno desea de todo corazón, y las circunstancias pueden dar un giro inesperado. La adversidad suele quedarse agazapada durante un tiempo más o menos largo, hasta el día en que decide abandonar su escondite para frustrar toda esperanza.

TERCERA PARTE

Después de su intento de fuga y de la paliza que casi lo mata, Thomas vivió dos años más bajo una rutina casi enloquecedora. Día tras día, mes tras mes, durante dos años, la caravana efectuaba el mismo trayecto y siempre realizaba las mismas operaciones. Ni un solo instante de descanso, ni un mísero momento en el que poder bajar la guardia. El británico estaba obligado a conservar su vida a diario y solamente por las noches, cuando a Basil le tocaba guardia, ambos hombres podían disfrutar de su amistad.

Thomas seguía creyendo que se le presentaría una oportunidad de regresar junto a Emily, y el sirio procuraba hallar la forma de ayudar a su amigo. Al fin, poco a poco, sopesando cada detalle, trazaron un plan. No dejaron nada a la improvisación: ambos sabían que solo dispondrían de esa oportunidad. Si volvían a atrapar al inglés, moriría. Para individuos de la clase de Higgins y Stevenson una segunda intentona era una sentencia de muerte.

El caso es que la ocasión dependía de la ausencia de Higgins. Dos veces al año, en el periodo invernal y en el estival, se veía obligado a realizar un viaje fugaz a las islas Británicas para rendir cuentas a la familia Lambert. Pese a que el despiadado Benjamin Watson le había cedido el negocio de la Ruta de la Seda en agradecimiento a los abominables servicios prestados, Higgins debía dar un porcentaje de las ganancias a la familia del difunto esposo de Emily. Entre otras cosas porque ellos eran quienes lo abastecían del armamento necesario para realizar el intercambio comercial.

Así pues, el plan era aprovechar la ausencia del patrón para ejecutar sus planes cerca de Samarcanda, en el desierto de Kyzyl Kum. Un lugar perfecto para desaparecer de la faz de la Tierra.

Aquel periplo sin Higgins fue tan agotador como de costumbre y, hasta llegar al punto previsto, Thomas y Basil ocultaron a la perfección sus propósitos. Su comportamiento fue el habitual y ninguno de los otros miembros del grupo sospechó de sus compañeros. Suficiente tenían con el tiempo extremo y lo exigente de su trabajo.

Llegó el día en que se adentraron en Kyzyl Kum. Thomas y Basil supieron que había llegado el momento de escapar. Esta vez tenía que salir bien, porque se lo jugaban todo a una carta.

La primera noche en el desierto era clave. Como de costumbre, montaron unas tiendas sencillas en el camino para pernoctar. Y, tal y como habían previsto, la

guardia de aquel día recayó en Basil.

Thomas se acurrucó en su sitio y cerró los ojos, pero se mantuvo alerta hasta que el resto del grupo se durmió. Entonces se incorporó y, con la ayuda de Basil, abrieron una de las cajas con armas. Enseguida, y con gran sigilo, Thomas cogió un par de revólveres de servicio Webley Mk y los cargó de munición, los escondió en los arreos de uno de los dos dromedarios que transportaban el armamento y volvió a cerrar y cubrir la caja con la manta de viaje que la resguardaba de la intemperie. Con eso se aseguraba de que nadie se diera cuenta de que la caja se había abierto.

A la mañana siguiente, el grupo se puso en marcha después de desayunar y, con naturalidad, Basil y Thomas se quedaron al final de la caravana para aparejar adecuadamente al dromedario del armamento y cargarle las cajas como era habitual. De esa forma, sabían a la perfección dónde y en qué posición estaban los revólveres cargados. El plan era simple, aunque requería de una precisión milimétrica.

Tal como habían planeado, esperaron a que el cansancio y el calor hiciera mella en los viajeros. Dejaron pasar el tiempo con paciencia, hasta que Basil miró fijamente a su amigo y asintió con una ligera caída de párpados. El inglés solo disponía de unos segundos, pero era el momento adecuado.

Moviéndose con rapidez inesperada, Thomas empuñó las armas escondidas en los arreos y disparó por la espalda a Adam Stevenson. Fueron dos disparos certeros, que asustaron a los dromedarios y que provocaron el pánico entre los demás trabajadores.

El cruel capataz cayó fulminado sin percatarse siquiera de quién había sido su verdugo. Sin dar tiempo a que nadie reaccionara, Thomas mató a Munir delante de todos, para dejar claras las cosas. Todos sabían que Munir se había ido de la lengua y asumieron que aquella ejecución —también la de Stevenson— estaba justificada. Ellos, sin embargo, no querían morir.

El panorama era desolador. Algunos dromedarios habían huido, asustados por el estampido de los disparos y dos hombres yacían muertos sobre la arena. El resto estaba estupefacto, así que Thomas tomó la iniciativa.

—¡Basil, tú vendrás conmigo! ¡Los demás, haced lo que queráis! ¿Alguna objeción? —preguntó amenazante.

Nadie respondió.

—¡Bien! Nosotros nos llevamos los dos dromedarios con el armamento y algunas provisiones y volvemos hacia la costa. Mi consejo para vosotros es que alcancéis Samarcanda, vendáis lo que queda y no os crucéis jamás en mi camino. Si no, os juro que os mataré, ¿queda claro?

Nadie dijo nada, pero todos asintieron con la cabeza.

—¡Si os preguntan, diréis que nos asaltaron y que los bandidos mataron a esos dos hombres, a Basil y a mí cuando opusimos resistencia! Si algún día me entero de que alguien no ha dicho exactamente esto, ¡lo buscaré y lo mataré, a él y a su familia! ¡Os doy mi palabra de que lo haré! —gritó Thomas, excitado y recuperando la fortaleza que había tenido antaño. Había estado esperando aquel momento durante

años.

Thomas y Basil prepararon los dos dromedarios sin dejar de apuntar a los demás, cargaron en ellos los dos cadáveres y parte de las provisiones y se alejaron, dejando a sus compañeros a su suerte.

Cuando ya se encontraban a varios kilómetros de distancia miraron atrás y vieron que aquellos hombres seguían en el mismo lugar, sin hacer nada. La situación los había dejado casi petrificados, y posiblemente estaban esperando perderlos de vista, temerosos de que volvieran para ejecutarlos. Dejar a los otros trabajadores con vida era arriesgarse a que los delatasen, pero ni Thomas ni Basil eran asesinos ni querían derramar sangre inocente para huir.

Al mismo tiempo, aquella decisión tenía otra finalidad. Necesitaban que sus antiguos compañeros transmitieran a su patrón la versión de Thomas, a fin de que Ian Higgins se convenciera de que el inglés y el sirio habían muerto.

Era algo sencillo de comprender: el plan no terminaba con aquella ejecución y, pese al riesgo asumido, tan solo habían cumplido con la primera parte de lo planeado. Recorrieron unos cuantos kilómetros antes de librarse de los cadáveres de Stevenson y de Munir, y luego se dirigieron hacia Bujara, en cuyas afueras se encontraron con el líder de un grupo de forajidos con el que iban a realizar un trato. En viajes anteriores, Basil había podido hablar con uno de los hombres de la banda y le había propuesto un intercambio. La propuesta era simple: en unos meses iba a poderles entregar un importante cargamento de armas modernas de fabricación inglesa, a cambio de su protección hasta Damasco. No querían dinero, pero sí que hicieran algo por ellos: debían corroborar su coartada, por si algún día aparecía Ian Higgins o algún otro hombre preguntando por Thomas y Basil. En ese caso, los forajidos asegurarían que habían asaltado una caravana en el camino a Samarcanda para robar el cargamento, y que en la lucha que siguió mataron a cuatro hombres. Era una coartada perfecta, dado que Ian Higgins jamás iba a enfrentarse a bandoleros del desierto ni a poner en duda su versión. De modo que la opción de desaparecer del mapa tomaba una forma definitiva.

Tal y como habían previsto, una semana más tarde los dos fugitivos llegaron al punto donde el grupo solía realizar sus acuerdos con los bandidos y, tal como ya habían convenido, les entregaron el armamento, los dromedarios y sus vestiduras, para cambiar radicalmente de aspecto. Vestidos como salteadores, y montados en briosos caballos de la zona, se integraron en una partida reducida de hombres que iban a Damasco. Con disimulo —y sin que nadie se diera cuenta—, los acompañaron hasta las puertas de la ciudad y, a partir de ese punto, el inglés y el sirio siguieron en solitario.

Habían pasado lo peor, pero aún quedaba cambiar de vida, de modo que acudieron a Amir, el padre de Basil, para que los ayudara a borrar su rastro.

Y el hombre sabía exactamente qué hacer. Un mes después de la supuesta muerte, pagó para que sellaran un par de tumbas vacías con los nombres de Hakîm *el Inglés* y

Basil. Aunque no hubiera restos, era una forma creíble de certificar su fallecimiento, y nadie podría sospechar que aquello formaba parte de un plan trazado a conciencia.

Durante los siete meses siguientes, hasta los primeros de 1902, las familias Nakata y Lambert disfrutaron de un periodo de sosiego.

Emily esperaba pacientemente el nacimiento de su hijo. Desconocía cuál iba a ser el sexo del bebé, pero su intuición le decía que iba a ser niña y no podía sentirse más feliz. Por fin su vida había experimentado un giro completo y ella era consciente de que tenía un sentido. Las esperanzas albergadas en su corazón se habían ido transformando poco a poco en realidades vitales de gran importancia. Londres y lo que lo rodeaba no eran más que una lejana pesadilla de la que se había librado de forma definitiva.

Su amor hacia Hiroshi era sereno, madurado a la luz de la reflexión y, desde luego, pleno. Ambos se compenetraban a las mil maravillas y ella disfrutaba viéndolo feliz por primera vez en su vida. Después de años de batallas, de enfrentamientos casi fraternales y de verse obligado a deambular sin un destino claro, había conseguido la paz junto a ella. Por fin, la mirada del antiguo samurái parecía más clara y plácida.

Él y sus hombres seguían custodiando aquella especie de mundo aparte en el que vivían, al mismo tiempo que ayudaban con las tareas del campo. Las plantaciones de té, arroz y mijo producían lo suficiente para mantener a todas aquellas familias y proporcionarles beneficios notables. Curiosamente, la vida campesina producía en el exsamurái una satisfacción que el combate jamás le había dado. Quizá su mente perteneciera al campo de batalla, pero su alma deseaba permitir que el viento se llevara los viejos recuerdos cuanto antes...

Las fábricas funcionaban a un ritmo inmejorable sin necesidad de explotar a las trabajadoras como había hecho el señor Yamamoto. Las obreras ya no caían enfermas y morían, víctimas de una industrialización errónea. Los accidentes en la fábrica eran anecdóticos, y el inicio de la primavera prometía una temporada de felicidad para todos los habitantes de Hachiōji.

Gracias a ello, Emily se había podido relajar y se había dedicado a conocer más detalles de la vida de aquella gente, puesto que ya se consideraba una de ellos. Con la serenidad que le infundía saber que pronto iba a abrazar al pequeño ser que llevaba en su vientre, dedicaba largas horas a aprender las disciplinas artísticas del tradicional arte japonés de arreglo floral llamado ikebana y de la caligrafía japonesa, y todos se prestaban gustosos a compartir sus conocimientos con ella. El aprecio y el respeto que la gente de Hachiōji sentían por Emily eran tan profundos que no podía existir ningún otro lugar en el mundo que la señora Nakata pudiera considerar su verdadero

hogar. Japón le había robado el alma para siempre.

Pese a que los hombres japoneses actuaban de forma diferente a los occidentales y mantenían costumbres algo frías respecto a sus esposas, Hiroshi siempre era atento con ella y la trataba con gran cariño. A Emily, sus muestras de amor diarias le parecían un auténtico regalo de la vida. De hecho, tenía la impresión de que su hombre había desterrado definitivamente su naturaleza combativa e impenetrable y aceptado de buen grado los retos emocionales que le planteaba su nueva vida.

Mientras esperaba la llegada del día del alumbramiento, unas de las ocupaciones más frecuentes en las que Emily empleó su tiempo fue el ikebana.

Para ello, Akari —que era una verdadera maestra en la disciplina— se dedicó amablemente a transmitirle a diario los secretos mejor guardados del «camino de las flores», un arte que ella misma practicaba en casa de su patrona y que la ayudaba a mantener la paz interior.

Como gran parte de las artes japonesas de la época, se trataba de una técnica ligada estrechamente a la naturaleza y al entorno de quienes la practicaban. Constituía una de las expresiones culturales más valoradas y bellas del pueblo nipón.

Las enseñanzas de Akari eran detalladas y pausadas. Jamás tenía prisa y, sobre todo, poseía el don de esperar el tiempo que fuera necesario para que Emily pudiera interiorizar los conocimientos que a ella le habían transmitido sus ancestros.

—Señora patrona, al tiempo que haga la composición floral, explore su interior. Las flores, las ramas y las hojas de los árboles son tan importantes como la misma tierra o el sol, y la ayudarán en esa búsqueda. Pero jamás pretenda estar por encima de la naturaleza, antes bien aprenda humildemente de sus enseñanzas. Nuestra amistad con ella es eterna —expuso la asistente, que pretendía introducir a Emily en los fundamentos del arte.

—Entiendo... ¿Cómo sabes tantas cosas sobre el ikebana, Akari? —preguntó Emily, relajada.

—Gracias al zen, señora patrona.

—¿Al zen? ¿Qué tiene que ver el zen con todo esto? —se sorprendió la señora Nakata.

—Para nosotros, el ikebana está muy vinculado con el zen. La composición floral busca algo más que la belleza de lo que se hace. Lo importante es aprender a meditar sin pensar en nada más. Esa es la verdadera enseñanza.

Mientras conversaban, Emily se esmeraba en darle forma al sencillo arreglo floral que tenía entre las manos, aunque no resultaba tan fácil como había creído en un principio. Afortunadamente, Akari la asistía.

—Señora patrona, recuerde que el arreglo floral siempre debe hacerse con productos de la naturaleza como estos —explicó la asistente señalándole una especie de cuenco artesanal que contenía los elementos necesarios para la composición—. Sobre todo, deben ser perecederos, para que las composiciones no perduren —prosiguió Akari mientras intentaba recolocar la rama principal del arreglo que Emily

estaba realizando.

—¿Y por qué no hacerlo con materiales que duren más? ¿No sería mejor disfrutarlo durante más tiempo, antes de que se estropee? —preguntó Emily con reparo.

—En absoluto, señora patrona. Es necesario que se marchiten para que podamos reflexionar sobre el transcurso de nuestras propias vidas, del principio y del fin de todo lo que nos rodea... Y eso la ayudará a soportar la sucesión de las horas. Todo debe estar en equilibrio y suceder en el momento idóneo.

Mientras escuchaba las explicaciones de su maestra, la joven embarazada se sentía relajada e incluso más ilusionada con su propia vida. De alguna forma, el arreglo floral la ayudaba a conectar con la fuerza de la tierra y, aprovechando la energía positiva que recorría su cuerpo, procuraba transmitir sus sensaciones al pequeño ser que se estaba formando en su interior. Él o ella iba a ser el destinatario de todas las percepciones que había tenido desde su llegada a Japón.

—Akari, comprendo tus palabras, pero ¿por qué siempre tengo la impresión de que todo lo que hacéis no es tan sencillo como parece? —preguntó Emily casi para sí misma.

—Cuando capte la esencia de las cosas, todo será mucho más sencillo. Disfrute del tacto, de las sensaciones, combine los colores, las formas tal y como las ha creado la naturaleza, y busque la elegancia en todas las líneas de su composición. Pero, sobre todo, no tenga prisa —respondió Akari, consciente de que la cultura japonesa no era sencilla ni siquiera para alguien como Emily, que llevaba mucho tiempo entre ellos. Todo llegaría en el momento apropiado.

Con gran amor y dedicación, Akari fue enseñándole algunos de los fundamentos del clásico estilo *ikebana*, unas enseñanzas milenarias donde la reacción espontánea lo era todo.

Emily tenía en su asistente y amiga a una maestra privilegiada. Era una mujer muy segura de sí misma, que había recibido aquellos conocimientos de su sabio padre, el cual la había instruido delicadamente para que sus futuros descendientes pudieran fortalecer las raíces familiares.

Emily realizaba verdaderos esfuerzos para entrar en comunión con quienes la querían y rodeaban. Sabía que la única forma de que la aceptaran del todo era comprendiendo su idiosincrasia en todas sus vertientes y, en lo más hondo de su corazón, deseaba hacer suyos los secretos del país del sol naciente.

Por tal razón, pidió a su esposo que le enseñara todo aquello que estuviera influenciado por el zen. Era evidente que aquella variante del budismo era un componente inherente de la identidad de aquel país, y ella deseaba compartir las mismas creencias que Hiroshi y gozar de una paz espiritual solo alcanzable mediante el dominio de aquellas artes.

De forma que, alternándolo con el *ikebana*, la británica dedicó buena parte de su tiempo a aprender el *shodō*, el camino de la escritura, algo que hizo con esmero y

dedicación, mientras esperaba el nacimiento de su hijo.

En un principio, a Emily le parecía que la caligrafía nipona era un complejo galimatías. Por eso intentó aproximarse a ella tal y como lo hacían los niños japoneses en la escuela del pueblo. Sabía que debía empezar por lo más básico para lograr algún avance.

La señora Nakata sabía que el profesor de la escuela de Hachiōji —que ella misma se encargaba de financiar— era realmente bueno en el *shodō*, pero prefirió aprender de su esposo para demostrarle el amor que sentía por él. Además, Hiroshi había adquirido una gran destreza caligráfica desde su más tierna infancia, a causa de su pertenencia a la casta samurái. Y, como ya era habitual en él, su esposo hizo alarde de una gran paciencia como maestro. El *shodō* era una expresión artística a la altura de la ceremonia del té o de la lucha con la catana.

Emily averiguó que el *shodō* en realidad provenía de los ideogramas chinos, aunque con el paso de los siglos había derivado hacia los caracteres típicamente japoneses del *hiragana*, *katakana* y *kanji*. Comprobó que era un arte difícil de dominar, que exigía gran maestría con el pincel y la tinta china a fin de escribir los trazos adecuados sobre el papel de arroz.

Como todas las disciplinas niponas, el *shodō* parecía algo sencillo, pero, por más que lo intentaba, a Emily no le salía bien, lo cual le resultaba desesperante. El orden que se daba a cada trazo era de vital importancia y la señora Nakata veía cómo el pincel se le escurría de entre los dedos de forma incomprensible. ¿Por qué le resultaba tan arduo realizar un trazo que hasta un niño podría hacer?

—Emily —le solía decir su esposo—, el *shodō* es una forma de vida; un medio para llenar de paz y armonía tu alma. Con él, descubrirás un nuevo sentido a lo que antes no lo tenía y te invadirá una agradable sensación de bienestar. Recuerda, la paciencia y la constancia son los únicos secretos de nuestro arte...

—A veces me resulta tan difícil, cariño mío... ¿Debo también dejar la mente en blanco, como en el ikebana? —preguntó Emily al principio de su aprendizaje.

—Amor mío, la experiencia te ayudará a realizar un trazo cada vez mejor. Experimenta y olvídate de aprender por el momento... Y hazlo sin prisas. Las prisas jamás conducen a nada bueno. Poco a poco mejorarás tus ejecuciones. Lo único trascendente en nuestra caligrafía es el primer trazo... Con él se desarrolla algo mágico.

Pese a las palabras de ánimo de Hiroshi, a Emily aquellos complejos símbolos *kanji* llegaban a enervarla. Uno solo de aquellos caracteres podía representar una palabra, una frase hecha o incluso un estado de ánimo, y de ahí la dificultad de tener que representarlos mediante un solo trazo. El pincel debía asegurar la continuidad de la forma y, para un occidental que había aprendido un concepto de la escritura totalmente opuesto, esa exigencia resultaba incomprensible.

—Emily, el pincel debe ser parte de ti —solía aconsejarle Hiroshi mientras la instruía con esmero—. Concéntrate en el inicio, la dirección y la línea de tu trazo. No

te preocupes si al principio no logras la forma que veas en tu mente, mi amor. Descubrirás que posees el control del *shodō* cuando creas que jamás lo has tenido. Hasta ese momento, debes insistir...

Hiroshi guio a su esposa todo el tiempo y, con el paso de los meses, Emily adquirió un nivel más que aceptable.

Emily dejó de considerarse británica. Sus esfuerzos por integrarse obtuvieron recompensa y llegó el día en que su identidad se vinculó con Japón como si hubiera nacido allí.

Los días transcurrían como una suave caricia. A medida que Emily aumentaba de peso y su barriga prominente le impedía hacer algunas tareas, se limitó a hacer lo justo y necesario, centrándose en lo más relajante y beneficioso para su estado.

Por un lado, Ryan se encargaba de todo lo relacionado con sus negocios —Oharu y él también deseaban tener un hijo— y, por otro, Hiroshi y sus hombres protegían la aldea y las fábricas y salvaguardaban la armonía existente. En apariencia, las cosas parecían ir bien.

Quince días antes de salir de cuentas, Emily sufrió una aparatosa y alarmante caída. Aquel día había decidido dar un paseo junto a Akari y Sakura hasta un santuario sintoísta cercano. Su intención era entregar varias ofrendas a los *kami* del lugar, en busca de protección y bendición para el hijo que esperaba. No obstante, los buenos deseos casi acabaron en tragedia. La señora Nakata se sentía cansada aquel día y, cuando subía los húmedos y gastados escalones que daban acceso al viejo santuario, dio un traspie, resbaló y se golpeó el vientre con fuerza al caer. Las tres mujeres se temieron lo peor.

Durante unos minutos, Emily perdió el sentido. Temiendo las consecuencias del golpe sobre el feto, Akari salió a todo correr en busca de un *kuruma* que pudiera transportar a su patrona.

Una hora más tarde, la mujer del señor Spencer volvía al recinto sagrado acompañada por Hiroshi. Mientras se acercaban ambos pudieron vislumbrar que Emily se encontraba recostada a un lado del camino junto a Sakura, que no se había apartado de ella ni un solo instante.

De hecho, después de que Akari hubiera partido en busca de ayuda, la patrona había recuperado la conciencia, por lo que llevaba mucho tiempo esperando. Parecía encontrarse bien, aunque aseguraba no notar al pequeño dentro de ella.

Como las señales no eran tranquilizadoras, todos se afanaron en conducirla hasta la mansión, a fin de que pudiera reposar con mayor comodidad en la cama de su antigua habitación.

Poco después de que la acomodaran en el lecho, un prestigioso médico venido desde Tokio la sometió a un reconocimiento exhaustivo. El análisis fue minucioso y todos permanecieron en vilo hasta que el doctor les transmitió un diagnóstico nada esperanzador: al parecer, el impacto podría haber dañado seriamente al pequeño. El médico no podía darles ninguna seguridad de que así fuera, pero, en apariencia, se

movía con cierta dificultad. Lo aconsejable era que Emily guardara el máximo reposo posible hasta el nacimiento del bebé y, como entendía que la aparatosa caída podía causarle ciertos dolores, le recetó algunos remedios naturales para aliviarla cuando no pudiera soportarlos más. Al mismo tiempo, le especificó un plan destinado a reactivar la movilidad del embrión.

Al escuchar las poco esperanzadoras palabras del médico, Emily rompió a llorar con desconsuelo. Se negaba a asumir que aquello le estuviese pasando a ella. Necesitaba tener aquella vida entre sus brazos, sentir el latido de su corazón diminuto, acariciarle las mejillas y darle todo el amor que una madre puede ofrecer a su hijo. La idea de que pudiera nacer sin vida la aterrizzaba.

Durante las siguientes dos semanas, Emily siguió el plan prescrito de reposo y experimentó una cierta mejoría. De vez en cuando, el pequeño se movía y modificaba la forma de su abultada barriga, lo cual la llenaba de alegría. De hecho, la señora Nakata se pasaba prácticamente las veinticuatro horas del día pendiente de esos movimientos y, cuando los notaba, respiraba tranquila. Intuía que, pese a las dificultades, su pequeño bebé iba a nacer sano y salvo.

Casi a diario, el doctor acudía a la mansión para comprobar el estado de Emily y darle algunos consejos. Ella insistía en que deseaba tener a su hijo en su casa, al modo tradicional, y, pese a las advertencias del médico, acabó saliéndose con la suya. De modo que, dos días antes de salir de cuentas, Emily regresó a su hogar en compañía de su marido y de sus queridas Akari y Sakura. Todos le prodigaban un sinfín de cuidados y ella les respondía con generosas sonrisas y grandes dosis de buen humor, pese al miedo que aún sentía.

Una vez allí, esperaron hasta que la señora Nakata se puso de parto.

Fueron unas horas de dolor desesperante, que incluso hicieron temer por la vida de la madre teniendo en cuenta la debilidad de su estado y el accidente sufrido. Nadie se separó de su lado ni un solo minuto y asistieron al doctor lo mejor que pudieron, pese a que Emily no dejaba de exteriorizar su dolor. Por lo visto, el pequeño se había aferrado a su madre con tal fuerza que el doctor no conseguía extraerlo. Emily tampoco dilataba lo suficiente, y los medios de que el cirujano disponía no eran suficientes para paliar el suplicio. Pese a todos los contratiempos, Emily luchó con todas sus fuerzas, soportando un dolor que jamás había imaginado que podría llegar a resistir, y, al amanecer del día siguiente, por fin nació Yoko, la «niña del Sol».

En el momento en el que el cirujano la tomaba entre sus brazos para entregársela a Emily, la madre desfalleció. Había tolerado aquel titánico desgaste para que su hijo pudiera nacer sano y salvo y, al verlo abandonar sus entrañas y saber que se trataba de una niña, su cuerpo decidió darse un respiro. Muchas otras mujeres habrían perecido en aquellas condiciones, pero Emily, que tenía una voluntad de hierro, aguantó para poder contemplar durante un breve instante a su hija y, al verla a contraluz, iluminada por los primeros rayos del sol, susurró: «Mi amor, por fin estás entre nosotros...».

Extenuada, Emily permaneció casi tres días dormida. El cirujano controló sus constantes vitales después de que hubiera perdido una gran cantidad de sangre, y con la ayuda de los demás, logró mantenerla con vida y conseguir que se recuperase. Sin duda, era una mujer fuerte y admirable.

Mientras aquello sucedía, Hiroshi se debatía entre el sufrimiento de ver a su amada esposa extenuada y el terror de no saber qué hacer con un bebé que había llegado como una auténtica bendición. Le resultaba desconcertante desconocer cómo debía actuar, aunque Sakura, que ya había tenido la experiencia con la pequeña Hiroko, se encargó de todo, y todo el pueblo colaboró para que a la pequeña Yoko y a su madre no les faltase de nada.

Cuando Emily recuperó la conciencia y le entregaron a su hija lloró a mares, emocionada. Ante sí tenía aquellos pequeños ojos semiabiertos observándola con la curiosidad y la ternura del que acaba de llegar a un mundo nuevo y desconocido.

Yoko era una preciosa niña de rasgados ojos claros y pelo castaño, que no dejaba de moverse. Su madre no podía separarse de ella ni un solo segundo y, aunque aún estaba convaleciente, procuró darle el pecho desde el primer momento.

Hiroshi estuvo cuidando de las dos mujeres de su vida constantemente, día y noche, y la felicidad de quienes rodeaban a aquella familia era absoluta.

La dicha duró casi un par de años, mientras los padres de Yoko la veían crecer con naturalidad, entre los campos de arroz y té de Hachiōji y la paz que reinaba allí donde vivían. Durante esos dos años, las fábricas funcionaron como era de esperar, los cultivos generaron notables ganancias y Oharu se quedó embarazada de Ryan. Después de mucho tiempo intentando tener un hijo —un heredero que pudiera crecer al mismo tiempo que Yoko—, sus anhelos se cumplirían y serían padres.

La estirpe de los Watson y de los Lambert continuaría fuera de las sucias calles de Londres, alejada de la ciudad que crudamente, aunque también por fortuna, los había empujado a fundar una nueva vida. Ahora el pasado parecía un lejano y oscuro recuerdo, y nadie quería volver a pensar en él.

Margaret Watson sintió tanto dolor al toser que creyó que el pecho se le había desgarrado. La enfermedad había avanzado con virulencia durante las últimas semanas y, pese a los cuidados del servicio y del doctor, intuía que el fin de sus días estaba próximo.

En la última carta de su hija, llegada a través del *Queen Sea*, había leído con tristeza la noticia del nacimiento de su nieta. No podía negar que había vivido una buena vida, aunque la apenaba pensar que jamás iba a ver a la pequeña, por culpa en parte de un orgullo que había desarrollado desde su infancia y que ya nunca iba a abandonar. Ardía en deseos de tenerla entre sus brazos, pero era consciente de que aquello jamás iba a suceder. Desde luego, rechazaba por completo que su nieta fuera hija de un salvaje, pero, aun así, quería lo mejor para Emily y la pequeña Yoko. Ambas eran sangre de su sangre.

Emily había jurado y perjurado que jamás volvería a pisar tierras británicas y, después de lo que había sucedido años atrás, ella, como madre, no podía reprochárselo. Margaret sabía que no había ofrecido ningún apoyo a su hija cuando Stewart la había violado. Era aquel un episodio de su propia existencia que la había estado torturando como una daga clavada en el alma; una herida que jamás había cicatrizado y que la había condenado a vivir con el peso del remordimiento. Se daba cuenta de que había sido cómplice involuntaria de una gran injusticia por culpa de la locura de su marido.

Sabía lo de Thomas. Quizá no habría sido el hombre más adecuado para su hija debido a su estrato social, pero aun así se trataba de un joven maravilloso, capaz de sacrificar su propia vida por los Watson. ¿Y por qué ellos habían privado de un hermoso futuro a los dos amantes? Apoyar la drástica decisión de su marido había sido lo más terrible que había hecho en su vida y, en aquellos momentos, cuando estaba a punto de abandonarla definitivamente para abrazar a la triste muerte, deseaba enmendar todo el daño que había ocasionado a su pequeña Emily.

Su asistenta dejó pasar al abogado de la familia, el ilustre señor Francis Keegan. Margaret deseaba modificar su testamento y entregarle una carta dirigida a su hija y a su nieta. Con ella no iba a recuperar todo aquello que había perdido, ni tampoco cambiar las cosas, pero al menos podría subsanar su error explicando a su hija lo que de verdad había sucedido en una fatídica mañana londinense.

El letrado de la familia Watson se sentó junto al lecho de Margaret y tomó nota de sus últimas voluntades. Como herencia solo dejaba algunas joyas a su hija y su nieta, aparte de un pequeño terreno en la costa con una bonita casa frente al mar, la única posesión que había heredado de su propia familia, los Wimsey, y que jamás había formado parte de los bienes de los Watson. El resto no le pertenecía desde el día en que su marido, en su testamento, había ordenado ceder toda su fortuna a Emily. Esta había sido una decisión que ambos habían discutido y acordado para compensar a su hija por todo el dolor que le habían causado.

Aunque Benjamin Watson se obstinó en mantener su mentira y se negó a decir a su esposa qué le había pasado a Thomas, Margaret sabía que el joven no había muerto. No obstante, no conocía su paradero, de modo que, a la muerte de su esposo, ordenó expresamente al señor Francis Keegan que removiera cielo y tierra para localizar al marinero. La tarea no era sencilla y lo poco que Keegan logró descubrir fue que el antiguo profesor de Emily —que había sido desterrado por la fuerza— había muerto en Bombay a causa de una pulmonía mal curada. En cambio, no pudo dar con Thomas. Averiguó que el señor Wells había sido enviado lejos de Londres como prisionero y su pista se perdía cerca de Samarcanda, mientras trabajaba forzado en una caravana del negocio familiar. Los antiguos secuaces de su marido lo daban por muerto, y lo cierto era que había desaparecido en extrañas circunstancias. Margaret deseaba compartir con su hija esta información.

Después de que el abogado lo escribiera todo, Margaret pidió que entregase su carta en mano a su hija tras su muerte. Consiguió vivir una semana más. Aguantó con gran tristeza la pena que había torturado su alma durante años y exhaló su último aliento en el amanecer de un domingo de primavera. Por fin, pese a sus errores, el Señor podría juzgarla por todos sus pecados, y a ese juicio divino Margaret Watson jamás le había tenido miedo.

La pequeña Yoko creció arropada por el amor de sus padres y el cariño de los habitantes de Hachiōji, que se sentían eternamente agradecidos hacia su madre. Durante los dos primeros años, todo se desarrolló sin contratiempos. Suavemente y sin prisas, aprendió a decir sus primeras palabras, a experimentar con la naturaleza, entre campos de arroz y de té, y a observar con atención los gusanos de la fábrica, que le provocaban una risita nerviosa siempre que los veía. Yoko era un ser puro y feliz, tan feliz como Emily e Hiroshi.

Empezaba el verano de 1904, y tanto las fábricas como el resto de sus inversiones producían los mayores beneficios desde que iniciaron su actividad. Por fortuna, habían logrado mantener a raya al señor Kitano, que seguía resentido. Al poderoso industrial le sulfuraba no haber conseguido eliminar del sector de la seda a la compañía Watson & Lambert, y el porcentaje de beneficios que recibía de ellos a duras penas contenía su cólera.

Después de casi cuatro años de tregua, el señor Yamamoto —que seguía siendo la mano derecha de Kitano— se presentó en la planta principal de Hachiōji para

exponer las nuevas condiciones del acuerdo que habían sellado tiempo atrás. En pocas palabras, el industrial quería aumentar su porcentaje de beneficios hasta el sesenta por ciento. Según su punto de vista, las fábricas de la compañía Watson & Lambert estaban generando unos ingresos tan elevados que perjudicaban sus propias cuentas. Por su culpa, el mercado inglés solo se abastecía de aquellas industrias extranjeras, y a él no le parecía correcto. Japón debía pertenecer exclusivamente a su gente y los *gaijin* debían permanecer en segundo plano, sometidos a sus leyes, de modo que les daba un plazo de un mes para decidir si querían pagar el nuevo «impuesto de la seda» o bien abandonar el negocio.

Eso sí, en el caso de que se fueran del país, estaba dispuesto a comprarles las fábricas y todas sus tierras a un precio que incluso él mismo consideraba ridículo.

Esas condiciones eran desmedidas, y Emily, Ryan, Hiroshi y el resto de responsables del negocio decidieron atajar aquel abuso. No podían tolerar un atropello de tal magnitud, e Hiroshi estaba convencido de que, aunque se negasen a aceptar la nueva imposición, los hombres de Kitano no iban a efectuar ningún tipo de represalia. Los tiempos de los samuráis y los *rōnin* habían pasado, y pocos deseaban seguir derramando sangre. Además, gracias a su propio prestigio como samurái y al respeto que muchos sentían por Emily y Ryan, podría evitarse el enfrentamiento si se actuaba con diplomacia.

Pese a sus impresiones, y de manera preventiva, se acordó que Hiroshi reclutara a más antiguos compañeros de armas para que, en tanto el asunto se resolviera, campos, fábricas y aldea estuvieran protegidos. Así pues, se decidió que el antiguo *rōnin* partiera en solitario hacia Kioto, una semana más tarde, para hablar con algunos exsamuráis con los que había estado a las órdenes del mismo *daimio*. Emily sintió aprensión, pero comprendió que no existía más alternativa que aquella para hacer frente a la situación.

Por otro lado, John Spencer y Ronald van Santen partieron hacia Tokio para transmitir al señor Yamamoto el rechazo de sus imposiciones. El conflicto de intereses estaba a punto de estallarles en las manos y, a su regreso de la ciudad, los dos representantes de la compañía Watson & Lambert mostraban su preocupación de forma evidente. La reacción del señor Kitano, que también había estado presente en la reunión, había sido tan desmesurada como preocupante. Por lo visto, estaba convencido de que los ingleses iban a aceptar el nuevo chantaje y cuando escuchó que se oponían a sus decisiones se enojó hasta el punto de amenazarlos con unas consecuencias terribles. Incluso les había asegurado que aquella desobediencia iba a cobrársela con sangre, y Kitano jamás hablaba por hablar.

Con las negociaciones rotas, Emily y Ryan planearon abrir una vía diplomática para que Gran Bretaña, conociendo la situación en la que se encontraban, presionara al gobierno japonés con el objetivo de frenar semejante avasallamiento. Pensaron que tal vez, de este modo, el poderoso señor Kitano se vería obligado a cejar en sus imposiciones forzado por el gobierno de su propio país. Si no se llegaba a un acuerdo,

era posible que estallara un conflicto entre ambas naciones y, desde luego, a Japón no le interesaba enemistarse con una de las potencias que le había ofrecido su ayuda. El emperador no podía permitirse prescindir de uno de sus mejores aliados en su política de modernización y apertura al mundo.

La noche previa al viaje de Hiroshi a Kioto, Emily ayudó a preparar el equipaje de su esposo. Después de que la pequeña Yoko se hubiera dormido en uno de los extremos del futón, sus padres se dirigieron a la estancia principal junto al hornillo. Una taza de té los acompañaba en la víspera de su primera separación desde que se habían conocido. Llevaban cuatro años el uno al lado del otro.

Durante un buen rato, Hiroshi intentó calmar la preocupación que Emily sentía por la deriva de los acontecimientos. El *rōnin* estaba convencido de que regresaría con hombres audaces y de gran bravura capaces de proteger sus casas, la aldea y las fábricas. De modo que no había nada que temer.

Además, no iba a demorarse más de una semana, puesto que viajaría en tren para acortar el tiempo de los desplazamientos. Para no llamar la atención, había decidido ponerse una vestimenta más occidental y llevar bien guardadas sus armas en una funda de tela, tal y como establecían las nuevas leyes. Podría pasar por un tukiota más.

Emily le sirvió un poco más de té y le acarició la mejilla. Confiaba tanto en Hiroshi que se persuadió de que nada podía salir mal. Por fuerza, lograrían librarse de los abusos.

Llegada la medianoche —y mientras aún estaban conversando—, Hiroshi escuchó un ruido en el exterior de la casa y se puso alerta.

Sin perder un segundo desenfundó la catana que siempre mantenía en el suelo, a su derecha, y le ordenó a Emily que se escondiera en la habitación más retirada de la entrada principal, junto a Yoko. Algo pasaba. Su experiencia se lo advertía. Y Emily, asustada, se levantó en el acto para recoger a su hija, mientras sentía cómo el terror se adueñaba de ella. Después de todo, tal vez existiera un motivo real para el miedo que había fraguado en su interior...

Uno de los asesinos de Kitano había sido enviado a Hachiōji con una misión. Esta vez el industrial no tenía intención de pactar. Según la concepción feudal del magnate de la seda, él tenía todo el derecho de hacer una seria advertencia a sus enemigos. Si no querían plegarse a sus condiciones, alguien tenía que perder la vida.

Protegido por una antigua armadura samurái y una máscara roja que remedaba el rostro del diablo, el asesino gritó el nombre de Hiroshi Nakata para retarlo. Aguardaba en la entrada de la casa, preparado para iniciar un combate a muerte.

El momento de retomar el camino de la sangre había llegado, e Hiroshi, como antiguo *bushi*, aceptó el reto para proteger a su familia. En caso contrario estarían en peligro.

Con expresión concentrada, el *rōnin* abrió la puerta de corredera que daba acceso a la casa y se encontró con la figura de su asesino, parcialmente visible a la luz de la

luna. El combate a muerte estaba a punto de empezar, y ambos tenían la intención de vencer.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada y ninguno de los dos la apartaría hasta que uno cayera. Se movieron con lentitud y, tras acercarse a la distancia de combate mientras se estudiaban con la máxima atención, ambos contendientes situaron las catanas cerca del rostro, adoptando la posición de ataque.

Ninguno temía a la muerte, porque había sido su compañera durante mucho tiempo, desde que sus catanas se cobraron su primera víctima. Sabían qué debían hacer y, sin pronunciar palabra, iniciaron la lucha. El que mejor utilizara su arma quedaría en pie.

Los dos guerreros cruzaron el acero de sus armas con todas sus fuerzas, pues ese duelo significaba mucho más que matar o morir. Si Hiroshi lograba vencer a aquel asesino enviado por Kitano, este los dejaría en paz durante una larga temporada, tal vez para siempre. Por lo tanto, merecía la pena arriesgarse. De todas maneras, Hiroshi no sabía pelear de otra forma que no fuera jugándose la vida.

Durante los primeros minutos, los ataques y embestidas de ambos contendientes fueron estilizados y armónicos. Daba la impresión de que estaban ejecutando una bella danza primigenia. Aunque perseguían la muerte del adversario, sus movimientos eran de una fluidez y precisión exquisitas. Era evidente que se estaban enfrentando dos de los mejores *bushi* de todo Japón.

El samurái rojo hizo oscilar su cuerpo con gran dominio y arremetió contra Hiroshi, que solo disponía de su catana para protegerse. Cruzaron sus armas rápida y enérgicamente bajo la luz tenue de las lámparas de papel situadas en el interior de la casa. Sus ataques y defensas eran medidos y controlados: un movimiento equivocado, un error de cálculo, podía llevarlos a una muerte atroz. Confiaron sus vidas al entrenamiento y su pericia. Ambos contendientes creían a ciegas en la victoria.

Se desplazaban velozmente por el patio, mientras hacían chocar las catanas con ferocidad. Hiroshi notó como el sudor empezaba a surcar su rostro y percibió las primeras señales de cansancio. Sin lugar a dudas, su contrincante era un samurái experimentado, capaz de segarle la vida al más diestro de los guerreros, y vencerlo no iba a resultar nada sencillo.

En un lance de la lucha, los dos sables se cruzaron con violencia y las cabezas de los dos combatientes permanecieron unos segundos a apenas unos centímetros de distancia. Fue en ese momento cuando Hiroshi recordó la mirada de aquel hombre. No se estaba enfrentando a un desconocido, sino a un cruel *rōnin* con el que había luchado tiempo atrás para defender el honor de su clan. Su oponente también había estado, como él, en desacuerdo con la decisión del emperador de degradar a la noble casta de los samuráis. Aquel hombre, no obstante, parecía haber desechado todos los principios de su antiguo código, pues se había convertido en el sicario de un hampón sin escrúpulos.

Asesinos de semejante calaña no eran dignos de que se los considerase sucesores

de los *bushi*. Carecían del honor de los antiguos guerreros nipones y, aun así, pasaban por ser los representantes de un oficio que jamás habían honrado adecuadamente.

Emily, aterrorizada, cubría con sus manos los ojos de Yoko para que no viera lo que estaba pasando, aunque nada podía hacer por su marido, que empezaba a dar signos de desfallecimiento. Su destreza ya no era la de antaño, y la vida reposada le había restado parte de los reflejos y la velocidad que había adquirido con interminables horas de práctica. Hiroshi había sido un gran samurái, pero, en aquel combate, el asesino de Kitano llevaba ventaja, ya que, al contrario que el esposo de Emily, mantenía intacto el deseo de derramar sangre.

Su experiencia e inteligencia le permitieron resistir los duros embates de su rival, aunque, en un momento determinado, Hiroshi no logró cubrirse lo bastante y dejó al descubierto su hombro izquierdo. Con una rapidez y fuerza descomunales, el samurái rojo lanzó hacia delante la hoja de su catana y, con un golpe certero y efectivo, le causó un corte considerable. Aquel desgarró en el hombro afectó notoriamente tanto su movilidad como su capacidad de defensa.

El final de Hiroshi parecía estar cada vez más cerca y, cuando este retrocedió como consecuencia del violento impacto, el luchador de la máscara demoniaca volvió a arremeter contra el mismo brazo, con la intención de inutilizárselo definitivamente. Sangrando con profusión, Hiroshi continuó luchando con el brazo derecho. Sabía que, en inferioridad de condiciones y ante un adversario tan terrible, sus opciones eran mínimas, pero debía salvar a su familia al precio que fuera.

Con gran esfuerzo y soportando el dolor, Hiroshi pudo defenderse a duras penas de los ataques continuos. Era consciente de que era probable que perdiese la vida en ese combate, pero no se permitió darse por vencido. Mientras pudiera tenerse en pie, existían opciones de salir con vida.

Se opuso a su destino con voluntad de hierro durante unos minutos, pero al cabo de un rato ya no pudo resistir más. El samurái de Kitano realizó un rápido movimiento y le asestó un terrible golpe en el cuello, mortal de necesidad.

Al ver como el sable de aquel asesino se incrustaba en el cuello de su marido, Emily sintió que a ella también le arrebataban la vida. De no haber tenido que proteger la vida de su hija, se hubiera interpuesto entre aquel filo y el hombre al que amaba, pero nada podía hacer ya. Un maldito sicario acababa de destruir la felicidad que con tanto esfuerzo, después de mucho sufrimiento, había logrado alcanzar.

Fue entonces cuando Emily comprendió que solo en aquel país podían producirse ese tipo de extremos. Por eso los samuráis no tenían miedo a morir.

De forma inclemente, el sicario clavó varias veces su catana en el pecho y el estómago de Hiroshi.

Mientras Hiroshi caía, Emily se sintió incapaz de seguir soportando aquella tortura. El asesino se ensañaba con el hombre derrotado que había conseguido hacerla feliz, la única persona que le había hecho desarrollar una seguridad en sí misma de la que antes carecía.

De las heridas del *rōnin* brotó un notable flujo de sangre. Hiroshi dejó de ser el gran guerrero que había sido para convertirse en un simple ser humano. Moría defendiendo la mejor de las causas, y por eso, antes de sumirse en la tiniebla, fue consciente por un instante de la felicidad de la que había disfrutado durante los últimos años de su vida. Él, que había renunciado a una existencia tranquila en nombre de la espada, había conseguido darle un giro radical a su existencia. Había logrado la plenitud que tanto había buscado durante años. Había muerto con honor.

Emily estaba aterrada, petrificada, y era incapaz de dar un paso pese a que el asesino miraba hacia donde ellas se hallaban. La *gaijin* debía ser su siguiente víctima, tal como su señor Kitano le había ordenado. Con una fría tranquilidad, empezó a caminar hacia la madre y la hija. Emily sabía que no tenía posibilidad alguna de proteger a Yoko. Ambas estaban perdidas, pero si tenían que morir lo iban a hacer juntas. Estaba decidida a ello.

A medida que el samurái rojo se acercaba, Emily hizo un fugaz balance de su vida. Ya había dejado atrás una parte de su existencia, pero Yoko no merecía morir de una forma tan cruel. Aún no había experimentado la belleza de vivir en un lugar como Japón, de ser libre y crecer con amor. Sin embargo, estaba condenada a la misma suerte que su madre. Y eso era totalmente injusto.

El dolor que le causaba ese pensamiento era más insoportable que la idea de morir bajo el sable. Tal vez fuera el momento de aceptar la muerte como la consecuencia lógica de haber vivido. Así se lo había enseñado su esposo, aunque aquella reflexión no tenía por qué aplicarse a su querida hijita. Lo único que la consolaba era que, en pocos minutos, su amada familia volvería a estar junta.

Pensando aquello, la británica cerró los ojos y estrechó entre sus brazos a su hija. Así abrazadas, aguardaron el golpe de gracia.

No obstante, su hora no había llegado.

Los hombres de Hiroshi y muchos vecinos irrumpieron en la casa justo a tiempo. El ruido del combate había atraído hasta allí a los otros *rōnin* y a los hombres de la aldea, que se apresuraron a rodear al asesino para asestarle una lluvia de cuchilladas y golpes. Fueron inmisericordes. En pocos segundos, la pesadilla había terminado.

Desesperada, Emily soltó a la pequeña Yoko y corrió hacia su marido, para poder llorar sobre su cadáver. La vida volvía a golpearla con una crueldad descomunal y, pese a que Yoko era la mayor motivación de su vida, su alma acababa de romperse en mil pedazos. La muerte parecía obsesionada en perseguirla.

Algo más tarde, los presentes llevaron a Emily y Yoko a la mansión y se encargaron de los restos del respetado Hiroshi Nakata. La guerra con Kitano había sobrepasado el límite de lo peligroso, y a los propietarios de Watson & Lambert les tocaba mover ficha si no querían ir cayendo uno a uno. Su enemigo les había dejado claro a qué se enfrentaban, y no se iba a quedar de brazos cruzados.

Al día siguiente, Emily y Yoko llegaron a su casa a media mañana. Los vecinos se habían ocupado de reparar todos los destrozos y de arreglar el cadáver de Hiroshi para las honras fúnebres. Hiroshi era budista zen, y su viuda había decidido respetar sus creencias. Si bien se habían unido en matrimonio según la tradición sintoísta, Emily deseaba despedirlo mediante el ritual de la otra religión del país. Lo trágico de la situación había embotado la voluntad de la patrona, de modo que su querida asistente Akari se encargó de realizar todos los trámites.

Cuando cruzó el umbral de la estancia principal de su casa, Emily encontró el cuerpo de Hiroshi reposando en la sala central, ataviado con un immaculado kimono blanco y el rostro cubierto con un pañuelo del mismo color.

Sin fuerza, se sentó cerca de los restos de su marido y observó a su alrededor. Después de haber llorado sin tregua desde la noche de su asesinato, apenas podía abrir los ojos. Le escocían y todo lo que pasaba ante ellos aparecía desenfocado. Estaba exhausta, pero aun así quería estar junto a su esposo hasta el último minuto. Aquella muerte se había llevado la única felicidad de que había disfrutado en su vida, y el dolor adquiría la condición de un tsunami de tristeza y soledad que la anegaba a cada minuto. ¿Cómo iba a poder levantarse cada mañana, si su amado samurái ya no estaba con ella?

Con suma delicadeza, Akari se sentó junto a su patrona y, susurrando para no perturbar el silencio, le explicó algunos detalles de por qué el cuerpo de su esposo permanecía en aquella estancia. Como todo lo relacionado con el zen, las fases de «la ceremonia» eran de suma importancia.

—Señora patrona, ¿cómo se encuentra? —preguntó la asistente, visiblemente preocupada por el estado emocional de Emily.

—Esto es una pesadilla, Akari...

—La comprendo, señora... ¿Puedo hacer algo para ayudarla?

—Sabes, es curioso. Hiroshi y yo hablamos de todo, pero jamás de cuáles eran sus últimas voluntades... —respondió Emily con un hilo de voz. Incluso hablar le suponía un gran esfuerzo—. Solo me queda ofrecerle la despedida que él hubiera deseado...

—Desde luego, señora... El pueblo entero se ha volcado en prepararlo todo para que el alma de su marido pueda viajar en paz. Pero debo decirle que este entierro es diferente al de la pequeña Hiroko, al que asistimos hace años... —comentó la asistente.

—Lo sé, pero él habría querido esta ceremonia...

—También nosotros lo creemos así, señora patrona... Él era un samurái y merecía despedirse con todos los honores. Por eso han situado su cuerpo orientado al norte y han colocado su catana sobre la tela que lo cubre. Así podrá defenderse de todo lo maligno que se encuentre de camino al paraíso...

Mientras escuchaba las explicaciones de Akari, la viuda sentía que su interior era como un cristal roto en mil pedazos, como un acantilado vacío y yermo. La impresión de ver a su esposo allí, inerte, fue terrible, aunque se obligó a sí misma a soportarlo para honrar su memoria. Él había defendido a su familia hasta el último aliento, sacrificando su vida, y lo mínimo que podía hacer era acompañarlo con firmeza y darle un último adiós.

Durante unas horas el tiempo pareció congelarse y la vida se convirtió en un valor muy valioso para Emily. Justo en esos momentos reparó en lo efímera que la existencia podía llegar a ser y en lo mucho que había que disfrutarla mientras fuera posible. Aunque en sus circunstancias no iba a resultar fácil.

Transcurrido el tiempo estipulado, varios hombres de la aldea aparecieron con un austero ataúd blanco, y mientras unos se encargaban de poner el cadáver de Hiroshi en su interior, otro se acercó hasta la viuda para entregarle unas sandalias de paja y un pequeño bastón.

Emily aceptó los presentes y se dirigió hacia su asistenta para solicitar su ayuda:

—¿Akari, qué debo hacer con esto?

—Señora patrona, debe ponerlos dentro del ataúd. Su marido los necesitará para su viaje. Para nosotros, cualquier ayuda es buena para llegar al paraíso.

A medida que iban pasado los minutos, los vecinos de Hachiōji y las trabajadoras de la fábrica se acercaron a la casa de Emily para darle el pésame y presentar sus respetos a Hiroshi.

Y, de acuerdo con la costumbre, todos los que vinieron pudieron tomar un té aromático y dulces. De ello se ocupó Akari, que se apresuró a ofrecer las muestras de atención debidas a los visitantes a fin de que su patrona no tuviera que preocuparse de nada. Emily tenía los sentidos puestos en despedirse de su esposo.

Al caer la noche, los compañeros de Hiroshi hicieron guardia en el exterior de la casa para prevenir un nuevo ataque, aunque Kitano decidió respetar el dolor que él mismo había infligido a aquella familia. Dejar conscientemente a una niña sin padre era una muestra clara de su naturaleza.

Durante las horas de oscuridad, Emily no se apartó de los restos de su esposo. Y como Yoko no había querido ir con Ryan y Oharu a la mansión, acabó quedándose plácidamente dormida en los brazos de su madre.

Al observarla mientras dormía, Emily pudo apreciar la pureza de su rostro. Aquella pobre niña a la que habían dejado huérfana de padre crecería con la tristeza de no entender por qué alguien le había privado de un ser tan indispensable en su vida. Tal vez aquel país no fuera tan distinto de Londres, porque, al fin y al cabo,

hasta en el rincón más lejano del mundo había personas malvadas.

Según los preceptos budistas, Emily no podía dejar a Hiroshi solo durante demasiado tiempo, de modo que veló al difunto hasta que, al día siguiente, y con los primeros rayos de sol, trasladaron el ataúd al templo budista más cercano. Y allí pudo darle su último adiós.

Después de soportar con entereza el dolor de enterrar a su marido, Emily cayó en una profunda depresión. La vida le había vuelto a robar a un ser querido y, aunque Yoko era razón suficiente para seguir respirando, quedó atrapada en un profundo pozo de hastío y melancolía. Por tal razón, Ryan tuvo que tomar por primera vez desde su llegada a Japón las riendas del negocio familiar y, junto con los demás allegados, cuidó de su cuñada y su sobrina en la mansión.

Pasados unos días, la niña apenas era consciente de la tragedia que había recaído sobre su familia. Para la pequeña la vida seguía, aunque a Emily le habían arrebatado la ilusión de vivir. Día tras día, se quedaba recluida en su cuarto o reposaba en el jardín de aquella lujosa casa, sin apenas articular una palabra, olvidada de sí misma. En cuestión de semanas, envejeció de forma tan prematura como alarmante.

La tierra por la que había albergado un amor tan intenso no era más que otro infierno en el que se había obligado a permanecer. Y si la desgracia la había perseguido hasta ese lugar era porque —estaba convencida de ello— jamás iba a encontrar un rincón en el mundo en el que vivir en paz. Tal vez si hubieran cedido a la extorsión del señor Kitano nada de aquello habría sucedido. Se arrepentía una y otra vez de no haber vendido sus posesiones al maldito hampón japonés, porque, de haberlo hecho, con toda seguridad Hiroshi aún estaría a su lado. Y con lo que les hubiera pagado, aunque fuera poco, podrían haberse ido a vivir a cualquier otra parte del mundo, donde nadie quisiera hacerles daño. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Mientras ella lamentaba su suerte, su valiente esposo estaría recorriendo un camino más arduo que todos los transitados en vida. De su determinación dependía que alcanzase el paraíso o que vagara eternamente. Pero aquella aventura debía realizarla solo.

Durante las siguientes semanas, Ryan y sus asesores enviaron una queja al consulado británico para que defendiese los intereses de su familia. Lo sucedido era inconcebible y exigían una actuación firme por parte de su país.

La queja tardó bastante en tramitarse, pues tuvo que viajar a Gran Bretaña a bordo del *Queen Sea*, así que, hasta que no transcurrieron dos meses desde la muerte de Hiroshi, el gobierno japonés no actuó en consecuencia. Lo último que deseaban los nipones era un conflicto internacional con el país que más les abastecía de la materia prima necesaria para desarrollar una modernización sólida. Eran conscientes de que una de las más influyentes familias británicas, con todos los permisos en regla para poder establecer sus fábricas cerca de Tokio, había sufrido un perjuicio imposible de reparar. Por eso el gobierno tomó cartas en el asunto.

Por orden del emperador y con la discreción propia de los procedimientos

nipones, el señor Kitano fue despojado de sus negocios y acusado de varios delitos contra los británicos, entre los que figuraba el asesinato premeditado.

La compañía Watson & Lambert aceptó las disculpas ofrecidas por parte del gobierno japonés y decidió seguir con sus negocios en el país. Nada ni nadie iban a devolver la vida a Hiroshi, pero, al menos, ninguna vida más correría peligro.

La resolución del conflicto llegó demasiado tarde para Emily. Su mente llevaba demasiado tiempo precipitándose en un abismo de soledad y desconsuelo y, poco a poco, se fue encerrando en sí misma. Ni siquiera Yoko conseguía devolverle las ganas de vivir. Desde luego, Emily hacía verdaderos esfuerzos por atender a su hija, pero la expresión de su rostro seguía siendo la de aquel que ha emprendido un camino sin retorno.

La preocupación de Ryan, Oharu y el grupo de amigos más próximos iba en aumento, pero no tenían ni la más remota idea de lo que podían hacer para recuperar a la mujer luchadora que Emily siempre había demostrado ser. Tenían la esperanza de revertir aquella situación tarde o temprano, aunque, de buenas a primeras, la labor parecía más compleja de lo esperado. Seguramente, solo se trataba de una mera cuestión de tiempo, pero verla en aquel estado empezó a ser motivo de máxima preocupación para todos. Por el bien de Emily y Yoko, debían encontrar la forma de hacerla reaccionar.

A principios de 1905, el abogado de la familia, el señor Francis Keegan, desembarcó en Yokohama proveniente de Gran Bretaña. Un par de semanas después de la muerte de la señora Margaret Watson, el señor Keegan ya había anunciado su llegada a Tokio para tratar un asunto de suma importancia con la propietaria de la compañía. Se había comprometido a entregar en persona la carta que la madre de Emily le había confiado antes de su muerte, de acuerdo con el plazo pactado con la difunta.

De modo que realizó el mismo trayecto que ya había hecho, años atrás, para encontrarse por vez primera con Emily y Ryan. Emprender aquella travesía decía mucho de los principios de aquel letrado. No todo el mundo era capaz de recorrer medio mundo solo para entregar una carta en mano, pero el señor Francis Keegan era un abogado chapado a la antigua, que todavía cumplía al pie de la letra los encargos que sus mejores clientes le hacían.

De camino a Hachiōji, Ryan puso en antecedentes a Keegan, tanto en relación con los trágicos sucesos ocurridos como en lo concerniente al estado anímico de Emily. No iba a ser sencillo conseguir que la señora Nakata le atendiera como era debido, aunque tal vez el hecho de que fuera el portador de una carta de su madre podría hacerle cambiar de parecer.

Llegados a la mansión, Ryan acompañó al señor Keegan a la estancia de invitados y le pidió paciencia. Primero debía tratar el asunto personalmente con Emily y obtener su autorización.

Después de dejar que se acomodara lo mejor posible, el heredero de los Lambert

fue en busca de la viuda. La visita del letrado de la familia parecía realmente importante y no atenderle como era debido habría sido una falta de respeto evidente.

Pese a su postración, Emily accedió a escuchar al abogado inglés, de modo que lo citó a primera hora de la tarde en el jardín donde solía reunirse con las visitas. Allí podrían hablar con tranquilidad en un entorno natural apacible. La naturaleza era la única realidad que parecía pervivir en el tiempo.

A la hora indicada, el ilustre señor Keegan se presentó en el jardín. Emily lo esperaba sentada frente a la mesa, en la cual se había servido el té. Se mantenía muy quieta y tenía la mirada perdida.

Al verla, el abogado pensó en lo desmejorada que estaba en comparación con la joven que había conocido en su última visita. Quizás el mensaje que había traído desde Londres podría ayudarla moralmente a seguir adelante. Aunque aquello no era más que una conjetura.

—Buenas tardes, señora Nakata. Me alegra verla de nuevo. ¿Cómo se encuentra?
—se presentó Keegan con tono sereno y agradable.

—Algo mejor que hace unos días...

—Esa es una muy buena noticia. Celebro oírle decir eso.

—Agradezco su preocupación... ¿Cuál es el motivo de su nueva visita? Debe de ser algo importante si lo ha obligado a realizar un viaje tan largo... Yo casi ni recuerdo el mío... —musitó Emily, como si su mente se encontrara muy lejos de aquel jardín.

—Verá, señora Nakata... si me lo permite, seré directo. No creo en los rodeos innecesarios. No aportan absolutamente nada a mi trabajo.

—Por favor, prosiga... —accedió Emily, dispuesta a escuchar lo que el letrado tenía que decirle.

—Como bien sabrá, su madre falleció hace unos meses.

—Sí, nos llegó el comunicado —asintió ella, aún con la mirada ausente y en apariencia sin darle importancia. Otros asuntos la torturaban interiormente.

—El procedimiento habitual consiste en detallar a los familiares designados las últimas voluntades del fallecido, tal y como ya sucedió con su padre. Claro que, en el caso de su madre, la buena señora Watson apenas pudo dejarle nada. Su herencia es la que usted recibió con la muerte de su padre, ya sabe.

—Lo recuerdo perfectamente.

—El caso es que su madre Margaret Watson quiso dejarle en herencia la única propiedad que tenía a su nombre. Una posesión que había recibido por parte de su familia...

—Supongo que se refiere a la casa de la playa... ¿Y por ese motivo ha tenido usted que venir hasta aquí? —se extrañó Emily, tras beber un poco de té.

—En realidad, no. El motivo de mi visita es una carta que su madre escribió para usted y que me encargó entregarle de acuerdo con ciertas condiciones. Era indispensable que se la diera en mano —informó el señor Keegan sin prisa.

—¿Conoce usted el contenido de esa carta? ¿Tan importante es que ha tenido que entregármela usted mismo? Usted ya debe de saber que la relación con mis padres era uno de los motivos por los que jamás he querido regresar a Gran Bretaña. No actuaron como yo esperaba en ciertos episodios del pasado y eso me decepcionó profundamente —recalcó Emily con un cierto tono de amargura.

—Como usted comprenderá, señora Nakata, mi intención no es juzgar a ninguna de las partes. Si se me permite mi opinión, creo que el contenido de esta carta es de gran interés para usted. Tal como acordé con su madre, mi misión consiste en dársela para que usted decida según su criterio. Al mismo tiempo, he recopilado cierta documentación sobre el asunto de la misiva, de la que también puede disponer. Su madre me encargó que realizase una compleja investigación para que pudiera entregarle a usted los resultados.

—¿Una investigación? ¿De qué se trata? —preguntó ella, desconcertada.

—Le pido que primero lea el contenido de este sobre y decida usted misma la importancia del asunto —aclaró el señor Keegan mientras le entregaba el escrito—. Mañana le traeré el resto de la documentación, antes de partir hacia Yokohama. Tengo previsto embarcar por la noche y regresar a Londres. He de resolver allí ciertos asuntos que no admiten demora.

—Bien. Gracias por sus explicaciones, señor Keegan —contestó Emily, volviéndose a perder en sus reflexiones.

—A usted, señora Nakata. Espero que pronto se sienta más aliviada. Si no le importa, me retiraré para poder descansar. En esta ocasión la travesía ha sido realmente dura.

—Por supuesto. Repose lo que necesite y ya hablaremos en otro momento —accedió Emily.

Acto seguido, el letrado se incorporó y se adentró en la mansión para dirigirse a su aposento. Keegan entendía perfectamente que Emily necesitaba estar a solas para asumir la información de la carta.

Cuando se encontró sola en su querido jardín, se quedó mirando durante un buen rato el sobre que Keegan le había entregado. Su madre había escrito con delicadeza el nombre de su hija en él y, al acariciar levemente el papel, Emily recordó que aquella mujer jamás había sido muy propicia a escribir cartas, sino todo lo contrario. Siempre se había mostrado simple y directa a la hora de decir las cosas.

De manera que si antes de morir había escrito aquellas cuatro líneas, sin duda se trataba de un asunto de vital importancia. Puede que, por ello, cierta curiosidad casi infantil la decidiese a abrir el sobre, aunque antes de hacerlo decidió esperar un poco más. La vida le había enseñado a no tener prisa y, gracias a las enseñanzas del *zazen*, sus reacciones solían ser mucho más meditadas que antaño. De modo que aquietó la mente durante más de media hora, para impedir que el contenido de aquel sobre turbase su ánimo en exceso y, después, con gran paciencia, lo abrió.

La carta de su madre era larga y cargada de emotividad:

Querida hija:

Seguramente no entenderás el motivo de esta carta, pero no te puedo culpar por ello. Ahora que estoy a punto de enfrentarme a la muerte y de reunirme con tu padre, entiendo que he cometido errores que podría haber evitado si hubiese tenido más valor. Es por ello que te pido que me perdones por todo el daño que te he podido ocasionar en esta vida. La sensación de no haber hecho nada por ti, hija mía, me resulta insoportable.

Debo confesar que tenías razón. Jamás debería haber tolerado según qué situaciones, pero la tradición familiar me obligaba a no levantar la voz. Tu padre era un hombre tan sumamente duro y autoritario que jamás me hubiera perdonado lo que estoy a punto de hacer, aunque ahora ya no debo rendir cuentas a nadie, solo al Señor, cuando tenga a bien juzgarme.

Me apena el no volverte a ver, ni conocer a mi nieta. Sé que afirmé que tu marido era un salvaje al que jamás iba a aceptar, pero me equivocaba. Ojalá lo hubiera conocido, porque así os tendría cerca.

Comprendo que no tengas razones para perdonarme, pero, por favor, te pido que algún día hables de mí a Yoko y que no te veas obligada a mentirle. Siempre te he querido, hija mía, aunque tal vez no supe demostrártelo.

Cuando ayudé a tu padre a realizar su testamento, él no quiso ceder en un detalle, a mi parecer, de vital importancia. Él creía que con los bienes heredados ibas a olvidarte de todo el mal sufrido. Para tu padre el dinero era capaz de arreglarlo todo, aunque en mi interior yo tenía la certeza de que no iba a servir de nada.

Hay un secreto que durante mucho tiempo te ocultamos, seguros de que lo hacíamos por tu propio bien, pero que ahora, con el sosiego que otorga la soledad, entiendo que fue un grave error. Tu padre estaba convencido de que ibas a regresar a Londres a los pocos meses de tu partida, pero una madre siempre sabe cuándo su hija jamás va a volver. Y yo tenía la certeza de que, si subías a ese barco rumbo a Japón, te alejarías de nosotros para siempre.

Mi querida Emily, el secreto que tu padre jamás quiso revelarte atañía al hombre al que amabas, el señor Thomas Wells. Él no está muerto. Nunca sufrió ningún accidente mortal, sino que Benjamin se encargó de alejarlo de tu vida. Y lo mismo hizo con tu profesor, el señor Smith. Supongo que te estarás preguntando el porqué.

Verás, hija mía, tu padre y yo teníamos constancia de vuestros encuentros secretos, y cuando Benjamin obtuvo las pruebas definitivas y se aseguró de que no se trataba de una equivocación, su ira le hizo actuar irracionalmente.

Después de obligar al señor Wells y al señor Smith a que abandonaran el país, los subió a uno de sus barcos y los alejó de tu vida. Pero solo los alejó...

Querida hija, a día de hoy desconozco el paradero de Thomas, aunque te animo a que sigas sus huellas. Tal vez aún estés a tiempo de recuperar el tiempo perdido y de ser feliz. En la vida pocas cosas son tan importantes

como disfrutarla.

Por desgracia, el destino del señor Smith fue más trágico, y murió en tierras lejanas. Algún día el señor Keegan podrá darte todos los detalles, pero sabe, querida hija, que desde el cielo, o allí donde esté, siempre velaré por vosotras.

Emily, te animo a que te reencuentres con tu pasado. Busca en él las llaves del futuro. Es lo único que puedo aconsejarte para reparar el daño que te he hecho.

Para ayudarte he encargado al señor Keegan que realice una exhaustiva investigación con el propósito de encontrar al señor Wells. Espero que tenga éxito y que junto a esta carta pueda entregarte toda la información que haya podido recopilar. Es un buen hombre y seguro que se esforzará en ayudarte en la búsqueda.

Mi querida Emily, déjame decirte que te he amado más de lo que jamás has creído y que lamento todo el infortunio que mis decisiones equivocadas te han causado. Quizás algún día comprendas que, cuando amas, nunca pretendes hacer daño, si bien a veces la buena voluntad no sirve para proporcionar la felicidad. Puede que incluso no sirva para nada.

Espero que tengas una vida feliz junto a aquellos a quienes ames. Yo, si existe un lugar mejor, procuraré protegeros a ti y a mi nieta, y os seguiré desde allí donde esté.

Os ama y os ha amado siempre,

MADRE

Emily se quedó sin respiración... Después de tanto sufrimiento y de tantas lágrimas vertidas, resultaba que su querido Thomas estaba vivo. ¿Cómo debía tomarse aquella noticia? ¿De verdad su madre esperaba que lo dejase todo para ir tras él? Se trataba de una confesión difícil de digerir.

Justo ahora que había perdido a un hombre al que había amado con locura por ser como era, puro y auténtico, su primer amor resucitaba de entre los muertos. ¿Había tenido que morir Hiroshi para que Thomas regresara a la vida? Si era así, desde el fondo de su corazón, le parecía injusto.

Durante más de una hora, Emily no pudo levantarse de aquella confortable silla de madera. Observó el despejado cielo azul, los cerezos que rodeaban el jardín y los cuidados grupos de flores a su alrededor. Aquel lugar era hermoso y representaba la paz más absoluta. Cuando recordaba el grisáceo Londres, nada bueno le venía a la cabeza, nada aparte del amor apasionado que había sentido por Thomas. Pero ya no era aquella niña que se había entregado a él; Japón la había cambiado por completo. En aquel país había renacido como mujer, superando un sinfín de contratiempos. Sin embargo, pese al esfuerzo que había hecho, en aquel momento parecía haber vuelto al punto de partida. Sus dos esposos habían muerto de forma trágica. Había deseado que el primero se muriera cuanto antes, e imaginado envejecer al lado del segundo siempre enamorada y feliz. ¿Dónde estaban ahora sus esperanzas? ¿Acaso no merecía ser feliz?

Quién sabe, tal vez fuera su karma, que la obligaba a pagar algo que había hecho en otra vida, o quizá simplemente se trataba de un sinfín de pruebas que debía superar para alcanzar por fin la felicidad.

Sea como fuere, lo único importante era recuperarse anímicamente para dar la mejor vida posible a su pequeña Yoko. Ella no merecía pasar por lo mismo que su madre había vivido en su infancia y, si para ello debía hacer cualquier sacrificio, Emily estaba dispuesta a enfrentarse al mismísimo diablo.

La decisión con respecto a Thomas era compleja. Conocer su paradero no significaba que lo que el tiempo le había arrebatado pudiera recuperarse con la misma intensidad. En aquel momento era una mujer más madura, capaz de arriesgar su vida por aquellos a los que amaba. Sin embargo, la simple posibilidad de volver a ver a Thomas avivaba una ilusión que parecía apagada para ella tras la muerte de su marido. Jamás nadie iba a poder sustituir a Hiroshi, aunque tampoco ningún otro hombre había logrado borrar de su memoria a aquel marinero al que entregó su amor y su pureza cuando solo era una niña.

Absorta en aquel dilema moral, Emily dejó pasar las horas hasta que apareció la luna. Tal vez la llegada de la noche la ayudase a aclarar sus ideas y a tomar la decisión adecuada sobre qué camino tomar. La calma que le transmitía servía de gran ayuda.

Akari se acercó en silencio a Emily y le advirtió de que todos ya habían cenado. Ya antes su patrona se había negado a comer nada, pero tal vez en esa hora tardía la señora deseara probar bocado, de modo que llevaba una pequeña bandeja de madera

con algo de comida. Emily sonrió agradeciéndole el gesto y aceptó el alimento, mientras pedía a su gentil asistente que avisara al señor Keegan. Necesitaba hablar con él con urgencia.

Transcurridos unos veinte minutos, el asesor legal de los Watson apareció en el jardín. Llevaba una carpeta de cintas de tela oscura en una mano y una pipa de diseño típicamente británico en la otra. Ante la atenta mirada de Emily, tomó asiento sin decir nada. Los farolillos de papel que rodeaban el jardín proporcionaban una relajada tonalidad anaranjada al ambiente y hablar pasaba a ser algo secundario. Emily se figuraba estar viendo el resplandor de la lava de los volcanes japoneses, e irremediadamente quedaba atrapada por el atractivo de aquella luz cálida.

Después de un leve carraspeo, el señor Keegan inició la conversación. Poco antes había depositado la carpeta sobre la mesa.

—Buenas noches, señora Nakata. Me han comunicado que deseaba verme —empezó a hablar el letrado con su tranquilidad habitual.

—Sí, señor Keegan. Le agradezco que se haya presentado con tanta rapidez. Sé que deseaba descansar, pero necesito hacerle varias preguntas sobre el contenido del sobre que me ha entregado —comentó Emily con un tono más decidido que el que había empleado en la conversación anterior.

—Descuide, señora Nakata. Era algo con lo que ya contaba. Compruebo entonces que ya ha leído el mensaje de su madre.

—Desde luego... y ha sido toda una sorpresa.

—Lo entiendo, señora Nakata. Después de tanto tiempo, conocer la verdad sobre ese asunto no debe de ser algo sencillo de asimilar... En todo caso, estoy aquí para proporcionarle toda la información de que yo dispongo.

—Eso es lo que quiero, señor Keegan. Perder al señor Thomas fue muy duro para mí. Era joven e inexperta, pero mis sentimientos fueron profundos y sinceros. Si está vivo, me gustaría saber dónde...

—... encontrarlo, ¿no es cierto? —completó el abogado.

—Eso es...

—Si le parece, puedo contarle lo que sé. No dispongo de datos importantes, pero usted misma decidirá qué hacer con los que sí tengo.

—Usted dirá...

—De acuerdo, como sabrá, su padre le ocultó lo que sucedió en realidad con el señor Thomas Wells y el profesor Charles Smith —comenzó Keegan.

—Más bien podríamos decir que me engañó, aunque ya poco podemos hacer al respecto. Lo que cuenta es si mi padre le expuso sus razones... —inquirió Emily, algo irritada con el proceder de su progenitor.

—Para serle sincero, nunca se justificó ante mí por este asunto. Simplemente creyó que aquellos dos hombres eran una mala influencia para usted y los alejó de Londres. Por lo que recuerdo, él estaba seguro de que iba a fugarse con el señor Wells.

—Estaba en lo cierto. Lo habíamos planeado... ¿Cómo lo supo?

—En fin, su padre era muy poderoso y tenía a mucha gente trabajando para él. Es probable que mandara que los espieran, aunque, si me lo permite, señora Nakata, no creo que eso importe mucho ya.

—En eso tiene usted razón. Hábleme entonces de lo que sucedió cuando conoció mi relación con Thomas —zanjó la cuestión Emily.

—Bueno, digamos que su padre «persuadió» al profesor Smith para que viajara a la India, a ocuparse de ciertos asuntos de su interés. En concreto, lo envió a Bombay, lugar en el que permaneció enseñando inglés en una escuela hasta que falleció hará un par de años. Por lo que pude averiguar, una pulmonía acabó con su vida. Lo enterraron allí...

—¿Y Thomas? —preguntó Emily, ansiosa.

—Con el señor Wells las cosas fueron de otra manera, señora Nakata.

—No entiendo por qué aceptaron marcharse sin más. ¿Qué les hizo mi padre que les impidió negarse? —Emily empezaba a imaginar lo que había sucedido y sintió repulsión hacia su padre.

—Con toda seguridad los chantajeó. No tuvieron elección, pese a que, como ya le he comentado, desconozco todos los detalles de este particular. El caso es que tanto el señor Smith como el señor Wells partieron a destinos bien distintos.

—¿Adónde fue Thomas? ¿Qué pasó con él? —Emily empezaba a perder la paciencia.

—Bueno, es difícil concretarlo. A Thomas se le asignó a las caravanas que hacen la Ruta de la Seda para la compañía, de modo que viajó por toda Asia. Eso ha sido lo que más ha dificultado dar con él desde que perdimos su pista.

—Explíquese... —solicitó Emily, impasible.

—La última noticia verificable que tuvimos de Thomas fue hace más de tres años.

—Entonces, ¿está muerto? —preguntó Emily, inquieta y con el corazón en un puño. No se resignaba a perder de nuevo a Thomas, no ahora que sabía que no la había abandonado por voluntad propia.

—No exactamente, señora Nakata. Lo único que puedo decirle es que desapareció cerca de Samarcanda, aunque, con tiempo y dinero, descubrimos que tenía muy buena relación con un mercader inglés llamado Terry Wilkinson.

—¿Sabe dónde encontrar a ese hombre?

—En una población llamada Haifa.

—¿Haifa? ¿Dónde está ese lugar? —insistió Emily con la esperanza de que quizá no estaba todo perdido.

—Al norte de Palestina, en la costa del Mediterráneo.

—Séame sincero, señor Keegan: ¿cree que aún está vivo? —preguntó Emily sin contemplaciones.

—Es difícil saberlo, señora Nakata. Tal vez lograra escapar del control de su padre y viva con una nueva identidad. A lo largo de la Ruta de la Seda existen cientos

de poblaciones en las que podría ocultarse. O tal vez simplemente murió cerca de Samarcanda... Pero la realidad es que el señor Thomas desapareció sin más. Mire, aquí le he traído toda la información que he recopilado en persona para usted. Puede que le sirva de ayuda... —explicó Keegan, que también parecía tener buenas dotes de investigador.

—¿Le parece que debería buscarlo? Dígame la verdad. Ahora soy yo quien deseo pagarle para que trabaje a mi servicio, tal y como siempre ha hecho con mi familia —afirmó con rotundidad una Emily mucho más decidida.

—Promete ser una búsqueda compleja. Tal vez usted tendría más suerte que mis empleados, pero son partes del mundo difíciles de recorrer. Lo aconsejable sería que alguien la acompañara. En algunos de los países que forman aquella antigua ruta las mujeres siguen teniendo un papel muy secundario. Y que usted sea extranjera empeora las cosas. Más que una aventura, podría ser un viaje peligroso.

—Muy bien... le agradezco su sinceridad. Meditaré sobre lo que me ha contado y hablaré con mi cuñado. Por la confianza que nos une, deseo conocer también su punto de vista.

—Lo comprendo, señora Nakata. Si ya no precisa nada más de mí, me retiraré a mi cuarto. Debería descansar un poco, pues mañana debo salir temprano —concluyó el letrado.

—Sí, claro, señor Keegan. Vaya a descansar. Mañana tendrá un día duro y no querría robarle más tiempo de reposo —asintió Emily mientras empezaba a abrir la carpeta que el señor Keegan le había entregado y que contenía toda la información sobre Thomas y el profesor Smith.

—Que pase usted una buena noche, señora Watson.

—Lo mismo le deseo, señor Keegan.

Mientras el abogado desaparecía por la puerta que daba acceso al interior de la mansión, Emily permaneció sentada en el jardín, inmóvil y analizando los papeles que confirmaban las explicaciones del hombre de confianza de su familia. Encontrar a Thomas no iba a resultar una tarea sencilla, pero si seguía siendo el hombre que había conocido tiempo atrás, estaba segura de que aún estaba vivo. Simplemente, se las había ingeniado para desaparecer y alejarse de su familia.

Necesitaba encarar todo aquel asunto de otra manera, con cierta perspectiva. La muerte de Hiroshi era demasiado reciente como para lanzarse a semejante aventura, pero si algo le había enseñado la vida era que el tiempo perdido jamás se recuperaba. Quizá reencontrándose con Thomas podría empezar de nuevo; puede incluso que la vida estuviera ofreciéndole una nueva oportunidad de levantarse y continuar caminando. Aquella decisión se estaba convirtiendo en una de las más difíciles de su vida. Abandonar Japón, aunque fuera temporalmente, le provocaba una angustia difícil de expresar. Su hija y su verdadera identidad habían crecido entre aquella gente, y volver a embarcarse en una nueva peripecia le producía cierto miedo y respeto.

Cerró la carpeta con la documentación que le había entregado el señor Keegan y se incorporó para irse a la cama. Allí la estaría esperando Yoko, soñando con un mundo donde la tragedia no tenía cabida. Por primera vez desde la muerte de su esposo, deseó acompañarla a aquel lugar, abrazándola con todas sus fuerzas.

Varios meses después de la visita del señor Keegan, Emily embarcó en el *Queen Sea* en dirección a Haifa. Tal vez el año de 1906 que acababa de comenzar fuera aquel en el que su vida diera, por fin, un giro radical.

El mercante inglés había cargado la producción de seda que solía recoger cada mes y medio o dos en el puerto de Yokohama, y tenía previsto cambiar ligeramente su rumbo para dejar a la señora Nakata en su destino. Después retomaría su ruta habitual hacia Londres, aunque arribaría unos días más tarde de lo acostumbrado.

Una vez en tierra desconocida, Emily iba a iniciar la búsqueda de Thomas, pues la esperanza de encontrarlo había insuflado en su ánimo un nuevo motivo para vivir.

Durante los meses previos al viaje, Emily había discutido el asunto con Ryan, a quien consideraba un hermano. Necesitaba conocer su opinión al respecto y rogarle que se hiciera cargo de Yoko en su ausencia. La señora Nakata no imaginaba a nadie más adecuado para, ante cualquier imprevisto o un fatal desenlace, criar y educar a su hija, de modo que la dejaba en sus manos.

Inicialmente, Ryan había expuesto sus reservas sobre aquella odisea. Albergaba serias dudas de que Thomas aún siguiera con vida, y era consciente de que, allí donde ella iba, una mujer sola no lo iba a tener nada sencillo.

Tal vez por ello había insistido una y otra vez en acompañar a su socia en aquel viaje, pero Emily había rechazado su generoso ofrecimiento, segura de que tendría más posibilidades de encontrar a Thomas si viajaba sola.

La situación estaba clara: si Thomas había logrado huir de los empleados de Watson & Lambert, desconfiaría si llegaba a saber que un miembro de los Lambert lo buscaba. No obstante, eso no pasaría con la mujer con la que había querido fugarse. De modo que las posibilidades de éxito del proyecto de Emily se basaban en que ella fuera la única que siguiese el rastro del marinero.

Llegar a un acuerdo no resultó sencillo, y después de darle infinidad de vueltas, los dos propietarios de las fábricas Watson & Lambert decidieron contactar con el señor Keegan para que lo organizara todo según los datos obtenidos durante su investigación. Le dieron órdenes expresas de que contratase de nuevo al hombre que se había encargado del seguimiento de Thomas, para que acompañase a Emily —en calidad de guía— por esas tierras desconocidas. Era aquel un profesional que hablaba todos los idiomas y dialectos de las diferentes regiones por las que transcurría la Ruta de la Seda y que conocía de primera mano los detalles del asunto. Nadie mejor que él para asegurar la integridad de Emily.

Una vez acordaron la contratación del guía, Ryan lo arregló todo para que Emily se encontrara con su contacto en el puerto de Haifa en el día previsto y, a partir de ese punto, organizaron minuciosamente los detalles del viaje.

La simple posibilidad de encontrarse con Thomas hizo que Emily recuperase parte de la energía perdida tras las desgracias pasadas. La viuda pasaba muchas horas con su pequeña Yoko. Juntas se las ingeniaron para recuperar la felicidad que el cruel señor Kitano les había arrebatado por mero capricho, y lograron disfrutar de la vida casi como cuando Hiroshi estaba a su lado. Yoko era un ángel, un encanto de niña que amaba a su madre sobre cualquier otra cosa en el mundo y a la que le costó aceptar que iba a quedarse durante una temporada al cuidado de sus tíos Ryan y Oharu. Separarse de su pequeña fue muy duro para Emily, pero llevarla con ella habría supuesto un riesgo demasiado elevado. Sin duda, una travesía tan larga resultaba demasiado dura para la pequeña, de modo que Emily tuvo que sobreponerse y prometerle que no iba a ausentarse durante mucho tiempo.

La madrugada en que debía partir hacia el puerto de Yokohama, una mujer resuelta se despidió de su querida hija, susurrándole mientras dormía que regresaría pronto. Le dijo al oído que la amaba más que a cualquier otra cosa en la vida y jamás iba a dejarla sola. Aquella era una promesa que no pensaba incumplir.

Con lágrimas en los ojos, Emily partió en un *kuruma* junto a Ryan, que la acompañó hasta el muelle donde iba a embarcar pasados tantos años desde su llegada. Durante el trayecto no hablaron mucho, y antes de que la heredera de los Watson subiera a bordo, Ryan le pidió —abrazándola con fuerza— que tuviera cuidado y que no tardase en regresar. Allí eran muchos los que la querían y que no podrían soportar perderla a ella también. Emily, emocionada, juró no alargar el viaje y se dio un plazo máximo de dos meses. Si no lograba dar con una pista fiable desde el principio, renunciaría definitivamente a la búsqueda. Aunque necesitaba intentarlo para borrar viejas heridas del pasado. En cierta forma, se lo debía a sí misma.

Durante más de una semana, el *Queen Sea* navegó bordeando las costas chinas y surcó el océano Índico para adentrarse después en el canal de Suez. A Emily, aquel trayecto le resultaba vagamente familiar, aunque la brisa marina y la infinitud de las aguas conseguían que su viaje a Japón le pareciera tan solo un sueño.

Como en la travesía realizada años atrás, la británica pasó gran parte del tiempo en la cubierta, meditando sobre lo que había dejado tras de sí y lo que iba a encontrarse. A veces creía haberse equivocado dejando a su hija en Hachiōji, pero, cuando recordaba la única noche que había compartido con Thomas, una cálida sensación de añoranza le recorría el alma. Si alguien podía acompañarla en lo que le quedaba de vida solo podía ser el marinero al que tanto había amado.

El *Queen Sea* llegó a Port Fuad pasados diez días, y al salir al Mediterráneo modificó su rumbo habitual y bordeó la costa de Palestina hasta alcanzar el puerto de Haifa. Cuanto más se acercaban a su destino, más nerviosa estaba Emily. La mera posibilidad de encontrar una mínima pista del paradero de Thomas le infundía una energía que hacía tiempo que no experimentaba, y cuando presenció a lo lejos el perfil de la ciudad, notó que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Su único deseo era reencontrarse con el único pasado que tal vez podría proporcionarle un futuro.

La costa de Palestina era una tierra fértil a caballo entre el Mediterráneo y los extensos desiertos del interior. Era la Tierra Prometida del Antiguo Testamento. Y, a decir verdad, se trataba de un territorio de gran importancia, pues a lo largo de la historia había constituido la conexión entre los continentes africano, asiático y europeo. Por su posesión habían disputado judíos, musulmanes y cristianos, y muchos habían derramado su sangre para adueñarse de él y aprovecharse de su posición estratégica.

Las localidades costeras de Jaffa y Acre eran importantes enclaves portuarios, pero, desde hacía algún tiempo, Haifa los aventajaba. Esa era razón por la que el *Queen Sea* se dirigía allí, pues era el mejor punto de partida para que la británica iniciara su larga búsqueda.

En aquellos primeros años del siglo XX, Haifa era una de las ciudades principales de Palestina, que aún seguía bajo el control del Imperio otomano.

Al llegar al puerto de Haifa, Emily tuvo la sensación de que estaba en otro mundo. Palestina no tenía nada que ver con Japón, aunque, y a diferencia de Londres, allí también podían disfrutarse las caricias del sol y el clima agradable. Pero solo en

aquellos detalles podía apreciarse cierta similitud.

Aparentando bastante sofoco, y ataviado con un discreto bombín algo descolorido por el sol, el señor Efraím Azulay esperaba a la señora Nakata en el desembarcadero del muelle. Él se había encargado de averiguar sobre el terreno el paradero de Thomas Wells. Había trabajado durante muchos años para los Watson & Lambert en la zona de la Ruta de la Seda y conocía aquellos parajes como la palma de su mano.

Efraím Azulay reconoció a Emily nada más verla descender por la pasarela y se ofreció con gentileza a acompañarla hasta la hospedería donde había reservado una habitación, sin día de salida. Necesitaban tiempo para poder investigar sin prisas el lugar en el que habían visto a Thomas por última vez.

De camino al alojamiento de la señora Nakata, Efraím Azulay se dispuso a explicar a Emily algunos detalles sobre aquella bonita ciudad. Era lo mejor que podía hacer para romper el hielo y ganarse la confianza de la mujer que pagaba su trabajo.

—Ante usted, señora Nakata, tiene la ciudad más grande y destacada de esta parte del país. Su localización es ideal para todo lo relacionado con el comercio, aunque entiendo que eso ya se lo debe usted de imaginar —empezó a explicar Azulay.

—Es una ciudad preciosa, señor Azulay. ¿Es usted de aquí? —preguntó la británica.

—No, señora, solo estoy aquí a causa del asunto que nos ocupa. Yo soy de Alejandría.

—¿Alejandría? Otro bello lugar...

—Lo es, señora... Para mí no hay otro mejor en el mundo.

—Cuénteme algo más de Haifa, si es tan amable... Me gustaría entender las razones por las que Thomas pudo estar aquí...

—Haifa siempre ha sido deseada por todos, señora Nakata. La ciudad se asentó en una ladera del monte Carmelo y es muy antigua. A lo largo de la historia ha pasado de unas manos a otras con facilidad y, como consecuencia de ello, su aspecto ha ido variando mucho.

—Sin duda alberga años de historia, porque, a juzgar por toda la gente que nos rodea, parece un lugar de lo más concurrido —observó la joven.

—Así es, señora Watson. Por aquí han pasado persas, romanos, árabes, cruzados... y todos han dejado algo de sí mismos.

—Quizás esa sea la razón por la que Thomas estuvo aquí...

—¿A qué se refiere, señora Nakata? —preguntó el señor Azulay, que no sabía a qué se refería Emily.

—A que parece un lugar idóneo para perderse cuando uno desea pasar desapercibido, ¿no cree? —reflexionó Emily intentando comprender la razón que había llevado a su antiguo amado a aquellas calles.

—En eso le doy toda la razón, señora. Como verá en breve, Haifa tiene barrios antiquísimo y templos de religiones diferentes, aunque, si le soy sincero, creo que el secreto de su atractivo reside en el monte Carmelo. Haifa posee algo distintivo, pero

no sabría decirle qué...

—Estas calles son realmente estrechas... ¿Por aquí se va a nuestro hospedaje, señor Azulay?

—Sí, señora Watson. Descuide, solo son atajos para llegar lo antes posible. Estamos en Wadi Nisnas y reconozco que resulta complicado andar por sus calles, pero quería mostrárselo porque es una de las zonas más bellas y antiguas de la ciudad. No se preocupe por nada y disfrute de lo que vea. Si me lo permite, yo me encargaré de guiarla por estos sitios.

—Desde luego, señor Azulay. No era mi intención parecer desconfiada —respondió Emily con amabilidad, para evitar suspicacias.

—Conducirla hasta las últimas pistas que poseemos forma parte del trabajo que se me ha encomendado. Si disponemos de tiempo, le enseñaré el monasterio carmelita de la cima del monte. Es una auténtica maravilla, ya lo verá.

—Perfecto, señor Azulay. Me gustaría poderlo ver cuando hayamos resuelto nuestros asuntos. A decir verdad, amo todas las culturas menos la británica, la cual conozco demasiado bien y me desagrada sobremanera —confesó Emily.

Ambos guardaron silencio.

A los pocos minutos llegaron a un discreto hostel de paredes blancas y escasos adornos, algo que a Emily, acostumbrada a la simplicidad japonesa, le resultó incluso agradable. El señor Azulay tenía órdenes expresas de hacerla sentir como en casa.

Con gran celeridad, el guía se encargó de la inscripción de Emily y luego la acompañó hasta su habitación. Cuando llegaron al cuarto, se limitaron a depositar en él el equipaje y abandonaron el establecimiento en dirección a la colonia alemana de la ciudad.

Allí Efraím Azulay se había citado con el señor Terry Wilkinson, el hombre de negocios inglés que años atrás había conocido a Thomas. Él y su antiguo ayudante, Abdel Haqq, impresionados por el maltrato infligido sobre el prisionero, se habían hecho amigos suyos y lo habían intentado ayudar. Aquel era el último testimonio con el que Azulay había conseguido contactar.

—Señora Nakata, en primer lugar nos hemos citado con un intermediario británico que vive en la colonia alemana. Es nuestra última pista sobre el paradero del señor Wells —explicó el investigador.

—¿Una colonia alemana donde vive un inglés?

—Sí, señora. Allí viven muchos de los extranjeros de la ciudad. Por su ubicación cerca de los jardines Bahai, es una de las zonas más confortables del lugar. Como podrá comprobar, es un barrio de encantadoras casas de piedra blanca no demasiado altas, que tiene incluso jardín propio. Aquí, todo lo que está cerca del mar tiende a tener cierto parecido...

Cuando por fin llegaron a la colonia, Emily comprobó que la descripción que le había realizado su guía se ajustaba a la realidad. Delante de ella se levantaban pequeñas edificaciones pintadas de blanco, rodeadas de tramos de vegetación y

separadas entre sí por un largo camino central. Era sin duda un lugar atractivo, aireado por la brisa del Mediterráneo.

Terry Wilkinson los esperaba en una de las casas del final de la larga calle central, dispuesto a responder a sus preguntas. El señor Azulay le había avisado de la presencia de Emily, y el hombre de negocios, que sabía lo que representaba la muchacha para su amigo, se mostró encantado de recibirla.

En la pequeña estancia central de su hogar —a la que la luz solar de esa hora del día hacía hermosa—, el señor Wilkinson les explicó lo que ya sabían. Según se decía, Thomas había desaparecido cerca de Samarcanda, en extrañas circunstancias. El rumor era que jamás había llegado a la antigua ciudad de la Ruta de la Seda, y muchos decían que había perdido la vida en el desierto de Kyzyl Kum, asesinado por un grupo de asaltantes que controlaba la zona, aunque él, personalmente, le había perdido la pista en 1898, después de asistirlo en lo que resultó ser un fallido intento de fuga.

Las preguntas de Emily no lograron ir más allá, y lo único que quedó claro era que pocas personas se habían relacionado con el marinero. Aparte de Terry Wilkinson, solo Abdel Haqq —su hombre de confianza por aquel entonces— podía saber algo más de Thomas. Aunque hacía tiempo que no lo trataba, tal vez podría localizar a Haqq en los muelles.

Wilkinson, durante los últimos días de contacto con el prisionero, lo había visto bastante decaído. No obstante, el comerciante les aseguró de forma tajante que el marinero jamás había olvidado a la heredera de los Watson. Día tras día, hablaba de Emily y les confesaba su intención de reencontrarse con ella en el futuro. Según decía, le había prometido una vida mejor en Japón y estaba decidido a cumplir su promesa, al precio que fuera.

Después de escuchar las palabras del intermediario, Emily sintió una fuerte punzada en el corazón. Sin poderlo evitar, se sentía culpable de haberse enamorado y casado con Hiroshi, de haber sucumbido al peso del tiempo renunciando a su primer amor... Ni siquiera la consolaba el hecho de haber creído que Thomas estaba muerto y de que era necesario rehacer su vida tras la muerte de Stewart. Porque su obligación era negarse a aceptar que Thomas hubiese muerto hasta que no tuviese una prueba incuestionable de que así había sucedido. Había confiado excesivamente en la palabra de sus padres.

Lo único que sí tenía claro era que, después de conocer los padecimientos de Thomas tras su separación, necesitaba encontrarlo o, como mínimo, cerciorarse de que estaba muerto. Ahora ya no podía renunciar a su propósito.

Antes de despedirse, el señor Wilkinson les indicó dónde podrían encontrar a Abdel Haqq y les deseó toda la suerte del mundo en su empresa, aunque, a decir verdad, él mismo no parecía muy convencido de que pudieran dar con Thomas.

De camino a la hospedería, Emily se mostró impaciente por interrogar a Haqq. Necesitaba agotar todas las posibilidades de saber algo más del marinero, aunque, por

consejo del señor Azulay, dejaron la búsqueda para el día siguiente.

Ciertos asuntos debían afrontarse con calma para obtener los mejores resultados. Según todas las señales, Thomas había querido desaparecer del mapa, de modo que, con toda seguridad, había elaborado un plan minucioso para que nadie pudiera localizarlo. Si ni siquiera sus últimos amigos conocían su paradero, ellos dos tenían pocas posibilidades de dar con la respuesta al enigma.

El resto del día lo aprovecharon para dar un paseo por Haifa y, después de tomar una ligera cena antes del anochecer, Emily y Azulay se retiraron a sus respectivas habitaciones. Empezarían la búsqueda de Abdel Haqq a primera hora de la mañana.

Pese a sus esfuerzos, aquella noche Emily no pudo pegar ojo. Se sentía realmente agotada, pero cuando intentaba conciliar el sueño la asaltaban imágenes de aquella vez en que Thomas la había hecho suya, intercaladas con trágicas recreaciones de lo que supuestamente le habría sucedido después. Todo ello la inquietaba.

Su mente no lograba relajarse y su corazón palpitaba presa de los nervios. Sin pretenderlo, se sentía desconcertada por los acontecimientos.

No obstante, y pese a las opiniones del señor Wilkinson, ella se obstinaba en rechazar la muerte del primer hombre al que había amado con pasión. En lo más profundo de su alma, algo le decía que debía seguir buscando. Aquella historia no tenía por qué tener un final trágico. A veces las segundas oportunidades podían ser maravillosas e incluso mejores que los primeros goces, y ella se aferraba a aquella posibilidad como si la vida le dependiera de ello.

A la mañana siguiente, Emily y el señor Azulay se dirigieron al puerto de Haifa para intentar localizar a Abdel Haqq.

En el muelle había mucha actividad en comparación con el tamaño de las instalaciones, y los procesos de carga y descarga eran constantes. El mundo jamás se detenía, ni siquiera cuando se intentaba encontrar a alguien que había desaparecido sin dejar ni rastro.

Durante horas buscaron sin suerte, y Emily, irremediablemente, se desesperó. La suerte parecía abandonarla una vez más, y ya se retiraban en dirección a la salida cuando interpellaron a gritos a los marineros de un barco pesquero que estaba amarrado en uno de los atracaderos. Los hombres estaban seleccionando la pesca del día en la cubierta y aquella fue la única forma en la que pudieron comunicarse. El ruidoso intercambio de palabras llamó la atención de un humilde pescador que se encontraba a pocos metros, intentando zurcir una red de pesca muy deteriorada por el uso. Cuando oyó a quién estaban tratando de encontrar y comprendió que no habían tenido suerte, les hizo unos gestos para llamar su atención.

Cuando ellos se acercaron a donde él estaba, los observó con atención en silencio durante algunos minutos. Su rostro curtido por el sol sonrió de oreja a oreja y, tras el rápido cambio de manos de unas monedas, les explicó que Abdel Haqq solía pasear

todas las mañanas por una de las playas más solitarias de la ciudad. Por lo visto, a Haqq le encantaba observar el mar y las embarcaciones que llegaban al puerto de Haifa todos los días. Él mismo había trabajado con él en alguna ocasión, aunque se trataba de un hombre de lo más reservado.

La discreción de Haqq hacía suponer al pescador que tal vez podía saber alguna cosa de interés para ellos, aunque, conociendo su forma de ser, les aconsejó que fuera la mujer quien intentara hablar con él. Haqq era reacio a colaborar con los extranjeros que buscaban respuestas, pero si era Emily quien le preguntaba, quizás el palestino reaccionase de una forma más amistosa.

De todas formas, no tenían que preocuparse por el idioma, puesto que Haqq había trabajado durante años con los ingleses y lo hablaba muy bien.

Emily agradeció de corazón la ayuda del pescador y, después de despedirse efusivamente, pidió al señor Azulay que la llevara hasta el lugar indicado.

Su guía era partidario de esperar al día siguiente, pero la joven no podía aguardar ni un segundo más. Si lo que les acababa de contar el pescador era cierto, aquel hombre estaría en esos momentos en la playa.

Cuando se dio cuenta de que era imposible hacerla cambiar de opinión, el señor Azulay accedió a acompañar a Emily hasta allí. Tomaron un carro de caballos, que los llevó con rapidez a la playa donde supuestamente iban a encontrar a Abdel Haqq. Siguiendo el consejo del pescador —que les recomendaba ser prudentes— hicieron que el carro se detuviera a cierta distancia y el señor Azulay decidió esperar a Emily un tanto apartado, para no espantar al supuesto amigo de Thomas.

Decidida a descubrir la verdad, la heredera de los Watson avanzó lentamente por las dunas de aquella playa solitaria de arena clara, en la que había alguna que otra palmera y pequeños arbustos dispersos. Aquel era un lugar paradisiaco.

A medida que se acercaba a la orilla los detalles se iban perfilando y la señora Nakata divisó a lo lejos, con un cierto estremecimiento, la figura de un hombre ataviado con un traje de corte occidental y con la cabeza cubierta por un bombín. Estaba erguido, observando el horizonte en completo silencio. Sin duda era aquel el hombre que buscaba.

Mientras Emily se acercaba a él, vio que fumaba en una larga pipa inglesa, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

En silencio, y haciendo lo posible para no perturbar la meditación de aquel individuo, la joven se situó a poca distancia del presunto señor Haqq, para observar lo mismo que él. Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada. El hombre seguía abstraído con sus cosas y Emily aguardaba el momento adecuado para iniciar una conversación de la que dependía su futuro más inmediato.

Cuando el árabe vestido a la occidental decidió cargar de nuevo su pipa —lo cual lo llevó a suspender durante unos segundos su conexión visual y espiritual con el mar que se extendía frente a él—, Emily decidió dar el paso. Había procurado contenerse con todas sus fuerzas, pero ya no podía aguantar más. Necesitaba respuestas con

urgencia, para mantener vivas sus esperanzas.

—Disculpe, caballero, ¿sabe dónde podría encontrar al señor Abdel Haqq? —preguntó con educación.

—Ya me advirtió de que algún día aparecería... —respondió enigmáticamente el hombre sin girarse ni modificar su posición.

—¿Disculpe...? —preguntó Emily, algo confusa.

—Deduzco que usted es la joven Watson, ¿me equivoco? —afirmó el otro sin más.

Al escucharlo, Emily sonrió emocionada. Si aquel hombre la había reconocido era porque no iba desencaminada. Puede incluso que estuviera más cerca que nunca de llegar hasta Thomas.

—¿Cómo lo ha sabido? —inquirió la heredera de los Watson, aún con una leve sonrisa en su rostro.

—El hombre al que seguramente debe de estar buscando me avisó de que usted podría aparecer. Me dijo que, quizás algún día, una dama inglesa preguntaría por él. Está claro que la conocía bien... —respondió.

—Entonces, ¿sabe dónde está Thomas? ¡Necesito encontrarlo urgentemente! —exclamó Emily.

—Lo lamento. No sé ni siquiera si está vivo... Desapareció hace mucho tiempo...

Al escuchar aquellas palabras, a Emily el mundo se le cayó encima. No era en absoluto la respuesta que esperaba oír de boca de aquel hombre.

—Pero... —empezó a decir la joven, aún trastornada por la noticia.

—Lo siento... Tal vez mi manera de expresarme le ha hecho hacerse falsas esperanzas. Disculpe mi torpeza.

—No se preocupe... Deseo tanto volver a verlo... —dijo Emily, cabizbaja, e intentando mantener la compostura después del revés que acababa de recibir.

—Puede que no le sirva de gran ayuda, pero lo último que supe de él fue cuando intentó fugarse de quienes le tenían esclavizado...

—¿Y eso dónde fue?

—En Constantinopla...

—¿En Constantinopla? ¿Pero eso sucedió antes de que desapareciera cerca de Samarcanda?

—Exacto, señora. La última vez que lo vi fue allí. De todas formas, le aconsejo que no siempre crea en lo que le digan... Es probable que no sean más que conjeturas sin fundamento o que simplemente pretendan engañarla.

—¿Por qué motivo iban a quererme engañar? —se extrañó Emily.

—Tal vez para que desista de buscar...

—Buscar a alguien que no quiere que lo encuentren o que ha desaparecido sin más no es nada sencillo, señor Haqq... —comentó Emily, decepcionada. Volvía a sentirse en el punto de partida.

—Puede que un hombre llamado Amir pueda ayudarla. Busque una tienda de

especias con su nombre en el zoco de Al-Hamidiyha de Damasco. Es el único que puede llegar a saber algo de su amigo... Le aconsejo que hable en persona con él — explicó el palestino mientras aspiraba una bocanada de tabaco.

—Se lo agradezco de todo corazón, señor Haqq... No sabe lo importante que son para mí sus palabras —susurró Emily mientras se giraba para irse.

—¡Disculpe! —la reclamó el hombre cuando la británica ya había recorrido algunos pasos—. Si tuviera la suerte de encontrarlo, dígame que algún día venga a visitarme. Echo de menos nuestras conversaciones. Con él, el inglés parecía un idioma mucho más interesante.

—Descuide, lo haré. Ojalá pueda transmitirle su mensaje.

—Señora, tenga en cuenta que, si aún vive, no querrá dejarse ver tan fácilmente... Ya sabe usted que sufrió durante mucho tiempo por culpa de su familia —aclaró Haqq.

—Agradezco la información, señor Haqq. Lo tendré en cuenta... —respondió Emily con una sonrisa.

Mientras se alejaba, Emily pensó en lo cerca que había estado de encontrar a su amado Thomas y en la necesidad de partir inmediatamente hacia Damasco. Ahora la prioridad era agotar todas las posibilidades para poder regresar cuanto antes junto a su querida Yoko. Cada día transcurrido jugaba en su contra, ya que, pese a que no era lo que le dictaba su corazón, Thomas no tenía por qué haberla esperado eternamente.

Emily necesitaba obtener respuestas para seguir con su vida, y de ella dependía un reencuentro que ambos merecían por todo lo que habían sufrido injustamente. Sin embargo, tenía la sensación de que aquel duro camino acababa de empezar.

Llegar a Damasco no era fácil. Emily y Efraím Azulay debían atravesar parte del extenso Imperio otomano. El viaje se planteaba largo y pesado, pero para acelerar el avance decidieron adquirir billetes del ferrocarril del valle, conocido en hebreo como Rakevet HaEmek. Era un medio de transporte moderno que los llevaría hasta Izra, donde harían transbordo a la línea ferroviaria de Hiyaz.

Así pues, durante el primer tramo superaron una a una las localidades de Afula, Baysan, Muyairid y Shaqra. Eran poblaciones tremendamente parecidas, donde las extensiones áridas del desierto podían vislumbrarse entre las casas y desde cada rincón de sus calles. El polvo arenoso flotaba en el ambiente, aunque los lugareños parecían acostumbrados a él. La sequedad del terreno hacía aquellas tierras muy distintas de Japón.

Una vez llegaron a Izra, cambiaron de línea en dirección a la legendaria Damasco. El trayecto seguía siendo dificultoso y, hasta cierto punto, monótono, pero no había otra opción. Si quería encontrar a Thomas, necesitaba recorrer el mismo camino que él había hecho años atrás.

La línea ferroviaria que tomaron era relativamente nueva, aunque se trataba de un discreto enlace para comunicar Damasco con la ciudad de Medina.

Según Efraím Azulay, su construcción se debía al mero capricho del sultán, que pretendía facilitar la peregrinación de los creyentes musulmanes hacia La Meca. Las malas lenguas, no obstante, aseguraban que aquella vía ferroviaria se había construido por otros motivos, dado que le faltaba el tramo final. Así que los fieles se quedaban a medio camino de los lugares sagrados y no les servía de mucho.

La realidad era que tras aquel alarde de modernidad se escondía el interés de crear una ruta comercial entre Damasco e Hiyaz, porque, como siempre, los intereses económicos primaban sobre otros factores. Cubrir de riqueza a los implicados en aquella construcción fue uno de los propósitos principales del sultán, y el resto, falsas promesas que ni su mismo pueblo se creía.

Al trayecto transcurrió sin incidentes y, cuando empezaron a entrar en Damasco, Azulay quiso facilitar a Emily algunos datos sobre el lugar:

—Señora Nakata, bienvenida a la ciudad del Jazmín, la que muchos aseguran que es la más antigua del mundo...

Emily sonrió brevemente y se dispuso a escuchar las explicaciones del investigador, que se estaba revelando como un guía valioso.

—¿Sabe, señora, que las leyes dicen que Damasco era el lugar más importante de

toda la antigua Ruta de la Seda? Miles de viajeros y comerciantes han pisado esta tierra, e incluso los fieles que acuden a La Meca a pie suelen tomarse un respiro en esta antigua ciudad para recuperar fuerzas.

—Entonces, señor Azulay, Damasco es algo parecido a un lugar sagrado, ¿no? —comentó la británica, admirada por la apariencia de las primeras casas de la ciudad.

—Tal vez tenga más de oasis benefactor en medio del ardiente desierto, señora.

Cuando el tren llegó a la estación, Emily y su acompañante, subieron a uno de los transportes de la región y se dirigieron directamente al famoso Hotel Victoria. Allí podrían dejar el equipaje y descansar con calma para recuperar las fuerzas. Al día siguiente iniciarían la búsqueda del señor Thomas en el antiguo zoco de Al-Hamidiyha.

Mientras se acercaban a su alojamiento, Emily comprobó que las calles que configuraban la red viaria de aquella ciudad tenían una disposición típica de las ciudades del desierto y, al llegar frente al hotel, vio a algunos hombres con vestiduras árabes permanecer casi estáticos en medio de una calle a medio empedrar. El cartel del Hotel Victoria estaba escrito en inglés y justo al lado se situaba el Gran Hotel de Oriente, que anunciaba habitaciones con baño privado para sus clientes.

Impasible, un hombre barría la puerta de la entrada y otro parecía estar cargando de tabaco una pipa. Eso sí, ambos se movían con una parsimonia casi exasperante. Allí parecía que el tiempo no corría al mismo ritmo que en otras partes del mundo.

Gracias otra vez al buen hacer del señor Azulay, no tuvieron ningún problema para conseguir un par de habitaciones. Con dinero y don de gentes solía llegarse muy lejos, y, como ya habían supuesto, llegaban demasiado tarde para empezar ese mismo día con la búsqueda de Thomas Wells. De modo que decidieron tomar una relajada cena en el mismo hotel y descansar para recuperarse del viaje agotador.

Una vez acostada, a Emily de nuevo le costó horrores conciliar el sueño. Se sentía tan cerca de saber la verdad que dormir le parecía una pérdida total y absoluta de tiempo y, aunque finalmente logró reposar durante un par de horas, la mayor parte de la noche la pasó observando aquella vieja ciudad desde el balcón de su habitación. El aroma de arena y polvo la retrotrajo a tiempos lejanos, y mientras la luna acariciaba los antiquísimos edificios de Damasco, pidió un deseo con todas sus fuerzas: que Thomas no hubiera perdido la esperanza de volver a encontrarla. Ojalá aún la estuviera esperando.

A la mañana siguiente, y después de un desayuno succulento y abundante, los dos viajeros se afanaron en recorrer la ciudad para adentrarse en el zoco de Al-Hamidiyha. Según lo que les habían dicho, allí debían encontrar la Casa de Amir, el último lugar en el que se había visto a Thomas.

Mientras recorrían incansablemente el barrio viejo de Damasco, Emily experimentó el influjo sutil de las construcciones romanas e islámicas de la ciudad. Murallas, mezquitas y palacios con varios siglos a sus espaldas aparecían a cada paso y, sin que ella opusiera resistencia, la historia de todas aquellas edificaciones y el

espíritu de los habitantes de la ciudad empezó a cautivarla. El atractivo legendario del lugar acababa de asirla con fuerza.

Mientras permanecía distraída con los mil y un detalles del entorno, el señor Azulay continuó sus explicaciones. Para él, conocer el territorio era fundamental para encontrar lo que se buscaba. Si no, era como encontrar una aguja en un pajar.

—¿Qué le parece Damasco, señora Nakata?

—Hermosa, señor Azulay. Un lugar espiritual... Creo que su leyenda le hace todos los honores.

—Sin duda... ¿Sabía que se la considera el paraíso terrenal?

—¿Y eso por qué, señor Azulay? Una afirmación tan arriesgada, con lo extenso que es el mundo, merece una justificación, ¿no cree?

—Puede que tenga razón, señora Nakata, el caso es que, desde que yo tengo uso de razón, Damasco siempre ha ido un paso por delante del resto de civilizaciones. En estas calles, la mezcla de razas y culturas llega a un nivel tan alto que no creo que pueda hallarse en ninguna otra parte del mundo —comentó el guía, seguro de lo que decía.

—Es muy probable, señor Azulay, pero debería ver mi Japón. Solo entonces podríamos debatir largo y tendido sobre esta cuestión —respondió Emily con una sonrisa sagaz en los labios. Aquel hombre empezaba a caerle simpático.

Al llegar a la zona de mayor aglomeración de gente, Emily divisó un sinfín de callejuelas interminables y serpenteantes, colmadas de todo tipo de negocios. Al adentrarse al zoco de Al-Hamidiyha, quedó fascinada por su color y vitalidad. Allí, pequeños bazares casi fundidos el uno con el otro se sucedían por zonas, según los productos ofrecidos a los viandantes. Al poco tiempo, la británica percibió el aroma característico de las especias naturales, con las que se cocinaban y se creaban las mejores salsas y platos. Sin duda, la Casa de Amir no podía andar muy lejos.

Mientras recorrían Al-Hamidiyha, las voces del gentío, el regateo constante y los insistentes gritos de atención para que se adentrasen en las tiendas amenizaron el trayecto. Estar allí era como volver al pasado. Los tiempos remotos parecían estar aún muy presentes gracias al lejano canto de los almuédanos, que llamaban a la oración a los creyentes desde lo alto de los alminares mediante una melodía mística y bella.

Después de buscar concienzudamente durante un buen rato, encontraron la Casa de Amir perdida entre las callejuelas del zoco. Emily era consciente de que aquella podía constituir su última oportunidad de encontrar a Thomas, de modo que, tal y como le había aconsejado el señor Haqq, decidió entrar sola. Este asunto requería una gestión directa y sin intermediarios.

De todas formas, y para no levantar sospechas, primero dieron algunas vueltas por el zoco, hasta que dieron con el lugar adecuado para que Efraím Azulay esperase a una distancia prudencial. En el caso de que la patrona precisase su ayuda, apenas tardaría unos minutos en aparecer.

Con los nervios a flor de piel y el estómago en un puño, Emily deshizo el camino

hasta la Casa de Amir y entró en la pequeña tienda, que resultó ser un minúsculo y sencillo bazar de especias, aunque con un colorido espléndido gracias a sus productos: pimienta, clavo, cilantro, tomillo... Todo tipo de condimentos legados por las diferentes culturas que habían adoptado Damasco como centro de poder y cuya herencia estaba allí representada. La amalgama de colores y olores era de una hermosura sin igual, y cuando aspiró aquella mixtura aromática, Emily se sintió revivir. Era algo inexplicable, pero aquel parecía el lugar idóneo para reencontrarse con su primer amor. Una extraña forma de cerrar el círculo de su propia vida.

La primera impresión de la británica fue que allí no había nadie que pudiera atenderla, de modo que decidió esperar con paciencia, mientras se acercaba a los sacos que contenían todos aquellos aderezos. Las fragancias eran balsámicas y excitantes, y con sutileza rozó con la yema de sus dedos algunas de las semillas y los frutos que tenía ante sí.

Al mismo tiempo, un hombre de baja estatura, complexión pequeña y avanzada edad la observaba oculto tras una cortina. Parecía estar esperando a que la mujer se diera cuenta de su presencia y, cuando lo hizo, la mirada penetrante de aquel sujeto fue una pregunta sutil por el motivo de su visita. No obstante, Emily intuyó que él llevaba mucho tiempo esperándola.

Al ver que el individuo permanecía ante ella sin decir nada, la joven se animó a iniciar la conversación:

—Buenos días, señor... Estoy buscando al señor Amir... ¿Habla usted mi idioma? —preguntó Emily, dubitativa.

—Buenos días, señora. Yo soy Amir y, sí, hablo un poco su idioma. ¿En qué puedo ayudarla? —respondió el hombre con amabilidad.

—Estoy buscando a un hombre, a un inglés llamado Thomas Wells. ¿Lo conoce? —continuó Emily, ahora muy nerviosa.

—Desde luego, señora. Fue el señor Thomas quien enseñó su idioma a mi hijo Basil, y él a mí. ¿Sería tan amable de decirme su nombre?

—Emily Nak... Emily Watson. Vengo de muy lejos para ver al señor Wells.

—Lo sé, señora Watson —repuso el hombre como si la conociera de toda la vida.

—Entonces, ¿sabe usted dónde puedo dar con él? —insistió Emily.

—Sí, señora Watson, sé dónde puede encontrarlo.

Emily creyó que todo se paraba, o tal vez lo hizo su corazón. El mundo pareció dejar de girar sobre sí mismo y el tiempo permanecer inmóvil en aquel preciso instante. Un instante maravilloso.

—Disculpe, quizá no me haya expresado correctamente. No hablo su idioma tan bien como querría —prosiguió Amir al ver la expresión feliz de Emily.

—¿A qué se refiere? ¿Entonces no sabe dónde está Thomas? —preguntó la británica con angustia. ¿Por qué aquel hombre decía ahora una cosa distinta sin motivo?

—Sé dónde está el señor Wells, señora Watson, aunque me parece que no como

lo esperaba encontrar.

—Le pido, por favor, que se explique... —suplicó Emily, que temía que su búsqueda había llegado a su fin.

—El señor Thomas está en el cementerio de Bab Sagir, al suroeste de la ciudad antigua. Allí lo encontrará, junto a mi hijo Basil...

A Emily se le heló la sangre. Sus expectativas acababan de desvanecerse de una forma cruel. Después de tantos años con el convencimiento de que Thomas había muerto, y tras recuperar la esperanza de poderlo abrazar de nuevo, sus ilusiones se truncaban definitivamente.

El destino le acababa de arrebatar el último de sus sueños: la idea de que, tal vez, su vida podía haber tenido una segunda oportunidad.

—Está usted seguro de que... —insistió Emily con la esperanza de que, después de todo, el señor Amir hubiese cometido un error expresivo.

—Sí, señora. Allí está.

Emily tomó asiento en una vieja silla y respiró hondo durante unos minutos. Cuando se vio con fuerzas, volvió a hablar:

—¿Podría decirme dónde está exactamente? Querría visitarlo antes de irme.

—Pregunte en la entrada del cementerio por Hakîm *el Inglés*. Quienes lo conocíamos lo llamábamos de esa forma. Reconocerá el nombre en su lápida... Y vaya mejor por la mañana. Es la mejor hora.

—Gracias... le agradezco su consejo... —musitó Emily sin poder contener las lágrimas.

Consternada y triste, se despidió sin dar tiempo al señor Amir a decirle nada más y salió de la pequeña tienda. Se sentía perdida, desconsolada, incluso decepcionada e irritada consigo misma por las propias expectativas que ella misma se había creado.

Ya nada la empujaba a seguir con aquella búsqueda y deseaba regresar junto a su querida Yoko; su hija era la única razón para aferrarse a la vida. Por más que esta se había empeñado en tratarla con una dureza desmesurada, iba a hacer lo que estuviera en su mano para ser feliz junto a su pequeña. Aunque fuera sola, lograría salir adelante.

Se reencontró con Efraím Azulay en el lugar acordado y le contó lo sucedido. El guía, afligido, lamentó el infausto desenlace y dio el pésame a Emily con educación. Acordaron visitar el cementerio a la mañana siguiente. Era algo que Emily necesitaba hacer para despedirse para siempre de su amado Thomas.

Después harían el equipaje y regresarían a Haifa para preparar el retorno de la señora Nakata a Yokohama.

Aquella noche, Emily tampoco pudo conciliar el sueño. La tristeza se había encharcado en su alma y no le permitía cerrar los ojos. Había imaginado estar tan cerca de volver a acariciar las mejillas de su primer amor que le costaba hacerse a la idea de que, en pocas horas, se arrodillaría frente a su tumba. Por encima de todo, necesitaba llorarle allí donde yacían sus restos.

Después de dar muchas vueltas en el duro e incómodo colchón de su cama, logró dormirse, y en sueños rememoró aquella noche tan especial que vivió en Londres junto a Thomas, hasta que los primeros rayos del sol acabaron con el ensueño y una sensación de tristeza aprisionó su ánimo.

Tal y como habían planeado la víspera, Emily y Efraím Azulay recorrieron la ciudad en busca del cementerio de Bab Sagir y, pese a las dudas iniciales, no tardaron en dar con él.

La ciudad seguía con su actividad diaria indiferente al dolor de Emily y, mientras recorría sus calles, la joven se preguntó si, alguna vez, la muerte de un ser humano podría llegar a paralizarlo todo. A diario, nacían y morían personas. A diario, los campos se renovaban, las ciudades se fundaban y se despoblaban, y las naciones surgían y desaparecían en un ciclo sin fin.

Al llegar al cementerio, la patrona pidió amablemente al señor Azulay que la esperase fuera. Necesitaba recorrer aquel camino en completa soledad y ser capaz de encontrar por sí misma la tumba de su amado. Solo así podría llorar sobre el lugar de descanso de Thomas y darle su último adiós.

Antes de adentrarse en aquel lugar santo, Emily preguntó a un hombre de rostro arrugado, aparentemente centenario, dónde podría encontrar la tumba de Hakîm *el Inglés*. Después de explicárselo, se despidió con una sonrisa respetuosa y siguió con sus asuntos, para que la extranjera pudiera honrar a su ser querido.

Emily emprendió el último tramo de aquel largo viaje con la sensación de estar consiguiendo la paz interior. Los caminos del cementerio, viejos y llenos de arena, transcurrían entre hileras de sepulcros de piedra blanca, conduciéndola con sutileza hacia un destino que no podía eludir.

Resultaba difícil asumir que Thomas hubiera terminado sus días tan lejos de quienes amaba, desterrado por el capricho de un hombre que deseaba controlar despóticamente todo aquello que lo rodeaba. Emily pensó que, en cierto modo, Thomas yacía bajo aquellas piedras por su culpa: si ella no hubiera claudicado a su deseo, el marinero jamás habría pagado un precio tan alto por su amor. Pero ya no podía enmendar los sucesos tristes de su vida, y esas horas vividas en Londres ya no eran más que viejos recuerdos.

Al cabo de unos minutos deambulando con pasos lentos, Emily se detuvo frente a la lápida de Hakîm *el Inglés*. Era una piedra sencilla con un grabado sucinto, que informaba al visitante de la identidad de quien reposaba en aquel espacio reducido. A su lado podía verse la lápida sobre la tumba de Basil, el hijo del hombre que la había llevado a ese lugar.

Emily había llegado al fin de una historia preciosa a la que habían arrancado abruptamente sus últimos capítulos. Aquel era el único desenlace que habría querido evitar a cualquier precio, pero la realidad, de nuevo, insistía en golpearla con dureza. Y ella empezaba a aceptar los caprichos del destino.

De pie frente a la imperfecta acumulación de piedras, Emily sintió cómo varias

lágrimas empezaban a recorrer sus mejillas, y no fue capaz de controlar la intensa pena que le inundaba el alma. En ese momento recordó a su madre y su postrera voluntad de ayudarla a conocer la verdad sobre todo lo que había ocurrido hacía años. Al menos, ahora sabía dónde rezar a su amado Thomas.

Emily procuró dejar de pensar durante unos instantes. Tal vez se daba por vencida y lo único que necesitaba era el silencio de aquel lugar. Allí, en esa tierra tan antigua, podía imaginar lo viejo que era el mundo. Era como estar en el origen de todo, como presenciar la génesis de la propia existencia y, aun así, sentirse como un ser minúsculo. Simplemente cerró los ojos y se arrodilló sobre la tumba de su amado.

Así estuvo un rato, mientras se dejaba dominar por la nostalgia de tiempos pasados. Entonces un desconocido se acercó en silencio a donde ella se encontraba. Al parecer, llevaba un buen rato observándola.

—¿Finalmente ha encontrado lo que buscaba, señora Watson? —preguntó con voz ronca el hombre.

—Perdone, ¿cómo dice? ¿Quién es usted? —respondió ella mientras se giraba sobresaltada.

—Disculpe si la he asustado... No era mi intención —dijo el otro—. Le ruego que no se inquiete...

—¿Que no me inquiete? ¿Y por qué debería hacerlo? —se extrañó Emily.

—Porque mi nombre es Basil y soy el hombre que debería estar en esa tumba... —contestó el extraño señalando la lápida situada junto a la de Hakîm *el Inglés*.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Qué significa todo esto? —exclamó la joven, que ahora estaba desconcertada por completo. ¿Qué estaba sucediendo allí?

—Señora Watson, sin duda merece una explicación y se la daré, pero permítame dársela poco a poco...

—Pero ¿es que... Thomas está vivo? —presumió ella.

—Es posible...

—¿Es posible? Pero usted lo conocía, ¿no es verdad? ¡Debe de saber lo que ha sucedido! —gritó ella, alterada y ansiosa por conocer el paradero de su amado.

—Desde luego que lo conocía. Trabajamos muchos años juntos en una caravana de su padre, el señor Watson —explicó el sirio—. Pero no se preocupe, tal vez pueda proporcionarle todos los detalles que desea conocer, aunque es algo difícil de explicar en tan poco tiempo... —añadió Basil con la intención de tranquilizarla.

—¡Cuéntemelo, por favor! Necesito saber lo que sucedió en realidad... —le suplicó Emily.

—Créame si le digo que fueron tiempos difíciles, señora Watson... y, si ha llegado hasta aquí, le habrán dicho que Thomas desapareció cerca de Samarcanda.

—Eso es lo único que he podido sacar en claro de toda esta historia. Pero desconozco los detalles...

—Es lógico... porque eso es todo lo que nosotros quisimos que supieran los que trabajaban para su familia, señora Watson... —admitió el hijo de Amir—. De otro

modo, tarde o temprano habrían dado con nosotros...

—Pero ¿por qué?

—Porque Thomas era un esclavo de su padre... Había sufrido maltratos y palizas durante años. El jefe de las caravanas de la Ruta de la Seda, el señor Stevenson, y más tarde el nuevo propietario del negocio, el señor Higgins, lo trataban con gran crueldad... Jamás le perdonaron que hubiese mancillado el honor de la hija del jefe... No sé si me estoy explicando bien... —contó Basil.

—¿Nuevo propietario? Pero ¿no pertenece todo a la compañía? —preguntó Emily, algo desconcertada. Sabía que su padre había cedido el control de algunos negocios, pero no que esto tuviera algo que ver con Thomas.

—Las caravanas de la Ruta de la Seda eran de la compañía hasta que nos comunicaron el fallecimiento de Benjamin Watson y el cambio de propietario. Según nos dijo nuestro capataz, el señor Higgins era la mano derecha de su padre y, si me lo permite, un hombre brutal y despreciable.

—Mire, señor Basil, mi padre arruinó la vida de muchas personas, pero, incluso cuando lo creía muerto, yo jamás olvidé a Thomas —confesó Emily.

—Eso mismo solía decir Thomas de usted. Él la quería con toda su alma... y puedo asegurarle que no hubo un solo día en el que no la nombrara.

—Pero ¿por qué no me ha buscado durante todo este tiempo? —preguntó la patrona con inocencia.

—Señora Watson, no dejaban de vigilarlo y castigarlo constantemente y, de haberse podido acercar a usted, la habría puesto en peligro... Solo años después de la muerte de su padre logró escapar junto conmigo y conseguimos que creyeran que habíamos muerto. Fue la única manera de encontrar un lugar donde esperarla.

—¡Entonces está vivo! —gritó Emily llena de esperanza.

—Ya le he comentado que no puedo asegurárselo, señora Watson. Lo ayudé a escapar, a desaparecer y a simular su muerte, pero después de cambiar de identidad decidimos cortar toda comunicación por nuestra propia seguridad. Si me descubrían a mí, podrían dar con él...

—Pero existe alguna posibilidad, ¿verdad? —insistió Emily una vez más.

—Así es... aunque no será fácil localizarlo. Entienda que se habrá asegurado de ocultar su paradero. Su vida sigue pendiendo de un hilo.

—Pero ¿qué riesgo puede haber si mis padres han muerto? ¿Quién querría hacerle daño ahora? —preguntó Emily con ingenuidad.

—Muchas personas, señora Watson, y sobre todo el señor Ian Higgins. Thomas y yo dejamos enemigos..., gente obediente a los mandatos de su padre y que tenía la orden expresa de acabar con su vida si intentaba escapar. Piense que, al conseguirlo, dejó en entredicho la credibilidad de quienes lo custodiaban... y no tenemos ninguna garantía de que nadie haya hablado más de la cuenta.

—Dios mío, ¿es que esta pesadilla jamás va a terminar?

—Posiblemente no, señora Watson. Pero pueden eludir lo inevitable yéndose de

estas tierras.

—¿Podría llevarme hasta él, señor Basil? Se lo suplico...

—Lo haré, porque se lo debo a Thomas, pero debe entender que hay algunas condiciones y que no puedo darle ninguna garantía de que lo encontremos. Piense que Thomas debe estar moviéndose constantemente, e incluso puede que lo hayan encontrado sin yo saberlo. Nada nos asegura que aún esté vivo.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él? —preguntó Emily con desesperación, olvidando que Basil ya le había explicado ese detalle.

—Hará unos cuatro años. Mi padre lo envió a un amigo suyo para que pudiera alejarse de aquí. Pero todos sabíamos que tan solo se trataba de un contacto, un extremo del ovillo del que poder tirar, porque por seguridad no puede quedarse en el mismo sitio mucho tiempo.

—Entonces lléveme hasta ese hombre, se lo ruego —le pidió la joven, que se aferraba con todas sus fuerzas a la esperanza de encontrar vivo a Thomas. Debía intentarlo todo para volverlo a ver.

—Antes debo explicarle las condiciones...

—Lo que sea, señor Basil, lo que sea...

—Deberemos viajar solos usted y yo. Quien la haya traído hasta aquí podría estar tratando de localizar a Thomas usándola a usted como cebo. No tenemos ninguna seguridad de que sea quien dice ser. Lo siento... —dijo el sirio.

—Lo comprendo, señor Basil. No ha de preocuparse de eso, lo arreglaré —aceptó Emily.

—Bien, entonces deberá acudir a la tienda de mi padre, sola, mañana por la noche. Yo habré dispuesto todo lo necesario para el viaje y, a partir de ahora, deberá llamarme Nâzeh cuando se dirija a mí en público.

—Entendido.

—¿Ha venido con alguien?

—Para llegar hasta aquí me ha acompañado un guía, el señor Efraím Azulay, pero creo que podré despistarlo llegado el momento. Dispongo de recursos para costear el viaje y regresar después a mi alojamiento.

—Es usted una mujer muy valiente y decidida, señora Watson, pero ¿ha pensado que podrían estarla utilizando? Estos no son lugares para que alguien de su categoría viaje sola —la advirtió el joven Basil, que la intentaba poner a prueba.

—He viajado por lugares que usted ni se imagina y he enterrado no hace mucho a un hombre al que amaba. Podré asumir el riesgo de esta aventura. Pero dígame, ¿adónde iremos?

—Eso lo sabrá llegado el momento. Primero debo asegurarme de que nadie nos siga. Entienda que he de garantizar mi propia seguridad y la de mi amigo, si aún permanece con vida —se justificó Basil.

—Lo comprendo y confío en su palabra. Por lo tanto, ¿a qué hora debo estar mañana en la tienda de su padre?

—Antes de la medianoche. Yo la estaré esperando en la parte trasera de la tienda. Adéntrese en el callejón que hay junto al comercio y espéreme allí. También le pido que no comunique sus intenciones a su guía. No sabemos si podría seguirla e informar del posible paradero del señor Thomas. Su padre era un hombre muy poderoso y dejó muy claro que su amado debía ser castigado de por vida, señora Watson. No podemos fiarnos de nadie más que de nosotros mismos.

—No se preocupe, seguiré sus instrucciones —asintió con resolución la heredera de los Watson.

—Entonces, con su permiso, me iré a preparar el viaje. Le aconsejo que, para no levantar sospechas, simule haber estado frente a los restos del hombre que buscaba...

—Lo haré. Gracias por todo, señor Basil. Le agradezco toda su ayuda —aseveró Emily, anhelante de emprender la marcha.

—No me lo agradezca. Estoy ayudando a un hombre al que considero mi hermano. Es lo mínimo que puedo hacer por él...

Dicho esto, el señor Basil se despidió con un saludo respetuoso y desapareció por el mismo camino por donde había venido.

La patrona lo vio alejarse entre las tumbas de aquel cementerio arenoso y, por prudencia, dejó que pasaran varios minutos.

Transcurrido un rato, la británica regresó a la entrada del recinto. Allí la estaba esperando el señor Azulay.

Al verla, le hizo una leve reverencia y se interesó por su estado anímico. Había transcurrido más tiempo del esperado y ya empezaba a preocuparse.

—¿Ha ido todo bien, señora Nakata?

—Sí, gracias. La tumba de Thomas estaba allí donde nos habían indicado... Ha sido difícil de asumir...

—Lo lamento, señora... ¿Desea que volvamos al hotel para que pueda descansar? —propuso el guía, servicial.

—Se lo agradecería mucho, es lo que más deseo en este momento... Si no le importa, querría quedarme un par de días más. ¿Cree que será posible?

—Hablaré con la recepción del hotel para prorrogar nuestra estancia. Déjelo en mis manos.

Emily hizo un gesto de aprobación y juntos subieron al transporte que los había llevado hasta el cementerio y que los había estado esperando pacientemente en la entrada.

Tras la cena, Emily y el señor Azulay se retiraron a sus habitaciones. Emily esperó a que el guía se durmiera para dirigirse a la tienda de Amir. La joven previó que, en un par de horas, su protector acabaría sus quehaceres y se metería en la cama.

Mientras esperaba para asegurarse de que Azulay no se daría cuenta de su partida, la patrona cogió lo indispensable, lo introdujo en una bolsa de tela y se cubrió la cabeza con un pañuelo para pasar desapercibida. Sin duda, sus facciones y sus ojos claros la delataban, pero al menos podría ocultar su melena pelirroja, que evidenciaba su origen occidental.

Una hora antes de la medianoche, Emily abandonó con cautela el hotel, no sin antes solicitar un carro que pudiera llevarla hasta el zoco. Para cubrirse las espaldas, pagó con generosidad al recepcionista para que mantuviera la boca cerrada.

El empleado, en agradecimiento por el pago recibido, se encargó de que un transporte la esperase en la parte trasera del hotel para conducirla a su destino. Sin preguntar a Emily los motivos de su extraño encargo, dio su palabra de que entregaría una nota al señor Azulay al día siguiente. En ella, la joven le comunicaba que iba a continuar el resto del camino sola, con la esperanza de encontrar lo que andaba buscando. También le solicitaba que esperase su retorno en el mismo hotel de Haifa en el que habían pernoctado el primer día. Cuando hubiera llevado a cabo su proyecto, Emily iba a necesitarlo de nuevo para regresar a Yokohama, pero, por el momento, le «ordenaba» que se mantuviera a la espera de noticias.

Minutos antes de la hora convenida, Emily llegó a la entrada del zoco Al-Hamidiyha y, con la premura de quien pretende que nadie note su presencia, recorrió las calles hasta alcanzar la Casa de Amir. Desde luego, se trataba de un trayecto peligroso para una mujer extranjera, pero por fortuna logró alcanzar su destino sin toparse con ningún contratiempo.

Tal y como le había indicado Basil en el cementerio, la británica se introdujo en el callejón situado junto al comercio y esperó con paciencia a que llegara la medianoche. Tuvo un poco de miedo, pues se encontraba prácticamente a oscuras.

Hizo todo lo posible para mantener la calma, pero a medida que pasaban los minutos su corazón se fue encogiendo y le embargó la angustia, pues temía que nadie la recogiera en el punto acordado. Había confiado en un desconocido y eso podía haber sido un error, pero, aunque algo dentro de ella le aseguraba que no tenía nada que temer, Emily no dejó de albergar dudas hasta que oyó un susurro.

En silencio, se abrió lo que parecía la puerta trasera del comercio y apareció la

figura de Basil. Sin decir nada, le indicó con un leve movimiento de cabeza que entrara en la casa, y Emily obedeció. Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Una vez dentro, Basil y su padre Amir la saludaron cortésmente.

—Bienvenida, señora Watson. Me alegra que haya acudido a nuestra cita. Eso solo puede significar que desea de verdad reunirse con Thomas y eso la honra —manifestó el joven sirio con expresión jovial.

—No le quepa la menor duda de que ese es mi único deseo, señor Basil. ¿Qué debemos hacer ahora? —repuso la joven, quien anhelaba partir cuanto antes de Damasco.

—De momento, esperaremos unos minutos para asegurarnos de que no la hayan seguido. Después partiremos hacia el lugar donde debería de estar Thomas. Serán varios días de viaje. ¿Está preparada? —preguntó el joven, aunque conocía la respuesta de antemano.

—¡Desde luego! Allí de donde vengo, viajé durante meses en condiciones poco confortables. No se preocupe por mí, puedo soportar este y cualquier otro trayecto. Las apariencias engañan, señor Basil. ¿Viajaremos en tren? —inquirió Emily, mientras observaba con atención todo lo que la rodeaba.

—Lo conveniente sería recorrer parte del trayecto en él, pero, como pueden estar vigilando la estación, viajaremos a caballo hasta otra estación cercana. Así lograremos evitar que nos sigan. De todas maneras, el último tramo volveremos a recorrerlo en caballo, o tal vez en dromedario. Es la única forma de llegar a nuestro destino. ¿Le parece bien, señora Watson? —expuso Basil.

—Muy bien. ¿Puede decirme al menos adónde vamos? —quiso saber la joven británica.

—A Jerusalén... a Tierra Santa.

—¿Thomas está allí? ¿Por qué?

—Era un buen lugar para ocultarse. Mi padre le facilitó un contacto que podía ayudarlo a empezar de cero. Jerusalén es una ciudad idónea para que nadie te encuentre. Allí viven cristianos, judíos, árabes y armenios... Es fácil confundirse entre la gente.

—Pero ¿sabe más o menos dónde está? —insistió Emily, algo desconcertada.

—Es probable que esté en el barrio cristiano de la ciudad y allí es donde trataremos de dar con él, para que su esfuerzo no haya sido en balde, señora Watson. Ambos merecen tener la oportunidad de volverse a ver.

—Bien, entonces, yo estoy lista para partir cuando usted lo considere oportuno.

Durante una hora, permanecieron en la Casa de Amir, ultimando los detalles para emprender la larga travesía. Emily se desprendió de buena parte de lo que había llevado y, para que pasara más inadvertida, Basil le proporcionó un atuendo femenino típico de la región. De esa forma, su pelo rojizo y sus ojos claros no llamarían la atención de aquellos con quienes se cruzaran en el camino.

Hacia la una de la madrugada, Emily y Basil abandonaron el zoco de Al-

Hamidiyha, en dirección a Deir Ali, a unos treinta kilómetros de allí. En ese lugar tomarían el ferrocarril de Hyaz hasta Ammán, donde la línea finalizaba. Desde ese punto irían a caballo o dromedario —rodeando el mar Muerto— hasta llegar a Jerusalén.

Para llegar hasta Deir Ali emplearon toda la noche y parte de la mañana siguiente. El viaje era pesado, pero Emily ni siquiera lo notó. Basil lo tenía todo bien organizado y ni siquiera entraron en la población. No tenían tiempo para visitas turísticas, de modo que subieron al tren directamente, a fin de alcanzar Ammán lo antes posible. El trayecto no tuvo ningún contratiempo, y en el transcurso de este el joven guía apenas intercambió alguna palabra con la inglesa. Parecía estar más pendiente de garantizar su seguridad que de amenizar el viaje.

El ferrocarril del Hyaz atravesó el dominio otomano hasta entrar en Ammán, en Jordania, en menos tiempo del esperado.

En aquella población pernoctaron para recuperar fuerzas, y al día siguiente, bien temprano, partieron hacia Jerusalén. Basil se encargó del transporte y de todo aquello que pudieran necesitar para llegar a su destino.

Emily vio poco de Ammán. Su impresión respecto de la ciudad no fue muy distinta de la que le proporcionaron otras poblaciones de la zona. En todas ellas podían apreciarse restos de construcciones romanas y árabes, pero poco más. Visitar aquellos lugares era como regresar a un pasado remoto del que solo perduraban viejos relatos y leyendas.

Llegaron a Jerusalén al cuarto día de viaje. De camino, Basil le había resumido las torturas que Thomas había tenido que soportar, aunque su intención era dejar el relato de los detalles a quien tanto había sufrido. No quería hurtarle la oportunidad de que él mismo explicase todo por lo que había pasado en su destierro.

No obstante, siempre se mostró muy amable y atento con la británica, consciente del gran empeño que ella estaba poniendo para reencontrarse con su amado. No todas las mujeres habrían estado dispuestas a recorrer aquella parte del mundo, valiéndose de pistas vagas y en compañía de un desconocido, sin garantías de que todo aquel esfuerzo no fuera en vano.

Basil explicó a la señora Nakata que Thomas había trabajado durante diez años al servicio de las caravanas que la familia Watson tenía en aquella parte del mundo y que cubrían la mitad del trayecto de la antigua Ruta de la Seda. Se trataba de un trabajo durísimo, agravado por el hecho de que dos hombres estaban obsesionados con hacerle la vida imposible. Por un lado, el capataz Adam Stevenson se había mostrado implacable desde la llegada de Thomas a Constantinopla, y por otro, unos años más tarde, la aparición del nuevo propietario del negocio, el señor Higgins, había empeorado su situación. El maltrato que ambos criminales le habían infligido hizo que Thomas llegara a estar en condiciones tan deplorables que su vida solía pender de un hilo. En pocas palabras, Benjamin Watson le había perdonado la vida a cambio de arrogarse el derecho a torturarlo hasta el fin de sus días.

Hasta principios del 1900, el marinero había soportado su situación con una fortaleza mental envidiable, hasta que, harto de su suplicio, y viendo una oportunidad de huida, había intentado escaparse de sus opresores, aunque sin éxito.

Higgins y Stevenson se habían ensañado entonces brutalmente con él, hasta el punto de casi matarlo. Su muslo derecho recibió la peor parte en esa paliza y quedó cojo de esa pierna, un recuerdo permanente de su huida fallida y una advertencia constante contra cualquier otro intento de fuga. Le gustara o no, su vida pertenecía a Benjamin Watson y era equiparable a la de uno de los dromedarios que transportaba el cargamento.

Thomas había sufrido aquel trato inhumano desde que fue secuestrado en Londres, donde el propio señor Higgins —por aquel entonces un esbirro de Benjamin Watson— se había encargado de cortarle ambas mejillas. Los tajos habían dejado unas visibles cicatrices en su cara, cuyo propósito era destruir su atractivo físico. Las rajaduras se habían hecho cruelmente y a conciencia, y le habían desfigurado parcialmente el rostro. Con esas feas marcas y la cojera, fruto de la herida mal curada del muslo, lo tuvo aún más difícil para sobrevivir.

El caso es que, durante años, Thomas y Basil se habían esforzado en trazar un plan para que, llegado el momento, el inglés pudiera alcanzar la libertad. Y unos cuatro años atrás, entre 1901 y 1902, lograron esfumarse cerca de Samarcanda, sin dejar rastro ni evidencias que pudieran delatarlos.

Poco después, y como parte del plan, Amir había simulado el entierro de su hijo y de Thomas como prueba de su muerte, aunque no era más que una táctica para convencer al sanguinario Ian Higgins. Durante ese tiempo, ambos habían permanecido escondidos en un lugar seguro de Damasco y, un par de semanas después de su supuesto entierro, Thomas partió hacia Jerusalén en busca de Pedro, un viejo amigo de Amir que poseía una herrería. Pedro era un buen hombre que no hizo preguntas. Lo acogió y le dio una nueva identidad, un trabajo y lo ayudó a salir adelante. Aquello había sido lo último que Basil supo del hombre al que consideraba casi un hermano. Era un hilo muy fino, que necesitaban estirar con cautela para llegar hasta Hakîm *el Inglés*.

El sirio, por su parte, a causa de haber facilitado su huida y ocultamiento, se había visto obligado a tomar una nueva identidad, aunque había permanecido en Damasco, protegiendo a su padre. Sabía que, en cualquier momento, alguien podía aparecer para ajustar cuentas.

Al llegar a Jerusalén, a Emily le sorprendieron sobre todo dos cosas: por un lado, la gran cantidad de edificios de color blanco y antigüedad evidente que había en ella y, por otro, sus dimensiones. A decir verdad, había muchas casas humildes y el tamaño de la ciudad era mucho más reducido del que había imaginado.

Se encontraban en el eje espiritual del mundo. Un lugar completamente santo para tres de las religiones mayoritarias. Para decirlo en pocas palabras, de todas aquellas piedras milenarias se desprendía una autenticidad que pocas ciudades poseían. Según

se decía, se trataba de la metrópoli más antigua de la historia del hombre civilizado, un lugar de peregrinaje y de cambios constantes, debidos al incesante trasiego humano de sus calles y templos.

—Como verá, señora Watson, esta ciudad está llena de espiritualidad. Es un lugar que, durante siglos, muchos han querido hacer suyo, pero que, hasta la fecha, nadie ha logrado dominar del todo —explicó Basil mientras avanzaban entre las casas—. El destino de Jerusalén jamás podrá estar en manos de un solo hombre...

—¿Qué quiere decir, señor Basil? —preguntó Emily.

—Que Jerusalén custodia los grandes símbolos de las religiones más importantes del mundo... Cristianos, judíos y musulmanes tienen aquí sus monumentos y lugares santos propios y, por lo tanto, deben compartir la ciudad.

—¿Y qué lugares son esos? —inquirió Emily, que siempre sentía curiosidad por conocer algo del nuevo escenario que visitaba.

—Existen varios, pero yo destacaría el muro de los judíos, el santo sepulcro de los cristianos y la roca de Mahoma... Son sitios que cada religión ha defendido ferozmente desde hace siglos.

—El hombre se enzarza en conflictos por motivos mucho más insignificantes que esos... —reflexionó la británica.

—Muy cierto, señora Watson... Su egoísmo y su afán de posesión han llevado al hombre a conquistar y reconstruir la ciudad en infinidad de ocasiones. Aunque, desde hace algunos años, la ciudad tiene un aspecto más occidental y ha alterado su verdadera naturaleza...

—Ese es el mal de todas las ciudades de nuestra época...

—Aquí se han construido otros barrios fuera de las murallas, aunque la ciudad antigua sigue siendo el centro de la Tierra Santa.

Durante un rato fueron recorriendo las calles ubicadas en el exterior del recinto amurallado, hasta que lograron adentrarse en el barrio de los cristianos, ubicado en la ciudad vieja. El área estaba muy próxima a los barrios judío, musulmán y armenio.

El barrio cristiano era una auténtica maravilla donde cada piedra tenía siglos de historia. A Emily le agradó comprobar que en esas callejuelas milenarias coexistían un pasado profundamente religioso y un presente animadamente comercial.

A la británica le impactó caminar por las mismas calles en las que Jesús había pasado sus últimas horas. Se encontraba en un punto neurálgico de religiosidad, en el origen y final de muchas cosas y, pese a que hacía tiempo que había renunciado a sus creencias cristianas en favor del sintoísmo, algo se removió en su interior.

Deambular por las calles del barrio cristiano le causó un sentimiento de espiritualidad sincera. En compañía de Basil, bordearon la iglesia del Santo Sepulcro, considerada un enclave importante de la cristiandad. No la visitaron, sin embargo, y siguieron transitando por la calle David —una de las vías comerciales más importantes de la ciudad— hasta llegar al zoco el-Dabbagha. El zoco era un pequeño laberinto de callejuelas comparado con el de Damasco, pero poseía lugares mágicos

para aquellos que buscaban reliquias del pasado. Allí las piezas de arte tenían un valor incalculable, porque eran en sí mismas muestras del genio del hombre.

Primero, Basil reconoció el terreno, tienda por tienda, hasta que identificó el puesto de Pedro el herrero según la descripción que su padre le había facilitado. No obstante, creyó conveniente mantenerse a cierta distancia. Aparecer de pronto con Emily le pareció demasiado osado, así que acordó con ella acompañarla hasta el hostel en el que se iban a alojar, tras lo cual se acercaría al comercio él solo.

Emily estaba muy nerviosa, pero entendió a la perfección las razones de su acompañante, de modo que aceptó esperar a que regresara con alguna noticia. Tal vez las pistas serían concluyentes y por fin podría reencontrarse con su primer amor, o quizá los alejaran aún más de conseguir su propósito, pero, por primera vez en mucho tiempo, intentó ser optimista. Estaba en Jerusalén y no tenía nada que perder.

Después de que se fuera, Basil no dio señales de vida durante más de tres horas. La joven las aprovechó para reposar y observar la ciudad desde el balcón de su cuarto. Se estaba acostumbrando a observar los lugares que visitaba desde su habitación y, para evitar pensar en demasía, decidió disfrutar del comfortable hospedaje. Emily poseía recursos más que suficientes, de modo que había insistido en esperar en un lugar cómodo, por si requería cierta tranquilidad con Thomas. Si tenía que estar a solas con su antiguo amor, prefería hacerlo en un lugar adecuado.

Pese a sus esfuerzos por mantener la calma, una inquietante sensación de angustia se adueñaba de su ánimo a cada minuto que pasaba. La incertidumbre era casi insoportable, aunque también presentía que había llegado al final del camino. Si Thomas no estaba en Jerusalén, iba a aceptar la realidad con entereza. En ese caso, asumiría que jamás volverían a estar juntos. Llevaba demasiado tiempo alejada de Yoko, que necesitaba su amor y cuidados, y aquella aventura tenía que acabarse en un momento u otro. La suerte estaba echada, y su destino dependía del buen hacer del señor Basil.

Sentada en una vieja silla de madera, Emily empezó a revivir tiempos pasados. Recuperó las sensaciones que había experimentado cuando unió su cuerpo con el de Thomas, y la nostalgia se apoderó de su corazón hasta que se dejó acariciar por la agradable brisa de la ciudad, que soplaba con tal suavidad que se quedó dormida.

Horas después, abrió los ojos lentamente. Alguien golpeaba la puerta de su cuarto y Emily abandonó el sueño en el que ella, con Yoko a su lado, observaban a Thomas trabajando en un campo de arroz. Apenas había cambiado, aunque no podía asegurarlo, dado que el marinero empezaba a girarse hacia ellas cuando sonaron los golpes. Había estado a punto de volver a verle el rostro, pero aún no era el momento. Tan solo se trataba de un sueño.

—¿Quién es? —preguntó mientras se acababa de desperezar.

—Soy Nâzeh, señora —se oyó al otro lado de la puerta.

—Enseguida le abro, un momento, por favor.

Emily se incorporó, se adecentó un poco el vestido y abrió con la misma

sensación de nerviosismo que había experimentado antes de quedarse dormida.

Serio, y sin decir nada, Basil inclinó la cabeza y se introdujo en la habitación. Por la expresión de su rostro parecía que sus pesquisas habían obtenido algún resultado.

—Discúlpeme, señor Basil. Me había quedado dormida.

—No se preocupe, señora Watson, ¿puedo tomar asiento?

—Desde luego, Basil. No debe ni preguntarlo. Cuénteme qué ha pasado. Sea lo que sea, podré afrontarlo —musitó Emily, acongojada y nerviosa.

—Verá... tal y como dijo mi padre, Thomas lleva tiempo trabajando en la herrería...

—¡Entonces está vivo! —exclamó la joven, loca de alegría. El viaje no había sido en balde.

—Lo está, señora Watson, pero no he podido hablar directamente con él... —se lamentó Basil. Eran buenas noticias a medias.

—¿Qué ha sucedido? ¡Explíquemelo todo, por favor!

—He podido hablar con Pedro, el amigo de mi padre... Cuando me vio se alegró muchísimo, porque siempre me había tenido en gran estima.

—¿Y Thomas dónde estaba?

—Déjeme que se lo explique paso a paso... Es preciso.

—Sí, claro. Disculpe mi apresuramiento... —Emily temió una nueva andanada de malas noticias.

—Thomas estaba cuidando de su hijo pequeño... El niño sufre fiebres muy altas, y él lleva varios días administrándole cuidados. Trabaja en la herrería y se hace llamar Elías Johnson.

—Entonces, ¿está casado? —musitó Emily, que buscaba con desespero algo favorable a lo que asirse. Si Thomas tenía mujer e hijo, sus opciones de volver con él desaparecían.

—No, señora Watson. Vive con Sarah, la hija del herrero y la madre del pequeño... pero Thomas no es el padre del niño. Simplemente adoptó ese papel al poco tiempo de llegar a Jerusalén.

—¿Y el padre del niño?

—Murió... Después Thomas se enamoró de Sarah.

—¿Cuántos años tiene el pequeño? Espero que Dios cuide de él.

—Dos años...

—Para serle sincera, señor Basil, creo que ya no tenemos nada que hacer aquí. Quizá debería volver hoy mismo junto a mi hija —confesó la joven, desmoralizada. Allí había pasado a ser un personaje secundario, que carecía de relevancia. Su sitio estaba muy lejos de aquella ciudad.

—Señora Watson, sé que es duro, pero deje que primero hable con él. Pedro se ha comprometido a avisarlo de que estamos aquí y hemos quedado en que mañana, antes del mediodía, le estaré esperando en el Gólgota, dentro de la iglesia del Santo Sepulcro. Thomas soportó durante años lo que ningún hombre habría podido resistir

solo por la ilusión de encontrarse con usted de nuevo, y, aunque haya rehecho su vida, es muy posible que aún desee verla. No debería descartar esa posibilidad.

—¿Usted cree realmente que acudirá? —preguntó ella con tristeza.

—Señora Watson, estamos en Tierra Santa... No pierda la esperanza ahora. Después de todo lo que ambos han vivido, no sería justo para ninguno de los dos. Dese una oportunidad de hablar con él y deje que sea la vida quien les diga lo que deben hacer...

—Puede que tenga usted razón, señor Basil... Haré como dice.

Durante un par de horas estuvieron concretando algunos detalles y, llegado el momento de comer, se ofreció a acompañarla a un establecimiento adecuado.

Aquel hombre era una buena persona, que hacía lo posible para hacerla sentir cómoda y cuyo cariño y comprensión impidieron que las noticias la desanimaran por completo.

Después de todo, el antiguo marinero aún seguía con vida, y eso la consolaba.

Durante el resto del día, Basil le enseñó la ciudad. El joven ya la había visitado en algunas ocasiones y conocía sus lugares más relevantes. Jerusalén albergaba tanta historia que era imposible no sentirse en el centro del universo. Uno tenía la sensación de transitar por la cuna de todas las civilizaciones de la humanidad.

Aquella noche Emily tampoco pudo conciliar el sueño, aunque ahora que tenía la certeza de que Thomas estaba vivo, su desvelo provenía de pensar en él y en su familia. Desde luego, Emily comprendía perfectamente que hubiera rehecho la vida, pues ella misma se había casado con otro hombre y había concebido a su preciosa Yoko. No obstante, la nueva situación le dolía, pese a que el simple hecho de volverlo a ver, de tenerlo a pocos metros, ya resultaba una posibilidad maravillosa.

A primera hora de la mañana, Basil llamó a su puerta para preguntarle si le apetecía acompañarlo en el desayuno. Consideraba conveniente que pudieran charlar antes de que él acudiera al encuentro con el exmarinero.

Emily se lo agradeció, pero no le apetecía comer nada y en un principio declinó el amable ofrecimiento de Basil. No obstante, y ante su insistencia, accedió a ingerir algún alimento.

Llegada la hora, Basil abandonó el hotel en dirección al Gólgota y la iglesia del Santo Sepulcro, decidido a encontrarse de nuevo con su amigo.

Emily estaba hecha un manojo de nervios, pero logró disimularlo como pudo y, mientras observaba cómo el sirio se iba alejando por las calles jerosolimitanas, envió sus esperanzas con él. Si alguien podía lograr que Thomas quisiera volverla a ver, ese sin duda era Basil.

Basil recorrió el barrio cristiano describiendo un trayecto semejante al que Jesús de Nazaret había recorrido el día de su martirio antes de su crucifixión, en el lugar ahora ocupado por la iglesia del Santo Sepulcro. La ruta estaba marcada con catorce estaciones ante las que sus seguidores se detenían para rezar.

Al llegar a la célebre iglesia, se topó con una construcción carente de opulencia y belleza artística, construida con piedra blanca y envejecida. Daba la sensación de que la hubieran excavado en la misma tierra, a no ser por sus cúpulas —visibles desde todos los puntos de Jerusalén—, que atesoraban las reliquias más sagradas de la cristiandad.

Aquel templo había sido el objetivo de varios conquistadores que, henchidos de ego, se habían obstinado en controlar el lugar donde la tradición situaba la crucifixión, entierro y resurrección de Jesús. Para los cristianos no podía existir un lugar más santo que aquel.

De modo que el sirio entró en la iglesia que albergaba la tumba de Jesús, la Piedra de la Unción, los Siete Arcos de la Virgen y un pilar de piedra que simbolizaba el centro del mundo. Todo conformaba una amalgama de objetos de culto que

focalizaba las ansias de veneración de varias culturas.

Una vez dentro, respiró hondo. Sobre sus hombros recaía una responsabilidad brutal. Tras de sí había dejado a una mujer valerosa que había recorrido cientos de kilómetros para reencontrarse con un hombre al que había creído muerto, y ante él tenía un individuo que había sufrido durante más de diez años por culpa de un amor del que había sido separado vilmente. De modo que conseguir que volvieran a verse suponía toda una hazaña.

Mientras reflexionaba sobre ello, recorrió respetuosamente la entrada principal de la iglesia y subió por las dos escaleras que daban a la planta principal, en realidad dos capillas dedicadas al calvario de Jesús. Una era ortodoxa griega, y la otra, católica romana. Pensó que el hecho de que allí se hubiera producido —según decían— la crucifixión de Jesús hacía de ese lugar un escenario apropiado para encontrarse con su estimado amigo.

El lugar no era muy espacioso. Lo iluminaba una gran cantidad de velas y olía a piedra. Había reliquias por doquier. Aunque eso a Basil poco le importaba. Se limitó a sentarse en una de las capillas y allí esperó pacientemente durante casi un par de horas.

De vez en cuando aparecían algunas personas, pero ninguna de ellas eran el hombre que buscaba. Empezó a impacientarse y al final se dio por vencido. Decidió que lo mejor era regresar e informar de su fracaso a la señora Watson. Si Thomas no había aparecido, debía respetar sus motivos.

Justo cuando se incorporaba, dispuesto a abandonar la iglesia, una voz conocida lo saludó:

—¡Nâzeh, hermano! ¡Veo que sigues tan bien como siempre! —dijo Thomas con una sonrisa dibujada en el rostro. Aunque su tono de voz era comedido, dejaba traslucir la emoción que lo embargaba.

—¡Elías! ¡Empezaba a pensar que no ibas a venir! —respondió el sirio, que tampoco alzó la voz. En aquel lugar santo debían refrenar su alegría.

—No ha sido fácil... Mi vida ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos, Nâzeh —respondió el inglés con un semblante más serio.

—Lo sé... Pedro me ha explicado cómo están las cosas. ¿Te ha comentado el motivo de mi visita? —preguntó Basil con cautela.

—Simplemente me dijo que habías regresado y que tenías que tratar un asunto urgente conmigo, pero en privado. No le habrá ocurrido nada a tu padre, ¿verdad?

—No sé cómo contártelo, amigo mío...

—Suéltalo de una vez, Nâzeh. Tenemos la confianza suficiente para decirnos lo que sea necesario —lo animó Thomas.

—Verás... Hace unos días vino a vernos alguien interesado en encontrarte.

—¿Quién?

—La mujer de la que siempre me hablabas.

Thomas se quedó petrificado. A esas alturas de su vida, jamás hubiera creído que

volvería a ver a Emily, y ahora que había rehecho su vida, su súbita aparición parecía una ironía propia de un destino cruel.

Sin decir nada, el británico tomó asiento y se frotó el rostro, como si intentara despertar de un sueño. ¿Era real lo que acababa de escuchar?

Ninguno de los dos habló durante unos minutos. El marinero necesitaba recuperarse de la impresión inicial y su amigo respetó su silencio. Pasado un rato, Basil intentó explicarse:

—Elías, yo...

—Tranquilo, hermano... Entiendo que hayas venido... Es solo que no esperaba esto... Ha pasado tanto tiempo... —susurró el inglés, aún atónito por la noticia.

—Lo sé.

—¿Ha venido ella contigo? —preguntó Thomas, que empezaba a asumir lo que estaba sucediendo.

—Sí... pero le he pedido que me espere en el hostel. He considerado que era mejor que antes hablásemos tú y yo —respondió el sirio con sinceridad.

—Gracias, amigo... Habría sido demasiado impactante verla por sorpresa, después de tanto tiempo... Pero ¿por qué ha venido? ¿Tú lo sabes?

—Sí, pero creo que es mejor que ella misma te lo cuente... Mi labor era lograr que os encontrarais; el resto es cosa vuestra. La cuestión es si quieres verla... —planteó Basil, preparado para aceptar cualquier respuesta.

—Lo he deseado durante tantos años... Tú bien lo sabes... Pero ahora temo por la vida del pequeño y Dios sabe que quiero a ese niño como si fuera mi propio hijo... —confesó Thomas.

—¿De verdad es tan grave, hermano? —se interesó Basil, dispuesto a ayudarlo en lo que fuera.

—Según el doctor, lo sabremos en cuestión de días. Si logra superar la fiebre estará fuera de peligro, pero tenemos que esperar.

—Hermano, sin duda ahora lo que debes hacer es estar a su lado... ¿Cómo podría ayudarte? —se ofreció el sirio.

—Ya lo has hecho, Nâzeh. Traerla hasta aquí es la mayor muestra de amistad que podrías darme. Y, sin embargo... ¿qué se supone que debo hacer? —se preguntó un Thomas confuso.

—Yo no puedo decírtelo, amigo mío... pero puedo hacerte una sugerencia.

—Házmela, por favor. Tus consejos siempre fueron buenos y útiles.

—La haré, pero antes respóndeme a algo: ¿aún la amas?

—Jamás he dejado de hacerlo... Lo único que he hecho ha sido resignarme a no tenerla conmigo.

—Entonces dime dónde quieres encontrarte con ella y la llevaré a la hora que consideres oportuna. Pero no te sientas obligado a ir. Si no acudes al encuentro, ella lo entenderá... Es una mujer con un gran corazón y comprende las circunstancias en las que te encuentras. Así que solo depende de ti, hermano.

—Gracias, Nâzeh... Tus sabias recomendaciones me reconfortan. Puede que mañana acuda a la capilla de la Ascensión, en el monte de los Olivos. Acostumbro a realizar allí mis plegarias.

—Así se lo diré a la señora Watson. Tal vez ella visite el lugar antes del mediodía —indicó el sirio con un tono casi informativo.

Dicho esto, ambos amigos conversaron durante un buen rato sobre las vicisitudes de su vida. Ambos ansiaban ponerse al día sobre todo lo acaecido desde su última separación, pero Thomas no estaba pasando por un buen momento y las circunstancias exigían que volviese de inmediato a su casa. Basil insistió entonces en acompañarlo y se ofreció a ayudarlo en lo que necesitase. Lo más importante era ahora cuidar de su hijo enfermo.

Después de permanecer en su casa unas horas, Basil se despidió de su amigo con un cálido abrazo y regresó junto a la señora Watson. Tenía noticias que transmitirle que no permitían más demora.

Emily las esperaba angustiada y nerviosa. Tenía la impresión de que el tiempo corría velozmente y de que Basil estaba tardando más de lo previsto. Quizás el encuentro no se había producido y su guía no sabía cómo decírselo.

Había permanecido sentada en una inmovilidad casi absoluta ante el balcón de su cuarto, mientras observaba a la gente, pero, por más que lo intentaba, no lograba concentrarse. Las noticias que esperaba eran demasiado trascendentes como para mantener la calma. Así que, decidida a hacer algo útil, dejó el balcón y se acercó a la mesa. Cogió sus útiles de escritura y redactó una carta dirigida a Thomas, por si finalmente no se producía el reencuentro. De este modo podría transmitirle todo lo que había estado guardando dolorosamente en sus entrañas durante tantos años.

Varias horas después de su marcha, Basil llamó con suavidad a la puerta. A Emily le resultaba familiar aquel ligero golpeteo, de modo que se dio prisa en abrir. Por fin había llegado el momento que tanto había estado esperando:

—¡Por fin, Nâzeh! Ya estaba preocupada. Dígame, ¿qué ha sucedido? —soltó Emily sin poder contenerse.

—No se impaciente, señora Watson. Primero tome asiento, por favor —la tranquilizó el sirio mientras entraba en el cuarto y se sentaba en una vieja silla, junto a la cama.

—¿Y bien? —insistió Emily.

—Bueno... Cuando ya creía que no iba a presentarse a la cita, ha aparecido y hemos estado hablando... —expuso el joven con naturalidad.

—¿Y qué ha dicho? ¿Quiere que nos volvamos a ver? —inquirió la británica, deseosa de saber cuál había sido la reacción de su antiguo amor.

—A ver... Thomas se encuentra en una situación compleja. La enfermedad de su hijo lo tiene en vilo, y su visita ha sido tan inesperada...

—Pero ¿le ha molestado? No era mi deseo importunarlo... —se disculpó Emily, ahora temerosa de haberlo incomodado.

—¡En absoluto, señora Watson! Diría que todo lo contrario, aunque no puede negarse que usted ha llegado en un momento muy duro para él.

—Lo comprendo. Ojalá pudiera hacer algo por él.

—De momento solo queda esperar a mañana... —dijo el sirio.

—¿A qué se refiere?

—A que hemos acordado que mañana usted iría al monte de los Olivos, junto a la capilla de la Ascensión... —declaró con una sonrisa en su rostro.

—¿Entonces voy a verlo?

—Eso dependerá solo de él. Aún está meditando si irá o no.

—Dios quiera que se presente, señor Nâzeh... —deseó Emily.

—Confíe y rece por ello. No tenemos otra opción.

Durante un buen rato Basil le contó los pormenores de su encuentro con Thomas y, cuando se marchó, la inglesa permaneció en su habitación el resto del día. No tenía la certeza de que fuera a reencontrarse con su viejo amor al día siguiente, pero, por si acaso deseaba terminar la carta que ya había empezado. Por lo menos a través de ese papel el exmarinero conocería los verdaderos sentimientos que ella albergaba. Emily había sido otra víctima de la sinrazón del despiadado Benjamin Watson y deseaba que Thomas lo supiera, aunque, después de tantos años, tal vez aquello carecía de importancia.

Si Thomas se presentaba, podría explicarle cómo había sido su vida sin él.

Al día siguiente, Basil acompañó a Emily hasta la capilla de la Ascensión, situada en la cima del monte de los Olivos.

Abandonaron la ciudad vieja por su lado este atravesando las viejas murallas que la rodeaban y ascendieron por un árido camino rodeado de olivos y rala vegetación.

Aquel suelo arenoso formaba parte del lugar más emblemático de Tierra Santa y, mientras subían la pendiente, Basil le explicó algunos detalles de interés, pues el monte de los Olivos había sido el escenario de los últimos momentos de la vida de Jesús.

La cuesta era pronunciada, y el calor, asfixiante, pero ambos soportaron las incomodidades animados con la idea de encontrar a Thomas en la cima.

Así pues, rodearon el huerto de Getsemaní, donde, según Basil, Judas había traicionado a Jesús, y poco a poco fueron remontando los obstáculos, en cierta forma, tal y como el Hijo de Dios lo hizo en su resurrección. No tenían prisa y la fe los movía a seguir adelante.

Emily notaba que, a cada paso que daba, se sentía más viva y, pese a lo nerviosa que estaba ante la perspectiva de ver a Thomas, sentía una paz infinita.

Puede que, después de todo, aquel lugar estuviera bendecido por algo inexplicable.

Cuando llegaron al recinto de piedra que rodeaba la capilla de la Ascensión, Basil se detuvo. A partir de ese punto Emily debía seguir sola, así que el guía le dio algunas indicaciones. Después prometió esperarla en el hostel en el que se hospedaban el tiempo que hiciera falta. Regresara o no con Thomas, solo tenía que avisarlo para que él se quedara tranquilo. En ese momento lo importante era que ellos dos tuvieran un feliz reencuentro. Por si acaso, el sirio le explicó la forma de regresar al alojamiento si su cita decidía no venir.

Durante unos minutos, Emily se quedó muy quieta mientras observaba a Basil alejarse montaña abajo. Cuando consideró que tenía la fuerza necesaria para seguir adelante, cruzó el muro para encontrarse con una pequeña capilla de piedra clara, carente de todo adorno. Al parecer, la piedra y la tierra eran los únicos elementos que habían perdurado durante siglos en aquellos lugares, porque todas las construcciones guardaban un parecido incuestionable.

Según le había comentado Basil, aquel lugar era sagrado tanto para musulmanes como para cristianos, y llevaba en pie desde la época medieval.

Era como una especie de ofrenda santa, pues se consideraba que Jesús había

ascendido desde allí al reino de los cielos. Posteriormente, los hombres construyeron la capilla para conmemorarlo.

Emily la analizó desde el exterior con calma: tenía forma octogonal y las luces de los arcos formados por las columnas que soportaban la cúpula habían sido tapiadas. La propia cúpula se había resuelto con sencillez utilizando el mismo material que cerraba la capilla. Le pareció que esta se había construido con prisas, porque no había en ella ninguna concesión a la belleza.

Y, pese a estar confeccionada con aquellas piedras simples y uniformes, Emily sintió la necesidad de acercarse y rozar sus paredes con la yema de los dedos, lo cual le causó una impresión profunda. La esencia de su antigüedad se filtró por los poros de su piel e hizo que la joven se remontara a los tiempos bíblicos. Era increíble que la vida la hubiese llevado hasta ese lugar. El olor a polvo y a tierra y la ardorosa caricia del sol habían conseguido abrazarla con tanta sutileza que el mundo parecía haberse esfumado.

Fueron unos minutos de introspección, de regresar al propio origen, hasta que la quemazón del sol sobre su rostro empezó a ser excesiva. Aunque llevaba el pelo recogido bajo un pañuelo blanco que la asemejaba a las mujeres del lugar, aquella tela tan fina no la protegía adecuadamente del calor del sol, de modo que decidió entrar en la capilla. Sin duda, era la decisión más correcta.

Antes de dar el primer paso, observó durante unos segundos el despejado cielo azul que había dominado su ascenso desde la ciudad vieja. Tuvo la impresión de que en un día tan hermoso no podía sucederle nada malo.

El interior de la capilla era pequeño y estaba en penumbra. Thomas aún no había llegado y Emily tuvo una decepción, pero pronto entendió que quizás era demasiado temprano. Debía ser paciente y esperar la llegada del que había sido su primer amor con esperanza. Si finalmente aparecía, ella iba a estar allí para recibirlo con los brazos abiertos y, en caso contrario, le quedaba el consuelo de que lo había intentado con todas sus fuerzas.

Lo primero que Emily percibió fue una abertura en el suelo, de forma rectangular. Los bloques de piedra que formaban el contorno rodeaban una roca donde parecía haber quedado grabada una huella. Y como Basil la había advertido de aquel detalle —y ella sentía cierto interés por algo tan infrecuente—, se quedó observándola durante un buen rato, intentando reconocer la forma del supuesto pie. Sin embargo, le resultó un tanto difícil y le llevó más tiempo de la cuenta. Eso sí, en Jerusalén todo el mundo juraba y perjuraba que en aquel lugar Jesús había dejado la huella de su pie derecho.

Cuando se cansó de observar la roca, tomó asiento sobre un bloque de piedra y se relajó mirando algunas palomas que reposaban sobre los arcos de piedra interiores de la construcción. No parecía que fuera un lugar demasiado frecuentado, así que hizo acopio de paciencia y se puso a esperar.

El ambiente era relajante y silencioso, y dado que por los ventanucos —sin

cristales— de la capilla entraban unos sutiles suspiros de luz clara, acabó cayendo en un profundo estado de ensoñación. Durante un instante, la británica tuvo la sensación de que el mismísimo Jesús pretendía transmitirle un mensaje.

Pasada más de una hora, nadie se había acercado hasta allí. Emily se negaba a perder la esperanza, pero los minutos transcurrían e inconscientemente pasaron por su cabeza el hijo y la mujer de Thomas. ¿Cómo debían de ser? Al fin y al cabo, ambos constituían motivos de peso para no remover el pasado.

Los recuerdos iban y venían sin un orden fijo, y sin darse cuenta se adormiló. Sus ojos se cerraron y se relajó como hacía tiempo que no le pasaba. El lugar era realmente propicio para ello. No obstante, cuando menos se lo esperaba, alguien entró en la capilla surgiendo de la nada. Susurró unas palabras tranquilizadoras:

—Sigues tan hermosa como siempre, Emily...

Ella abrió los ojos instantáneamente y vio el rostro de su antiguo amante. Algo aturdida por la sorpresa, no pudo creer que Thomas estuviera allí de verdad.

—¿Thomas? ¿Eres tú?

Ante ella estaba el mismo hombre con el que había deseado huir al fin del mundo, aquel con el que se había sentido mujer por primera vez y al que jamás —ahora estaba segura de ello— había podido olvidar.

La impresión al verlo con vida fue tan impactante que se levantó en el acto para abrazarlo, aunque enseguida creyó perder el mundo de vista. Las piernas le flaquearon unos segundos, pero logró reaccionar y se aferró al cuerpo del hombre al que había estado buscando con desespero. Su rostro tenía unas enormes cicatrices y en su cuerpo era evidente el castigo al que le habían sometido, pero seguía siendo el mismo hombre al que había amado.

Con un gesto fugaz, Thomas la estrechó entre sus brazos con la intensidad de un hombre enamorado y, mientras le acariciaba el pelo, le susurró las palabras más maravillosas que Emily había escuchado en años:

—Nunca he dejado de esperarte...

—Dios mío, Thomas... durante todos estos años creí que habías muerto. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Lo sé, Emily... pero fui incapaz de volver a por ti... y Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas.

—Eso ya no importa... Aunque sea solo durante un instante, abrázame, por favor —le susurró ella sin esperar nada más.

Pero Thomas, haciendo más caso de lo que le dictaba su corazón, entrelazó sus dedos con el pelo de Emily y la acercó a sus labios. Durante unos minutos se besaron con la sensación de que el tiempo no había pasado. Fue como volver al punto de partida, justo al momento anterior al de la separación de sus caminos.

Por fin la vida les devolvía todo aquello que les había robado injustamente y, si algo habían aprendido a base de duras lecciones, era a aferrarse a las segundas oportunidades con todas sus fuerzas. Aunque Thomas hubiera rehecho su vida, el

simple hecho de poderse abrazar los hacía sentir libres de nuevo. Libres de volverse a amar.

Rodeados por la paz de aquella capilla, observaron los cambios que el tiempo y las circunstancias habían labrado en sus rostros. Ya no eran aquellos amantes dispuestos a huir a tierras lejanas para evitar que nadie pudiera separarlos, pero en aquel momento aquel detalle carecía de importancia.

Solo necesitaban contarse el uno al otro lo que había sido de sus vidas. Ansiaban obtener el secreto de parar el tiempo para dejar que el pasado volviera a tener la fuerza del presente, aunque luego se esfumara de nuevo. Estar allí juntos ya era un sueño.

Después de charlar durante un buen rato, Thomas insistió en acompañar a Emily hasta su habitación. El inglés debía volver a casa para comprobar el estado de su hijo, pero acordó con su antiguo amor que iría a verla después de cenar, para así estar más tiempo en su compañía.

Abandonaron la capilla de la Ascensión y descendieron por el monte de los Olivos con la ayuda del burro que Thomas había utilizado para subir a la cima. Por culpa de su cojera, lo necesitaba para desplazarse con cierta normalidad.

Después de que Thomas dejara a Emily en la puerta del hostel, la inglesa fue en busca de Basil para contarle lo sucedido. Estaba emocionada y sentía una felicidad desbordante, aunque sabía que sus posibilidades de pasar el resto de sus días junto a Thomas eran escasas. Aun así, compartió su dicha con el hombre que con tanta gentileza la había llevado hasta su antiguo amor. Notablemente conmovida, le explicó que aquella misma noche tenía una cita con él. Aún tenían mucho de lo que hablar, pero la enfermedad del hijo adoptivo de Thomas lo había obligado a marcharse antes de tiempo.

El resto del día, Emily arregló la habitación y esperó en vilo la visita de su primer gran amor. Tenía tanto que contarle que no sabía por dónde empezar, pero procuró ordenar en su mente todos sus recuerdos a fin de no olvidarse de nada importante. Era probable que aquella fuera la única ocasión de la que dispondrían para hablar largo y tendido sobre el pasado. Ahora que conocía la situación familiar de Thomas, el abanico de opciones era de lo más reducido, pero ella no quería regresar a Japón con la sensación de no haber saldado la cuenta pendiente.

A la hora convenida, Thomas llamó a la puerta y entró en la habitación sin decir nada. Pese a las cicatrices de su rostro, ella seguía encontrándolo atractivo y, cuando lo vio de nuevo, Emily sintió encogersele el corazón. Tenerlo cerca y volver a percibir su olor era lo más parecido a estar en el paraíso.

En silencio, el antiguo marinero se acercó a ella y la abrazó con intensidad y deseo. Emily quiso decir algo, pero Thomas se lo impidió con un cálido beso.

La antigua pasión había vuelto a aflorar y, dejándose llevar por antiguos sentimientos, hicieron el amor bajo el influjo de la luna llena. Allí, en Tierra Santa, todos los deseos carnales parecían intensificarse, y ambos gozaron del placer corporal

hasta el límite de sus posibilidades.

Sus cuerpos se fusionaron en uno solo, e inconscientemente repitieron los mismos gestos de la noche londinense en la que Emily se había entregado a él.

Al finalizar, y arropados por las suaves sábanas de la cama, abrieron sus almas y se explicaron todo aquello por lo que habían pasado. Sus vidas habían sido difíciles, pero ambos sabían que una segunda oportunidad era algo que merecían más que nadie. Su amor se había truncado por circunstancias externas, pero intuían que juntos habrían alcanzado la felicidad.

Emily daba gracias por haberse convertido en una japonesa de adopción, pero siempre había añorado la presencia de su amado Thomas. Ahora se daba cuenta de que Hiroshi, que la había hecho feliz, no había logrado que se olvidara del exmarinero.

La noche transcurrió serena y apacible, mientras los dos amantes vaciaban sus almas por completo. Se confesaron lo que aún significaban el uno para el otro y el deseo de seguir caminando juntos en el difícil devenir de la vida, aunque ambos tenían presente que una razón de peso les impediría cumplir con sus sueños. Cristian, el hijo adoptivo de Thomas, necesitaba más que nunca el calor de su padre. La maldita enfermedad pretendía arrebatarse la vida, pero el exmarinero estaba luchando con todas sus fuerzas para salvarlo. Ver crecer a ese niño había sido para el británico la única razón por la que vivir antes de saber que Emily lo buscaba. Además, se sentía en deuda con una familia que lo había acogido con tanto cariño y respeto. Abandonarlos en un momento tan adverso era algo que jamás se habría perdonado.

Al escuchar las sinceras palabras de Thomas, Emily comprendió el valor y la decencia de aquel hombre, y no dudó en animarlo a seguir en Tierra Santa. La vida los había llevado a situaciones inesperadas y ahora existían razones más transcendentales que volver a estar juntos. Tal vez su oportunidad fuera cosa del pasado.

Por ello, y pese al dolor que ambos sintieron al tomar la decisión, acordaron dejar las cosas tal y como estaban. Emily volvería junto a Yoko y Thomas con su hijo y su mujer.

Estaban agradecidos al destino por aquel maravilloso reencuentro, pero, sobre todo, por gozar una vez más de la sensación de volver a sentirse amados. De todas formas, su compromiso no podía ir más allá.

Aquella iba a ser la última noche juntos.

Al amanecer —aprovechando que Emily se había quedado dormida—, Thomas abandonó el cuarto y regresó con los suyos. La aflicción que sintió al separarse de la mujer que amaba de verdad fue comparable a una muerte lenta y dolorosa, pero había tomado una decisión firme. Debía salvar la vida del pequeño Cristian a cualquier precio, aunque eso supusiera sacrificar la suya.

Cuando se despertó, Emily tomó conciencia de la cruda realidad: de nuevo estaba sola. El olor de Thomas aún flotaba en el aire, pero él se había ido. Otra vez había

desaparecido de su vida y, si bien había sido una decisión tomada por los dos voluntariamente, rompió a llorar con desconsuelo. Todas sus esperanzas volvían a quedar enterradas, aunque en esta ocasión supo que la vida debía continuar.

Frente a ella se extendía una nueva etapa junto a su pequeña Yoko y todos aquellos que la querían. No estaba sola, y comprenderlo era dar un paso más hacia la felicidad definitiva.

Después de sosegar, se levantó, se adecantó y fue en busca de Basil.

Mientras desayunaban le contó lo sucedido y la determinación que ambos habían tomado por el bien del pequeño Cristian. Tras las oportunas aclaraciones, le pidió que la acompañase hasta Haifa. Allí la estaría esperando el señor Azulay, para ayudarla a regresar a Japón.

Aquel mismo día, Basil y Emily se fueron de Jerusalén sin mirar atrás. Nadie sabría aparte de ellos que Thomas aún estaba vivo. El riesgo de que lo encontrasen seguía siendo alto, y si ella daba fe de que estaba muerto iban a dejarlo definitivamente en paz. Pese a que era la heredera de la compañía de su padre, no podía revocar las órdenes que él había dado antes de morir.

El viaje de regreso fue largo y fatigoso, pero, por fin, al cabo de casi tres semanas desde la noche pasada junto a Thomas, Emily pisó el puerto de Yokohama.

Como nadie la esperaba, pues no había podido avisar con antelación, viajó en tren y luego alquiló un *kuruma* hasta la mansión de Hachiōji.

Deseaba más que nunca estrechar a su pequeña entre sus brazos y, cuando irrumpió por sorpresa en la casa y Yoko vio a su madre, las lágrimas que ambas derramaron fueron infinitas.

Hubo una explosión de alegría maravillosa. Por fin Emily volvía a estar en casa y, a juzgar por su apariencia, el viaje le había sentado de fábula.

Aquella misma noche, la patrona contó lo sucedido a Ryan y Oharu, y, aunque aquella historia parecía no haber tenido el final pretendido, todos coincidieron en que el simple hecho de encontrar a Thomas con vida ya era un milagro.

Antes de acostarse, la joven se despidió en silencio de su amado y concilió el sueño con rapidez.

Después de aquella aventura, los días transcurrieron con paz y sosiego. La patrona se volvió a preocupar de sus vecinas, sus trabajadoras, su hija y su familia, y recuperó la alegría de vivir que había perdido tras el asesinato de Hiroshi.

Se sentía en paz consigo misma y deseosa de ver crecer a su pequeña en el mejor de los entornos. Ella podía darle lo necesario para que creciera feliz y volcó su amor en Yoko como nunca antes lo había hecho.

Soplaban vientos favorables para la compañía Watson & Lambert y, con el paso del tiempo, Emily dejó de sentir añoranza. Debía vivir aquella nueva etapa de su vida orgullosa de sí misma y con la ilusión de gozar de lo que tenía. Tal vez Dios no quería que ella disfrutase del amor demasiado tiempo.

Aquella mañana del verano de 1907 hacía un calor considerable. Habían

transcurrido varios meses desde el regreso de Emily a Japón, y la inglesa estaba ayudando a sus vecinos en uno de los campos de arroz cercanos al pueblo.

Gracias a su fortaleza y al sosiego de su alma, disfrutaba colaborando en ese trabajo con las personas que la habían acogido como a una más. Se sentía agradecida y en deuda con sus vecinos y amigos y no le suponía ningún problema ayudarlos en sus labores. Allí, todos eran iguales.

Debido al esfuerzo realizado durante largas horas bajo el sol, la británica decidió detenerse unos minutos para secarse el sudor de la frente y reponer fuerzas. Mientras bebía un merecido trago de agua, le llamó la atención la figura de la pequeña Yoko, que, con una sonrisa de oreja a oreja, se acercaba a ella todo lo rápido que podía.

Percibió que le faltaba el resuello y, como aún quedaba un poco para que la alcanzase, Emily optó por caminar en su dirección, para que no se cansase tanto. Cuando estuvo junto a ella, Yoko se arrojó cariñosamente en los brazos de su madre, mientras le intentaba decir algo. Estaba nerviosa, desbordada, y Emily no acababa de entenderla, de modo que le pidió que se tranquilizara y le preguntó con calma por el motivo de la carrera:

—¿Qué sucede hija? ¿A qué vienen tantas prisas?

—Mamá, mamá... un señor ha venido a verte. ¡Viene de muy lejos!

—¿Un señor? ¿Qué señor?

—No lo sé, mamá. Me ha dicho que es tu amigo...

—Pero ¿no te ha dicho el nombre, hija?

—No, mamá... aunque me ha dicho que era inglés.

Al escuchar aquellas palabras, Emily se quedó de piedra. ¿Sería Thomas, por ventura? Y, si así era, ¿qué hacía en Japón? Después de su noche de amor en Tierra Santa había asumido que jamás iban a volverse a encontrar, razón por la que había hecho un esfuerzo titánico para olvidarlo. Emily no sabía qué sentir ni qué pensar. Estaba aturdida por la noticia, pero, si realmente se trataba de Thomas, era de una mala educación terrible hacerle esperar ni un solo minuto más. Porque si había venido hasta Hachiōji habría sido por alguna razón de peso, de modo que tomó de la mano a la pequeña y regresó a su casa del pueblo. En absoluto estaba presentable, pero tenía la certeza de que, siendo Thomas quien estaba esperándola, aquello no tendría la más mínima importancia.

De camino, Emily quiso averiguar algo más sobre el extraño visitante e interrogó a su hija.

—Yoko, ¿tú no estabas ayudando a Akari en el jardín?

—Sí, mamá, pero el señor llegó y me saludó. ¡Sabía mi nombre, mamá! Y Akari me pidió que viniera a buscarte —respondió la niña.

No cabía duda. El visitante tenía que ser Thomas por fuerza. Nadie más podía conocer el nombre de su hija aparte del abogado de la familia o algún allegado. Era muy difícil que otros hombres se hubieran desplazado hasta Japón por voluntad propia. De modo que la esperanza y el corazón se decantaban por la explicación más

irracional.

Al llegar a la humilde casa que Emily se había hecho construir tiempo atrás, vieron como Akari las estaba esperando en la entrada. Les dio la bienvenida con una sonrisa pícaro y, pese a que Emily insistió en que Yoko se quedase con la asistente, la pequeña se empeñó en acompañar a su madre hasta el jardín.

La razón era obvia. Allí, tomándose un té con tranquilidad, se encontraban Thomas y un niño de edad parecida a la de Yoko. Aquel era el verdadero motivo de la emoción de su hija.

Cuando oyó los pasos que se aproximaban, el antiguo marinero se giró. Al verlas, sonrió abiertamente y los ojos le brillaron. Eso hizo que Emily sintiera que, otra vez, el mundo se detenía por completo. De inmediato recuperó la esperanza de que aquel hombre al que seguía amando se quedase definitivamente a su lado. En esos momentos no parecía una opción tan improbable.

Se abrazaron con ternura. Thomas les presentó entonces a Christian y enseguida Akari se llevó a los niños y los dejó solos en el jardín.

—Espero no haber llegado en un mal momento... —dijo Thomas con una leve sonrisa en su rostro. Se sentía feliz de tenerla a su lado.

—Sabes de sobra que no, Thomas... Solo que jamás pensé que volvería a verte... y menos en mi casa —confesó ella, ruborizada.

—No puedo mentirte, Emily... Desde que nos vimos en Jerusalén he sido incapaz de olvidarte... Quería ir tras de ti con todas mis fuerzas, pero mi sentido de la responsabilidad me lo impedía... Después de todo, solo soy un cobarde.

—¡En absoluto! ¡Ni se te ocurra volver a decir semejante bobada! ¡Entendí tus motivos a la perfección! No debes preocuparte por eso ahora..., pero ¿qué te ha hecho venir hasta aquí? —preguntó Emily, que aún estaba sorprendida.

—Es algo difícil de contar..., estos últimos meses han sido muy complicados.

—¿Qué ha sucedido, Thomas? Sabes que puedes confiar en mí.

—No sé por dónde empezar...

—No te sientas obligado. Tenemos tiempo para hablar con calma. Yo solo necesito saber lo que tú quieras que sepa —repuso la joven intentando facilitar las cosas. Comprendía que, si Thomas estaba allí con su hijo, era porque algo grave había sucedido.

—Puede que lo mejor sea explicártelo cuanto antes...

—Te escucho... —lo animó ella mientras tomaba las manos de él entre las suyas.

—Como ya habrás supuesto, Christian superó las fiebres y logramos salvarle la vida. Pero María, mi esposa, no tuvo la misma suerte.

—Dios mío... ¿Cómo fue?

—Por desgracia, contrajo la misma enfermedad que el niño, pero no pudo vencerla...

—Lo siento mucho, Thomas... Ha debido de ser algo horrible para ambos.

—Lo ha sido. Nadie pudo impedir que la enfermedad se la llevara, y Dios sabe

que intenté salvarla por todos los medios, pero fue en vano —confesó Thomas con lágrimas en los ojos.

—No debes culparte por ello, Thomas.

—Intento no pensar en lo que ha pasado, pero a veces creo que quienes me rodean acaban sufriendo por mi culpa... Tal vez haya sido un error haber venido, Emily.

—Para mí tu presencia es un regalo del cielo. Quizá no debería decirlo, y sé que es sumamente incorrecto por mi parte, pero... ¡quédate a mi lado!... ¡Quedaos los dos con nosotras!

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—No he estado tan segura de algo en toda mi vida, Thomas —confirmó ella, que ardía en deseos de que aquel hombre se quedara con ella para siempre.

—¿Crees que este viaje ha sido el que siempre soñamos? —preguntó el inglés, que ya había tomado una decisión—. Ahora ya estamos en Japón.

—Lo creo con toda mi alma, Thomas. Yo ya he hecho este viaje y créeme, aquí estaremos a salvo. No hay un lugar mejor sobre la faz de la Tierra.

—Lo sé, pero me arriesgaría a quedarme a tu lado aunque no lo fuera —susurró el marinero mientras se acercaba a ella y la abrazaba.

Al instante, sus labios se unieron con delicadeza, mientras ambos recordaron el día en el que se juraron amor eterno.

Desconocían cuánto tiempo iban a poder disfrutar el uno del otro, pero eso les traía sin cuidado. Su amor se había mantenido intacto, a la espera de que, algún día, ambos lo pudieran recobrar. Y ahora que ya no estaban solos tenían la certeza de que su suerte había cambiado.

Allí, en la exótica tierra de los cerezos en flor, volverían a sentir que la vida podía ser maravillosa.

Pero esa es otra historia...